



PETER
BERLING
LA NOCHE DE
IESI

se

Lectulandia

En diciembre de 1194 la pequeña ciudad de Iesi se conmocionó al convertirse por azar en el escenario del nacimiento de Federico II. Sus habitantes vivieron aquella noche la paradoja de asistir al ahorcamiento de numerosos papistas y también a la llegada de varios cardenales que debían atestiguar la veracidad del parto real. Casi ocho siglos después, una compañía teatral llega a Iesi para montar una pieza que reconstruye aquella noche legendaria. Todos los habitantes se ven involucrados de alguna manera en la empresa, y los miembros de la compañía sufren en sus carnes el oscurantismo de la obra que están ensayando cuando uno de ellos aparece brutalmente asesinado.

Lectulandia

Peter Berling

La noche de Iesi

ePub r1.0

Titivillus 13.01.2018

Título original: *Die Nacht von Jesi*
Peter Berling, 1995
Traducción: Luis Andrés Bredlow Wenda

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Aún no es de día en Iesi. Los proyectores sumergen la escena en una luz irreal que produce sombras definidas delante de los edificios, aunque deja en la difusa penumbra del amanecer la parte superior del cadalso, el lugar de los hechos, efecto reforzado por las vaharadas de neblina que se arrastran sobre la plataforma.

La horca misma no proyecta ninguna sombra; la madera no se yergue lóbrega contra el brumoso cielo, sino que se imprime cual negra marca al fuego en las fachadas de piedra de los *palazzi* adyacentes al mercado, con las cuencas de las ventanas que miran apáticas o con las celosías temerosamente cerradas. No hay luz. Así había sido ordenado. ¿Cuántos pares de ojos hay detrás con la mirada fija en el armazón de madera, aguardando los acontecimientos con el miedo propio de sus sueños?

Uno tras otro se suben al banco, sin que nadie los empuje, pugnando por mantener el equilibrio tanto anímico como físico, puesto que llevan las manos atadas a la espalda. Yo también. ¿Soy el de en medio, el que a duras penas puede subir sin apoyarse porque le pesa el culo? ¿O el último, que titubea un instante, como si eso pudiera conducir a que lo pasaran por alto, que lo dejaran de lado o se olvidaran de él? No hay excepciones. A cada uno se le coloca el dogal en torno al cuello. Subido a una escalera de mano que alguien le ha acercado apresuradamente, el verdugo examina la posición del nudo, pellizcando de forma bondadosa la mejilla a algún que otro condenado; quienes no se conocían antes hallan ahora ocasión propicia para intimar, surge subrepticamente una familiaridad ridícula. ¡Todo irá bien! ¿Qué tal? ¿Mejor así? ¡Nada! Al verdugo le preocupa el miedo del reo en la medida en que pueda perturbar el desarrollo normal de la ejecución.

Conmigo no se permite tales libertades el señor Jakob, verdugo de las Marcas. Se esfuerza en compensar su timidez con una corrección intachable, impersonal incluso. Eso no me facilita las cosas, pues yo también quisiera aparentar indolencia. La diferencia entre nosotros es que yo siento la pesada y húmeda sogá alrededor del cuello, atada con mano experta en forma de tubo; y con ello se me dispara el miedo, incontrolado como el azogue del termómetro cuando se padece una fiebre intensa. Al menor descuido puede uno encontrarse con la sogá anudada al cuello. Un paso en falso por el borde del banco tendría desagradables consecuencias, y a largo plazo. Me han asignado en el último momento al grupo de los delincuentes porque faltaba uno. El número debía cuadrar. Yo también lo creo así. Odio la negligencia en el trabajo, la falta de puntualidad en las citas.

El amanecer anunciado ya está cediendo ante el gris de la mañana de invierno. Nosotros, los condenados, nos acercamos unos a otros, hasta rozarnos. Nuestro aliento entrecortado se agita visiblemente en el aire frío. Se generaliza una sensación de inseguridad que no comprendo, el procedimiento se empantana. Un molesto e imprevisto rayo de esperanza.

¡Si están cansados, que se aguanten! ¡Yo soy... no, perdón, Dios mío, tú eres el señor del verdugo! La solución definitiva del problema consiste en retirar de un tirón el banco. Entonces estas nubecillas de aliento que se sueltan con un silbido se apagarían como el tenue hilo de humo de una colilla al extinguirse. ¡O la ejecución como redención... o la clemencia redentora! El íncubo alimenta el terror paralizador y aplastante con una concatenación de aplazamientos, de la constante demora de lo que parece inevitable. Es la ejecución lenta la que aprieta la garganta y no la caída al vacío con un nudo en el cuello que, según dicen, rompe la vértebra apenas se tensa la cuerda. ¡Ahí lo tienen!

El verdugo baja de su escalerilla plegable y mira en derredor con gesto interrogante. Sus ayudantes se encogen de hombros.

—¡Rinaldo! —grita enojada una voz femenina.

Todos los ojos, y también los cuellos de los condenados, se vuelven hacia el lugar donde se supone que está el rezagado.

Entonces el verdugo da, por fin, una orden.

—*Eh bé: pausa di caffè!*

Deja la escalerilla de aluminio prestada a los tramoyistas y baja la escalera del patíbulo.

Ahí viene Rinaldo, el bufón, con el utensilio de verdugo que se echaba de menos, resoplando bajo el peso de una enorme escalera de pino.

—¡Así no hay manera, Rinaldo! —se queja el verdugo, poniéndose ceremoniosamente las gafas sin montura—. Te he llamado bien fuerte.

Yo lo puedo confirmar, pero el increpado, un hombre rechoncho de pelo rizado y órgano olfativo llamativo y prominente, no da señales de contrición.

—«¡La escalera! ¿Dónde está la maldita escalera de Jakob?». Éste era tu pie...

El bufón entrega al verdugo la tosca escalera de madera que ha acarreado, es decir, la deja caer, sin decir palabra, hacia el flacucho señor Jakob, de modo que se ve aplastada por ella.

—Tiene que llamarme antes, *signor* Tagliabue —dice, enfadado—. No sabe lo que es cargar con este maldito chisme. ¡Inténtelo usted mismo!

—¡No te pongas así, Rinaldo! —replica el verdugo, gimiendo bajo el peso—. De eso tiene que ocuparse la dirección.

Lo ha dicho en voz lo bastante alta como para que lo oiga la pelirroja asistente. Yo no me meto en la disputa sobre la señal y la sincronización justa. Todavía no me han «descolgado»; al encoger ligeramente los pies, nos tambaleamos girando al viento inexistente, suspendidos de los ganchos sujetos con hebillas que se ocultan bajo nuestros jubones, a la altura del cuello. Eso suena divertido, pero no se produce tal sensación, o por lo menos a mí no me hace ni pizca de gracia.

Puedo soportar la macabra situación reinante ahora, hoy y en las Marcas, y de la que yo mismo soy responsable. Pero no puedo olvidar a aquéllos a los que representamos, «el concejo güelfo de la ciudad de Iesi y su alcalde» que en aquel

entonces, en el año del Señor 1194, tuvieron que entregar el alma así, sin más ni más.

Sólo porque el emperador de la casa de los Hohenstaufen quería honrar con su visita a la ciudad, por eso tuvieron que morir... Limpieza general: ¡Elimina las manchas güelfas! ¡Hohenstaufen lava más blanco! Así de sencillo, aunque no indoloro, fue el asunto. Y eso que Su Majestad sólo estaba de paso, en un viaje apresurado a Sicilia, meditando otras atrocidades más importantes. ¿Acaso ni llegó a ver a los que fueron ejecutados en su honor? ¿Acaso la fugaz visita no fue más que el pretexto para despachar a la cúpula del partido papal dominante? ¿O es que se trataba de curarse en salud, ya que en el séquito del emperador Enrique VI viajaba la litera de la emperatriz Constanza, que estaba en meses mayores y se había rezagado ya un buen trecho? A fin de cuentas, un parto imperial entre las murallas de una ciudad siempre permitía echar mano de las arcas de la corona y obtener regalos y privilegios, sin olvidar las obligatorias donaciones a la Iglesia. Una ocasión así se prestaba a hacer la vista gorda, aun tratándose de güelfos leales al Papa. Es esa indiferencia de la Edad Media la que me estremece, por mucho que me fascine aquella época en otros aspectos. Quién sabe si aquella mañana de Navidad de 1194 yo no habría estado entre aquellos que no pudieron exigir a voz en grito, como yo ahora: «¡Descolgadnos de una vez!». Creo que la peor pesadilla para mí es pasar por mi propia ejecución, después de pasar por la vicaría.

Pero ni una ni otra cosa son alternativas para mí. Me he embarcado en un pacto que no permite ni el divorcio ni la deserción. Soy mi propio prisionero, mi propio galeote. El barco en el que hago las veces de remero, timonel y comandante se llama *Stupor Mundi*, el «asombro del mundo»; es una pieza de teatro, para más presunción, una especie de ópera o *historical*, como me gustaría llamarlo, para señalar desde el principio que ha de romper radicalmente con esas antiguallas que son las formas artísticas tradicionales. La he escrito yo mismo, y también soy el cocinero del barco que debe alimentar a la hambrienta tripulación que ha de representar y cantar mis textos. Yo soy el mástil a cuya arboladura se encaraman, agitando banderas e izando velas, soy la quilla cuyas vías de agua tengo que tapar, soy las tablas que ellos pisotean como pisotean mi paciencia.

En resumidas cuentas, soy el productor. Soy el capitán, pero no el armador. El armador es aquel hijo de puta con quien he firmado un contrato... ¡Afirmar que contraviene las buenas costumbres sería quedarse corto! Maxi, ese cerdo, mi socio, me puede dejar colgado en cualquier momento. Y así lo hace.

Llevo días esperando el dinero.

Capítulo I — El ahorcado

Yo, Manuel J. Berghstroem, no tomé el ascensor sino que bajé la escalera. En la recepción no había nadie; sólo Emilio, mi chófer, dormía con la boca abierta en uno de los sillones de piel sintética. El empedrado del mercado de Iesi todavía estaba húmedo por el rocío nocturno. Los adoquines reflejaban la luz cegadora de los costosos proyectores que iluminaban el cadalso y las tramoyas mientras se descolgaba a los condenados para que pudieran estirar las piernas. Ordené al jefe de iluminadores que apagara el generador. La difusa luz del naciente día me parecía suficiente.

—Pero el maestro quiere las sombras definidas...

—¡Pero no durante el descanso!

El hombre bajó el aparato, no muy convencido de la medida de ahorro de su productor.

—Y a ver, ¿quién es el responsable de que las señorías elegidas trabajen con la disciplina que es indispensable a los creadores artísticos? —se quejaba Jakob, el verdugo, justamente delante de Mia, que de todas formas ya ni sabía dónde tenía la cabeza.

Se sirvió un café tibio del termo y lo escupió.

—No me refiero al caballero de la escalera —añadió, pensativo— sino a los que había que colgar. ¡Faltaba uno! ¡Y procurad de una vez —incredó a la asistente, que se alejaba apresuradamente— que éste mea... que este oscuro líquido alemán por lo menos esté caliente!

La pelirroja Mia se detuvo en seco.

—*The Hanging belongs to the second unit, and that's my fucking business, mine, only mine, mister Tagliabue!*

¡Y en lo que respecta al agua sucia, vaya a quejarse a producción!

Dicho aquello, Firebirdie dejó plantado al flaco señor con aspecto de catedrático de ornitología.

La verdad es que faltaban ya dos de los delincuentes. Se habían ido a casa porque tenían frío. Pero a Mia no le daba la gana de revelarles eso al señor Tagliabue, no fuera que a él también se le ocurriera irse al hotel para calentarse. El papel de Jakob el verdugo había recaído en un miembro emérito de la compañía del venerable Teatro La Fenice, la ópera de Venecia, y en su condición de tal el señor se sentía ofendido. *Second unit*, eso sonaba a cosa de segunda categoría. Con manos temblorosas el *signor* Tagliabue sacó de la plateada petaca un cigarrillo liado a mano y pidió fuego a uno de sus ayudantes.

Yo había observado la escena a cierta distancia, sin intervenir. Conozco el problema, y no pienso hacer de suplente cada vez que falte algún comparsa, ya sea ayudante de verdugo o ahorcado. Mia se queja cada vez más de las proporciones que está adquiriendo la deserción, la absoluta falta de responsabilidad de los actores

secundarios y comparsas locales. Eso no tiene nada que ver con los condenados a la horca ni con el verdugo, ni con la cuestión de quién es «gibelino», es decir, partidario de los Hohenstaufen y quién «güelfo», es decir, papista. Es cierto que la circunstancia externa, la visita del emperador a la ciudad, es el lamentable motivo de que se mande al otro barrio a los miembros güelfos del concejo sin consultarles, pero si hubiese venido el Papa con un ejército comparable les habría tocado a los seguidores de los Hohenstaufen, al partido imperial. Era como ramos de flores que se ofrecieran en señal de bienvenida. El que hoy los ofrecía, mañana podía formar parte del ramillete y agachar tristemente la cabecita. Me parece importante subrayar este fatalismo en cuestiones de vida o muerte para que los sucesos que quiero narrar no se juzguen con la ética, fingida e hipócrita, sin duda, de nuestros días. Lo que se consideraba dramático no era la salvación o la pérdida de vidas humanas sino la necesidad de zanjar cuestiones de honor y de sangre, o sea, de derechos feudales, de la herencia dinástica y de la fe verdadera. Por eso se combatía, se sufría y se moría, y con un empeño mucho mayor al que hoy dedicamos al cultivo de la propia imagen, al ascenso económico, al consumo y al entretenimiento.

Tengo que ir al banco urgentemente, aunque no me atrae en absoluto la idea. Una sensación de flojedad en el estómago me indica que la transferencia aún no ha llegado. Intento demorar el enfrentamiento con la verdad. Mi mirada se aferra a los edificios de la *piazza*, símbolo visible de la existencia, si bien amenazada, de *Stupor Mundi*.

El trazado de la *piazza* se parece en cierto modo al de una iglesia románica. Vista desde el ábside, el hemiciclo «mejor» de las gradas superiores, donde se encuentra nuestro hotel, se inclina hacia el centro donde un obelisco señala ahora el lugar de la antigua cisterna. En el lado opuesto, en cambio, se ha conservado el nivel anterior, para no chocar con la cabeza contra el arco de la pequeña puerta de la muralla, que ahora ha quedado a un nivel muy bajo. Unos escalones que desembocan directamente encima de la empinada vía de adoquines conducen a la *piazza* ahora elevada. La pequeña puerta apenas se ve porque los *palazzi* renacentistas que se construyeron a su alrededor la esconden. Sólo las entradas dejan intuir la cercanía de la antigua muralla de la ciudadela; podría pensarse que se trata de puertas de garaje que dan a las viejas casamatas situadas a la izquierda. A mano derecha desembocan, formando un ángulo agudo, dos callejas; en medio se halla la vieja farmacia, a cuya puerta trasera todavía se accede por ambos lados, a pesar de nuestros decorados escénicos. El curso empieza inmediatamente a la izquierda del ábside elevado, mientras que el Gran Hotel di Suevia, el más exquisito de la localidad, donde nos alojamos, cierra con su fachada clásica el margen derecho del segmento circular. El portal da a un callejón lateral que luego desciende en escarpada pendiente hacia el garaje subterráneo y el adarve. Los dos flancos longitudinales de la *piazza* están adornados con arcadas, interrumpidas sólo una vez por la otra vía de acceso principal, el Viale della Libertà, que desemboca a cierta distancia del inicio del curso, de modo que se puede conducir

las procesiones formando una ese alrededor del obelisco y de la parte superior, la más fina.

Nosotros hemos instalado el escenario en el rincón opuesto, donde de todas formas no es posible la circulación de automóviles. Allí hay un espeso laberinto de casas y empinadas callejas, que como tramoya ofrecen un fondo pintoresco, si uno se imagina la Edad Media como un Neuschwanstein de los pobres. Para que la vista sobre los sucesos de *Stupor Mundi* sea óptima, el escenario se eleva notablemente por la parte trasera, lo cual deja sin luz la farmacia y algunas tiendas, pero en cambio permite instalar hasta la altura del ábside asientos para el público desde los cuales se ve y se oye lo que sucede en la escena. ¡Los palcos más caros serán los balcones de nuestro hotel!

Flanquean el tablado central dos complejos de edificios, colocados delante de las casas medievales, y que sutilmente muestran la fachada al tiempo que permiten al mirón espiar sus entrañas. A la derecha está la casa del carnicero, abajo el matadero con toda clase de bichos despellejados, arriba el dormitorio conyugal de maese Ugo y su *donna* Alfia. Cuando *donna* Alfia se asoma a la ventana en camisón, desde los asientos más caros se puede admirar su trasero de alabastro. Al otro lado, es decir, a mano izquierda, se alza la taberna. Se permite a la mirada descender a la cantina y subir a la bien aireada buhardilla del bufón de Iesi.

Supongo que en una de esas camas estará Rinaldo, probablemente con su dulce Beatrice. Quizá sea la única cosa razonable que se puede hacer en un día de invierno húmedo, frío y oscuro como éste. Tenía que ir al banco. Pero primero pedí a Mia, que pasaba corriendo, que me procurara un caffè decente.

—Trabajando de noche y haciendo horas extras, eso es más importante que el sobresueldo.

—¡No me hace ninguna falta! —replicó Mia a su *producer*—. ¡Ya estoy excitada! ¡Genio del cazzo!

—Grazie cara —dije y dejé en paz a la indestructible.

Con lo de genio del cazzo no aludía a mí sino a Reinhold.

Me veo entrar en el venerable *palazzo* de mi vaga esperanza como un atracador amedrentado. Rellené un cheque de diez millones de liras y lo empujé hacia el cajero. Éste tecleó el importe y los números en el ordenador, miró dos, tres veces el impreso, la pantalla, y luego sacudió la cabeza. «¡El señor Berghstroem solicita hablar con el director!». «Que no está el director, no vuelve hasta la tarde». «Pero entonces el banco estará cerrado», objetó Berghstroem, dominándose. El empleado alzó los hombros, sin compasión. Berghstroem estaba a punto de estallar cuando un dedo como un cañón de revólver se me hundió en la espalda. Era don Achille.

—¿Puedo ayudarle en algo?

El teniente de alcalde de Iesi parecía, por su aspecto y modales, un empleado de banca, un ratón gris, pero por algún motivo inescrutable simpatizaba con *Stupor Mundi*.

—¿Qué pasa? —preguntó, con un tono que a su reflejo en el espejo debió de sonarle a reprimenda.

El hombre al otro lado del cristal de seguridad volvió a encogerse de hombros, si bien esta vez como quien pide disculpas. Pero Berghstroem contestó:

—Estaba preguntando por un sitio donde pueda aterrizar el helicóptero de nuestro financiero, que desea venir próximamente a cerciorarse de los avances de nuestro trabajo para *Stupor Mundi*. Le interesa mucho conocer a las personalidades más destacadas de la ciudad, ya que invierte aquí cincuenta millones por semana.

—Es un honor —se apresuró decir don Achille—. No habrá problema. No podrá aterrizar en la *piazza*, porque el Centro *Storico* ha impuesto una prohibición rigurosa de sobrevolar la zona, pero el hospital dispone de...

Berghstroem rechazó la sugerencia con un gesto de enfado.

—Ésta no es manera de recibir a los huéspedes en esta ciudad; aquí —dijo señalando al hombre detrás del cristal de seguridad, que se encogía cada vez más—, aquí no hay director, y ni siquiera me pagan este ridículo cheque.

—¿Cuánto es? —preguntó don Achille.

—*Dieci* —señalaron las manos mudas y modestas.

—*Vì garantisco io!* —decidió el teniente de alcalde.

Detrás del cristal se escuchó un aliviado *Come non detto, dottò*, y el cheque se pagó.

Me metí los billetes en el bolsillo de la pechera sin mirarlos, y entonces fui yo quien le dio a don Achille una palmada amistosa en la espalda.

—Para lo del aterrizaje ya encontraremos alguna solución digna. ¡Seguiremos en contacto!

Berghstroem salió del banco con paso enérgico.

En la *piazza*, Ray había adelantado la «Balada del rey cautivo» en vista de las dificultades que tenía Mia con los comparsas. La balada tenía la ventaja de no requerir más actores que él mismo y Rinaldo. Tiritando de frío, pues había empezado a lloviznar, Rinaldo el bufón contrapunteaba:

*El rescate más alto de la historia mundial
al emperador Enrique le trae fruto fatal.*

Entonces el director, vestido de trovador, tañó con dedos entumecidos las cuerdas del laúd que llevaba colgado del cuello y, más que cantar, graznó:

*A costa del noble héroe se enriquece,
escarnio al Papa, a Sicilia matanza
causa el villano y desposa a Constanza*

*la casta, por el trono que ella ofrece.
¡Ricardo, oh Ricardo!*

Rinaldo el bufón, que según las indicaciones debía rascarse constantemente la joroba artificial y no las partes, como hacía casi siempre, se golpeaba el cuerpo con los brazos para que la circulación se activara y le calentara las manos, pues su vestimenta no tenía bolsillos.

*Llegará tarde, el hohenstaufen se está acercando,
preñada la princesa, roba el trono normando.*

Ray me vio y transformó su «Ricardo, oh Ricardo» en «¡Emmy, oh Emmy!», e hizo una seña a su *producer*, invitándolo a acercarse.

—¿Traes la pasta?

Asentí con la cabeza.

—Entonces propongo que nos expliques a todos los implicados que estamos aquí... —Ray señaló con gran ademán la *piazza* y el escenario, donde no se veían, sin embargo, multitudes de comparsas; sólo Jakob el verdugo y sus ayudantes seguían aguantando el frío—, el trasfondo político de *Stupor Mundi*, para que se entienda mejor la trama.

—Por ejemplo, quisiera saber qué pinta en esa historia Ricardo Corazón de León —se inmiscuyó Bea, saliendo del decorado envuelta en dos mantas.

—Y esta explicación histórica absolutamente indispensable —prosiguió Ray, impávido— será mejor que nos la des en la pizzería, donde una estufa caliente...

—No —decidí, con siniestra sonrisa—. En la *pizzeria*, no. En el restaurante de nuestro hotel. Os invito —añadí, al sentir que cundía la vacilación ante el gasto notablemente mayor.

Nos pusimos en marcha inmediatamente. Yo sabía lo que me hacía; se lo expliqué a Mia mientras nos acercábamos juntos al hotel. Éramos los últimos.

—Allí lo podemos poner en la cuenta.

—Necesito dinero, Manuel —dijo Mia—. Urgentemente. Dos y medio para pagar la pensión, tres o cuatro para los comparsas, por lo menos tres para los «cestini» de las últimas semanas...

—A partir de ahora hazte traer la comida para los descansos del Restaurante Le Delizie.

—¡Es demasiado caro!

—¡Pero allí no tenemos que pagar en seguida ni al contado!

Mia agitó la roja cabellera en señal de desaprobación.

—Luego está el plazo de la carpintería, el alquiler de la luz y de la plaza...

—Vale, vale —interrumpí—. ¿Cuánto es?

—Doce, contando sólo lo más urgente; para pagar por lo menos un anticipo, si no

nos cortarán la luz.

—Nueve —dije, llevándome la mano al pecho.

Conté un millón, lo aparté para mí y le entregué el resto.

—¿Y qué pasa con las dietas, sin mencionar nuestros honorarios semanales?

—Hay que esperar —contesté—. Yo también espero.

Entramos en el hotel.

Una vez cumplidos todos los deseos en lo tocante a los postres —*macedonia, tiramisù, panna cotta, charlotte, profiteroles, torta di Mandorla, di limone, ai pinoli, della nonna*— tomé la palabra yo, Manuel J. Berghstroem, renunciando generosamente al «dolce».

—A raíz de los conflictos entre los dueños anteriores, los griegos y los lombardos, que se consideraban sucesores de Roma, el sur de la actual Italia —Apulia, Benevento, Calabria y la isla, el «Reino de las Dos Sicilias»— cae a finales del siglo IX en manos de los árabes, que se trasladan allí desde Túnez. A mediados del siglo XI, un puñado de normandos empieza a expulsarlos e instaura un reino cristiano que reconoce al Papa como señor supremo. Pero la casta feudal de los nuevos amos es tan reducida que al cabo de tan sólo cien años se ve amenazada de extinción.

Tomé el café que mientras tanto me habían traído y pedí un vaso de agua; los otros pidieron *grappa*, Ray un coñac francés.

—En Alemania reinaban ya por entonces los Hohenstaufen, una dinastía suabia. Sus dominios se extendían hasta más allá de los Alpes, hasta el corazón de Italia, donde colindaban con el *Patrimonium Petri*, los Estados de la Iglesia. El emperador Federico I, de sobrenombre Barbarroja, ve la ocasión de apoderarse también del sur y casa a su segundo hijo, Enrique VI, con la última heredera de la corona siciliana, Constanza d'Altavilla o d'Hautville. Se obliga a la princesa, que tiene ya treinta y un años, a abandonar el convento y a casarse en Milán, en 1186, con Enrique, al que lleva diez años.

—¿Y cuándo sale «Cuor di Leone»? —terció Bea—. ¡Es tan mono!

—Era maricón perdido —la informó Rinaldo.

—Cuatro años después, Barbarroja muere camino de una cruzada que quería emprender con el rey de Inglaterra, Richard the Lionhearted. A continuación, Richard ofende al duque de Austria, que como vasallo de mayor rango del emperador había asumido el mando de los alemanes. El duque se marcha y jura venganza, lo cual es ridículo, pero... —Tomé un trago—. Pero, cosas de la vida, su deseo se cumple: el Corazón de León cae en sus manos en Viena, durante el viaje de regreso, porque no encontraba el camino a través de los Alpes a Baviera, que era tierra güelfa. El duque Leopoldo vende su presa al emperador Enrique, cobrándole la parte correspondiente, y éste extorsiona a Inglaterra, apoderándose de la totalidad del tesoro de la corona...

—¿Y Ricardo, pobrecito?

—Bea —dijo Ray—, ve a ver a Robin Hood y no interrumpas a Emmy.

—Con este rescate, la mayor suma que se pagó en la historia del mundo, Enrique

puede armar un ejército para conquistar el sur de Italia, ya que los normandos y su soberano oficial, el Papa, hace mucho que ya no quieren tener como rey al Hohenstaufen, si es que lo quisieron alguna vez. Hasta entonces éste no había tenido hijos con Constanza, pero resulta que, al cabo de ocho años de esfuerzos conyugales infructuosos, la emperatriz queda encinta, lo cual naturalmente provoca que las malas lenguas...

—¡Pero cuarenta años no es una edad excesiva! —observó Bea.

—En aquella época —repuse— no pensaban lo mismo, y las medidas que tomó la corte imperial indican que se tenía conciencia de lo ambiguo de la situación. Pero la pareja imperial tuvo que aguantar el embarazo, que ya se había anunciado oficialmente, y darle culminación con el feliz nacimiento del heredero. Con esto llegamos a Iesi...

Pedí una *grappa* también, y cuando el *Nonnino Nero* me resbaló gáznate abajo, aspiré una profunda bocanada de aire.

—En diciembre de 1194 —continué—, el ejército imperial cruza los Alpes y avanza siguiendo la costa adriática. Constanza, que está en meses mayores, no puede seguir la velocidad de la marcha; Enrique la deja atrás con una retaguardia y continúa la marcha a Sicilia con el ejército. En Navidad se hace coronar rey en Palermo, provoca una matanza espantosa entre los familiares y parientes de Constanza, ignorando que ésta había dado a luz al hijo deseado aquel mismo día, en Iesi, pues no llegó más lejos; allí empezaron los dolores del parto.

—¿Y entonces? —preguntó Ray—. ¡Ahora por lo menos acaba de contar la historia!

—¿La historia de Federico II? —intervino Rinaldo, entre la desgana y la incredulidad.

—Bueno —me esforcé por decir, fatigado—. El recién nacido es entregado en custodia al duque de Espoleto; a la pobre Constanza se le ordena reunirse con el emperador en Bari, y ella obedece.

—Pues andaba bastante mal ese matrimonio —terció Bea.

—Hacía mucho que andaba mal —puntualizó el cronista—. Pero entre la alta nobleza de aquella época imperaban unas costumbres rigurosas en lo relativo a la responsabilidad dinástica, que podían exigir cualquier sacrificio. Tres años después, la muerte alcanzó al cruel Enrique en Messina, sin que hubiera visto jamás a su hijo. Antes de que los alemanes puedan apoderarse de él, la madre hace secuestrar al niño de Espoleto y en la Pascua de 1198 lo corona en la catedral de Palermo. Federico tiene entonces cuatro años. En agosto muere también Constanza...

Estoy acostado en la cama de Mia, en la pensión *Quattro Stelle*. Es un acuerdo tácito desde que una vez me dormí allí, muerto de cansancio. Mia tardará en llegar; como asistente tiene todavía mucho que hacer antes de poder retirarse. Hay que

acordar entre la dirección y los técnicos el programa de los próximos ensayos, y luego hay que poner en marcha los preparativos que resulten de ello. En este punto, Firebirdie es inflexible; a fin de cuentas, fue por eso que la contraté.

Mia Parker no es mi tipo, en absoluto. Las pelirrojas, de un rojo tizianesco, para ser exactos, sólo me turban cuando la cabellera rodea un rostro exótico, etéreo o color de nata, con venas azuladas en las sienes, grandes ojos profundos y oscuros, pómulos fuertes y elevados, y una boca generosa. Un cuello nervudo desemboca en un esbelto cuerpo, y luego piernas, piernas, piernas...

Firebirdie es, por desgracia, de constitución corpulenta, casi rechoncha, y está llena de pecas. Estoy acostado en su colchón de plumas y pienso en el blando cuerpo de Beatrice. Podría arrebatársela a Rinaldo. Pero ¿quiero hacerlo? Con ella, encima de ella, me veo fracasar lastimosamente como amante; siento cómo sus ardientes carnes se enfrían debajo de mí, cómo se sustrae a mi abrazo, sin disimular la decepción con ninguna palabra de consuelo, oigo el ruido del bidé indicándome que se está librando de las exiguas huellas de mi eyaculación precoz, y con los ojos entornados la veo ponerse la bata y abandonarme sin despedirse para buscar con Reinhold lo que el cuerpo rubensiano de esa vaca rubia sin duda merece.

Todo el mundo cree erróneamente que los productores del *showbusiness* se revuelcan en el sexo como verracos en una pocilga llena de cerdas, fumando puros y sorbiendo *whisky*, escogiendo a discreción entre volubles mamadas a boca de *starlets* adictas al éxito y el trasero tomado a tergo de la diva curada de espantos, porque los caminos que conducen a la gloria otorgan a uno semejantes poderes. ¡Nada más lejos de la realidad! Son todos unos impotentes, víctimas de la bancarrota sexual, y nunca mejor dicho: la culpa la tienen los financieros, ¡los tipos como tú, Maxi! Es fácil follar bien cuando uno tiene dinero (o no lo necesita), pero el desgraciado del *executive producer* no pertenece a ninguna de esas dos categorías. Depende del dinero líquido diario, y tú lo haces saltar en pos de la salchicha que mantienes a la altura justa para que pueda morder el pedacito que le cubre las necesidades del día, sufriendo el miedo constante de que mañana la ración será más pequeña aún o se le denegará del todo. Así tu criatura mendiga gruñendo, jadeando y haciendo cabriolas, brincando y mordisqueando, y más cuando en el fondo intuye que será la primera en ser sacrificada si todo el tinglado se va a pique. Siente el dardo en la frente, el cuchillo en el cuello, casi le fallan los pies de tanto resollar despiadado, del humillante suplicar y reclamar y esperar la llamada redentora del banco. ¿Y con todo eso pretenden que uno pueda follar?

En la confusa duermevela escucho el parte meteorológico:

... una ola de frío causada por el avance de un frente de aire frío polar con tendencia a descender a latitudes inferiores. Todavía resulta imposible prever el comportamiento de esta borrasca, que se acerca a gran velocidad, una vez haya cruzado los Alpes. Expuesta a vientos cambiantes, provocará algunas

turbulencias si en el norte del mar Adriático choca contra el anticiclón mediterráneo que hasta ahora se mantiene constante. Habrá chubascos aislados en las Marcas, con vientos crecientes de sudoeste. A continuación el informe meteorológico marítimo: Ancona marejada, Bari...

El chapoteo del lavamanos me irrita; alzo los párpados. Mia está de pie, inclinada hacia la luz del tubo de neón instalado encima del espejo, con la espalda desnuda vuelta hacia mí. A falta de una ducha, se lava con un paño. Vuelvo a cerrar los ojos y me hago el dormido, esperando que se meta en la cama conmigo. No se puede desterrar la pálida luz de la mañana de invierno, aunque Mia haya cerrado las cortinas al llegar. Se aprieta a mi lado, tratando de no despertarme. La transpiración de su piel ardiente por el agua fría y el cosquilleo de algunos cabellos sueltos de su indómita melena de león en mis fosas nasales me hacen abandonar el juego de escondite. Paso un brazo alrededor de su cuerpo.

—Pobrecito —dice—. ¿Ha llegado el dinero?

—No —respondo, suspirando—. Quizá mañana...

—Ya es mañana —me recuerda—. El banco cierra a la una y media.

—Despiértame a la una —convengo.

Sé que no es por interés propio que me recuerda mis deberes, sino porque está preocupada por la continuidad de la producción, quizás incluso por mí.

—¿Por qué tu mecenas siempre tarda tanto en pagar? Podría mandar el dinero por domiciliación bancaria, con regularidad...

—Pía Mia —digo—, a él le trae sin cuidado que avancemos con la obra o no, porque de todos modos no cree en ella. Lo único que le interesa es ver cómo nos deslomamos...

—¿Qué dices? —se rebeló Firebirdie—. ¿Ese ricachón no quiere ver a cambio de sus míseras perras un éxito que le recompense con creces la inversión que...?

—Qué va —digo, refocilándome con su indignación—. A ése no le hacen falta las ganancias, ni siquiera la amortización. Eso a él no le cuesta nada; ese tipo hace dinero con dinero. Lo que quiere es el morbo de ver a un puñado de locos que se entusiasman, se desesperan, se obsesionan, se desmadran y van de culo para poner en escena *Stupor Mundi*.

—Pero ¿por lo menos se lo pasará bien?

—No estoy muy seguro. Digámoslo así: si funciona, está bien. Con esa indiferencia se gana la pasta. Cuando Maxi entra en un casino y apuesta a *plein*, las más de las veces sale el número.

—¡Qué aburrido! —ronronea Mia; me coge una mano y la coloca sobre los rizos de su pubis.

—Exacto —corroboro y hago caso omiso de su tácita invitación—. Con nosotros aquí, en estas Marcas dejadas de la mano de Dios, en la peor estación del año, el señor se monta una creación en la que él puede hacer el papel de Dios, mientras

nosotros nos encargamos del trabajo sucio: moldear una organización de barro, arrancarnos de las costillas la inspiración y para colmo pelearnos con la producción por la fruta y la serpiente. ¡Y eso que no estamos en ningún paraíso!

—¿Cómo lo sabes? —recela Mia—. Yo no soy más que una empleada auxiliar que apenas cobra lo que estipula el convenio, pero a vosotros, los creadores, probablemente os querrá desollar, y de mala manera.

—Tengo un contrato —digo, en el fondo con pocas ganas de seguir entrando en detalles— que dice con toda claridad que Maxi paga mientras lo que hacemos le siga interesando.

En aras de la paz le dedico el dedo corazón.

Mia lo agradece únicamente con un leve cambio de tono.

—¿A eso lo llamas «claridad»?

—Conozco a Maxi —aseguro, mientras me ocupo de su clítoris, lo cual a mí, lo admito, me excita ligeramente, y a Mia mucho.

—¡Tú no conoces a Maxi!

Para no provocar una atmósfera demasiado festiva, me apresuro a continuar:

—Lo tengo todo controlado. Depende sólo de la excitación que le produzcan los informes que le debo presentar, que la historia le parezca lo bastante apasionante como para dejarnos seguir...

—¡Para ya! —jadea Mia furiosa y me vuelve la espalda.

Empleo la mano liberada para sacar un cigarrillo del paquete.

—¡Mierda! —dice Mia, entristecida.

Fumo y le doy unas caladas de mi cigarrillo. Miro el techo de la pensión barata de Iesi y no le digo que haré constar todo ello en mi informe, incluidos los acontecimientos de esta hora avanzada de la madrugada.

Mia se incorpora y me examina.

—Conmigo te puedes bajar los pantalones, pero delante de aquel tipo no te debes desnudar, porque nos desnudarías a todos los que tenemos que ver contigo.

Como no parezco ocuparme más que de exhalar anillos de humo, Mia me zarandea; su rojiza melena me cae sobre la cara y destruye mis anillos.

—¡Será mejor que te inventes algo! Tú lo sabes hacer. ¡Miente, exagera! Pero ¿quién te manda contarle a ese Maxi cada pedo que soltamos aquí como si fueras un soplón de la *Stasi*?

Sí, ¿quién? Yo callo. El demonio de la fidelidad y el de la traición no sólo habitan el mismo pecho, véase Hagen de Tronje, sino también el mío. Se funden en uno, tanto más inseparables cuanto más incondicional sea su dominio. Sólo los tibios están a salvo de ellos. He firmado un contrato con Maxi que nos obliga a los dos mucho más allá de lo escrito. Si quiero cerciorarme de que él lo cumplirá me está vedado cualquier atajo, cualquier interpretación que sea de mi conveniencia. Él quiere mi alma, yo quiero *Stupor Mundi*. No puedo explicarle eso a Mia, así que murmuro «Sí, sí» cuando ella insiste.

—¿Me lo prometes, Manuel?

Mia es la única que me llama así. ¿Y cómo se lo agradezco?

—Sí —miento a sus ojos verdegrises, y ella me lo agradece apretando su cálida entrepierna contra mi muslo, lo cual me deja frío.

En el fondo ella tiene razón. Ni yo soy el doctor Fausto, ni ella es Margarita. Se me ha metido entre ceja y ceja la idea de enriquecer el admirado mundo de los medios de comunicación con un espectáculo que me inmortalizará. Por eso paso por encima de cadáveres. ¡Pero no soy idiota, no soy un primo del que puedas sacar provecho, Maxi!

Delato a mis colaboradores, traiciono a quienes confían en mí y puede que hasta me quieran o por lo menos pretendan ayudarme. ¡Qué más quisieras, viejo canalla! Soy tu espía, nombre en clave: la gorda Emmy. Algunos emplean la forma mutilada «Manni»; las dos cosas se derivan de mi nombre de pila, Manuel, Manuel J. Berghstroem. Los italianos dicen «Berkestrom», porque de lo contrario la hache después de la ge no tiene sentido para ellos, y me llaman «Emanuele».

Esos distintos grados de familiaridad se deben, por una parte, a la inclinación de mis amigos, homosexuales sin excepción, a colgarle a todo y a cualquiera atributos femeninos, mientras que el estúpido «Manni» corresponde a la informalidad de mis técnicos, que llevan años trabajando conmigo, aunque después de cada viaje infernal de producción juran que ésta ha sido la última vez que me dejan que les explote o les tome el pelo. Me importa un bledo mientras no me toquen el «J.», que representa el nombre de pila que tanta vergüenza me da, «Jonathan», obsequio funesto de un padrino desaparecido largo tiempo atrás. Sólo tú, Maximilian Bock, me atormentas con el apelativo «Jonathan», lo cual tiene, sin embargo, la ventaja de que nadie sabe de quién estás hablando. Derramas tu cerviguda risa de cazador de caza mayor sobre Jonathan, que corre tras el éxito con temas equivocados o personas inadecuadas. Es verdad que he hundido algunas empresas, pero he sobrevivido siempre. Me veo como creador, y en Italia, donde mi reputación aún no está arruinada, me tienen por hombre adinerado cuando no rico. ¡Qué gracia! Pero esta vez, y tú lo sabes muy bien, esta vez he dado con el tema justo, y fue por eso que te apuntaste. Te escribiré los informes porque estoy a tu merced, pero no pienso desnudar a «Jonathan» como narrador en primera persona en mayor medida que a todos los demás. Desnudos ya estamos de todas formas, pero nuestras almas, aunque se rompan y se hagan jirones como la dignidad de nuestras intimidades, de nuestros sueños; nuestras almas no las arrojaremos a tus fauces sólo porque tú seas el propietario del barco, por lo menos no hasta que nos hundamos. Entonces ya veremos cómo se comporta cada uno. Yo creo en la salvación, en la isla con el cofre del tesoro. Entonces entrará en vigor la cláusula de beneficio del contrato: el sesenta por ciento para ti, el cuarenta por ciento para nosotros; para ser exactos: un cinco por ciento para el director, Ray Maulman; un diez por ciento para el compositor Reinhold Schilling; y un veinticinco por ciento para un servidor, con lo cual queda recompensada tanto mi actividad de productor

como mi libreto.

Esto lo tengo que aguantar hasta el final, aguantarlo de pie, sin desistir y sin pasar por el aro. En eso Firebirdie tiene razón. No debo presentarme en primera persona, sobresaliendo entre los demás. A partir de ahora, «Manuel J. Berghstroem» no será más que uno de los personajes de la acción, un objeto acerca del cual habrá que informar cuando haga falta. Ningún rastro viscoso conducirá a aquel que escribe los informes. ¡Lo tienes que aceptar, Maxi! Contigo tampoco se puede hablar personalmente.

Mientras corre esta cortina de tul de la vergüenza, a Berghstroem se le ocurre que dentro de ciento diez minutos tiene que ir al banco, pues de lo contrario lo encontrará cerrado, y Berghstroem no llega a saber si el vistazo a lo que pasa entre bastidores te ha dejado por ahora satisfecho. ¡Moloc!

Capítulo II — El mago

Don Achille había invitado al equipo de *Stupor Mundi* a una visita oficial al ayuntamiento. El *producer* transmitió la invitación solamente a Ray y a Rinaldo, y éstos se llevaron a Mia Parker. Cuando llegaron al municipio, llenaban la sala de reuniones todos los próceres de la ciudad de Iesi. Berghstroem vio a la *marchesa*, a *monsignore* Pasquale, pero también al farmacéutico, al director del banco y a muchos otros personajes que le eran desconocidos, pero que se daban importancia mientras saludaban con aplausos la entrada de la reducida delegación de *Stupor Mundi*. A continuación se produjo un silencio ligeramente engorroso, y don Achille se dirigió a Berghstroem, susurrando:

—La Comisión de Cultura espera que usted diga unas cuantas palabras sobre los Hohenstaufen y Iesi...

—¡Cómo! —se sobresaltó Berghstroem—. ¿Me piden que dé una conferencia ahora?

—Sólo un par de frases sobre Federico, *Stupor Mundi* y todo eso.

Le tocaba a él cargar con el muerto; ni Ray ni Rinaldo hicieron el menor ademán de liberarlo de esa tarea. Además, la culpa no la tenía nadie más que él mismo. Así que se quitó el sombrero y se acercó a la tribuna como si hubiese venido expresamente a tal fin: les daría una lección. Hablando de memoria, sin manuscrito, como todos podían ver, Berghstroem empezó su discurso.

—*Stupor Mundi*, el «asombro del mundo», es la palabra que representa a Federico II, el monarca con el que culmina la gloriosa estirpe de los Hohenstaufen. Federico es el no va más, a saber, la cumbre de una ascendencia que se había iniciado apenas sesenta años antes, cuando fue elegido rey el duque de Suabia, Conrado III de Hohenstaufen. Apenas una generación más tarde la dinastía alcanzó su pleno esplendor: Federico I, llamado Barbarroja, sobrino y sucesor de Conrado, es el primer Hohenstaufen que se hace coronar emperador. Este legendario monarca logra, como ningún otro emperador alemán desde Carlomagno, tanto imponer el poder del Imperio romano tanto a los duques tribales rebeldes, por ejemplo los güelfos, como rechazar las aspiraciones a la independencia de las ciudades-república lombardas y, sobre todo, las pretensiones de poder terrenal de la Iglesia romana. Los hombres de aquella época debieron de recordar como ésta había humillado en Canossa a un emperador alemán durante la llamada Querrela de las Investiduras. El odio de la Iglesia persiguió también a Barbarroja durante todo su reinado. Éste se vio obligado a emprender en total seis campañas en Italia. En 1186, el emperador se dispuso a dar el golpe decisivo: coronó en Milán como rey de «Italia» (así se llamaba entonces la parte del Imperio comprendida entre los Alpes y los Estados de la Iglesia) a su hijo y posterior sucesor Enrique VI y lo casó con Constanza d'Altavilla, la última heredera del trono normando de Sicilia.

Berghstroem hizo una pequeña pausa, no tanto para ordenar sus pensamientos

como para captar alguna reacción en los rostros de sus oyentes. Don Pasquale contemplaba concentrado el techo artesonado de la sala del ayuntamiento, como si tuviera que pedir a su Jefe perdón porque, él, su fiel servidor, se sometiera a esto. La *marchesa* miraba al frente con expresión férrea, haciendo caso omiso de la tempestad anímica que sacudía a su vecino.

—Cuatro años después, y a pesar de su avanzada edad, Barbarroja emprende una segunda cruzada a Tierra Santa, pero muere ahogado por el camino, en Turquía. Sus soldados sumergieron el cadáver en vinagre y lo conservaron consigo; así se formó la leyenda de su inmortalidad, preludio de la leyenda del Kyffhäuser, que más tarde habría de compartir con su brillante nieto. He aquí el inicio del mito de los Hohenstaufen del que se nutre Iesi y al que tenemos intención de rendir homenaje con nuestro *Stupor Mundi*. ¡Iesi y *Stupor Mundi* se fundirán en una obra de arte multimedia digna de la grandeza y la importancia de Federico II!

Berghstroem había adoptado durante el discurso un tono cada vez más enfático, lo cual, más que emocionarlo, le secaba la garganta. Buscó con la mirada un vaso de agua, pero no había ninguno; de modo que prosiguió:

—Dejemos que el nonato nos remonte a su época, a la época de las cruzadas. Para Enrique VI, hijo y sucesor de Barbarroja, como para cualquier monarca, semejante cruzada era cuestión de honor. Pero en primer lugar, el interés del emperador se centraba en otro objetivo que tenía más al alcance de la mano: la conquista del Reino de las Dos Sicilias, sobre el cual había adquirido derechos mediante su matrimonio. Unió *regis ad imperium*, esa incorporación del sur de la península de los Apeninos era un sueño que antes de los Hohenstaufen habían albergado ya secreta o inconfesadamente todos los monarcas alemanes. Ahora había de hacerse por fin realidad, a pesar del Papa. Las circunstancias pueden interpretarse como un milagro o como obra del diablo, según el punto de vista y las simpatías de cada cual. Sea como fuere, Enrique desciende con su ejército por la costa adriática, procedente de sus tierras patrimoniales, con la barriga de su mujer tan repleta como la caja de caudales destinados a la guerra. Muy pronto Constanza se ve incapaz de mantener el ritmo del avance, tampoco comparte el ansia de su esposo de someter Sicilia, donde los parientes normandos de ella han elegido rey a Tancredo de Lecce. Quizá tampoco quiere presenciar el baño de sangre que con toda probabilidad se producirá entre sus paisanos. En cualquier caso, decide interrumpir el viaje aquí, en la bien fortificada ciudad de Iesi, cercana al mar y protegida por Espoleto, ciudad leal al emperador, para dar a luz a su hijo.

Berghstroem miró satisfecho a la sala, sumida ahora en un silencio total. Sólo don Achille parecía demasiado meditabundo, con los ojos cerrados y una mano apoyada en la sien; estaría durmiendo.

—A Constanza no le cabía ninguna duda —continuó Berghstroem, alzando la voz pero sin obtener el resultado deseado— de que daría a luz a un hijo varón. Desde el punto de vista dinástico hay demasiado en juego, y sus propios anhelos giran

únicamente en torno a él, el verdadero rey de Sicilia, con el cual espera reconciliar a su pueblo. No le hace ninguna falta esperar hasta recibir la horrenda noticia de la matanza de Navidad en la isla. Ella conoce bastante bien el carácter de Enrique desde que fue arrancada, ocho años atrás, de la paz y el retiro voluntario en un convento y arrastrada al lecho nupcial del Hohenstaufen. Si fuera por ella, «Federico» (a quien ella habría preferido llamar «Roger Constancio») jamás sería rey de los alemanes, de esos bárbaros del norte, y mucho menos tendría que soportar la carga de la dignidad imperial. Entonces tiene lugar el «milagro de Iesi». ¡Sin lugar a dudas, fue aquí donde Federico II vio la luz el 26 de diciembre de 1194!

Don Achille se incorporó sobresaltado.

—El hecho de que este acontecimiento, que queremos revivir con nuestra pieza *Stupor Mundi*, haya conmovido tanto los ánimos desde entonces hasta el día de hoy, se debe no sólo a las circunstancias, a las medidas espectaculares tomadas por partes diversas y enfrentadas y a las conjeturas desenfundadas que suscitó, sino también a la agitada trayectoria del pequeño Federico, que la emprendió muy pronto. El meteórico ascenso de «Puer Apuliae» a espléndido monarca repercute sobre su lugar de nacimiento, que él gustará de llamar más tarde «mi Belén», y baña los sucesos de aquella noche en una luz esplendorosa, pero que también desdibuja muchas cosas.

Los ojos del farmacéutico brillaban como brasas tras los gruesos cristales de las gafas. Incluso Ray, que en otras ocasiones solía interrumpir con comentarios sarcásticos los discursos de Berghstroem, se veía obligado a escuchar atentamente, lo cual alegraba al conferenciante.

—En nuestro *Stupor Mundi* pretendemos tener en cuenta esos múltiples aspectos y versiones; tampoco nos creemos poseedores de la verdad única y exclusiva, pero de una cosa no cabe ninguna duda: aquí nació el «asombro del mundo», hijo de una mujer que aspiraba a cualquier cosa menos a eso.

En la sala se elevó un rumor del que Berghstroem decidió hacer caso omiso. ¡Este hueso lo tendrían que roer durante algún tiempo!

—De otra forma muy distinta se presentaba la situación para Enrique, el despótico padre del niño, que había seguido viaje a toda prisa hasta llegar a Sicilia. Si su prepotente antepasado Barbarroja había incorporado al Imperio por matrimonio Provenza y Borgoña, Enrique soñaba con un imperio mediterráneo, con capital en Palermo o Nápoles, que se extendiera hasta Tierra Santa, aniquilando Bizancio. Preparó con esmero la más grandiosa cruzada que el mundo hubiera visto o sufrido, pero en medio de los preparativos, tres años después de que en Iesi naciera su hijo (a quien jamás llegó a ver ni lo deseaba), la malaria acabó de improvisado con su vida en Messina.

»Antes de que los alemanes del Imperio puedan apoderarse del niño... —“¡Un vaso de agua!”, pensó Berghstroem, “¡sólo un trago!”, y continuó apresuradamente para despachar la faena lo antes posible—, Constanza lo sustrae a la tutela de la duquesa de Espoleto y se lo hace traer a toda prisa a la isla por seguidores suyos. El

día de Pentecostés de 1198 corona al niño, que cuenta cuatro años, rey de Sicilia en la catedral de Palermo, lo encomienda a la protección de la Iglesia y muere en agosto.

Berghstroem hizo una pausa y dirigió una mirada a don Achille en busca de ayuda. Lo único que se granjeó fue una sonrisa satisfecha.

—Aquel mismo año, el tutor de Federico nombrado por Constanza, el conde Lotario de Segni, ocupa en Roma la silla pontificia como papa Inocencio III. Con ello, el más brillante de todos los Hohenstaufen ha encontrado a un no menos enérgico contrincante, un hombre extraordinario, ambiguo, desconcertante, irascible y obsesionado por el poder, adicto al poder incluso, que desde una inteligencia brillante y una sed insaciable de conocimientos hasta la estupidez política saca a relucir todas aquellas facetas que admiramos también en el estupendo Federico, facetas que nos infunden terror pero que perdonamos al carismático Hohenstaufen. Federico II e Inocencio III tuvieron que odiarse uno al otro y se odiaron hasta la muerte de uno y la ruina del otro.

Berghstroem miró a Mia, quien le dirigió una mirada alentadora. ¿O es que había alguien más detrás de él?

—El arco de los Hohenstaufen se había tensado en exceso. Con el segundo de *sus* tres matrimonios, Federico incorporó al Imperio de los Hohenstaufen el reino de Jerusalén, del que por entonces no existía ya más que el nombre, pero su poderío estaba ya carcomido, como decimos nosotros. No había forma de mantener un imperio que se extendía desde el norte hasta el sur, desde las tierras de la orden de los caballeros teutónicos en el Báltico hasta la fortaleza fronteriza de Starkenberg en el Líbano. Aparte de la hostilidad exacerbada y rayana en manía persecutoria de que hacía gala la Iglesia, eran sus propios hijos los que le amargaban la vida. El profundo amor que profesaba a Apulia le hizo descuidar los asuntos del Imperio propiamente dicho, es decir, de Alemania. Creó unas leyes y unas estructuras administrativas impresionantes, abrió las puertas a las artes y a las ciencias, pero había calculado mal: gran parte de aquello que a primera vista constituye la «grandeza» de Federico es en verdad la dramática lucha de una gigantesca idea imperial contra el ocaso, una idea que partía de la monarquía de derecho divino del emperador, una idea que, por así decirlo, le garantizaba el poder absoluto. Ni Roma ni todos los demás poderes terrenales estaban dispuestos a someterse a ese concepto. Federico vivió parte de su vida como un soñador, turbado una y otra vez por un mal despertar que lamentaba cada vez más, lo cual lo tornó desconfiado, malicioso y, sobre todo, cada vez más amargado. Es asombroso que precisamente durante aquellos años de decadencia, tras su destitución por el Concilio de Lyon, supiera crear todavía obras de singular armonía y belleza indeleble, como el Castel del Monte. En el fondo, lo más admirable es que consiguiera mantenerse en el poder durante tanto tiempo y que en 1250 la muerte ni siquiera le sobreviniera de forma violenta. El espectáculo de la encarnizada lucha que libró cual bombero cercado por cada vez más focos de incendio, para defenderse de todos los enemigos e incendiarios pero también de sus propios errores,

es lo verdaderamente grandioso, ante lo cual nosotros, desde nuestra pequeñez manifiesta, enmudecemos estremecidos.

Se elevó una ovación atronadora. Incluso la *marchesa* aplaudía, con cierta rigidez pero llena de cordialidad.

—Pero incluso sin la presencia de un papa como Inocencio III —continuó Berghstroem, después de que su mirada de enojo por la interrupción impusiera el silencio en la sala y los estúpidos aplausos cesaran—, que inyectó en las venas de sus dóciles sucesores en la silla pontificia la ponzoña del odio a los Hohenstaufen, en la noche de Iesi la casa imperial había alcanzado la cumbre.

Hizo una pausa retórica.

—¿Y bien? ¿Qué sucedió de especial aquella noche? ¿O es que no sucedió nada, y todo es leyenda, secuelas de la imaginación calenturienta de los contemporáneos, de los partidarios fanáticos de la Iglesia, por un lado, y de la idea imperial, o sea de los Hohenstaufen, por otro? La gravidez de Constanza, que debió de sorprender a la mayoría, pues era mujer entrada ya en años, fue sin duda el punto de partida de toda clase de especulaciones. El lugar del alumbramiento, elegido al azar, y las «medidas de seguridad» que luego se tomaron de forma espontánea dieron pie a los rumores más variopintos. Recordemos que el alumbramiento tuvo lugar «en público», lo cual está demostrado, en la plaza del mercado de esta ciudad, si bien cabe suponer que la carpa erigida al propósito disimulara el parto propiamente dicho. ¿Cómo es posible que, a pesar de ello, la afirmación calumniosa de los círculos clericales, según la cual el hijo del emperador en verdad había sido suplantado, se haya mantenido hasta el día de hoy y, lo cual fue peor, que el rumor acerca de que no era más que el hijo de una carnicera de esta ciudad acompañara a Federico durante toda su vida?

Berghstroem observó que Alfredo Fiorante se removía con creciente inquietud en su asiento, como si estuviera apunto de levantarse de un salto. El visible tormento del farmacéutico casi le hizo olvidar la sed que tenía.

—Tengamos en cuenta, además, que al nacimiento asistió un número considerable de dignatarios eclesiásticos (entre ellos cardenales); algunos afirman que una docena, otros que quince o dieciocho «rodeaban el lecho», según los cronistas de la época: ¡Ninguno de los clérigos que se hallaban presentes ha efectuado jamás declaración alguna respecto a una suplantación del niño, ni jamás se sometió a interrogatorio sobre el caso a ninguna carnicera de Iesi!

Alfredo Fiorante exhaló un sonoro suspiro; sus ojos de rana giraban sin cesar detrás de diez dioptrías por lo menos, como si estuviesen a punto de saltar. Don Pasquale se santiguó y miró el suelo, porque la *marchesa* de férreo semblante todavía no daba ninguna muestra de indignación.

—A buen seguro, también desempeñó algún papel el insólito final del acto —prosiguió Berghstroem en tono conciliador—. No se entrega al recién nacido a la madre, como es costumbre, sino que se le encomienda a la tutela de extraños; según se dice, por las prisas ni siquiera se le bautiza. Eso se deja para después. Constanza

abandona Iesi a toda prisa para reunirse con su esposo, pues éste insiste en celebrar con ella un segundo casamiento oficial en Bari. ¿Acaso quiere mantener a su hijo alejado de los trastornos políticos? ¿O es que Enrique no quiere que el pequeño pretendiente al trono ande dando vueltas alrededor de sus pies? Tenemos constancia de que Federico pasa los tres años siguientes bajo la tutela de Margarita de Urslingen, duquesa de Espoleto. ¿Acaso tendrá que ver todo ello con el hecho de que aquí no asistimos al comienzo de una nueva era, como en el caso de la estrella de Belén, sino al principio del fin de los Hohenstaufen?

Berghstroem comprobó con satisfacción que los oyentes estaban pendientes de sus palabras, pero no debía excederse.

—No fueron sus hijos quienes entonaron el canto del cisne. A buen seguro no fue el bastardo Manfredo, que se batió estupendamente y tras la muerte de Federico logró demorar durante otros dieciséis años el declive de la dinastía, ni mucho menos el nieto del emperador, Conrado V, cuya decapitación selló finalmente la derrota, sino que fue el propio Federico. Sin ni siquiera darse cuenta, los implicados y los espectadores, los amigos y los enemigos presenciaron la explosión de un astro igual al sol, cuyo deslumbrante reflejo se mezcla con el más imponente esplendor de una estirpe el brillo de la cual estaba destinado a seguirnos fascinando durante medio siglo más. Tal vez nos conmueva tanto porque fue la luz del crepúsculo más bello que conozco, el resplandor del ocaso de la Edad Media. Aún hoy, el mundo contempla admirado aquel acontecimiento natural de la historia: *Stupor Mundi*.

Entre los aplausos que se iniciaron con cierta reserva, Berghstroem insinuó algo así como una reverencia.

—¡Les agradezco, si no la comprensión, por lo menos la atención que me han prestado! —murmuró el *producer*. Cogió el sombrero y se fue, haciendo caso omiso de los aplausos que se habían tornado vigorosos y atronadores.

Tampoco se volvió hacia sus compañeros ni se despidió de sus anfitriones. Sin reparar en el camino, bajó la escalera de piedra más próxima, atravesó una de las puertas de la ciudad y siguió la calle que conducía a las afueras de Iesi hasta que se encontró de repente en el fondo del valle, ante el edificio de la estación. En el bar se hizo servir una *grappa* doble y vio en el televisor instalado encima de la puerta de la cocina un partido de fútbol de segunda división.

Ray, Rinaldo y Mia recibieron las felicitaciones de don Achille, de la *marchesa* Fulvia y del director del banco. ¡Qué bien había hablado el *signor* Berkestrom qué emocionante, qué profundo! Incluso el sacerdote se deshacía en elogios.

—*Che bel discorso! Cosí emozionante e commovente! Parole di profonda conoscenza!*

Sólo Alfredo Fiorante permanecía apartado y en silencio.

No se volvió a hablar de una visita guiada; habían visto la biblioteca y admirado debidamente el Libro de Oro, en el cual abundaban los mensajes de salutación de asociaciones italo-germanas de amigos de los Hohenstaufen, presidentes honoríficos

de comités europeos de Federico-di-Suevia y catedráticos de asuntos medievales, y estaban cansados; no se les había ofrecido champán sino únicamente un café en vaso de plástico de la máquina que estaba delante de la oficina del vicesindico. Abandonados a su suerte, subieron a la torre del ayuntamiento. Desde allí se gozaba de una espléndida vista sobre los intrincados callejones, los tejados y los patios. El ojo experto podía identificar el trazado de las murallas y vagar por el paisaje accidentado siguiendo el curso del río hasta el mar.

—Emmy siempre se pone soberbia cuando puede actuar ante un público de admiradores profanos —se quejaba Ray sentado en el parapeto, donde Mia lo fotografiaba; con un rápido movimiento echó atrás la larga cabellera y sonrió al objetivo de la asistente—. Nosotros tenemos que batallar con su guión rimado, que no revela gran cosa sobre la estructura y la dramaturgia, y absolutamente nada sobre la evolución del nivel de suspense de la historia. No hay más que vagas alusiones.

—Querido Ray, hasta ahora te las has arreglado. —Rinaldo no pensaba tomar en serio el critiqueo—. Es cierto que *Stupor Mundi* comienza con un prelude oscuro, pero que no es vago ni misterioso sino seco, casi de un humor seco.

—¡A nuestro libretista lo puedes acusar de cualquier cosa menos de eso! —protestó el director de escena—. Ésta es tu «manera de ver los sonidos», *sir Rainald*. —Le sacó la lengua a Mia—. Un divertido espectáculo sobre la vida y la muerte, el nacer y el morir. Gira la rueda de la fortuna —gruñó como un lobo que estuviera masticando tiza sin poder tragarla.

—¡Exacto! —dijo el compositor—. ¡Es un recordatorio de la inconstancia de los destinos políticos! «Necio bufón quien haga girar la rueda de la fortuna, verdugo ahorcado si osa apostar de manera inoportuna».

—¡Al grano!

—El comienzo sirve de introducción al tema, a los personajes y al método. El argumento debe seguir siendo inteligible, lo cual significa disputas interrumpidas por baladas y aleluyas. Para mantener el tono melódico (y con eso pasamos a los personajes) a la pareja de bufones se unen ahora los amantes, y apenas...

—Alto —interrumpió Ray—. ¿No te parece que la primera entrada del coro, «Los alemanes», llega muy tarde? ¿No sería mejor que se los oyese llegar desde lejos?

—¿Y dónde, si se puede saber?

—No ando siempre con el libreto bajo el brazo —dijo Ray—. Lo que quiero es un lento *crescendo* al fondo, desde abajo, que se acerca cada vez más, cada vez más fuerte y amenazador.

—No está mal —dijo Rinaldo—. Se va repitiendo «La canción de los alemanes», una cadena asociativa de consignas patriotas, lo cual subraya aún más el carácter de ese himno nacional al estilo de una marcha cervecera, que a continuación personifica también el mayordomo mayor.

—Así es —dijo Ray—. Y este griterío anónimo de masas contrasta con el «Aria de la pobre emperatriz». «Ricca, povera imperatrice». ¡Qué alivio!

—Está bien —asintió Rinaldo—. Sólo tendremos que convencer a Emmy, porque con eso nos salen por lo menos doscientos segundos más.

—¡Pero así le echamos un poco más de marcha al asunto! —dijo Ray—. Eso es muy importante al principio.

—Gracias —dijo Rinaldo—. Y ahora podemos acabar tranquilamente la presentación de los protagonistas, que antes tanto me preocupaba.

—Así que ahora sabemos —resumió Mia— que se trata de la inminente llegada del emperador, que viene de Alemania y se dirige a Sicilia, y de la emperatriz, que está a punto de dar a luz. De los personajes hemos conocido al bufón, al trovador, a la bella Alfia, y en segunda fila, al verdugo y al mariscal del Imperio.

—Estupendo, Mia —dijo Rinaldo—. Ahora ampliamos este distinguido círculo agregándole a Bartolo, al alcalde, llamado «podestà», y a maese Ugo, carnicero de Iesi y marido de Alfia. Su «Dueto de la disputa matrimonial» funciona como gag en escalada, integrando también al pueblo con tonos chillones y estridentes hasta el límite de lo soportable.

—Pero por debajo se va acercando el peligro que amenaza desde el exterior: «¡Los alemanes, los teutones!» —insistió Ray.

—A lo largo de la obra descubrimos las preocupaciones del emperador y de la emperatriz, que lleva al niño en su seno. Pero ¿qué pasa con las sencillas historias de esa «gente de a pie», como se los llama?

—Así es la vida —lo consoló Rinaldo—. Si no eres célebre por tus hazañas, como santo o como criminal, o incluso como aristócrata de nacimiento, ningún cronista malgastará su tinta para eternizar tu suerte. ¡Y sin embargo es de ellos de quienes vive el teatro, y no de las envaradas apariciones de la nobleza!

—¡Sois injustos con Berghstroem! —se indignó Mia—. Él ha dado vida a esos personajes secundarios: está la historia de la breve amistad entre el trovador y el bufón; pese a todas sus riñas, son ellos los que impulsan hacia delante la trama, la guían y la sostienen. Luego está Alfia, la esposa frustrada del carnicero y amante secreta del bufón, a lo cual se agrega después la vocación de ama de cría, un papel en la «gran historia» que la convertirá en un importante personaje principal.

—¡Que no te oiga la emperatriz! —bromeó Ray en tono más conciliador, como siempre que el regocijo ante el daño no se refiere al perjuicio sufrido por uno mismo.

—Luego está la emocionante trayectoria del verdugo —siguió exponiendo Mia—, acusado primero de administrar mal la justicia, más tarde suicida frustrado, perseguido político, y, por último, acreedor inesperado del título de *podestà*. Tenemos a sire Bartolo, cuya vanidad se convierte en su trampa mortal...

—¡Aunque sea sólo para saber cuán peligrosamente viven los monarcas! —se mofó Ray—. ¡Actuar con toda la pompa de un emperador, y sin guardaespaldas!

—Y finalmente, como la auténtica pareja de histriones (pues en absoluto puede considerarse como tales al bufón y al trovador), tenemos al mariscal y a su capitán, lo cual quita hierro a la amenaza alemana.

—Veo que todo está dispuesto de la mejor manera posible —dijo Ray con sarcasmo—. Se nombra «Comité de alegre recepción del emperador» al bufón y al trovador...

—Y llega la primera delegación después de los «alemanes» —agregó Rinaldo—, el segundo gran coro: los sarracenos. Por mí que canten en árabe, así sabré quiénes son; aún no hace falta que los entienda. Y luego el grito...

—«¡Que viene el emperador!» —concluyó Ray.

Entre tanto había llegado al hotel un viejo amigo de Berghstroem, Sal Tomeï, a quien todo el mundo, es decir, el mundo del teatro de Roma, llamaba Tom, motivo por el cual su personaje, el obispo de Iesi, había sido rebautizado como don Tommaso; el personaje histórico se llamaba de otra forma.

Tom dirigía un teatro elitista situado en el gueto, en el confín de la ciudad vieja, y llamado Teatro Trilussa; había puesto en escena una adaptación que Berghstroem había hecho de una comedia *off Broadway* titulada *Chica Chicago*, trabajo que le granjeó un éxito de público modesto, pero también unas invitaciones muy honrosas a diversos festivales. Desde entonces, curiosamente, se habían hecho amigos. Tom era un excelente actor, a quien sólo una grotesca cabeza de calabaza mantenía apartado de los papeles de héroe, pero como Cyrano era incomparable. Había traído a su factótum, un tosco gigante llamado Gualtiero, que trabajaba en el Trilussa de tramoyista, se encargaba de la calefacción y seguía a su amo como un perrito. No tenía la menor idea del arte de la interpretación, pero sí el aire de quien se mueve por las tablas como por su casa; Tom lo había empleado en varias ocasiones, y el público se desgañitaba cada vez de regocijo, sobre todo en su actuación como contrabajista tarareadora en Orquesta femenina.

Gualtiero debía representar el papel de Ugo el carnicero. Tom lo había avalado, asegurando también que tenía una bonita voz. Berghstroem lo dudaba cuando le estrechó la mano, pues el gigante estuvo a punto de triturarle, pero Gualtiero dijo humildemente:

—Espero ser capaz de pronunciar todas esas palabras horribles que tengo que decirle a mi señora.

Berghstroem miró a Tom un poco extrañado, pero en aquel momento entraron Ray y Rinaldo en el vestíbulo del hotel, y quedaron encantados en el acto y de forma unánime, por extraño que pareciera.

—¡Grandioso! —exclamó el director de escena.

—¡Parece Anthony Quinn en *La Strada*! —remachó Rinaldo.

Entonces Ray no resistió más la tentación de zaherir al compositor.

—¡Sólo que Bea no es precisamente la Masina!

Ray, Rinaldo y Mia salieron al frío para volver a poner en marcha los ensayos que se realizaban en la *piazza*. El *signor* Tagliabue los siguió con sus alguaciles, a pesar de que no les hacían ninguna falta, al menos por lo que el *producer* recordaba del programa de ensayos.

Berghstroem estaba a punto de dirigirse a la habitación de su viejo amigo Tom cuando se cruzó con su chófer. Emilio había endilgado al *produttore* sus servicios, Mercedes incluido, no tanto en calidad de chófer como de *segretario*; y como chapurreaba algo de alemán y conocía bien la región, Berghstroem lo había contratado a pesar de sus exorbitantes exigencias económicas, que se componían del sueldo más la cotización a la Seguridad Social, vacaciones pagadas, tarifa de horas extras, seguro de jubilación, alquiler del coche más IVA, cuota por kilómetro, gasolina, aceite, lavado, peinado, abuela enferma y no se sabía qué más. A cambio Emilio dormía ocho horas incontrolables al día en los sillones del vestíbulo, cuando ya se había cansado de ver la televisión. Cuando Berghstroem necesitaba sus servicios, el coche o la abuela siempre estaban en el taller, o bien Emilio ya había terminado la jornada.

—*Dottò!* —gritó Emilio desde el otro lado del vestíbulo, sacándose del bolsillo unas facturas arrugadas—. Tengo que poner gasolina, y hoy es...

—Emilio —dijo Berghstroem, tras tomar una decisión súbita—. ¿Qué te debo?

—Bueno, eso ya lo arreglaré con la *signorina* Mia —contestó Emilio, tratando de escabullirse—. Sólo pensaba en un pequeño *a conto*. La gasolina es muy cara, y tengo que...

—¿La gasolina? Pensé que era un diésel. ¡Dame esto! —ordenó Berghstroem y cogió las facturas.

—No hace falta que hagamos las cuentas ahora, *dottò*.

Berghstroem había visto que Gualtiero estaba saliendo del ascensor, de modo que le indicó por señas que se acercara. Emilio, ya de por sí enano, se encogió hasta quedar reducido a la estatura de un niño.

—Sí que hace falta —dijo Berghstroem—. Haremos las cuentas. Si la vista no me engaña, has participado en mi nombre en el *Rallye* París-Dakar, y además con toda una caravana de coches de servicio. Me parece estupendo, y no quiero oponerme a tu futuro como estrella de *rallye*. Todo lo contrario: seré tu mecenas con una aportación única de un millón de liras. A cambio me firmarás ahora mismo una declaración de que no te volveré a ver hasta que hayas ganado, o que morirás en el desierto de Argelia. Y si no firmas, Ugo el carnicero te romperá ahora mismo la dentadura, un brazo y la nariz. ¿Qué te parece?

Emilio había retrocedido hasta el mostrador de recepción. Berghstroem extendió una factura, «finiquito sin derecho a reclamación», y Emilio la firmó temblando al ver que Gualtiero seguía el juego a Berghstroem y se acercaba lentamente.

Berghstroem se llevó la mano al bolsillo interior, contó el importe encima de la mesa de mármol, delante del portero, y no se dignó a volver a mirar a Emilio. Éste recogió el dinero y se largó; Berghstroem invitó al gigante a tomar una copa en el bar.

—Discúlpeme —repuso Gualtiero con suavidad—. No bebo alcohol. Preferiría un zumo de fruta natural.

Rinaldo volvió al hotel, golpeándose el cuerpo con los brazos para calentarse. Se quejó a Berghstroem, aunque fuese solamente para no tener que volver a salir al frío.

—Ray Maulman podría haberme consultado al seleccionar el material de voces. A fin de cuentas, soy yo el responsable de la parte musical de *Stupor Mundi*. Pero no, tan prepotente...

Hasta entonces el *producer* lo escuchó callado, pero de repente interrumpió al compositor con aire de suficiencia.

—Rinaldo, ¿acaso crees que el hecho de que seas un compositor todavía vivo te otorga el derecho a intervenir en las decisiones acerca de la interpretación de tu obra? ¡Estás muy equivocado! He contratado a Raymond Maulman precisamente para no crear un melodrama clásico sino una farsa disonante, vigorosa y estridente, una opera ñera, si es que existe tal cosa.

—¡A mí no me acuses de hacer horteradas, Berghstroem! —se defendió Rinaldo—. Yo he dado a tus textos una forma tonal adecuada, así que estamos en el mismo barco. ¡El mismo barco en el cual Ray acoge ahora indiscriminadamente a cualquier naufrago del mundo del espectáculo!

En su interior, Berghstroem tuvo que darle la razón; pero había que defender la posición del director, de lo contrario se derrumbaría la estructura jerárquica a la que también él mismo se había sometido.

—Cuando contraté a Maulman, me puso como condición que le dejara vía libre para elegir el reparto..., dentro del reducido presupuesto que tenemos, desde luego —informó a Rinaldo, sin resistir la tentación de lanzar una indirecta—. Aquella rubia que se está arrellanando en el banco de remeros, para seguir con tu metáfora, ¡es un favor especial que se te ha hecho a ti, caro maestro! Por lo demás se ha atendido rigurosamente al plan de repartir todas las voces entre intérpretes conocidos de la música ligera...

—¡Por no decir estrellas de la canción ligera venidas a menos y cupletistas marchitas! —se burló Rinaldo—. ¡Gilbert Artaud, *chansonnier* y pendenciero de principios de los setenta, como emperador!

—¡Enrique VI tampoco era un angelito!

—¡Como Constanza, una alcohólica como Tilde Carson! —se indignó Rinaldo.

Berghstroem aceptó el envite de buena gana.

—Por lo menos es indestructible y más apta que nadie para representar de manera creíble los sufrimientos de la emperatriz...

—Y para los papeles del matrimonio de los duques de Espoleto... —saltó Rinaldo, que había oído ya hablar del reparto.

—... Ha pedido a Las Alondras de Küssnacht —terminó Berghstroem para complacerle—, dos hermanos de tierras alpinas, muy monos, juveniles e inocentes.

Y como se lo estaba pasando en grande, Berghstroem continuó en seguida:

—Como mayordomo imperial, al señor director se le ocurrió nada menos que a Nemo, ese rubio trigueño al que yo habría jurado que Ray Maulman, como hombre progresista, exaltado y más bien de izquierdas, no tocaría ni con pinzas.

Entusiasmado con tanta insubordinación cultural, Berghstroem se apresuró a documentarlo:

—El bardo de Osnabrück es considerado la encarnación del ideario ultraderechista.

—Canta sus canciones nacionalistas en las reuniones de asociaciones regionales de los sudetes —desenvainó Rinaldo—. Antes, ese don Nadie se hacía llamar Norbert von Weimar; fue primero bailarín y luego boxeador.

—¿Por qué no dices también que fue cancerbero y me hablas de sus antecedentes penales, so burgués biempensante? —interrumpió Ray, que había regresado con Mia sin que los otros dos lo advirtieran.

—De todas maneras, ahora ya no se puede cambiar —dijo Mia, tratando de calmar los ánimos—. El polémico personaje ha llegado esta mañana con el tren de literas, y ya está arriba en la cama.

—Espero que sea la mía —se limitó a decir Ray.

Rinaldo y Ray estaban cara a cara en el escenario, envueltos en abrigos y bufandas. Mia estaba sentada abajo, tras la mesa de dirección, y desde algún lugar del fondo piaba la voz de Bea:

*Poi ch'a voi piace, amore,
che eo degia trovare
faronde mia possanza
ch'io vegna a compimento.*

Éste era el pie; Rinaldo, que la escuchaba ansiosamente, se enderezó y regañó al trovador, que todavía estaba lamentándose por Corazón de León:

*¡Ay, parad ya de berrear!
Se ponen a cacarear
las gallinas sin parar
cuando el azor gira sobre el corral,
el Papa suda atenazado,
por don Enrique acorralado
que Toscana le ha desculado*

*y en Gaeta muerde los huevos
y en el sur conquista territorios nuevos.*

—Nos saltamos la cantinela amorosa de Alfia —gritó Mia— y seguimos directamente con Ramón.

—¿Cómo? —se oyó decir a la invisible esposa del carnicero—. ¿Cómo llamas a estos versos, so chupete de conejo, zanahoria ignorante, irlandesa palurda? ¡Esos versos son sencillamente sublimes!

—¡No vayas a pensar que a mí me gustan! —interrumpió Ray, malhumorado—. Eso es típico de Emmy. Tengo frío y me voy a poner enfermo. ¡Eso es lo que me preocupa!

—¿Quieres que lo dejemos? —preguntó Mia, asintiendo.

—Sí —exclamó Ray—. La pulmonía no es la clase de muerte que me conviene.

El cocinero de Le Delizie contestó la llamada que recibió por la tarde, a pesar de que era la hora de descanso, porque el teléfono no paraba de sonar y porque pensaba que se trataba de una reserva de mesa importante para la noche. La voz, que hablaba inconfundiblemente a través de un pañuelo apretado contra la boca, anunció:

—*Signor* Maurizio, le ofrezco un manjar exquisito y del día...

Al llegar a este punto, el cocinero lo interrumpió, enfadado por haberse tomado la molestia de levantarse.

—Tenemos nuestros proveedores fijos.

Pero la voz siguió dando la lata, como si estuviera leyendo un texto escrito.

—Nuestra oferta: *Donna* Beatrice en pleno goce carnal, en el lecho adúltero de *Stupor Mundi*. ¿Me escucha usted, *signor* Maurizio?

El cocinero no había comprendido aún que no se trataba de una propuesta de menú extravagante sino de los preliminares de un no menos alocado intento de chantaje, y recordando la reputación de la casa y las estrambóticas manías de su patrón, preguntó:

—¿Para cuántas personas? ¿Quieren menú, o pensaba usted en un bufé? —Consideró el trabajo adicional que se le venía encima—. ¿Y para qué fecha lo desea?

—¡Del día! Hoy mismo, *signor* Maurizio. —Ahora también el autor de la llamada anónima estaba enfadado—. Su *donna* Beatrice copulando con un conejo macho, cazado el mismo día, se lo garantizamos.

—¡Oiga! —dijo el cocinero, furioso—. ¡No tenemos carne de caza, y menos las marranadas que dice usted!

Colgó el teléfono de un golpe, pero luego llamó al piso de su patrón, preguntando si acaso convenía avisar a la policía.

Maurizio delle Delizie tranquilizó a su enfurecido jefe de cocina, que no permitía que nadie hablara mal de *donna* Beatrice y quería cortarle con sus propias manos los

huevos al autor de la llamada, para cerrarle con ellos el desvergonzado pico; le mandó poner en marcha el contestador automático y no volver a descolgar el teléfono.

—Tienes que contarme algo de ese compositor —dijo Tom—. Tengo que escribir algo para *Teatro oggi*. De Ray Maulman ya se han ocupado varias veces, y para hablar de ti prefiero esperar hasta el esplendoroso estreno de *Stupor Mundi*.

Puso en marcha una grabadora y colocó el micrófono delante de él sobre una silla.

Berghstroem permaneció sentado en el borde de la cama mientras Tom guardaba el contenido de sus maletas en el armario.

—¿Cómo se te ocurrió contratarlo? —inquirió Tom—. Nunca había oído hablar de él.

—Había perdido de vista a Rinaldo, hasta que el año pasado vi su nombre en el programa del Festival de Espoleto.

—Ya lo sé, Emanuele —dijo Tom con sincera admiración—. Tienes talento para esas cosas.

Cuando la voz volvió a llamar, nadie descolgó. Entre tanto había llegado el *signor* Maurizio y escuchó el mensaje por el altavoz. Ni el tono ni la estrambótica forma de hablar habían cambiado.

—Si le interesan mis artes culinarias, *signor* Maurizio —dijo la voz—, venga esta noche a la estación cuando llegue el Roma-Rimini, a las seis y doce minutos, vía dos. Traiga una cestilla de huevos cubierta con un paño. ¿Me ha entendido? ¡Huevos envueltos en un paño! El contenido debe corresponder a lo que vale para usted un menú de doce platos con las artes amatorias de su esposa en exclusiva. De lo contrario, todo Iesi será invitado al festín. ¡Menú turístico! ¡Ésta es la alternativa!

—Esta manera de hablar inculta y balbuciente no encaja con un texto tan elaborado —comentó el *signor* Maurizio cuando un chasquido indicó que el chantajista había colgado—. Lo habrá escrito otra persona que...

—¿Que quizás está implicada? —atajó el cocinero—. *Padrone*, déjeme que vaya allí...

—Alguien a quien no le interesa el dinero sino el...

—¿El escándalo? —se indignó el cocinero—. Le voy a cortar...

—Ése podría ser el titular: Cocinero corta huevo —volvió a interrumpir el marido, sonriendo— para vengar a propietario cornuto de restaurante de lujo.

—No lo permitiré.

—¡Pero el ataque va contra *donna* Beatrice, contra la carrera de mi mujer, no contra el honor de usted! El autor tiene en el punto de mira a *Stupor Mundi*.

—¡Le cortaremos la lengua, la mano, la nariz!

—No. ¡No le haremos ese favor!

—¿Y qué ha traído a tu viejo amigo Rinaldo justamente a Iesi, a este villorrio situado en los confines de la civilización? —interrogó Tom al autor de *Stupor Mundi*.

—No le gusta hablar de eso. Supongo que algún asunto desagradable de plagio. Rinaldo ha sido siempre un genio de la «empatía» —dijo Berghstroem sonriendo—. Pero es una conjetura extraoficial, ¿entiendes?

—De todas maneras lo voy a recomponer con otro criterio. A fin de cuentas, *Teatro oggi* no es una gacetilla de escándalos —dijo Tom, riendo—. Por lo demás, en Iesi de poco me serviría. Aquí no pasa nada que dé para un artículo decente.

—Sigamos pues con las noticias de la provincia: el *professore* alemán, pronto conocido en la ciudad como *il Genio*, pone sus múltiples talentos musicales...

—¡*Second hand!* —se burló Tom, pero Berghstroem no se dejó desviar de la senda de las relaciones públicas virtuosas.

—... a disposición de la vida cultural de Iesi, de forma gratuita pero no en balde. No tarda pues en encontrar de nuevo a una mecenas, *donna Beatrice*, esposa del comerciante local de ultramarinos y propietario del único restaurante de Iesi que ofrece un surtido gastronómico comestible, al menos de acuerdo con las exigencias de Rinaldo. *Donna Beatrice*, a quien se le nota que procede de Anhalt con sólo oírla, redescubre su talento vocal, guiada de la mano del *professore* ingenuo, que la acompaña al piano.

—¡Ja! —exclamó Tom—. ¿Ella es aquélla Jane Mansfield de las Marcas cuya foto está colgada en el tablón de *casting*, abajo en el despacho de producción? ¡No me extraña encontrarla ahora en vuestro reparto!

—No —dijo Berghstroem con franqueza—. Ella hace el papel de Alfia, la mujer del carnicero, y de paso hace de amante *segretissima* del bufón de Iesi, papel representado por Reinhold Schilling.

—Me lo imagino —dijo Tom—. ¡En la vida como en la escena!

—Tiene buena voz —se justificó el *producer*—, exceptuando ciertas estridencias en las notas agudas, muy oportunas, sin embargo, cuando discute a voz en grito con su marido el carnicero. De todos modos, esa trémula exuberancia, esa pesadez de piel delicada no es mi tipo —agregó Berghstroem.

—¿Ah, no? —chinchó el incrédulo Tom, que además conocía bien a su amigo Berghstroem—. ¿Desde cuándo?

—¡Una hora de descanso! —encareció Mia al bufón en la *piazza*.

Rinaldo desapareció entre bastidores. Ray luchaba a brazo partido con el laúd que llevaba colgado y con la «Balada del rey cautivo».

El *maresciallo* no telefoneó desde su coche patrulla sino desde la cabina pública;

obviamente, era Maurizio delle Delizie quien le había encomendado aquella misión tan delicada.

—Es cierto que *donna* Beatrice figura en el programa de ensayos como presente —informó—, pero no la veo. En este instante, también nuestro objeto complementario, el *professore*, abandona el escenario y sube la escalera al piso del carnicero, en concreto al dormitorio conyugal de Alfia.

El *maresciallo* se interrumpió un instante, temiendo con razón que el marido cornudo pudiera tomárselo a mal.

—Si es acertada mi suposición de que nuestro ladrón de huevos aún no está en posesión de la tortilla de doce huevos, lo más probable es que ataque ahora. Son las quince horas y cuarenta y siete minutos. ¡Inicio de la operación! Los volveré a llamar —dijo con voz ronca, agregando en seguida en tono untuoso—: ¡Usted y su señora esposa pueden contar conmigo!

Era de las operaciones que le gustaban, pues requería imaginación y, sobre todo, tacto. También un *carabiniere* había de ser capaz de descender a los lugares más recónditos de la sexualidad humana. El *maresciallo* se creía capaz de eso. Era su especialidad.

Berghstroem se había acercado a la ventana con el micrófono en la mano, y junto a su amigo Tom contemplaba la *piazza* y el escenario, que ahora dominaba en solitario Ray como trovador Ramón de Mirepoix. No parecía muy contento, pues Mia no le perdonaba ninguna falta y cada dos por tres lo hacía volver implacablemente a la posición inicial.

—Entre tanto, Rinaldo se había convertido en un vampiro de la electrónica; encerrado en su torre de Iesi, se empeñaba en resucitar los sonidos medievales de instrumentos tradicionales y textos que se conservan de la época —reveló Berghstroem a su entrevistador—. Una música cuyo sonido apenas podemos imaginar.

—Pero ¿tu Reinhold lo sabe? —objetó Tom en tono burlón—. No se han conservado más que las letras, y en muchos casos no se escribieron hasta siglos más tarde. ¿Qué va a saber uno de...?

—Poco-admitió Berghstroem pero a renglón seguido añadió: —¡Eso nos da entera libertad!

El *maresciallo* se subió a su coche patrulla y abandonó ruidosamente la *piazza*. Poco después apareció a pie detrás del escenario; debía de haber tomado el empinado camino que atravesaba la puertecilla. Pasó por delante de la farmacia sin saludar al propietario de la misma, Fiorante, y se dirigió hacia la escalera de madera del escenario, que ascendía por la parte trasera de la construcción y conducía directamente al dormitorio del matrimonio carnicero. El *carabiniere* miró hacia abajo para asegurarse de que nadie observaba la hazaña deportiva que estaba a punto de

realizar. Desde la barandilla de la escalera trepó audazmente, con una flexión de los brazos, al techo de madera recubierto de cartón piedra, y allí permaneció tendido boca abajo durante unos instantes, resollando.

Lo que se ofrecía a su vista no era en absoluto una superficie lisa y plana, sino un agreste paisaje de chimeneas, frontones y almenas potemkinianos que, por encima de la casa de los carniceros, creaban en el espectador la ilusión de una ciudad medieval. En el centro se habían instalado focos para iluminar debidamente la susodicha tramoya y el dormitorio situado debajo de ésta. Este último era el objetivo del *maresciallo*, cuyo proceder justificaba el encargo de apresar al chantajista. Eran, por así decirlo, colegas, con la única diferencia de que uno de ellos debía documentar su impulso de mirón con fotografías. Puesto que, según los cálculos del *carabiniere*, hasta la partida del tren no quedaba tiempo suficiente para revelar las fotografías y sacar copias, coligió que el chantajista usaba una cámara de revelado instantáneo, cuyo zumbido mecánico le conduciría al escondite del fotógrafo.

Aguzó el oído. No se oía nada semejante.

El *maresciallo* abrió con el bolígrafo un agujero en el cartón piedra del techo y apretó contra él su ojo de funcionario. Lo único que se ofrecía a su vista era un extremo de un edredón de pluma y cuatro pies desnudos; sin embargo, estaban éstos entrelazados de tal forma que el *carabiniere* no pudo por menos que avanzar un poco más a fin de averiguar la verdad. Se arrastró hacia delante sin el menor ruido, como había aprendido en las maniobras, con el bolígrafo entre los dientes. Nueva perforación, nueva imagen: sólo vio un edredón de pluma que se movía agitadamente, y nada más. Trasladó de nuevo su puesto de observación, esta vez en sentido lateral, para sorprender al enemigo por el flanco. Esta vez le sonrió la suerte, pero sólo por un momento.

El *maresciallo* vio los ojos de Rinaldo, y encima la ondeante y rubia cabellera de *donna* Beatrice, que evidentemente no era caballo sino jinete y cabalgaba con tal entusiasmo que echó una mano atrás y cubrió las cabezas de los dos con el maldito edredón de pluma. Por tanto, tocaba la retirada inmediata a la posición dos.

En este instante, el *maresciallo* escuchó con toda claridad y directamente a su lado el ruido típico de una cámara Polaroid. No era el momento de ocuparse de eso. Rodó hacia atrás con un movimiento brusco; se oyó el crujido de la madera al romperse, el suelo cedió bajo él, y el efecto de palanca alzó la chimenea, dejando al descubierto al fotógrafo, que estaba de rodillas y se asustó tanto que dejó caer la cámara al avistar a la fuerza pública en uniforme. El criminal se levantó de un salto y escapó a su suerte mediante la huida inmediata, dejando atrás el cuerpo del delito y la totalidad de su cosecha fotográfica. No le habría hecho falta tal precipitación ni tanto respeto, pues el *maresciallo* estaba embutido hasta los hombros en el techo de cartón y tardó un buen rato en liberarse y volver a subir. Mientras sus pantalones galoneados y sus lustradas botas colgaban todavía del techo del dormitorio conyugal, Bea había iniciado un grito agudo que hizo ascender gradualmente y sin interrupción hasta

alcanzar el do de la octava alta.

—*Ai ladriiiii!*

Cuando el rostro del *maresciallo*, rojo de excitación, apareció en el agujero hacía mucho ya que el edredón de pluma había vuelto a cubrirlo todo pudorosamente, y Rinaldo dijo en tono burlón:

—Se ha excedido usted en el cumplimiento del deber. Sólo es delito si hay denuncia.

—¡Conozco el reglamento! —gruñó el enfurecido *maresciallo* desde arriba—. ¡Pero el criminal se me ha escapado!

Se retiró, se inclinó para recoger las fotografías dispersadas por el suelo, y se las guardó en los bolsillos antes de agitar la cámara Polaroid sobre la abertura practicada en el techo de la habitación.

—¡He confiscado el cuerpo del delito!

Berghstroem y Tom habían observado fascinados la lucha del *maresciallo* contra las insidias del liviano decorado escénico, la huida del hombre a quien obviamente había estado persiguiendo, y la desaparición de la parte inferior de su cuerpo bajo el techo.

—Un nuevo número de variedades: el *carabiniere* sin vientre —se mofó Tom.

—El tipo se parecía a Emilio, mi chófer —meditó Berghstroem—. Lo tuve que despedir.

Al cabo de un instante meneó la cabeza, descartó con un ademán tan descabellada ocurrencia y reanudó la conversación interrumpida.

—Reinhold Schilling, nuestro Rinaldo, extrae sus ideas de *Vox Medioeval III*, un ordenador en el que introduce todas las descripciones emocionales que obtiene de imágenes, desde ilustraciones de libros húmedas y a menudo también groseras de monjes depravados hasta exaltados frescos de santos famosos que en el martirio experimentan un orgasmo; eso es al menos lo que afirma Reinhold. Las busca y encuentra en las escaramuzas verbales de la *canzò* de los trovadores y en cantos marianos que, la verdad, son más lascivos que fervientes. Hasta qué punto se lo saca de la manga o de donde sea (*vulva immacolata*) es algo que escapa a mi humilde conocimiento, pero los sonidos que produce me convencen. Confieso que sucumbo a su fascinación.

—Eso parece —comentó Tom sonriendo mientras guardaba las maletas vacías encima del armario—. ¿Así que Rinaldo es el *creator spiritus* de *Stupor Mundi*?

—Rinaldo habría sido incapaz (no es que hubiese quedado demostrado, pues ni siquiera lo había intentado) de poner por escrito lo que imaginaba, y mucho menos de redactar un libreto. «Imagínate una especie de *Carmina burana* dramatizada —me explicó para persuadirme—. Los asombrosos sucesos de la noche de Iesi, una noche de la época navideña del año 1194...». «¡Ya lo sé!», me jacté como un estúpido, y ya

había mordido el anzuelo.

—¡El nacimiento de *Stupor Mundi!* —se entusiasmó Tom, que no se entusiasmaba fácilmente—. ¿Así fue como encontrasteis el título...?

—¡... que me hizo desechar *La noche de Iesi* y con ello mis reservas! —exclamó Berghstroem, dejándose contagiar por el tono enfático de su amigo—. Me senté y escribí el libreto que conoces. ¡De una sentada!

—¡Fabuloso! —elogió Tom—. ¡Eres el más grande! Vamos, te invito a cenar. ¿Hay por aquí algún restaurante bueno?

—Le Delizie es el único —dijo Berghstroem y tendió la mano a Tom para que lo ayudara a levantarse.

—Ciento treinta kilos, supongo.

—¡Falso! Ciento cuarenta y cinco.

Se alegraba de que Tom estuviera allí, y también lo de la invitación le venía al pelo. A Berghstroem no le quedaba ningún billete decente en el bolsillo.

—¿Delle Delizie? —preguntó Tom en cuanto Berghstroem estuvo de pie, listo para abandonarse a los goces del paladar.

—El papel de Alfia, la mujer del carnicero y amante secreta del bufón, lo representa *madame* Beatrice, en una versión gastronómicamente refinada de la historia de ayer y hoy.

El *maresciallo* anunció por teléfono al señor Delle Delizie que había neutralizado al delincuente.

—¿Quiere presentar denuncia? En ese caso lo detendría.

—¿Por qué? ¿Se le ha escapado?

—No, no, lo tengo controlado. Seguramente es lo bastante estúpido como para tomar el tren de las dieciocho y doce horas. Si lo hace ya es nuestro.

—Renuncio —dijo el *signor* Delle Delizie—. ¿Cuándo vendrá usted a comer con nosotros? A mi mujer le encantaría...

—No lo sé —contestó el *maresciallo*.

Salió de la cabina telefónica, subió a su coche y se dirigió a la estación. Emilio no apareció hasta que sonó el silbido de partida. El *maresciallo* le puso la cámara en la mano.

—¡Que no te vuelva a ver por aquí! —gruñó.

De un empujón lo hizo subir al tren, que se estaba poniendo en marcha, y cerró de un golpe la puerta.

Un trasero barroco abruma la vista. «Cerdito mío», silba Bea con voz aflautada mientras le enciende un cigarrillo al que yace oculto bajo su blando peso. No puede ser Berghstroem, que está soñando, puesto que ella le da la espalda. Siguiendo la

curva de sus caderas, Berghstroem se atormenta por verse él mismo en la posición, anhelada y a la vez rechazada como con horror, del fundamento, del pilar que sostiene y levanta aquella mole. Como si su cabeza fuese una esfera rodante guarnecida de ojos que no quieren cerrarse, su mirada se desliza por la llana fuente del vientre hasta que el aterciopelado cerro se alza ante él. Unos muslos apretados como labios, que apenas se abren ni jamás se cierran del todo, cual concha en aguas marinas, protegen tras la aterradora magnificencia del vellocino la entrada del templo, como vigilantes y guardianes de mármol.

Era el cuerpo de Beatrice delle Delizie que se introducía de noche en los sueños de Berghstroem, empapados de sudor por problemas financieros, angustias y ambición, concupiscencia reprimida y bronquitis crónica. Sepultó el rostro en la húmeda almohada, las blancas carnes de Bea, y sin embargo no quería ser descubierto, se negaba a aceptar ni en sueños el papel de amante. Se escabullía, inventaba escapatorias.

Berghstroem no había empleado la escalera de Jakob, sino que había preferido subir a hurtadillas, como mirón avergonzado, por la escalera de los artistas. Así que Rinaldo había podido satisfacer aquellas exigencias que Berghstroem temía fueran excesivas para él. Rinaldo, ese tipo bajito, flaco y con aspecto de fauno, no tenía panza y sí una polla enorme, seguro. Berghstroem respiraba ruidosamente y con dificultad, jadeando y resollando entre apneas. Sabía que roncaba y temía delatarse a los amantes.

Rinaldo exhaló el humo a la nariz de la que estaba sentada encima de él como en un trono.

—*Mimimimío* —cantó Bea con voz vibrante—. Malvado, no le ha dado, la paga al soldado, tesoro ocultado —cambió de tonalidad—. La bola ha rodado, el cañón humeado, electrizado, lo doy de buen grado, el enamorado, el seso alterado, trovador encantado, el cachondo en cueros...

—¡Alto! —dijo Rinaldo, que había descubierto a Berghstroem—. ¿Quién va?

Berghstroem deseó que se lo tragara la tierra; se revolcaba inquieto en sueños, sonriendo a Bea mientras evitaba la mirada de Rinaldo.

—No es un caballero tu *producer* —suspiró *madame*, volviéndose hacia el intruso, pero sin abandonar la posición de amazona dominante—. Al menos podría haber llamado a la puerta.

Se pasó la lengua rosada por los labios húmedos y resplandecientes de forma que Rinaldo no viera el gesto. Se llevó las manos bajo los pechos y los alzó hacia el amado, en señal de ofrecimiento. Amenazadora y pesada se inclinó sobre él para ahogarlo... ¡Era él, Berghstroem, quien yacía debajo de ella y estaba perdido! Abrió la boca para gritar... Y se encontró solo en la cama del hotel, bajo la gruesa almohada, respirando trabajosamente. Aún era de noche, pero la plaza estaba ya iluminada por los focos. Ray había comenzado sus ensayos. Berghstroem se dirigió al baño con paso vacilante.

En el escenario, Ray estaba ensayando con Rinaldo el bufón su «Aleluya de la transitoriedad», que seguía a la ejecución ocurrida al alba. El *signor* Tagliabue y sus ayudantes habían acudido obedientes. Estaban sentados junto al carro del verdugo e intentaban protegerse de la llovizna bajo el toldo. Sus víctimas, los concejales güelfos ahorcados, no habían de venir hasta más tarde. «¡Pero esta vez estarán todos!», había asegurado Mia.

Rinaldo se había sentado en el extremo superior de la escalera del patíbulo y meditaba sobre la transitoriedad.

*No todo güelfo que levanta el vuelo
va como angelito derecho al cielo,
ni todo gibe que lo hizo volar
villano en el infierno se ha de asar.*

Jakob el verdugo y sus ayudantes asintieron.
—¡No, de veras que no!

*Ayer alcalde fino y concejal
yacía con su hembra en la noche oscura.
¡Que calorcito!
hoy se presenta ante el juez eternal,
la soga al cuello al alba es pena dura.
¡Ay, pobrecito!*

—Es verdad, verdad, así es —confirmaron el *signor* Tagliabue y su hueste.

*Fugaz es la vida y vano trabajo,
el de arriba se mea en los de abajo.
Necio bufón quien haga girar
la rueda de la fortuna,
verdugo ahorcado si osa apostar
de manera inoportuna.*

Eso confundió a maese Jakob. Él y sus ayudantes no sabían muy bien si el bufón no les estaba tomando el pelo.

—¡Sí! ¡No, sí! ¡Jesús y María, no!

¡Sois unos necios!

Concluyó Rinaldo.

—Comprendo —comentó el director de escena al recibir a Berghstroem— que cuando una ciudad como Iesi, situada en el disputado territorio fronterizo entre los Estados Pontificios y el Imperio, cambia de bando, lo más práctico sea liquidar a los güelfos partidarios del Papa y reemplazarlos por otros leales al emperador y a los Hohenstaufen. —A esa temprana hora de la mañana, Ray trataba a su productor con notable clemencia—. Pero ¿no sería mejor decapitarlos que ahorcarlos?

Raymond Maulman, arcángel de cabello rubio y largo hasta los hombros, se apoyaba en una imaginaria espada flamígera, de tanto que le importaba la cuestión. Pero del mismo modo en que la lluvia había reducido su espléndida cabellera a mechones oscuros y chorreantes, tampoco Berghstroem quería tomar en serio la idea.

—¿Estás pensando en la cabeza de Rinaldo?

Ray, que estaba casi siempre para bromas, corrigió la tontería del *producer* con una dulzura todavía mayor.

—La cabeza de un bufón carece de valor como sacrificio humano. Lo que a mí me importa es mostrar al público desde la primera escena dónde estamos y las vueltas que da la vida.

—Una decapitación en el escenario requiere un equipo técnico complicado, y eso es muy muy caro —osó objetar Berghstroem.

—Querida Emmy —dijo Ray—, lo que me importa es estar a la altura de las circunstancias. Está a punto de suceder algo grande y para eso no viene mal un sacrificio cruento; así como en los fundamentos de las columnas de las grandes catedrales emparedaban los cuerpos de niños recién nacidos...

—Y además vivos —agregó Berghstroem, aunque no era cierto.

—Lo dudo —terció Ray—. La matanza ritual del neonato debía de formar parte de la ceremonia.

—Bueno —bromeó Berghstroem, a quien no le gustaba que lo corrigiesen, y menos a esas horas de la madrugada—, así se podía hacer desaparecer también a los indeseables hijos del amor. Aquí, en ciertos círculos del sector de la construcción todavía sepultan en hormigón a los *rompipalle* que les tocan los huevos.

—Eso es algo que una persona como tú, Emmy, debería tener siempre presente —dijo Ray, molesto por la grosería del *producer*, al tiempo que le lanzaba una mirada como si éste tuviera ya los pies en el cubo de cemento.

—Bueno —prosiguió Berghstroem—. Después del golpe de una muerte violenta, sea por la horca o por la espada, el espectador descubre que el emperador alemán se dispone a conquistar el sur de Italia.

—¡Con eso sólo no basta! —objetó Ray—. También se trata de la emperatriz y del niño que lleva en su seno, el futuro rey de Sicilia... ¡Y de los alemanes!

—Eso no está tan claro —atajó Berghstroem—. El emperador Enrique VI tiene en ese momento veintinueve años y a buen seguro no está dispuesto a renunciar a la corona alemana. Para Sicilia, en cambio, necesita un hijo demostrable de la princesa

normanda para legitimar su toma de poder. La conducta de que hace gala inmediatamente después de que el parto haya concluido con éxito demuestra que no quería tenerlo cerca. De momento, Federiquito debe quedarse en Esposito.

—Vale —dijo Ray—. Todo eso lo mostramos, y también el trasfondo histórico lo explica el libretista... —Insinuó una reverencia en dirección a Berghstroem— de una forma inteligible, lo que es de agradecer. Pero a mí me preocupa otra dimensión, la de lo mágico, lo cultural, lo mítico.

—Son muchas cosas a la vez —se burló Berghstroem, que ahora tenía las de ganar—. Yo intento, por el contrario, despojar el suceso natural de sus incongruencias, del fango de la historia con el que sobre todo la Iglesia ha cubierto y encubierto el nacimiento de Iesi.

Estaban sentados en la *piazza* delante del escenario. A su alrededor se paseaban los «ahorcados», y el verdugo se tomaba el café que no le gustaba. Poco a poco iba amaneciendo; la lluvia había amainado.

—No me malinterpretes —dijo Ray, echándose hacia atrás el largo cabello con un sereno movimiento de cabeza—. Nada más lejos de mi intención que pensar en cosas de aquellarres, extraños rituales mágicos o misas negras. Pero aquella historia de los dos niños que nacen casi al mismo tiempo, el intento de suplantación, frustrado pero con todo posible, eso requiere no sólo una solución criminológica sino también una idealización dramática. ¡Se trataba de la corona de un imperio, de la sangre del rey legítimo! ¡Por eso se puede y se debe hacer un sacrificio!

Ray hablaba con tal fervor que no renunciaría fácilmente a su idea fija; Berghstroem lo sabía. O quizá Ray se había metido ya la primera raya del día.

—¿Seré yo el que se debe sacrificar, Ray, si me condenas a inventar semejante escena y colocarla en el lugar conveniente? —inquirió Berghstroem con una sonrisa sarcástica.

Ray asintió satisfecho, y Berghstroem, el productor, apartó de un empujón al libretista.

—En cualquier caso, no será ahora, al comienzo de la pieza; más bien cuando pasemos al nacimiento imperial.

Ya había despuntado el nuboso día. Los hacendosos ciudadanos de Iesi se habían levantado de sus camas y rodeaban curiosos el territorio de *Stupor Mundi*, delimitado por barreras rojas y blancas de las que se utilizan en la construcción de carreteras.

—Parece el zoológico, sección de animales exóticos —terció Mia.

—Quien no pueda dormir de noche a causa de las actividades ocasionadas por los ensayos, debido no tanto al monótono zumbido del generador —previno Berghstroem con aire guasón la inminente queja de la asistente— como a los inicios abruptos de los ensayos de canto, acompañados de grabaciones de la música orquestal sumamente dramática de Rinaldo, puesta a todo volumen para impactar.

—... Será indemnizado por el municipio, de acuerdo con un código que no me han explicado.

Mia no permitió a su jefe ninguna broma y volvió a acaparar el discurso.

—A cambio pagamos al ayuntamiento una pingüe tarifa en concepto de permiso de rodaje, y sin embargo sucede constantemente que de noche se abren de golpe las ventanas encima de nosotros y se nos amenaza con los más groseros insultos de muerte y ruina.

—Seguidos a menudo del vertido de líquidos malolientes —se inmiscuyó también Ray.

—Sospecho que el farmacéutico suministra el mejunje gratis a ciertas personas. Tiene la tienda justo detrás de nuestro escenario —lo interrumpió Mia.

—El hombre ha presentado al ayuntamiento una denuncia por daños y perjuicios.

—Don Achille, el teniente de alcalde, está de nuestra parte —fue el flaco consuelo de Berghstroem.

—¡Pues don Pasquale no tanto! —exclamó Ray entre risas—. Es fiel a la tradición y considera todo lo relacionado con Federico di Suevia una fechoría diabólica execrable. «Festeggiare l'Anticristo? Idea da froci e drogatit!».

—El sacerdote evita la *piazza* —confirmó Berghstroem—. Monseñor ha anunciado que la inminente procesión mañana eludirá este lugar de exhibición pública del pecado. «¡Maricas y drogadictos festejan al Anticristo!». Pero ahora tengo que ir al banco.

—Te puedes ahorrar la caminata. Hoy es medio fiesta, *Immacolata Concezione*.

—¡El día que el Papa en persona perfora cien preservativos consagrados! —comentó Ray.

Berghstroem fue a pesar de todo. No quedaba ni una mísera lira en la caja. Pero eso sólo lo sabían él y Mia. Ojalá no se hubiese gastado ya todo el dinero.

Entre tanto, Rinaldo había interpretado ante el oído atento del director de escena su «Aleluya de la transitoriedad», lo cual reafirmó a éste en su elección del compositor para el papel del bufón de Iesi.

—Querido Ray —dijo Rinaldo, bajando muy ufano del escenario—, sólo espero que mañana me sepas convencer de tus cualidades como trovador cantante al menos tanto como de tus bromas anticlericales.

Ray esbozó una sonrisa atormentada.

—Los *trovaires* eran poetas, y seguramente no todos tenían voces prodigiosas. A mí me basta con que Iesi tenga un bufón que se arrastra tras las Huellas de Plácido Domingo.

—¡Envidia! ¡Pura envidia! —exclamó amablemente Rinaldo al tiempo que rodeaba con un brazo al director de escena.

En aquel instante vio a un señor acercarse a la mesa de dirección. Movía las manos como si aplaudiera, pero sin producir ningún sonido.

—Alfredo Fiorante —se presentó—. Soy el farmacéutico...

—¡Ah, ése! —se le escapó a Ray, pero se impuso la voz de Rinaldo.

—¡Es un colega! —lo aduló en voz alta—. El *signor* Fiorante es presidente de la asociación coral *Cantate*.

Éste alzó las manos con gesto humilde.

—No es en calidad de tal que acudo a usted, modesto sirviente del arte —se inclinó ante Ray—, sino como autor de un tratado sobre el nacimiento del augusto Hohenstaufen en la ciudad de Iesi y los misteriosísimos acontecimientos de aquella noche.

Metió la mano en la cartera y sacó un folleto recién impreso en papel brillante. Sobre un fondo de amarillo chillón resplandecía, bajo el águila imperial, el título: *La congiura dei cardinali*. Antes de que sus apabullados oyentes, a quienes se habían sumado también Mia y el señor Tagliabue, pudiesen reaccionar ante la conjura de los cardenales, continuó:

—En este escrito demuestro, señores míos, que los obispos y cardenales, cuya numerosa presencia en Iesi en aquella noche ha quedado demostrada más allá de toda duda, no se reunieron allí como testigos del nacimiento bajo coacción, es decir, empujados a golpes por la soldadesca de los Hohenstaufen, sino que tras todo aquello se ocultaba una conspiración de la más pérfida índole...

El farmacéutico tomó aliento, ocasión que Ray aprovechó para interrumpir, con rapidez y arrogancia.

—¿Y a qué piadoso propósito, estimado señor? —inquirió.

—Se lo diré —volvió a la carga Fiorante—. Se reunieron para celebrar una cena en honor de su señor supremo...

—¿Del Papa?

—¡En absoluto! —espetó Fiorante—. Eran adoradores del diablo, y en su nombre celebraron la cena, tras haber degollado y despedazado al niño inocente. Lo hirvieron y lo asaron a fuego infernal en la pila del bautismo, pues también el señor de las tinieblas es gastrónomo...

—¡Canibalismo entre los purpurados! Al final voy a conseguir mi sacrificio humano —se burló Ray—. ¿Y de dónde sacaron al niño?

Esta vez fue Fiorante quien lo miró perplejo ante tanta ignorancia.

—¡Naturalmente era Federico, el emperador!

—¿Se lo comieron?

—¡Claro que sí! —dijo triunfante el farmacéutico historiador—. A la emperatriz le pusieron en la cuna al hijo del carnicero. Lo marcaron con una cruz bajo la axila, que el falso Federico conservó durante toda la vida. En última instancia, los ilustres señores hicieron una buena acción, porque el Hohenstaufen era un engendro del diablo; Satanás había dejado encinta a Constanza, que a su edad no estaba ya en condiciones de concebir...

—¡Vaya! —exclamó Rinaldo—. Lo único que no entiendo es si lo hicieron por el sucesor de Pedro o por Belcebú.

—Estaban al servicio de la Iglesia —proclamó Alfredo Fiorante—. Después se impartieron mutuamente la absolución. El peligro que amenazaba al papado justificaba los medios. ¡En las situaciones extremas, la *Ecclesia cattòlica* no duda en valerse del compadre!

Rinaldo lo comprendió, pero Ray no se dio por vencido.

—¿Y cómo es que Federico II no se convirtió entonces en un hijo fiel a la «única salvadora»?

El farmacéutico esbozó una sonrisa astuta.

—Al señor de las tinieblas le molestaba la señal de la cruz bajo la axila; eso contravenía el pacto. Así que incitó al emperador durante toda su vida terrenal a rebelarse contra el Santo Padre; pero, como todos sabemos, a la hora de su muerte, Federico murió reconciliado y bajo el signo de la cruz.

—Una historia estupenda —se obligó a decir Ray, y ni corto ni perezoso, el farmacéutico le entregó el folleto.

—Podéis hacer libre uso de mis descubrimientos. Sería un orgullo para mí. ¡Soy un gran admirador del arte, del teatro, de la ópera en particular!

Con fingido respeto, Ray depositó el impreso sobre la mesa.

—Lo leerá nuestro productor, que es también el responsable del libreto —anunció a Fiorante.

—Ah, el *signor* Berkestrom —dijo el farmacéutico con expresión sombría; había esperado que Ray iniciara inmediatamente la lectura o por lo menos hojeara el tratado—. A ése ya le he dejado un ejemplar en el buzón.

Se despidió con una reverencia.

—*È stato un piacere* —murmuró.

Mia había vuelto a tomar las riendas. El tiempo apremiaba. La lluvia había empezado a caer de nuevo y con mayor intensidad.

Para la llegada del emperador habían vuelto a colgar a los reos de los ganchos, de los que pendían bamboleándose como paracaidistas de sus cinturones, dispuestos a hacer las muecas más doloridas que pudieran en cuanto se alzara la soga.

Era la única salida en escena de esos actores secundarios, y pusieron en ello toda la fuerza expresiva de que disponían. Sus rostros quedaban a la sombra, efecto que los diafragmas de los focos producían a propósito para que tan sólo se vieran las piernas.

Un coro oculto detrás del escenario dobla su canto mortuorio. Pero sus integrantes ni siquiera se han presentado a causa del mal tiempo; de modo que los descuelgan, completamente empapados, y los envían a casa.

—Vana es la muerte —recitó el bufón.

Capítulo III — La luna

¡Qué tonto soy! —exclamó el director de escena para fastidiar a Rinaldo—. ¡Maldito el día que llegué aquí! *Voluptatis avidus* —cantó Ray Maulman aunque intempestivamente— *magis quam salutis*.

—*Mortuus in anima curam geor cutis* —respondió el bufón, pues la cosa lo divertía—. Ése es otro carmen. ¡Aunque la instrumentación no está mal, *maestoso!*

Ray pidió a Mia una copa de champán; siempre había que llevar la botella tras él, marca: sólo de lo mejor y a cuenta de la producción. Recorrió el camino que quería tomar como trovador y atacó al compositor con otra pulla.

—Con tan estridente patetismo podría sonar «Los normandos no lo quieren, toda Sicilia lo teme» aunque la melodía hubiese brotado del vientre, del diafragma, de la garganta de un compositor vivo e inspirado, pero lo que ha inventado tu máquina no puede competir siquiera con *diu chünegin von Engellant*.

—Y así volvemos a Corazón de León, porque eso se refiere a su madre, la bella Eleonor, *lege an minen armen* —declaró Reinhold con serenidad provocadora—. Fue ella quien entregó el rescate a Enrique.

—¡No te escabullas! —gruñó el director sin identificarse en nada con su disfraz de trovador.

—Ray —dijo amablemente el bufón—, si tienes problemas porque no lo puedes cantar, no tienes más que decírmelo. Podemos simplificar la balada hasta convertirla en un verso infantil...

—¡Qué más quisieras tú! Mientras tú te pavoneas como el Pavarotti de Iesi...

—No te preocupes —murmuró Reinhold al tiempo que le rodeaba los hombros con un brazo—. Ahora lo intentamos...

—*Playback ready?* —gritó Mia, y Ray se colgó el laúd.

—Esta situación un poco grotesca se ha creado porque ya en el primer encuentro que organicé, Ray quedó impresionado por Reinhold y su voz —informó Berghstroem a su amigo Tom; estaban un poco apartados del lugar de los hechos, pero lo tenían a la vista—. Y como a Ray le gusta decidir por instinto, por no decir otra cosa, convenció a Reinhold, a quien ni se le había pasado por la cabeza, para que aceptara el papel de bufón. Yo lo apoyé porque esperaba que la decisión surtiera un efecto de racionalización económica. Luego el maestro comprendió que al dar ese paso se había creado de hecho un codirector. Tenía al compositor revoloteando sin cesar a su alrededor, aunque no fuese más que por su actividad de Comité de festejos.

Tom comprendió al instante.

—¿Entonces decidió cargar con el papel del trovador como contrapartida?

—«Ray es fabuloso para enseñar a otros a cantar, incluso con demostraciones prácticas —intentó convencerme Reinhold, desesperado—. ¡Pero cuando canta él

mismo es un desastre!».

—¡Y ahí entras tú! —rió Tom con cierta malicia—. Si quieres ahorrar por partida doble, sufrirás el doble. ¡Así es la vida!

—Le recordé a Rinaldo sus deberes: «Tú le ayudarás a superar los obstáculos y harás lo que esté en tu mano... ¡Como haces con Bea!».

—¡Eso se llama «chantaje»!

—¡Una simple invitación al baile! Así hice entender a Reinhold que sólo conseguiría para su amante el papel de Alfia si yo y el maestro lo permitíamos.

En el escenario se oía desde lejos la marcha del peonaje alemán:

Trabajo, orden, disciplina.

Los comparsas que hacían de pueblo exclamaron de acuerdo con las instrucciones:

—Arrivano i tedeschi! ¡Que vienen los alemanes!

Lo cual se oyó con toda claridad, pues de nuevo sonó el canto, con una pequeña variación:

Ser baja borda asesina...

Rinaldo adoptó una expresión de asombro tal que casi se olvidó de su papel. Los invisibles alemanes siguieron berreando:

*... es la prenda de la dicha,
nuestro regalo a la tierra entera,
contra perfidias de sicilianos.
¡A la lucha, alemanes hermanos!
¡De la espada justiciera
brillo desnudo clavado con brío
en todo cuerpo de moro impío!
¡Expulsadlos de nuestra frontera!*

—¡Oye! —espetó Rinaldo, dirigiéndose al director—. ¿Es que Emmy ha encargado la letra a Nemo?

—¡Los republicanos mandarían a freír espárragos a su bardo favorito! «De enhiesta verga desenvainada brillo desnudo...» —repuso Ray entre risas.

¡Echadlos fuera, fuera

de la imperial frontera!

La primera visita a la marquesa Fulvia Costa-Pelicosi no podía aplazarse más. Rinaldo, que estaba más o menos al corriente de los intrínquilos del laberinto cultural de Iesi, se lo había recomendado a Berghstroem varias veces. Aunque fuese sólo como contrapeso del *Centro Storico*, al cual pertenecía el farmacéutico, convenía mantener buenas relaciones con la belicosa anciana del *Circolo Culturale*, que además era propietaria del hotel en que se alojaban y de muchas otras cosas que había en la ciudad.

Berghstroem se llevó a Mia. La Parker tenía cierto aire tranquilizador que le granjeaba la confianza de personas mayores de talante conservador, gentes que a él lo tomaban fácilmente por un personaje de dudosa reputación.

—Te la meterás en el bolsillo, Manuel —dijo Mia, que había adivinado sus pensamientos—. Por cierto, ¿qué queremos de ella?

—Nada —contestó Berghstroem—. Sólo queremos evitar que ella y su círculo cultural declaren la guerra a *Stupor Mundi*. Necesitamos aliados, Mia. El pildorero pronto será nuestro enemigo, en cuanto se entere de que no usamos sus efusiones literarias como fuente de inspiración para nuestra obra...

—¿Y eso no se puede evitar? —preguntó Mia, siempre conciliadora.

Iban en el coche de Mia, un *Mini* que daba un aire más modesto, por la carretera que subía entre las colinas que rodeaban la ciudad.

—No evitarlo significaría meternos con el resto de Iesi, con el ayuntamiento y con la Iglesia, aunque a Ray le encantaría. ¡Unos cardenales de Roma como caníbales adoradores del diablo! ¡Eso es demasiado fuerte, sobre todo para mostrarlo en escena!

—¡A ti también te gusta, Manuel, admítelo!

Salieron de la carretera y enfilaron un camino sin asfaltar que subía serpenteando entre olivares y viñedos.

—¿Por qué has contratado a Ray como director de escena? —preguntó Mia a su acompañante—. ¿Os conocíais de antes?

—¡Claro! —dijo Berghstroem, con sonrisa sarcástica—. Raymond Maulman es para mí la única garantía de que a partir de mis textos de mal gusto y de la sensiblería informática de Reinhold Schilling se creará una opera bufa que esté a la altura de mis exigencias literarias y de las fuentes clásicas de Rinaldo, es decir, de *Vox Medieval III*.

—¡Qué poco exigente eres! —objetó Mia.

—A mí me basta con agarrar un pedazo de historia emocionante, darle una forma que guste al público y conseguir que se entienda. ¡Pero Ray crea arte!

—Un arte polémico —comentó Mia, y Berghstroem le siguió la corriente.

—¡De lo contrario, no sería arte!

—Con Ray te arriesgas a un fracaso —advirtió Mia—. ¿Te lo puedes permitir?

—¡Me permito a Ray!

—Has cedido a su provocación...

—*Avec plaisir!* —exclamó Berghstroem riendo—. He sucumbido a su fascinación. Es como la ruleta: a mí me gusta jugarme el todo por el todo... ¡Y a él también!

—Y como todavía no estás arruinado del todo —replicó Mia en tono enojado—, *faites votre jeu!*

Berghstroem sabía que a Mia le molestaban tales tonterías y que estaba preocupada, pero no iba a darle el gusto de callarse.

—Cuando su padre se pega un tiro en Israel porque su mujer se ha fugado con un muchacho palestino, la abuela manda al joven Ray, de quien era amigo el amante, a la Universidad de Toulouse para que estudie filosofía. Ray, en cambio, prefiere largarse a París, donde lo acoge Coco Chanel, y comienza a filmar a la Callas con una cámara de ocho milímetros en todos los sitios por donde anda y canta. Ella lo admite en su séquito, y pronto asiste a varios directores de escena y de orquesta, que lo emplean sobre todo como intermediario con la caprichosa diva gracias a su temperamento fogoso pero amable. Luego la joven cupletista Tilde Carson le consigue la primera puesta en escena propia, en Bochum, nada menos que *Inés de Hohenstaufen*. El público echaba sapos y culebras, y la crítica lo destrozó de tal forma que el muy bribón se hizo famoso de la noche a la mañana. En consecuencia, los teatros empezaron a disputárselo; por lo menos una vez por temporada, cada uno de ellos se permitía un *Maulman*, el escándalo garantizado. Yo lo conocí cuando había aguantado ya, por así decirlo, el primer asalto; había caído cinco veces, pero no quedó noqueado hasta el noveno. Quien sospeche en él blandura física se equivoca. Ni siquiera hace falta la chupa de cuero...

—... echada como al descuido sobre los trapos carísimos de diseñador —saturizó Mia, pero Berghstroem no dejó que interrumpiera el torrente de su relato.

—... sino sólo un apretón de su mano para convencerte de que no tiene por qué temer que ningún roquero o skinhead se deje engañar por sus modales dulces, casi cariñosos.

—Es verdad —dijo Mia, conciliadora—. Ray no permite que le toquen las narices, y sobre todo no tolera la menor manifestación de desprecio a las minorías, sea la suya, la de los homosexuales, la étnica o los extranjeros por los que se siente atraído.

—Se le notan sus orígenes. Al fondo ves el castillo de cuento de hadas de la abuela de ese Lancelot moderno, pero él se caga en eso, vomitará en el parque si cometes el error de invitarlo a un sitio así. Prefiere tomar champán en la última taberna portuaria, del más caro si se lo pagas tú, que con tu mísero dinero pretendes ser su mecenas, mientras él te regala su fuerza creadora, que a fin de cuentas no tiene precio, su creatividad, sus visiones y por añadidura su exaltación.

—Estás pensando en Maxi, ¿verdad? —preguntó Mia con una carcajada sarcástica.

Berghstroem asintió con ademán mordaz.

La villa, la casa de campo de los Costa-Pelicosi, estaba situada a media hora de camino en las colinas próximas a la ciudad, e inmersa en viñas. Una avenida en mal estado, flanqueada por cipreses, conducía al poco cuidado *palazzo*. La finca disponía de insignias de *grandezza* pasada, tales como un surtidor que no funcionaba, diversas estatuas deterioradas y un parque cubierto de maleza; el lugar parecía demasiado grande como para mantenerlo en buen estado de acuerdo con el rango social de la dueña. En el portal apareció un criado para comunicarles que la *marchesa sarebbe ancora in viaggio*, y que *il signor Berkestrom* podía mientras tanto pasear a sus anchas en el parque. Señaló un Volvo de matrícula alemana y anunció que los *compatrioti* estaban ya en el pabellón *della scena girévole*.

Menos ansiosos por ver a los compatriotas alemanes que un teatro con escena giratoria, el productor y la asistente atravesaron la finca, que parecía bastante abandonada. Por lo visto, la marquesa no quería permitirse el lujo de contratar a un jardinero; de todos modos, habría hecho falta más de uno para podar los setos, arrancar la hierba de los caminos de grava y la maleza de los rosales. El terreno se inclinaba levemente hacia el valle; detrás de un prado apareció bajo los árboles una rotonda de madera, delante de la cual se elevaba una columnata cubierta. Se acercaron al lugar.

Bajo el techo de la antesala del templo se hallaban dispuestas en círculo unas gradas orientadas hacia la única abertura de la rotonda. Un equipo de televisión con dos cámaras de vídeo había instalado sus focos. Uno de los técnicos accionó algunas palancas del cuadro eléctrico instalado junto al escenario, y el mecanismo invisible se puso en marcha entre chirridos y traqueteos. Se abrió el telón.

En la parte visible del escenario se representaba la escena final de *Otelo*. El moro entró en la habitación en que Desdémona descansaba en un canapé; su voz de tenor demasiado grave vibraba desde el rodillo «*Niun mi tema*» mientras se acercaba con pasos torpes a la mujer tendida, se inclinaba sobre ella y le apretaba la garganta. A continuación se derrumbó a su lado con gruñidos ininteligibles, las luces se apagaron y el telón se cerró a estirones. Los actores eran muñecos de tamaño natural ataviados con ropas bellísimas aunque ligeramente desgastadas o apolilladas.

—¿Quiere ver usted a Tosca apuñalar a Scarpia con el cuchillo del pan? —preguntó el hombre de más edad del equipo, que parecía ser el jefe—. O quizá deberíamos presentarnos primero —añadió al ver que Berghstroem y su acompañante vacilaban—. Me llamo Franck.

A Berghstroem le llamó la atención que no siguiera el vicio alemán de estrecharle la mano que estaba a punto de tenderle.

—Éstos son mis colaboradores, Wolff, Hettrich y Galinsky —presentó sin mucho énfasis a los otros—. No hace falta que recuerde los nombres. Firmamos como Franck & Co.

—Berghstroem —dijo Berghstroem sin especial entusiasmo.

—Lo sé —dijo Franck, agregando a modo de explicación—: Nos envía el señor Bock. Documentaremos el trabajo de ustedes en Iesi.

—¿Ah, sí? —dijo Berghstroem; lo irritaba que tal noticia no revistiera en absoluto la forma de una solicitud de permiso. Eso era típico de Maxi—. Ella es nuestra asistente, Mia Parker —agregó—. Con ella podrá aclarar usted todas las cuestiones de procedimiento.

—No hay mucho que aclarar —le reveló Franck—. Hemos recibido la orden, y la acataremos rigurosamente, de no inferir en sus ensayos, y menos intervenir en el desarrollo de los mismos con cualesquiera que sean nuestros deseos. No dependemos de la iluminación, trabajamos de manera completamente silenciosa y haremos lo posible por volvernos invisibles. Lo mejor será que usted no se ocupe de nosotros en absoluto. Así podremos limitar los contactos a un mínimo.

—Como usted quiera —accedió Berghstroem—. Sin embargo, hay que pedir permiso formal a todos los implicados, sobre todo a los actores.

—Lo sé —dijo Franck—. El derecho a la imagen es sagrado.

—No es tanto por eso —puntualizó Berghstroem—; pero si no lo hacen, el señor Bock podría llegar a vérselas con demandas imprevisibles.

—Nos ha provisto ya de formularios impresos que le ruego haga firmar a todos.

—Déselos a la señorita Parker —dijo Berghstroem, y dio media vuelta para marcharse.

—Debería quedarse usted para admirar el *Bacio di Tosca* —dijo Wolff cortésmente a Mia—. ¿O prefiere a Mozart? ¿El final de don Juan, cuando la estatua entra por la puerta? Esta cajita de música es un prodigio —se entusiasmó—. ¡Pensar cuan limitados eran por entonces los medios técnicos!

Al ver que Mia le sonreía con amabilidad, volvió a poner en marcha el tiovivo. Tras el telón de terciopelo que se apartaba a trompicones se veía girar el escenario, que ahora mostraba la habitación del jefe de policía en el Castillo de los Ángeles. Si *adempia il voler vostro...* El malvado Scarpia está sentado a la mesa escribiendo, mientras Tosca, contestando sus preguntas inquisitoriales, coge despacio el cuchillo de la mesa y se lo esconde tras la espalda. Finalmente Scarpia ha acabado y extiende los brazos para abrazar a la mujer; ¡Tosca, finalmente mía!, retumba desde la bocina su voz de barítono un poco temblorosa, y entonces ella le asesta la puñalada; Scarpia alarga un brazo y avanza dando tumbos hacia ella con el cuchillo clavado en el pecho. Sus estertores se apagaron en medio del movimiento de su caída.

—¡El fusible! —dijo Hettrich en tono de disculpa, y se puso a manejar el dispositivo de mando—. ¡Sólo será un momento, señorita! —aseguró, pero Mia contestó riendo:

—¡Un bonito juguete, más apto para niños grandes que para los amigos del bel canto!

—El señor Bock lo quiere comprar —informó Franck al *producer*, que ya se había apartado unos pasos.

—¡No sabía que Maxi era amante de la ópera! —exclamó éste, y como el mecanismo y, con él, el rodillo de los gemidos de «Me muero, que me muero» se había vuelto a poner en marcha, agregó en voz alta—: No creo que la marquesa esté dispuesta a vender esta preciosidad, que seguramente es un recuerdo de su infancia.

—Pues entonces comprará toda la finca —replicó el señor Franck—. De todos modos lo documentamos, por si acaso.

—Ah —se le escapó a Berghstroem—. Así que ustedes documentan todo aquello que el señor Bock cree poder comprar, ¿no? ¡Venga, Mia, vámonos!

—¡Espere! —rogó el señor Franck, y tendió el micrófono hacia Berghstroem—. ¿Por qué no comenzamos ya con el trabajo? ¿Cómo se le ocurrió la idea de *Stupor Mundi*?

Berghstroem no tenía ningunas ganas de dejarse prescribir por otros si o cuándo debía efectuar declaraciones sobre esa cuestión, sobre todo teniendo en cuenta que guardaba relación con lo más hondo de su ser. Pero una negativa podía disgustar a Maxi, así que empezó:

—Teniendo en cuenta que en virtud de mis estudios y conocimientos yo podría ocupar cualquier cátedra de historia de la Alta Edad Media, me han fascinado desde siempre las circunstancias de aquella noche singular del año 1194, en la que todas las culturas, por no decir todos los mundos conocidos, se dieron cita y elaboraron un mejunje explosivo: el Imperio y los Estados Pontificios, los bárbaros del norte, que lo eran en comparación con la civilización árabe o la filosofía de los griegos y que habían salido a conquistar la mítica joya de Sicilia, el vellocino de oro. Las intrigas, el pensamiento dinástico y las pretensiones de poder feudal forman el macrocosmos, la pasión, el amor, la fidelidad, la fe y la renuncia, la parte privada y más íntima. Aquí la Iglesia, allá el Imperio. Aquí el florecimiento de los Hohenstaufen, insaciables, grandiosos y violentos; aquí el esplendor moribundo de la casa real normanda. Aquí Enrique, brutal y astuto; aquí Constanza que sufre y se sacrifica. Todo eso se junta en una noche y da a luz a un niño: *Stupor Mundi*.

—¡Muchas gracias, señor Berghstroem! —gritó Franck cuando el *producer* se apartó bruscamente.

A sus espaldas resonaba el canto triunfal de Tosca: *E morto! Or gli perdono!*, mientras cruzaba de nuevo el prado en dirección a la casa.

—No me gustan esos tipos —murmuró Berghstroem—. Tienen un aire de reptiles, como si hubiesen salido de alguna película como *Blade Runner*.

—Pues a mí aquellos androides me cayeron bastante simpáticos —replicó Mia cogiendo a Berghstroem del brazo—. Manuel, me parece que estás bajo la impresión de aquel juguete macabro en el que unos muñecos inánimes sustituyen a los seres humanos. A lo mejor son buena gente. Son técnicos de vídeo, ya se sabe...

—Vaya consuelo —exclamó Berghstroem—. ¡Tener a esos tipos dando vueltas a nuestro alrededor continuamente durante las próximas semanas!

—¡Pues no mires y ya está! —le aconsejó Mia.

Habían llegado a la terraza de la parte posterior de la casa. El anciano sirviente los estaba esperando.

—La marquesa está desolada. Les pide mil disculpas, pero se ha quedado en el camino a causa de una avería —anunció con ademán despectivo, como si volcara una copa.

«Una copa de más para la anciana señora», pensó Berghstroem, pero pasó por alto la indiscreción.

—No importa —repuso.

Mia se despidió amablemente con la frase habitual del país:

—*Porti alla signora marchesa il nostro rispetto e le dica che saremmo lieti di conoscerla presto!*

Subieron al *Mini* rojo y volvieron a Iesi.

—¡Ha vuelto Stinky, el devorador del emperador! —exclamó el director Ray Maulman al recibir a sus productores—. No para de dar la lata.

El asunto parecía divertirlo, quizá también porque ya había dado cuenta de dos tercios de la botella de champán colocada al pie de su silla de director.

—Pregunta si has empezado ya a reescribir tu libreto, pues no podemos dejar de tener en cuenta sus descubrimientos. Y cómo pensamos resolver el problema históricamente documentado del niño suplantado...

Ray se lo estaba pasando en grande.

—En primer lugar —empezó Berghstroem sin dejarse provocar—, algo no se convierte en un hecho histórico porque una de las partes interesadas alimente maliciosamente y durante siglos el rumor del hijo del carnicero, y en segundo lugar... Bueno, dejémoslo —atajó Berghstroem con aire fastidiado al tiempo que se sentaba junto a Ray y se servía el resto de la botella—. ¿Qué le has contestado?

A Ray le dio un ataque de risa que lo hizo toser, o tal vez se había atragantado.

—Pues que por razones técnicas la comilona de los cardenales tendrá que celebrarse después del nacimiento, bajo la carpa cerrada, donde nadie verá a los devoradores de niños.

—¿Y cómo se sabe que es el hijo del carnicero el que la pobre emperatriz tiene en los brazos?

—Lo mismo me preguntó el *signor* Fiorante. Dijo que por lo menos debería verse la señal de la cruz en la axila...

—¿A esa distancia? —protestó Berghstroem.

—Exacto —dijo Ray—. Le he asegurado que los iniciados de entre los espectadores, pues se trata de un secreto muy peligroso y muy esotérico, lo podrán inferir del hecho de que Alfia, el ama de cría, se ocupa del retoño imperial con la entrega de la que sólo es capaz el amor de la madre natural. Por lo menos ella lo sabe, y él, el portador del secreto, Alfredo Fiorante, y yo como su cómplice en la

conspiración, conocemos la verdad. No hace ninguna falta que tú, Emmy, te enteres.

—¡Fabuloso! —exclamó Berghstroem—. ¿Y lo ha aceptado?

—Se ha marchado contentísimo.

—¿Podemos continuar? —se quejó Rinaldo desde el escenario.

Ray echó un vistazo al reloj.

—Ahora los dos tenemos un descanso como actores.

Al igual que el bufón, llevaba su traje, el de trovador, cuyas ajustadas calzas resultaban de su agrado por el abundante relleno de los genitales, que resaltaba sus largas piernas en contraste con las cortas y algo torcidas de Rinaldo.

—Vete a ver a tu moza del colmado o a tomar un café —le contestó—. Ahora vienen los alemanes.

Señaló a Nemo y Waldemar, que se acercaban muy ufanos desde las casamatas, donde estaban instalados los vestuarios; ambos llevaban ya la armadura en su calidad de mayordomo imperial y capitán respectivamente. Rinaldo cogió a Berghstroem del brazo y se lo llevó. Fueron a la *pizzeria*, de la que estaban saliendo los alemanes para actuar en la *piazza*. Estaban cantando su canción a pleno pulmón.

—Por lo visto les divierte caricaturizarse a sí mismos como horda de invasores teutones —comentó Rinaldo malhumorado.

—Ray insistió en que necesitábamos unas auténticas voces alemanas —se disculpó el *producer*—. Mia resolvió el problema haciéndose traer de la base aérea de la OTAN un autobús lleno de personal de tierra del Ejército Federal.

—Que allí se aburren como ostras ocupándose de los *Phantom* que hacen escala y aquí se emborrachan como cubas.

—¿Qué quieres? —dijo Berghstroem—. Los muchachos colaboran con mucho fervor. ¡Como acabas de oír, ya se saben de memoria mi letra y tu melodía!

—Sí, vale —repuso Rinaldo mientras atacaba la *pizza*—. ¡Pero molestan a la gente de Iesi!

—¡A los taberneros seguro que no! —exclamó Berghstroem, tratando de zanjar la cuestión—. Además nos salen muy baratos.

—Cantan canciones nazis —refunfuñó Rinaldo—. Eso hace rabiar a nuestro amigo Achille, el teniente de alcalde, de cuya benevolencia dependemos cada vez más.

—¿Por qué? —se rebeló el *producer*—. Creamos puestos de trabajo; eso debería alegrar a un sindicalista.

—Ya tenemos bastantes enemigos en Iesi —se quejó Rinaldo—. El farmacéutico sólo seguirá estando de nuestra parte hasta que caiga en la cuenta de que Ray le ha tomado el pelo.

—¡Luego volverá a verter sobre nosotros sus apestosos orinales! —dijo riendo Berghstroem—. Tendremos que aguantarnos.

—El *signor* Fiorante cuenta no sólo con el respaldo de la asociación coral *Cantate...*

—... que necesitamos, porque aparte del coro de la ópera apenas se encuentran voces formadas en Iesi.

Rinaldo asintió con un triste movimiento de cabeza.

—Don Achille no tiene nada que ver con Alfredo y su banda, pero sí con los *compagni* de su partido. En su despacho del ayuntamiento se acumulan las protestas de los compañeros contra nosotros por la ocupación de terrenos públicos... ¡Y ahora además por la innegable conmemoración de los invasores nazis!

—¡No les puedo prohibir ni que beban ni que canten! —se indignó Berghstroem.

—Por lo menos podrías procurar, Emmy —insistió Rinaldo—, mantener a Nemo alejado de ellos. Les ha prometido una ronda gratis en la taberna en cuanto se acaben los ensayos. ¡Sólo falta que les enseñe su himno silesio!

—Invitaré a don Achille —propuso Berghstroem—, y cantarán para él *Ciao, bella, ciao, ciao, ciao*. ¡Verás cómo se le saltarán las lágrimas al viejo estalinista!

—Pero... ¿qué trapos lleva ésta? —se mofó de repente Ray al ver a Bea, que se presentaba para cantar su «Aria de la pobre emperatriz».

En efecto, la mujer del carnicero parecía haberse puesto sus mejores galas, un sueño azul de tafetán y terciopelo, con unas cintas que realzaban sus pechos.

—¡Cuando viene el emperador, incluso la mujer del carnicero se arregla! —se defendió Bea.

—En primer lugar, no tienes tiempo para eso, porque estás trajinando sin parar, querida —le explicó Ray con sospechosa dulzura—. Y en segundo lugar, ¿quién te ha dado a ti, mujer del pueblo, esta vestimenta palaciega?

Todos callaron perplejos durante un buen rato, sobre todo al ver que los asistentes encargados del vestuario, que acudieron corriendo, se encogían de hombros. Luego Bea estalló.

—¡He cogido este vestido porque me ha dado la gana! —gritó dirigiéndose no al director sino a Rinaldo—. ¿Por qué tengo que andar desharrapada siempre? ¡Di algo de una vez!

Rinaldo le dirigió una mirada atormentada.

—Quítatelo, Alfia —le ordenó por fin en voz baja pero clara.

Ray, casi conmovido por aquella muestra de vanidad infantil, apaciguó los ánimos.

—Ya pensaremos juntos, Bea, si al comienzo del segundo acto, cuando sales de tu casa después del parto, llevas algo distinto...

Bea se acercó y lo abrazó, le sacó la lengua a su amante y salió corriendo.

—Eso ya lo ensayaremos luego —decidió Ray en tono conciliador—. Emmy, procura que Bea se tranquilice.

—Yo... —empezó Rinaldo.

—Tú te quedas —le ordenó el director—. Reanudaremos nuestra disputa: *Le Fou versus le Troubadour*!

—Estamos pendientes de la llegada de Elgaine Coeurdevers, la diseñadora —dijo

Mia a Berghstroem en tono de ligero reproche. Estaban sentados en el bar del hotel, desde donde se divisaba la *piazza* a través de las cortinas de ganchillo.

—Ray ha pedido que viniera —la informó el *producer*—. Si ella ha consentido en ocuparse de *Stupor Mundi* como art director, es sólo porque Maulman la persuadió.

—Hasta ahora no hemos tenido el placer de ver a la dama...

—Pero lo que se ha confeccionado hasta ahora según sus diseños de las sastrerías especializadas de Roma es magnífico —alegó Berghstroem, defendiendo la decisión de su director.

—¡Y las facturas también! —objetó Mia—. De las que a mí sólo me llegan las copias.

—Maxi se ha encargado de pagarlas directamente en un arranque de generosidad —informó Berghstroem a la recalcitrante pelirroja.

—¡Parece que su tarea implícita consiste en resucitar el manuscrito de Manesse con todos sus ínclitos trovadores y sus nobles damas y caballeros!

—¡Pero eso es maravilloso! —exclamó Berghstroem, tratando de entusiasmar a su indócil asistente, sin obtener más éxito que la mordaz respuesta:

—¡Y no importa en absoluto que esas ilustraciones daten del año 1410, mientras que nosotros nos encontramos, por gracia de la fecha indiscutible de nacimiento, en el mucho menos refinado fin de *siècle* del siglo XII!

—¡Qué se le va a hacer! —suspiró Berghstroem.

—¿Qué se le va a hacer? —repitió Mia con indignación—. ¡La diferencia de época es tan poco importante como la que hay entre la moda que se llevaba al estallar la Revolución francesa y el aterrizaje en la Luna! —La señorita Parker estaba ahora en plena forma—. ¡A ella, la prestigiosa diseñadora de vestuarios de ópera, parece que le das carta blanca sin reparar en gastos! Sólo con nosotros eres tacaño. No quiero ser ingrata; en definitiva los trajes redundan en beneficio de la producción, mientras no tengamos que compensar esa dilapidación con recortes en otras partes. Cada pieza ha sido cosida a mano, las telas de brocado, damasco y terciopelo han sido tejidas expresamente para este fin; están entretejidas con hilos de oro y plata, ribeteadas con pieles auténticas y adornadas con jaspe, amatista, carniola y otras ágatas. Deberías hacer luego una exposición itinerante en los museos más célebres. ¡Lo mejor será que te compres un castillo que haga juego con eso, Manuel, o hazte con un *palazzo* propio en Venecia de una vez por todas!

—Déjate de bromas, Mia. Los diseños de Elgaine son geniales, incluidos los planos de las construcciones de la *piazza* de Iesi. Son concisos y eficientes... Y pensados hasta el último detalle. Elgaine es un genio, y unos profanos como nosotros sólo podemos inclinarnos avergonzados ante ella, incluso antes de que llegue.

—A Ray le parece un atropello. No es que le disguste el trabajo de su asesora de vestuario, pero sí que después de la primera conversación no le haya consultado ni una vez. ¡Y de coordinación, desarrollo de una idea común que se integre en su concepto de la escenificación, nada de nada!

—Querida Mia Parker —la atajó Berghstroem—, le agradecemos esta conversación unilateral pero informativa. *Una bottiglia di Champagne* —pidió luego al barman— per *il signor* Maulman! Éste es el mejor remedio para curarlo de las iniquidades que ha sufrido. *La porti direttamente fuori sulla piazza!* —agregó señalando la plaza, donde Ray estaba sentado en su silla de director.

Ray deseaba ver a los dos esposos carniceros juntos en el escenario, de modo que se adelantó el ensayo de éstos, que de hecho era un mero ensayo de posición. Sin embargo, no dejaron de producirse las primeras «disputas cantadas», si tal es el nombre que se quiere dar al atroz griterío, las amenazas y los improperios.

—Tras el impacto del preludeo del primer acto —explicó el director a sus dos carniceros el desarrollo ulterior del trabajo que les concernía—, salgo en escena primero yo, un trovador llamado Ramón de Mirepoix que está de paso y que con gran acierto, es decir, con retraso, sigue buscando al rey cautivo Ricardo Corazón de León. Rinaldo, el bufón de Iesi, me advierte de lo inútil de mis esfuerzos. Entonces escuchamos por primera vez desde lejos la voz de Alfia, que con su «Poi ch'a voi piace, amore» se adelanta, cual audaz máquina del tiempo, a la vida posterior del emperador Federico II, haciéndonos escuchar ya antes de su nacimiento esa conocida poesía del Hohenstaufen. A continuación cantamos los tres, es decir, el bufón, Alfia y un servidor, de manera bastante confusa, con todos los malentendidos posibles. Aquí se pone de manifiesto la secreta relación amorosa entre la bella esposa del carnicero y el bufón jorobado de Iesi. Nos saltamos ahora la llegada de los alemanes y también la primera gran aria de Alfia, «Ricca, povera imperatrice». Justo cuando el bufón empieza a confiar en mí lo bastante como para revelarme, pese a ser forastero, su amor a Alfia, y cuando también a mí la dama comienza a hacerme gracia, aparece muy inoportunamente su marido, Ugo el carnicero. De inmediato se pone celoso, echa a su mujer de su jardincito y la manda de vuelta a la carnicería. Alfia no tolera esa humillación delante del amante y del forastero. Se produce el primer altercado encendido entre los cónyuges. El populacho del mercado, congregado en el lugar, es aficionado a tales querellas y las alienta.

¡Ugo Tripas, mondonguero, gatunero!

¡Ugo Tripas, rompehuesos, tuercepesos!

—Al principio no son más que injurias verbales de lo más amables —continuó Ray—, que resultan inofensivas, sin embargo, en comparación con la erupción ininterrumpida de vulgaridad obscena a la que se entregan los cónyuges carniceros. Ugo intenta agredir a Alfia, ésta busca protección entre las mujeres del mercado y canta, indignada y triste, su aria «Come mi piacerebbe». Acto seguido, nuestra atención se centra de nuevo en los alemanes, que a las órdenes de su mayordomo

deben preparar la inminente llegada del emperador. Con ello se vuelve a plantear también la cuestión de la ejecución legítima del concejo güelfo. Rinaldo denuncia al verdugo, y en su desesperación éste canta el «Aria de la obediencia debida de un verdugo». El pobre hombre intenta suicidarse, pero la horca ya está desmontada. Se tira al pozo, pero las mujeres lo sacan con el cubo. Pone la cabeza sobre el tajo de maese Ugo y se acusa de haber copulado con la esposa de éste, pero el verdugo es tan feo que ni siquiera el carnicero ciego de cólera y celos cree a su mujer capaz de tamaña aberración estética; y eso que *donna* Alfia hace lo posible para hacer rabiar a su marido y que el pueblo también quiere ver sangre. Pero el anhelo de morir abandona de golpe al valiente verdugo cuando entran en escena los mercenarios alemanes y amenazan con castigos terribles al «asesino de güelfos». Se hace esconder por Ugo para protegerse de la furia teutónica. De este modo, el interés se traslada de la disputa de los carniceros a la alta política: «¡Que viene el emperador!». Fin del acto primero, primera parte.

La primera salida en escena de Gualtiero como Ugo en el «Dueto de la disputa matrimonial», su talante grosero y su indómita vulgaridad produjeron considerable revuelo en el lugar. La afluencia de público en la *piazza* aumentó de inmediato, y con ella la indignación de algunos espectadores mayores.

*Ugo: ¡Mujer! Si no llevaras el fruto
que mi buen semen te regaló,
pirula no te acariciaría
más, y el látigo te quitaría
las ganas de bromear.*

*Alfia: ¡Hombre! ¡Tú amando manchas y pringas
como embutiendo grasa de cerdo!
Tu pirula ya sólo me aburre,
aunque el niño me ría en el cuerpo.*

—Lo que más le gusta a Ray es impactar —comentó Berghstroem a Rinaldo en tono preocupado—, y le importa un bledo que resulte atractivo o repulsivo.

—Así alborota a la moral personificada de Iesi. ¡Cada palabra que ellos intercambien en el escenario se propaga como un reguero de pólvora, como por correo neumático, al ayuntamiento, a la sede del partido, a los despachos de las asociaciones corales enemistadas, las ligas culturales y los amigos de la ópera, incluso hasta la casa de campo de la marquesa! ¿Le has presentado finalmente tus respetos?

—La primera y única audiencia que me concedió fue por teléfono —repuso Berghstroem, apocado—. Fue una audiencia puramente auditiva. Le vendí *Stupor Mundi* como un auto sacramental de la Edad Media, subrayando la influencia de la

Iglesia y la colaboración cultural de las instituciones locales.

—¿Y ella qué te dijo? —preguntó Rinaldo con sonrisa maliciosa.

—Me dijo: «¡Pamplinas! Escucha, joven: lo que tenéis que hacer aquí es dar caña. ¡Las trompetas de Jericó! Si no hacéis eso, esta ciudad no os hará ni caso».

—¿Y entonces?

—Entonces colgó.

—¡Ahora, en cambio, viene en persona! —Rinaldo señaló el portal del hotel—. ¿Ves acercarse al dragón que echa fuego por la boca, Manuel? *Penitate!*

Llegaron corriendo Mia y tras ella Nemo.

—*La marchesa Fulvia è fuori di se per la volgarità che profana il cuore della città, come se qualeuno avesse caccato davanti a casa sua!*

—«La marquesa Fulvia está fuera de sí por la vulgaridad que ensucia el corazón de la ciudad, como si alguien se le hubiese cagado delante de casa» —tradujo Mia—. ¡Seguramente se refiere a nosotros que estamos en su hotel!

Berghstroem ordenó interrumpir al instante la vehemente disputa del matrimonio carnicero e indicó a Alfia que comenzara a ensayar «Com'mi piacerebbe». Naturalmente, Ray no estuvo de acuerdo; quería la confrontación.

—¡No olvides que a ti también pueden echarte del hotel, que es el más importante de la ciudad y el único de su categoría! —convenció Berghstroem a su recalcitrante director de escena, y mandó a Rinaldo a la trinchera, es decir, al encuentro de la marquesa—. El maestro tiene ascendiente sobre la belicosa dama.

La marquesa había llegado ya al centro de la *piazza*, agitando el bastón y apoyándose en el cura, lo que impedía a éste santiguarse como hacía cada vez que veía la obra diabólica de *Stupor Mundi*. En esta ocasión, don Pasquale se limitó a no mirar.

—*Potte, fotte, cazzo!* ¿Qué cosas tengo que oír, maestro? —regañó la marquesa inmediatamente a Rinaldo, regodeándose en cada palabra y gritando lo suficiente como para que la mirada ya baja de don Pasquale casi se hundiera entre los adoquines, como si se hubiese abierto la tierra—. *¡Pestello, mazzapicchio, joder, follar, pijar...!*

—Son ventosidades del maligno —respondió Rinaldo pasando al ataque como el herrero de Winkelried—. Sólo unos oídos que el señor de las tinieblas haya obturado con purulencias morbosas pueden haber escuchado en mi creación musical semejantes pasajes. ¡Mis cantantes jamás serían capaces de pronunciar cosas tan indecibles!

Señaló a Alfia, que cantaba con mojigatos suspiros su canción, acompañada por el *playlist*:

Com'mi piacerebbe...

¡Ay, cómo me gustaría

entregarme al libre amor!

*justo el que es mí marido
de amor nada sabe, no;
y una dama recatada
no puede amar a un bufón.*

*Com' mi piacerebbe
¡Ay, cómo me gustaría
brindarle un hijo al amor!
justo el que es mi marido,
ése nada me ama, no;
y el bufón, tal vez buen padre,
sería mi perdición.*

—Ya me lo figuraba. —La marquesa golpeó el suelo con el bastón, satisfecha—.
¡Don Pasquale! *Dove cantato, niente peccato!*

Dicho aquello giró sobre sus talones para marcharse.

El farmacéutico se acercó con ademán vehemente.

—¡Cómo que «si es cantado, no hay pecado»! ¡Pero si yo lo he escuchado claramente! ¡No dicen más que marranadas!

La marquesa le lanzó una mirada fulminante, pero el hombre se precipitó a su ruina y agregó con aire triunfante:

—¡Parece una película pornográfica!

La marquesa se tomó su tiempo para una réplica mordaz.

—Como indicaba ya nuestro querido maestro, hay enfermedades en fase avanzada. Alguien a quien el pus ya le sale de las orejas haría bien en meterse rápidamente una buena dosis de antibióticos en las nalgas. Usted como farmacéutico debería saberlo; aunque también se puede administrar una lavativa.

«Tierra trágame», pensó el farmacéutico; el agujero correspondiente ya lo había abierto don Pasquale, que halló finalmente la ocasión para hacer tres cruces, una de ellas a espaldas de la marquesa, que se alejaba apoyada en su bastón y a la que el cura se apresuró a seguir.

Ray Maulman se acercó con paso indolente y dio al ungüentarlo unas palmadas en el hombro.

—Usted, señor colega, siempre está invitado. Hay un asiento de primera fila desde el que podrá oír todos los gemidos de placer y ver el coño de la *signora* Beatrice por detrás cuando se abre de piernas...

El farmacéutico ya estaba curado de espantos. Pareció recobrase de su desconcierto y dedicó al director de escena una sonrisa agradecida, casi radiante.

—Soy un admirador del arte —balbuceó—. Quiero mucho a los artistas. ¡Sois mis amigos!

Y dicho aquello se largó.

—¡Lo suavizaremos! De ahora en adelante, Ugo cantará algo acerca de «El arado, la semilla y el surco», en lugar de aquellas otras cosas —anunció Berghstroem con un suspiro de alivio, aunque la posición que Ray había sacrificado era la suya; a fin de cuentas, él era el libretista.

—Para mí no hay nada tan odioso como tener que irme de un hotel antes de tiempo —dijo—, a menos que no pueda pagar la factura.

Llamaron a Berghstroem al teléfono. Era Mia.

—El director del banco ha...

—¡Que le den por el saco!

—¡Ha llegado el giro! Ya te ha preparado un talonario. Te dejarán entrar por la puerta de servicio. ¡Sólo tienes que firmar!

—Dile que iré mañana al mediodía.

—¡Champán! —gritó Ray—. ¡Champán para todos!

Invitados por Berghstroem, permanecieron en el Le Delizie hasta altas horas de la madrugada. El restaurante de lujo del *signor* Maurizio delle Delizie ocupaba varios pisos, pues estaba situado en la pendiente de la ciudad que se inclinaba hacia el adarve y la muralla. Arriba estaba la entrada que daba al corso, reservada a la tienda de comestibles, y desde allí unas escaleras conducían, entre depósitos de vinos, barriles de olivas y estanterías de quesos y jamones colgados de las vigas, a un intrincado sistema de bóvedas de cañón. A la entrada de la parte inferior, la de los conoedores, se accedía desde el adarve y por delante de la cocina, que desembocaba directamente en el *salotto*, la sala principal de ese paraíso gastronómico subterráneo.

Lo que se les servía era un festín en cuya preparación el jefe de cocina había depositado, a instancias de *donna* Beatrice, toda su ambición como el maestro de cocina más grande de las Marcas; y ello a pesar de que los huéspedes invadieron la sala abovedada cuando ya había ordenado al pinche limpiar la cocina. Además, a sus ojos, los actores de la *piazza* no eran gastrónomos sino unas bocas casi siempre hambrientas, sobre todo el gordo Berkestrom, ese comilón ignorante. El jefe de cocina prefería al *ingegnere* Rinaldo; ése sí era un conoedor y un sibarita, como lo demostraba su *relazione* amorosa con *donna* Beatrice, la mujer del patrón. El *signor* Delle Delizie permitía que su esposa le pusiera los cuernos y jamás echaba mano del trinchante. El cocinero le habría cortado los huevos al adúltero, pero el patrón se limitaba a sonreír cuando veía a los dos tórtolos. «¡Al arte hay que ofrecerle sacrificios!», era el lema de Maurizio delle Delizie; hizo traer el mejor vino del Friul, un *Pinot de Pinot* con el que no dudó en acompañar el *rombo in cartoccia*.

El jefe de cocina se ajustó el gorro alargado y apareció en el umbral del *salotto*.

Ray, el director de escena, el de la cara de ángel y la larga cabellera, lo descubrió y aplaudió. Todos los comensales se sumaron al aplauso. El rodaballo había sido de una consistencia exquisita, blanco y tierno como nalgas de niño o como los pechos de *donna* Beatrice. El jefe de cocina agradeció el gesto con una reverencia y desapareció para volver a sus dominios.

—¡Ahora limpia el fogón, las sartenes y el alfanje! —ordenó al marmitón—. ¡Ésos ya están hartos y contentos!

Comprobó el immaculado brillo del trinchante labrado de plata cincelada, de lo más fino de Sheffield, con el correspondiente tenedor de dos puntas. De hecho, sólo estaba pensado para el pescado; pero el patrón lo había mandado afilar como si fuese una hoja de afeitar. Quizá pensara cortarle algún día el cuello a su esposa infiel a pesar de todo.

—Aquel equipo de vídeo alemán que nos has endilgado —dijo Ray a Berghstroem, que hizo un ademán de rechazo pero no pudo pronunciarse porque estaba ocupado en buscar una espina—, Franck & Co se llaman...

—¡No están en nuestra nómina! —protestó Berghstroem pese a tener la boca llena—. ¡Funcionan como unidad independiente!

Eso no apaciguó en absoluto al director.

—Lo filman todo, cualquier pedo, aunque no estén molestando directamente; no piden iluminación adicional ni repeticiones...

—Ni hacen ruido —consiguió expresarse Berghstroem por fin de manera inteligible, pero Ray no lo dejó hablar.

—Al contrario —prosiguió—: se mueven con un silencio desagradable sobre sus zapatos de suela acolchada para el combate cuerpo a cuerpo; y, sin embargo, pesan sobre la atmósfera como unos zombis surgidos de la nada.

—No hacen nada malo —replicó Berghstroem—. Son callados pero corteses; y además todos los participantes han firmado que están conformes con «la grabación en vídeo de los ensayos y de toda actuación pública», y que los honorarios correspondientes se consideran incluidos en la paga estipulada que reciben como actores.

—Vale, el derecho a la imagen —se indignó Ray—. Pero supongo que nadie se imaginaba que tu cuadrilla de observadores, consistente en cuatro hombres y dos cámaras, filmaría cada paso que da la persona observada en cuanto sale de la habitación del hotel.

—Y que no nos sigan hasta el retrete me parece un verdadero milagro —se sumó a la queja el habitualmente reservado *signor* Tagliabue.

—Pero tal como eres, Emmy —continuó Ray—, mi deseo de que esos germano orientales actúen con un poco más de respeto rebotará en tu panza como los puñetazos rebotan en la pared acolchada de una celda de manicomio.

Berghstroem sólo pudo asentir con un movimiento de la cabeza, pues acababa de meterse en la boca el último bocado delicioso.

Aún no habían traído los postres cuando al productor se le sirvió la siguiente queja.

—Mia ya no puede con los extras —explicó Ray—, lo que a buen seguro no es culpa de sus encantos femeninos.

—¡Para tomarme el pelo me basto yo misma! —lo interrumpió enérgicamente la asistente—. La gente que recluíamos entre la población local está muy bien dispuesta y acude en masa; no se andan con tonterías, pero no tienen el menor sentido de la responsabilidad artística.

El director acudió en ayuda de su asistente.

—Al cabo de unos días, cuando ya han satisfecho su curiosidad, simplemente dejan de venir y tenemos que instruir a otros mediante pesados ensayos de posición.

Berghstroem ya se imaginaba lo que seguiría a continuación y se concentró en su sorbete de limón.

—Con el presupuesto que tenemos no les podemos ofrecer ningún aliciente económico, y supongo que el honor de haber participado queda aplazado hasta el ensayo general; entonces todos se pondrán como locos. —Y para evitar malentendidos agregó sin tardanza—: Y aún menos podemos permitirnos el lujo de contratar a profesionales de Roma.

—¿Pero sí...? —empezó Mia.

—Pero sí, para bien o para mal, a los organizadores de éstos, a los señores de la «cinemafia», los llamados «líderes de comparsas», los negreros modernos.

Mia había preparado bien a Ray.

—Conozco a los hermanos Serafini —dijo Berghstroem mientras degustaba gozoso el sorbete—. Si uno escatima en ese «seguro» relativamente barato, puede suceder que en pocos segundos un cementerio solitario se llene de gente como un estadio de fútbol, o que un concurrido pasaje de animada vida nocturna y anuncios de neón intermitentes quede de repente desierto y sumido en la más profunda oscuridad.

—Bastaría con contratar a uno de ellos —persistió Mia—. Son uña y carne, y de todos modos deciden autoritariamente qué necesita el cliente.

—Los grandes tiempos de los pistoleros Mark Sheraton, Tony Hilton y Ed Hyatt han pasado —intervino Tom con gran elocuencia—, pero conservan el poder sobre los otros, sobre la masa anónima de vaqueros, fulleros, pendencieros y *sheriffs*, porque han interiorizado a tiempo las leyes del *spaghetti-western*. Combinan el monopolio de su clan, que en su origen se basaba en la fuerza bruta, con la fiabilidad de los hombres de negocios serios.

—Los he llamado, y como ahora en invierno no tienen nada que hacer vendrían los tres, ¡al precio de dos! —exclamó Mia triunfante.

—Aun con ese descuento de supermercado no tenemos dinero suficiente para contratar a los Serafini ni para comprar su protección —atajó Berghstroem.

El *signor* Maurizio delle Delizies, patrón de la tienda homónima, trajo personalmente el carrito de las botellas de *grappa* cuellilargas y panzudas. Sirvió

primero y con visible respeto al amante de su mujer.

—*Lei è un genio, ingeniere!* —susurró, y alzó su copa mientras sonreía a su mujer y a todos los demás.

Como ya hemos señalado, era de madrugada cuando la tripulación de *Stupor Mundi* abandonó la sala abovedada. Pudieron usar ya la salida de arriba, la que daba al curso, porque las mujeres de limpieza habían abierto la puerta de vidrio de la tienda de comestibles. Ya no merecía la pena acostarse.

Capítulo IV — El carro de combate

Como raras veces estaba levantado a una hora tan temprana, Manuel J. Berghstroem se dirigió al banco. Sabía lo que le esperaba. Había sobrepasado el crédito de la cuenta corriente, y el dinero de Alemania, prometido, concedido, confirmado por fax y pendiente hacía mucho no había llegado. Y eso no era todo.

Necesitaba una suma considerable de dinero en efectivo y la necesitaba ya; de lo contrario, la gente se marcharía y el proyecto *Stupor Mundi* se le escurriría por entre los dedos como la arena de la playa que se escurre más y más a medida que apretamos el puño.

No es que no conociera esa sensación. Su trayectoria estaba llena de arena, arena que había cargado a punta de pala como un loco, arena con la que había construido castillos... La primera ola los había derribado, la segunda los había aniquilado sin dejar rastro. Arena en el engranaje, arena en los pantalones, arena en el pelo, arena en la boca. Le rechinaban los dientes con sólo pensarlo. Cual soldadito valiente había atravesado el desierto. Siempre eran otros quienes lo atraían hacia ese terreno engañoso, jamás su propia nostalgia de tranquilas bahías de agua clara, de la isla de palmeras cuya playa de color arena pero de consistencia firme no dejaba que se hundieran sus pies, sino sólo mostraba huellas, sus huellas. Conocía su capacidad de caminar sobre arena; lo que le molestaba era que el director de la sucursal bancaria, hombre de miras estrechas, ni sabía apreciar la huella de su pie ni era capaz de oponer resistencia a su actuación. A veces Berghstroem deseaba encontrar a alguien que no se dejara aplastar ni enredar por la compasión ni arrullar, atropellar o arrastrar por su elocuencia persuasiva: alguien que le dijera simplemente «¡No!». Pero ellos decían: «Es técnicamente imposible», «eso excede mis competencias», o «¿cómo se lo imagina usted?»; se ponían a explicarlo y luego a explicarse ellos, y ya habían perdido. Berghstroem jamás salía derrotado de un banco. Tratándose de Maxi, en quien estaba pensando con rencor, la frase debería haber rezado: «Jamás entraba en un banco como perdedor». Pero él no era Maxi.

En la sala, donde unos monitores informaban con su centelleo a un invisible público de especuladores de Bolsa potenciales de cómo se cotizaban las acciones, encontró al farmacéutico, que estaba transcribiendo a un formulario los vales que trabajosamente había acumulado en la Seguridad Social.

—*Il direttore torna subito, è andato al bar...*

—*Beh* —dijo Berghstroem—, *pensavo che lui mi aspettasse.*

—*Sempre così puntuali, voi tedeschi!*

—*Quasi troppo!* —exclamó Berghstroem para cortar el palique, y se volvió hacia la única pantalla que ofrecía, para variar, el parte meteorológico representado gráficamente:

El mapa meteorológico publicado por el Instituto Meteorológico Central Europeo confirma el desplazamiento insólitamente rápido del frente frío. Pasando desde el círculo polar por encima de Escandinavia, alcanzará esta noche el nordeste de Alemania y Polonia. El pronóstico para las Marcas y el mar Adriático: durante los próximos días, el tiempo empeorará decisivamente en principio, con fuerte bora y tormentas locales después de breves intervalos despejados y calentamientos transitorios, seguidos de un notable descenso de la temperatura.

Regresaba el director. Al ver a Berghstroem apretó el paso diligentemente. ¡Ahora encima tendría que disculparse! El cliente moroso se levantó resollando y de mala gana.

—¡Venga, venga! —exclamó jovialmente el señor del banco, y entonces Berghstroem supo que saldría del instituto de crédito con los bolsillos llenos.

Y así lo hizo efectivamente un cuarto de hora más tarde, acompañado hasta el portal por el director del banco, quien le transmitió sus mejores deseos para la continuidad fructífera del proyecto y, a ser posible, de los negocios mutuos. «Aquí el único que hace negocio soy yo», pensó Berghstroem.

Le dio unas tranquilizadoras palmadas en la espalda, y el hombre le agradeció la visita.

—Veo que viene un hombre y molesta —declamó Ray, esta vez rápidamente y sin canturreo.

Rinaldo cazó la ocasión al vuelo.

—¡Emmy, el libretista! ¡Quisiera degollarlo, despedazarlo a dentelladas!

—¡Bravo! —gritó Mia—. Acostumbraos a esas tonterías, para que se os peguen bien pegadas. Ya veréis el lío que se va a armar en el estreno.

—Está bien, mamá. «Mi primer saludo a nuestra Mia brindo con amor...».

Se inclinó ante la asistente, que estaba sentada abajo, pero ella no estaba para bromas.

—¡Largaos ya! ¡Despejad la escena para Alfia y Ugo!

Los dos gallos de pelea salieron. Ray bajó de un salto, y Mia abandonó su puesto.

—¡Vete a buscar champán! —ordenó Ray al *producer*—. Entonces te podrás quedar. ¡Pero calladito!

Berghstroem conocía ese tono, y nunca sabía hasta qué punto iba en serio. Pero el deseo de champán sí iba en serio.

—Ya voy yo —se adelantó Mia, y Berghstroem le dio dinero.

Ugo arrastró una vez más a la mula desde el callejón lateral, gritando «¡Arre, buey!».

Alfia estaba de pie detrás de la valla de su diminuto jardín, que llenaban tres

limoneritos en tiestos de arcilla prestados por el vivero.

—Apunta —dijo Ray, dirigiéndose a Mia— que aquí se debe ver de una vez fruta como manda el texto, manzanas y peras, como es costumbre en Italia. ¡De yeso!

Sólo entonces advirtió que su asistente no estaba, y Berghstroem se apresuró a asegurarle que se ocuparía de ello.

—¡Vaya, hombre, pues menuda ganga! —refunfuñó el director—. ¡Te lo había pedido a ti, Emmy! ¡Y ahora se ha ido Mia, que es la responsable de eso... y no tú! —agregó, y tenía razón.

Entre tanto, Ugo había atado el animal al tajo de carnicero.

—¡Mujer! ¿Qué estás haciendo en el jardín...? —tronó.

—¡Más deprisa! —gritó Ray, y Ugo aceleró el tempo—. ¡No! ¡Digo que ates al animal más deprisa, no que cantes más deprisa! ¡Otra vez!

Gualtiero volvió a su posición inicial, consciente de su culpa.

—¡Adelante! —dijo Ray.

Ugo arreó la mula, la amarró a toda prisa y jadeó sin aliento:

—Mujer, qué estás haciendo en el jardín, holgando a estas horas de la mañana...

Se escuchó la voz de Alfia.

—Quería ver cómo está la manzana...

—¡Bea, que no te veo! —la amonestó el director.

La *signora Delle Delizie* apareció entre los cítricos.

—¡Pero si estoy aquí! —exclamó con fingida indignación—. Pensé que Alfia no estaría precisamente esperando a su marido al lado de la valla. Con el «También deseo...» habría dado un paso adelante.

—Me parece que Rinaldo está detrás de los limones —susurró Ray a Mia, que se deslizaba rápidamente hacia su puesto con el champán en la mano—. Ve a mirar. ¡Tú no, tú! —Entregó la botella al productor—. Pero antes descorcha la botella.

Mientras Berghstroem se ocupaba de dicha tarea, Ray se volvió hacia la dama.

—¿Y qué motivo tendría Ugo para sospechar que estás en el jardín si nadie te viera allí? ¡Al comienzo puedes dar la espalda al público y ocuparte de las manzanas, pero que se te vea! Once more!

¡Plop! Berghstroem había abierto la botella, y Mia le acercó las copas.

Mientras tanto, el matrimonio carnicero recitaba sin tropiezos la primera parte de su dueto-disputa. Ugo estaba espléndido en su papel de bruto grosero, con su voz grave, torpe y gruñona de bajo profundo. Bea representó su papel de carnicera respondona con un aire sorprendentemente rústico y a la vez sensual.

—... Veo muy bien a quien tengo delante...

Se produjo un breve silencio antes de que Mia se pusiera en pie gritando:

—«¡Ugo Tripas!». ¡Un poco más de atención, por favor! —El «pueblo» era de su responsabilidad, y la enfurecía que se les hubiera pasado por alto la entrada—. «¡Ugo Tripas!» —volvió a gritar, y por fin se escuchó un tímido y aislado «¡Mondonguero, gatunero!» de los perezosos comparsas.

—¡Estupendo! —exclamó Ray con sarcasmo—. Volved a ensayar esto, yo me voy a tomar un café. ¡Vamos, Emmy!

En cuanto se fueron apareció Rinaldo detrás del jardincito.

—¿Puedo ayudarte?

—Explícales a tus conciudadanos que se les paga por cumplir con un trabajo determinado —susurró Mia para que no la oyeran—. ¡Estoy cabreadísima con esa banda de cantamañanas!

—No están acostumbrados a esta clase de ensayos —explicó Rinaldo—. Cuando pasa demasiado tiempo sin que nadie se ocupe de ellos, se desconcentran.

—¿Es que no son capaces de corear tres palabras seguidas?

—Con tal de que el director les dé la señal como de costumbre...

—¡Es increíble! —se indignó Mia—. «... A quien tengo delante», uno, dos: «¡Ugo Tripas!». ¡Debe ser posible que al «tres» salgan con el «Ugo Tripas»!

—Si el maestro tuviese la bondad de organizar un repaso sin fruta y sin mula, la cosa funcionaría.

—Pues bien —dijo Mia—. Lo ensayaremos. ¡Y vosotros, un poco más de disciplina!

Alfredo Fiorante recibió una visita en su farmacia. Había admirado ya muchas veces el trabajo de los cuatro tipos que habían irrumpido en su tienda filmando con sus cámaras de vídeo. En la *piazza* uno se los encontraba por todos lados, y siempre iban de dos en dos; uno de ellos, el asistente, guiaba al operador, sobre todo cuando caminaban hacia atrás con paso elástico. Franck & Co se movían como fieras filmadas a cámara lenta, vigorosas, ágiles y siempre silenciosas. El jefe le informó escuetamente de que le «entrevistarían» como ciudadano eminente y afectado de forma directa por los trajines que se desarrollaban en la *piazza*, delante de su puerta.

—Compórtese como si nosotros no estuviéramos. Expresé su opinión acerca de *Stupor Mundi*.

—¿En qué les puedo servir? —El farmacéutico tuvo que adaptarse a su papel antes de espetar—: Las molestias, no, no me refiero a ustedes, señores míos, sino a esto. —Señaló los decorados escénicos cuya ruda parte posterior se erguía oscura delante de su escaparate, arrebatándole la luz y probablemente también la clientela ocasional—. Las molestias no son lo peor, sino la vergüenza, el dolor punzante y lacerante de que una panda de principiantes extranjeros pueda difundir aquí en Iesi una versión de unas páginas preciosas del libro apócrifo de la historia que no concuerda, ni en lo más remoto, con la verdad histórica secreta de la célebre noche de Iesi.

Alfredo Fiorante se interrumpió un instante no para buscar palabras, sino pastillas para la tos, que ofreció también a sus oyentes.

—Yo sé —continuó, chupando con fruición— lo que sólo a pocos ha sido

revelado, y por fuentes sumamente secretas... —Volvió los ojos al techo para incluir al Altísimo o, cuando menos, a su representante y los archivos secretos de éste—, que en aquella noche de Navidad nacieron dos niños, que no eran gemelos sino de rango muy desigual y destino diverso: el tierno retoño de la emperatriz, originalmente llamado Constantino en honor a su madre, pero todavía sin bautizar, de piel clara y venas azules, un ángel de rizos rubios; y el robusto hijo de una carnicera, de piel manchada como una oliva y pelo hirsuto, casi rojo, tal como el emperador aparece más tarde en todas las imágenes.

Aspiró una profunda bocanada de aire y luego optó por un vaso de agua, siempre seguido por dos cámaras.

—¿Qué había pasado? —preguntó Alfredo Fiorante de manera puramente retórica, volviendo a invocar como testigo al señor del cielo, al que él ya no veía desde su farmacia—. Con el pretexto de querer bautizar sin demora, aquella misma noche, al enclenque Constantino (y como gesto de amabilidad social para con los súbditos, al hijo del carnicero con él), los conspiradores, obispos, abades y cardenales, se retiraron con los dos niños a la carpa, donde había ya dispuesta una pila bautismal.

»Apartaron a todos los partidarios de los Hohenstaufen (la emperatriz misma estaba aún demasiado débil de todas formas, y a los familiares del carnicero les estaba vedado el acceso a semejantes honores), elevaron a los dos niñitos a la vez hacia la pila llena de agua bendita, sumergieron a Constantino en el agua hasta que ni una burbujita salía ya de su naricita, de la boquita que se abría y cerraba, y se quedó flotando exánime en la pila, y triunfalmente alzaron sobre sus cabezas al hijo del carnicero. Éste gritaba que daba pena, chillaba como un condenado, porque el vicario general de Viterbo le había marcado la carne de la axila exponiéndola a la llama de una vela. Nótese bien que fue este niño al que envolvieron en paños y pusieron en la cuna junto a la orgullosa madre, la emperatriz, mientras al mismo tiempo el camarero del vicario general doraba con buena moneda a los carniceros la triste noticia de que su hijo había, por desgracia, fallecido; que por un lamentable accidente se había ahogado durante el bautismo. El carnicero y su mujer, que tenían ya ocho hijos, recibieron tantos obsequios que renunciaron al deseo de enterrar ellos mismos a su hijito; a cambio, sus dos hijos mayores fueron admitidos por dos abades en sus conventos, uno por los cistercienses, el otro por los benedictinos. Se trataba de un gran honor.

Permitieron a Fiorante descansar un momento, pues a causa de su relato torrencial había que cambiar las cintas de las cámaras.

—Aquella misma noche, a las doce, los dignatarios eclesiásticos volvieron a reunirse bajo la carpa cerrada. Despedazaron en la pila el cuerpo empapado de Constantino, hirvieron el torso en su propio suero sanguinoso y le añadieron vino de misa y toda clase de hierbas mágicas; en cambio, las diminutas extremidades, que en el África Occidental, como es sabido, se consideran aún hoy un manjar delicioso, las

asaron al fuego abierto, y luego los señores se lo comieron todo con gran fervor. Después recogieron los huesecillos, entre ellos la cabeza, cuyo seso se había reservado el vicario general como bocado especialmente exquisito; éste lo sorbió tibio y guardó el cráneo en el zurrón de romero para incorporarlo a su biblioteca; Los grandes señores de la Iglesia se reunieron por tercera vez al cabo de poco menos que cuatro años, en Asís; el emperador Enrique había muerto y la viuda, Constanza, ordenó sin tardanza que le trajeran el niño a Palermo. El niño había quedado entonces bajo la tutela de la duquesa Margarita de Urslingen, *margravina* de Espoleto, que recibió por añadidura, a modo de agradecimiento, el título de condesa de Asís. Fue entonces cuando el niño de la cruz bajo la axila fue bautizado de verdad, aunque a toda prisa, en la gran pila de la catedral de San Rufino y donde recibió el nombre de Federico.

Alfredo Fiorante suspiró aliviado, pero agregó todavía un epílogo.

—Era el mismo baptisterio, por cierto, en que una generación antes había sido bautizado otro niño, un pequeño de sencillo origen burgués que alcanzaría los más altos honores que este mundo puede otorgar. No se hizo emperador sino santo: ¡san Francisco de Asís!

Un poco cansados pero muy satisfechos, impresionados incluso, Franck & Go, caminando silenciosamente hacia atrás, abandonaron la farmacia y a su propietario, quien les había sido de gran utilidad.

—¡Uf! —dijo Wolff—. ¡Qué pasada!

Ray no volvió hasta que iban por «Déjame en paz a mi niño». El coro estaba vociferando con su estilo habitual:

*¡Ugo Tripas, pon el tajo!
¡Bájale los pantalones!*

Cuando el director interrumpió amablemente.

—Cuando Ugo dice «Mujer, si no fuera por ese niño», debe adoptar ya un tono más agresivo. El hombre está harto; hay que sentir, hay que temer que el carnicero cumpla su amenaza: «¡... te rompería los huesos, so puta!».

Ray se volvió hacia el «pueblo».

—¡Y ahora provocadlo! «¡Ugo Tripas, rom-pe-hue-sos, tuer-ce-pe-sos!».

Staccato! ¡Y tú, Bea, puedes ponerte estridente ahora, aunque sea soltando gallos! Alfia ya no juega con él, ni sufre en silencio, y mucho menos le parece divertido. ¡Está llena de odio y cólera! Y lo de «Déjame en paz a mi niño», lo puede alargar con un tono muy claro y tranquilo; le va el pellejo en ello, y entonces amenaza: ¡Te mataré! —Se volvió hacia Rinaldo, el compositor—. ¿No te parece?

—Para mí no hay problema, Ray; ya sabes que el siguiente coro es más agudo.

Contra la sombría serenidad de Alfia martillea ahora la plebe, que quiere el escándalo: «¡Pon el tajo, bá-ja-le los pan-ta-lo-nes, U-go Tri-pas, cu-chi-lla-zo, a cor-tar-le los co-jo-nes!».

—Exacto. Eso debe ser cortante: ¡zas, zas! —Ray tomó un trago de la copa—. Y usted, estimada señora —prosiguió haciendo una seña a la señora mayor encargada del solo para que se acercara—, usted póngase bien malvada, gazmoña y carca. La carnicera le trae sin cuidado, no puede ni ver a esa mujercuela incasta. A usted sólo le interesa derramar su ponzoña, para eso cualquier ocasión le vale, y ésta sobre todo; y no compadece para nada el buen Ugo, que siempre le apartaba un filete bien tierno. Eso no importa ahora. ¡Ahora se trata de rematar al ciervo herido, a dentelladas!

—Sí —repuso la mujer—. Tengo un pastor alemán.

—Muy bien —dijo Ray—. ¡A repetir toda la escena! —Y volvió a llenar su copa y la de Mia.

Justo después de «a cor-tar-le los co-jo-nes», Gualtiero había empezado intuitivamente a golpear el tajo con el hacha al mismo compás; sólo se interrumpió brevemente, temblando de ira, para dejar que «la mujer» disparara sus dardos envenenados, cosa que Bea hizo con mucho gusto. Siguió golpeando aún más enfurecido; *donna* Alfia se había mezclado con «las mujeres del mercado de Iesi», y Nemo, a quien nadie había visto llegar, cantó a pleno pulmón:

*Decimos en Carintia,
tierra de leche:
El que tenga manzanas,
que las coseche.*

No fue hasta bien pasada ya la medianoche que los de la plantilla tuvieron ocasión de emprender una excursión a la discoteca, que estaba a casi veinte kilómetros de distancia, o una buena media hora, si uno no estaba demasiado cansado. Los actores puros tenían más suerte; ellos podían ponerse en camino al *Dunes* inmediatamente después de la cena, porque no tenían que vérselas con los problemas de la jornada siguiente.

Mia estuvo llamando por teléfono hasta las tantas de la noche; sobre todo llamaba una y otra vez a Roma, pero no encontró a nadie. Finalmente se puso en camino. Excepto los iluminadores, ya no quedaba nadie haraganeando en la barra del bar del hotel, por lo que a buen seguro encontraría a sus jefes en el *Dunes*. Salió a toda mecha del garaje subterráneo con su *Mini* rojo, cruzó educadamente la *piazza* y el corso y salió por la puerta de la ciudad; una vez en la carretera, aceleró el *Morris*, haciendo retumbar el motor, cruzó el río, pasó delante de las alambradas del aeródromo de la OTAN y llegó al mar. Sólo entonces torció hacia el norte. Era un rodeo, sin duda, pero a ella le parecía más rápido. Así no enfilaba por el camino rural hasta que el *Dunes* quedaba casi delante de ella. Para ser exactos, en aquel lugar no

había casi nada, a excepción de un par de elevaciones del terreno con aspecto de dunas entre la maleza mediterránea.

La discoteca ocupaba un sistema de *bunkers* abandonados que los alemanes habían instalado allí para protegerse de una invasión de los aliados. Los espaciosos hangares y depósitos de tanques estaban cubiertos por varios metros de arena; hoy sería imposible divisarlos desde el aire, a no ser por los extensos estacionamientos y la piscina que atraían la atención del observador. Los responsables del local de recreo habían decorado lujosamente la antigua cisterna con mosaicos y columnas de mármol y, claro está, con ventanas subacuáticas; por algo la entrada a ese atrio exclusivo había que pagarla aparte. En el techo se había abierto con explosivos un tragaluz que durante el día filtraba la luz del sol, mientras que de noche proyectaba al cielo, como conos errantes, los haces de luz de los viejos focos de defensa antiaérea. Ese resplandor azulado que surgía de las profundidades era reclamo y emblema del *Dunes*. Allí debía de ocultarse algo prodigioso, un misterio que sólo se revelaba al ojo del noctámbulo iniciado.

Mia aparcó el coche entre el Volvo de Franck & Co y el Mercedes de alquiler de su *producer* y se dirigió a una de las entradas semejantes a grutas, en cuyo extremo unas puertas blindadas protegían el acceso de visitantes indeseables. La cámara de vigilancia siguió sus pasos; Mia introdujo su tarjeta del club en la ranura, atravesó la compuerta, fue cacheada electrónicamente por si llevaba armas o bebidas traídas del exterior, y accedió al estruendo, los retumbos y estampidos del laberinto. Una visita al *Dunes* era un ejercicio muscular sudorífico, a menos que uno tuviera acceso a los «oasis» donde un surtidor murmuraba bajo palmeras de plástico y la música era entre psicodélica y hortera. Pero de momento, Mia buscaba el ruido y los ejercicios de fuerza. Se recogió el pelo con una cinta, se ajustó la camiseta y se sumergió en el barullo.

Berghstroem estaba sentado con Ray Maulman en un sillón de mimbre de una de las zonas de descanso, unas salas llenas de arena fina cuyos techos se habían abierto parcialmente con explosivos para ofrecer una panorámica del cielo nocturno y permitir que soplara una agradable brisa marina. Estaban sorbiendo sendas piñas coladas.

—Ya sé, Emmy —decía el director—, que para ti supone más trabajo, pero hay demasiada rima en la obra...

—Me he esforzado tanto por transmitir los contenidos narrativos de esa forma...

—Lo sé —repuso Ray con marcada dulzura, cosa que el *producer* temía más que cualquier estallido, pues significaba que su amigo estaba decidido a imponer su voluntad a toda costa—. Yo no digo que hayas buscado la rima sin pensar en nada más. Se trata de la cantidad. Te has excedido.

—Qué hermoso que veas con tanta lucidez la límpida fuente, fruto del poeta.

Ray le lanzó una mirada dubitativa y de repente soltó una estridente carcajada.

—¿Será que si uno es de la musa amigo, quizá no las tenga todas consigo?

Berghstroem tenía ganas de hacerse el tonto esa noche, también con la tácita esperanza de que el cáliz de la amenazadora prosa se apartara de él, pero Ray siguió insistiendo obstinadamente.

—Ya me he resignado a que el trovador y el bufón intercambien disparates rimados como si fuesen pelotas...

—¡Que son muy informativos e importantes para la comprensión y el desarrollo de la trama! —defendió Berghstroem su patrimonio de rimas.

—... Y también al mariscal puede haberle picado esa mosca. ¡Pero que los carniceros se tiren los trastos a la cabeza observando la métrica y las terminaciones asonantes o consonantes, eso me parece exagerado, por no decir ridículo!

—Tienes razón —admitió Berghstroem—. Pero me da pena. Me he enamorado un poco de ese jingle, que hace la vulgaridad más digerible...

—Cuando uno come demasiado, suele acabar empachado. ¡Eso lo sabe todo el mundo... menos tú! O bien se vomita a tiempo, es decir, los queridos espectadores abandonan la sala durante la actuación. No será eso lo que quieres, ¿verdad?

—No me importa sufrir un ligero empacho. ¡Odio a los espectadores satisfechos y contentos!

—¿A quién se lo explicas? No hay nadie menos dispuesto que yo a respetar la tranquilidad del público. ¡Pero, por favor, que la provocación sea de contenido y no mediante unas formas que se desgastan rápidamente!

—O sea que esta misma noche debo revisar los duetos de disputa, es decir, reescribirlos completamente, manteniendo además el ritmo establecido, pues de lo contrario también Rinaldo tendría que reescribir la música...

—Postergaremos los ensayos de Ugo y Alfia y continuaremos de momento con «La clemencia del emperador» y «El apuro del verdugo». Además Bea y Gualtiero tienen que...

—¡Ésos no cabrán en sí de contento, se arrojarán a nuestros pies!

—Pero lo conseguirán —insistió Ray, y sorbió un largo trago con la paja.

El *signor* Alfredo (el tuteo había empezado tras la primera copa) había invitado a Franck & Co a la taberna que por desgracia era también el local favorito de los demás «alemanes». Puntualmente a la hora de la retreta, la soldadesca se había retirado cantando a pleno pulmón. Un autobús los había devuelto a su alojamiento, situado muy cerca del *Dunes*, pero allí no había cerveza y tampoco el canto estaba bien visto, a pesar de que nadie lo habría oído por el estruendo del club nocturno. Durante todo el día, los aviones ya los martirizaban lo suficiente con su ruido, por lo que de noche preferían los ambientes apacibles.

—¿Me podéis explicar a santo de qué viene todo eso? —inquirió sarcásticamente el farmacéutico a sus invitados—. ¿Todas esas peleas estúpidas entre el *ingeniére* Rinaldo, talentudo *compositore* y aceptable barítono, y aquel melenudo *signor*

Raimondo, que verdaderamente no sabe cantar? ¡Y luego aquella riña vulgar, tan obscena, entre el campanero de Nuestra Señora de París disfrazado de carnicero y su putesca esposa! ¿Qué tiene que ver eso con el gran Hohenstaufen? ¡Eso atenta contra su dignidad, desmitifica las circunstancias de su nacimiento y enloda su Belén! —se acaloró Alfredo—. ¡Y para colmo, la verdad histórica se falsea por completo!

Franck permitió que Fiorante acabara de escupir, teniendo en cuenta tan sólo su húmeda pronunciación.

—Eso se llama el «segundo nivel» —explicó fríamente—. Los acontecimientos y personajes nobles y elevados tienen en el escenario un efecto más convincente si se les opone o coloca junto a un programa inferior a modo de contraste.

—Ah —dijo Alfredo—. Tendré que recordarlo. Pero ¿con quién contrasta *donna Beatrice*, la *signora Delle Delizie*? ¡No será con la emperatriz!

—Se contraponen dos destinos femeninos. Por un lado, el sacrificio en aras del Imperio, la dignidad y la renuncia; por otro, la burguesa indigna que se lía con lo más bajo que pueda haber, con un bufón, despreciando incluso el vínculo matrimonial.

—¡Con semejante monstruo de marido! —comentó el farmacéutico, casi compasivo.

—Él no pretende ser un contraste, sino que subraya el carácter del emperador, que no se puede exponer con detalle en la escena, pues se trata, a fin de cuentas, del nacimiento del niño, que el emperador Enrique ya no presencia.

—¡Históricamente es correcto! —admitió Alfredo—. ¿Se trata, pues, de sacar a relucir la notoria crueldad del emperador a través de un sustituto?

—¡Dicen que en Sicilia se portó como un auténtico carnicero! —terció Wolff.

—Comprendo —replicó el farmacéutico—. Ese Berghstroem tiene talento...

—Y que lo diga —corroboró Franck—. De lo contrario no estaríamos aquí.

—Pero ¿por qué se niega a aprender? —se lamentó el autor de *La congiura dei cardinali*—. Esta obra, enriquecida con mis conocimientos secretos y escrita con su talento, y luego puesta en escena... sería un acontecimiento que estremecería al mundo entero.

—Es que él está tan convencido de su versión, sea verdadera, secretamente verdadera o falsa, así como del éxito de ésta que nada lo hará cambiar de opinión. ¡Los artistas son así!

—¡Vosotros también sois artistas! —exclamó Fiorante, cambiando de táctica—. Creáis imágenes de un valor permanente, y ellos lo hacen en el escenario sólo por una noche.

—Una función nocturna —rió Wolff— de la que ni siquiera se sabe si se llenará.

—Pero ¿vosotros debéis de tener interés en que pase algo emocionante, tremendo, apasionante para poder filmarlo, en lugar de ese tejerse de papeles secundarios?

—Claro que sí —asintió Franck—. ¡Desde luego! Pero, Alfredo, ¿por qué no pones tú mismo en escena tu versión, para que vean lo que es bueno?

Aquello le sentó de maravilla al farmacéutico, pero como había tomado un trago

demasiado largo de su jarra de vino se atragantó.

—¿Queréis decir que yo mismo debería...?

—En Iesi no faltan sitios adecuados —intervino el flaco Hettrich.

—Si no consigues expulsarlos de la *piazza* —remachó Wolff, insidioso—, Iesi, tu asociación coral, te respalda. A ti el ayuntamiento no podría negarte los recursos públicos...

—Pero ¿y el vestuario, los cantantes, el libreto?

—Pues ¡los robas, los sonsacas, los copias! —exclamó Hettrich—. Hay que tener un poco de imaginación, Alfredo.

—¡Piensa en la energía criminal que desarrollaron tus cardenales hace ochocientos años! ¡Pacta con el diablo!

Alfredo Fiorante estaba dispuesto a ello. Pidió champán.

—Champán francés. ¡Del mejor!

Berghstroem pidió dos tequilas a la belleza de ombligo descubierto que atendía el oasis.

—¿Y lo demás? —preguntó—. «La clemencia del emperador» puede quedar como está. Pero ¿y el verdugo...?

—Tampoco hace falta que un verdugo hable en rima. A cambio te dejo al *podestà*. ¡Bartolo es tan vanidoso!

—Gracias a Dios —suspiró Berghstroem.

Mia apareció, sudorosa pero radiante, en compañía de don Pepe Salo, el dueño del *Dunes*. Poseía varias empresas más del mismo estilo, si bien situadas a ras de tierra, lo cual no significa que no tuviera nada que ver con los bajos fondos. Don Pepe era un cincuentón atildado, un camaleón que sabía dárse las de servil y hacía gala de una afabilidad humilde y congraciadora. Quien le estrechaba la mano caía en sus redes, y de repente el hombre se transformaba en un reptil de la peor índole, frío y despiadado. No era hombre que gustara de mostrar su poder. Al contrario, le gustaba parecer un servidor, aparentar que estaba al servicio de alguien. Esta actitud había sido recibida con benevolencia por las autoridades superiores y le había permitido agrandar constantemente su territorio como una mancha de aceite sobre el agua. Con una sonrisa radiante que competía con la de Mia, don Pepe declaró que era un honor inmerecido contar entre sus clientes, entre los miembros honoríficos de su modesto club, a unos artistas tan famosos como el maestro Raimondo y el *commendatore*.

Tras él habían entrado dos camareros con esmoquin que llevaban una bandeja con vasos y una botella de *Taitinger* en un cubo de hielo. Las cocteleras venían ya cargadas con dos dedos de un líquido reluciente de color rubí.

—¡*Dunes Imperial brut!* —Don Pepe chasqueó la lengua—. La casa se permite...

—Sirvió personalmente el champán y ofreció las copas a sus invitados—. ¡Por *Stupor Mundi!*

Ray y Berghstroem, que se habían puesto de pie, bebieron forzando una sonrisa satisfecha, pese a que en lugar de ese brebaje dulzón habrían preferido seguir con tequila.

—¿Cómo va todo? —preguntó don Pepe sin verdadera curiosidad.

—Hemos vendido todas las entradas hasta el año 2000 —repuso Berghstroem, picado—. Necesitamos urgentemente un hotel de cinco estrellas, que Iesi no tiene, para alojar a los visitantes de cierta categoría, y una empresa eficaz y potente de autobuses que traiga a los turistas desde Rímimi hasta Ancona. Hay que alquilar tiendas de recuerdos, instalar hornos para *pizzas*, y luego todo el negocio de *souvenirs*... —suspiró Berghstroem—. Ya no sabemos qué hacer con tantas ofertas.

—¡Espoleto palidecerá de envidia! —remachó Mia.

A don Pepe se le había helado la sonrisa.

—*Mi prendete in giro?*

—¡Nadie se atrevería a tomarle el pelo! Pero es bien posible que las cosas vayan así, don Pepe —se apresuró a decir Ray—. Puede que vayan así si *Stupor Mundi* consigue realmente provocar la admiración embelesada del mundo.

—Los éxitos se hacen —sentenció don Pepe con seriedad—. Sólo es cuestión de unas buenas relaciones públicas.

—Los éxitos también se deshacen a fuerza de hablar de ellos, hijos míos —puntualizó el director—. Hasta ahora no hacemos más que ensayar, y para el ensayo general aún nos faltan más de dos tercios del trabajo.

Apuraron las copas, y don Pepe se despidió con aire servil.

—Téngame al corriente, *commendatore*. —Don Pepe había advertido que Berghstroem era su hombre—. Estoy siempre a su disposición.

Se retiró. Mia se sentó en el brazo del sillón de Ray.

—Tendremos que trabajar toda la noche —comentó Berghstroem—. ¡Rehacer los textos!

—Mia tiene que dormir —rechazó Ray la solicitud que el productor dirigía a la asistente, a su asistente—. En cambio, tú mañana tienes todo el día libre, Emmy. Así por lo menos no nos molestarás en el trabajo.

Justo cuando estaban a punto de partir, un hombre entró haciendo eses por la puerta basculante del oasis y se desplomó sobre la arena. Dos camareros lo levantaron y lo sentaron en un sillón de mimbre, donde se durmió al instante.

—¿No es éste el tipo del Teatro Spontini al que has elegido para el papel del *podestà*? —preguntó Ray a Mia en tono jocosos—. A éste también le toca mañana, ¿no?

—El *signor* Parride Tramezzina es un profesional —se justificó Mia—. Quizás haya tomado unas copas de más para celebrar que le hemos contratado.

—O quizá tenga miedo del público —sugirió Berghstroem mientras abandonaban el oasis tras pasar por delante del borracho.

—Ya lo veremos —terció Ray en el mismo tono—. Si es que consigue

levantarse...

—Hágale a este hombre un *caffè doppio* —susurró Berghstroem a la camarera—, y luego mándelo a su casa.

La chica asintió obediente.

—El *signor* Tramezzina suele dormir la mona aquí.

—¡Ya te lo decía yo! —dijo Ray—. ¡Un profesional!

—Sólo podíamos elegir entre él y el farmacéutico, el *signor* Alfredo Fiorante...

—¿El que siempre vacía el orinal sobre nosotros?

—Es el presidente de la asociación coral *Cantate*, que nos resulta muy útil —replicó Mia en tono de reproche—. Todavía podemos recurrir a él si hace falta.

—¡Jamás! —exclamó Ray—. ¡A ese apestoso!

Subieron a los coches, Ray al Mercedes conducido por Berghstroem, y Mia se disponía a seguirlos con el *Morris* cuando apareció Tom, tambaleándose ligeramente.

—Tú has bebido por lo menos tanto como yo —dijo arrastrando las sílabas—. Deja tu *Testa Rossa* aquí. ¡Tomaremos un taxi!

Silbó en dirección al Mercedes de alquiler de Berghstroem, que salía del aparcamiento. Subieron; Mia se apretujó en el hueco que quedaba junto a Ray, que ya estaba durmiendo y ocupaba casi todo el asiento trasero. Volvieron despacio a la ciudad.

Cuando atravesaron la muralla junto a la torre redonda, y Berghstroem tomó rumbo al callejón lateral desde el cual se accedía al garaje subterráneo del hotel, le pareció entrever, a través del estrecho paso por el cual una empinada escalera de piedra subía entre las casas medievales hacia la *piazza*, un resplandor de fuego. Hundió el pie en el freno, de modo que Mia estuvo a punto de precipitarse por el hueco entre los dos asientos delanteros, dio marcha atrás y retrocedió a toda velocidad hasta la abertura entre las casas.

¡Era un reflejo de llamas! Algo estaba ardiendo en la *piazza*. ¡Sólo podía tratarse de su escenario!

Los tres bajaron del coche de un salto y subieron la escalera a toda prisa. Ray ni siquiera se había despertado con el brutal frenazo. En efecto, una de las puntas del patíbulo estaba ardiendo; las llamas rodeaban las gruesas vigas de la construcción de madera.

—¡Un caso evidente de incendio provocado! —exclamó Tom—. Alguien debe de haberlo rociado con gasolina.

En aquel momento vieron que Franck & Co ya habían llegado con sus aparatos de vídeo, filmando el incendio desde todos los ángulos y entorpeciendo así los intentos de apagar el fuego por parte de los iluminadores, que habían acudido desde su pensión, situada un poco más lejos. Primero habían intentado extinguir las llamas golpeándolas con paños, lo que no hizo más que avivarlas. Parecía que a los romanos la noticia los había sacado de la cama, pues venían, aunque no en pijama, sí ataviados con llamativas prendas deportivas, y algunos incluso con pantalones cortos de flores

tropicales y camisetas, sobre las que se habían echado cazadoras de cuero o anoraks. Los últimos en llegar trajeron por fin un extintor, cuya espuma atajó rápidamente el incidente. Casi ningún lugareño había hecho acto de presencia, y mucho menos los pompieri locales.

—Alguien nos la está jugando —afirmó Mia—. Adivina adivinanza, ¿quién será?

—Ni pensarlo —replicó Berghstroem—. ¡Olvídalo!

En aquel momento apareció Rinaldo. Si bien no pasaba ni podía pasar todas las noches con Bea, era poco aficionado a las excursiones al *Dunes*, aunque fuese solamente para estar localizable en caso de que el marido saliera de la casa, cosa que el *signore* Maurizio gustaba de hacer con frecuencia y de forma espontánea. ¿Y adónde iba? Al *Dunes*.

—¿Por qué no han venido los bomberos? —inquirió Berghstroem.

—Para que un forastero como tú comprenda dónde se acaban las bromas. Cuando uno cree que tiene que cantar...

—No quiero saber nada de eso —lo interrumpió Berghstroem—. ¡No le hagamos al anónimo el favor de tomarlo en serio! Mi única reacción es ésta: Me voy a dormir. —Se volvió hacia Mia—. ¡Despierta a Ray! —ordenó.

Ella había esperado otra cosa.

Berghstroem fue arrancado de los brazos de Morfeo por una llamada de la recepción, que lo informó de que habían llegado dos artistas para quienes no había ninguna habitación reservada ni, por tanto, libre.

—¿Cómo se llaman? —preguntó el *producer*, todavía soñoliento.

—Son de Suiza, un matrimonio joven, hermosos como dos ángeles...

—¡Las alondras del cantón! —interrumpió Berghstroem—. Pero no tenían que llegar hasta no sé cuándo...

—Pues ya están aquí. ¡Están tan monos los dos sentados sobre la maleta! No los puedo echar; me dan pena. Tenemos una pequeña buhardilla...

—¡Haberlo dicho antes! —gruñó Berghstroem al teléfono, colgó y se volvió hacia otro lado.

Se llamaban Las Alondras de Küssnacht, se le ocurrió de pronto, Katarina y Peter, creía recordar, unos hermanos que cantaban canciones regionales y folklóricas. Ray los había descubierto y había cometido el dislate de contratarlos para los papeles del joven matrimonio de los duques de Esopoletto. Pero no actuarían hasta la partida del emperador, ¿verdad? Sí, era en la escena del «Homenaje» que Conrado y Margarita de Urslingen salían por primera vez a escena. ¿Qué pintaban ahora en Iesi? ¡No harían más que costarle dietas y gastos de hotel! De repente recordó con un sobresalto que tenía que ir al banco lo antes posible. El giro debía de haber llegado. De mala gana sacó las piernas del cálido edredón de plumas y se incorporó. ¿Y si el dinero aún no había llegado? Entonces tocaría otra conversación relativa al exceso de

crédito con el director del banco. Tendría que ponerse el traje oscuro. Pero antes tomaría una ducha fría.

El dinero no había llegado. No llegó a hablar con el director de la sucursal porque Mia lo fue a buscar al banco: ¡Jakob el verdugo se había caído al pozo!

—¡Alguien ha aflojado el soporte de la cuerda de la que cuelga el cubo con el colchón, y el *signor* Tagliabue se precipitó al pozo, frenado solamente por la cuerda que se desenrollaba y por el torno que, gracias a Dios, funciona mal y chirría!

Mia estaba sin aliento por la indignación.

—¿Está herido?

—En absoluto —repuso Mia mientras cruzaban corriendo la *piazza* en dirección al lugar del accidente—. En el fondo del pozo había tanta basura que el cubo no chocó contra el suelo.

—¡Creía que el pozo lo habíamos construido nosotros!

—Así es; pero somos tan listos que lo construimos sobre una cisterna abandonada...

—¡Qué imbecilidad! —exclamó el *producer* entre resoplidos, y al llegar al lugar del crimen, se asomó al agujero oscuro—. ¿No habría bastado con el metro veinte de altura del escenario para hacer desaparecer al verdugo hasta que las mujeres lo volvieran a sacar?

—Eso digo yo, Manuel —asintió Mia con seriedad—. E insisto en que hagamos venir de una vez a uno de los Serafini de Roma, o mejor a dos —bajó la voz—. Últimamente están pasando cada vez más cosas que...

—Venga, venga —calmó Berghstroem a su confidente—. No tenemos dinero. No podemos permitirnos a esos vigilantes —rechazó por enésima vez su ruego.

Mia se detuvo y le volvió la espalda; Berghstroem, cabezudo, siguió adelante. Ray se acercó a él.

—Habla tú con Tagliabue, Emmy —pidió el director—. Se niega a repetir la escena a menos que esté presente un stunt director que le garantice...

—¿Los Serafini? —preguntó Berghstroem por pura retórica.

Ray asintió con un movimiento de cabeza.

—Además darían un poco de caña a esta panda de perezosos... y harían entrar en razón a los fogosos pirómanos y demás saboteadores de *Stupor Mundi* —agregó con una sonrisa sarcástica.

—Me lo pensaré —repuso el *producer*.

—¡A ser posible, piénsatelo antes de que sea demasiado tarde! —exclamó el director.

—Allá al fondo encontrarás al *signor* Tagliabue —dijo Ray, señalando al actor, al que estaban alejando, todavía aturdido, en una silla.

Pero antes de que Berghstroem pudiera desplegar sus temibles artes persuasorias, el anciano se disculpó con voz débil:

—Sólo me he asustado un poquito. Por supuesto, podemos continuar en seguida

con los ensayos; supongo que ya habrán arreglado aquel pequeño defecto.

—Gracias —dijo Berghstroem, y agregó en voz alta para que lo oyeran todos—: ¡Ya sabía yo que con usted se podía hablar!

Pasaron la mañana ocupados con la actuación «conjunta» de Waldemar y Nemo como engreído mayordomo supremo del Imperio. El capitán tartamudo, que en la escena debía recibir sumiso las órdenes del otro, fuera de ella ni dirigía la palabra al héroe rubio. No es que a Nemo le importara. Despreciaba a los perdedores como Waldemar, sobre todo cuando se metían con él.

Berghstroem estaba sentado en su habitación del hotel componiendo retahílas de insultos sin rima mientras observaba envidioso, a través de la puerta del balcón, el trajín del escenario, aunque sin poder oír las voces. No le satisfacía en absoluto la carnicería que había perpetrado hasta el momento. ¡Era una verdadera fiesta de la matanza, pero no para él! Adelantó el aria del verdugo. Era lo primero que debía terminar para que no se retrasaran los ensayos. Le gustaba su texto tal como estaba. ¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que cambiarlo?

¡... Ajusticié como estaba mandado!

¡No hay que cambiar nada!

*Que el diablo me lleve si alguna vez
he tocado yo a alguien un solo pelo.*

Éste queda así, el siguiente también, y acaba:

*y que no fuera por orden expresa
del Altísimo este brazo valiente
podrido ahora mismo se me caiga.*

Ya está. Lo llevó corriendo a la *piazza* y se lo leyó a Ray y Rinaldo. El director sólo dijo: «¡Lo ves!»; el compositor se tomó por lo menos la molestia de canturrear los versos con la melodía preestablecida.

—Esto funciona... Muy bien. Gracias.

Al libretista le habría gustado volver a ponerse el traje de *producer* para presenciar la representación de su texto a manos del *signor* Tagliabue, pero Ray le pidió que revisara a toda prisa los dos duetos entre Bea y Gualtiero, para que éstos pudieran empezar a estudiarlos lo antes posible. El director le quería mostrar los pasajes correspondientes del texto y metió la mano bajo el tablero del pupitre, donde solía guardar su ejemplar del libreto; casi nunca lo necesitaba porque se lo sabía todo

de memoria. Ahora lo necesitaba... Y no estaba.

—¡Mia! —gritó—. ¿Dónde está mi libreto?

—¡Pues donde lo hayas dejado! —contestó Mia en tono mordaz.

—¡Ha desaparecido! ¡Déjame el tuyo!

—Lo necesito.

Berghstroem puso fin a la disputa prometiendo a Ray que haría una fotocopia del original y volvió al hotel.

No tenía ganas de componer versos, así que no se le ocurrió nada, lo que no hizo sino incrementar su frustración. Recuérdese: «¡Eres un frustrado porque te ha gustado!». «¡Qué apuro más duro!», «podredumbre de poeta refractario corroe la columna del honorario». ¡Insoportable! Abrió la puerta del balcón en el momento justo en que el *podestà*, *messire* Bartolo como Parride Tramezzina, subía a tropezones la escalera del escenario para iniciar su parlamento a la nueva señal de «se me caiga».

—¿Cómo que «se me caiga»? —Tramezzina estaba verdaderamente enfadado con Jakob el verdugo—. ¡Caliente! —le gritó tambaleándose, todo el mundo vio que estaba borracho, borracho como una cuba—. ¡Caliente, caliente, caliente! ¡Cualquier comparsa sabe recordar qué es lo contrario de frío, y no es «se me caiga»!

—¡Se me da un higo! —espetó el señor Tagliabue, irritado.

El actor del célebre Teatro La Fenice estaba muy ofendido.

—¡El Teatro Spontini de Iesi... un teatro de provincias!

—Basta ya —gritó Mia—. Hemos cambiado el texto. Ahora dice «se me caiga».

—Otra vez —dijo Ray amablemente.

Mia condujo al *signor* Tramezzina de nuevo a la escalera.

—«... podrido ahora mismo se me caiga».

Esta vez se cayó ya en la escalera, gracias a Dios hacia delante, pero recitó a tiempo:

—Que se me caiga la lengua mentirosa y plomo hirviendo me abraza la boca...

—Gracias —dijo Ray—. No es «que se me caiga» sino «que se os caiga».

—Once more —gruñó Mia, pero había hecho la factura sin contar con Parride Tramezzina.

—¡Panda de principiantes! —se indignó éste—. ¿Y por qué ahora «se os caiga» en vez de «se me caiga»? ¿Sabéis lo que queréis o no?

—Sí —repuso Mia—. Queremos actores sobrios, que sean capaces de distinguir, como cualquier comparsa, una línea de otra, a saber, entre la ajena, que no le incumbe salvo por el pie, que es «se me caiga» de una vez por todas, y la propia, donde dice «se os caiga»... ¡Vamos a tomar un café!

Tras acabar su castigo, Berghstroem había seguido a los otros al *Dunes*, de donde salió en compañía de Mia y Tom. Al *podestà*, que pese a todas las amonestaciones estaba de nuevo completamente ebrio, se lo habían llevado Franck & Co de vuelta a Iesi en su Volvo a instancias de Mia. Parride estaba tan borracho que tuvieron que llevarlo hasta el coche en volandas, y no dejó de protestar en tono quejumbroso.

—*Dov'è il taxi? Ho ordinato un taxi. Voi siete degli abusivi! Abusivi! Abusivi!* — insultó a los hombres de cuyos brazos colgaba, arrastrando las piernas.

—*Abusivi!* —repitió Wolff con aire jocosos—. ¡No nos hace falta ninguna licencia de transporte de pasajeros!

Los operadores de Cámara lo sentaron sin miramientos en la parte trasera de la furgoneta, entre las cajas de aluminio.

Berghstroem y los suyos estaban todavía de pie a la luz mortecina de la salida de emergencia, que apenas iluminaba la gruta abierta en la arena. Habían declinado unánimemente, casi al unísono, la invitación de don Pepe a tomar un *nightcup*.

—¿No será mejor, después de todo, que le demos el papel de Bartolo al farmacéutico? —preguntó Berghstroem a Mia en cuanto se llevaron a Tramezzina.

—¡Está cabreadísimo! —objetó Tom—. Hoy se ha escondido todo el día detrás de la puerta de su tienda, observando el desastre con el señor Tramezzina con aire malicioso y listo para saltar como un perro en cuanto oyera el silbido.

—Si lo sustituimos habrá un alboroto en el coro de ópera del Teatro Spontini —intervino Mia—. Para ellos Parride es una estrella, un héroe local.

—Por otro lado, de esta forma tendremos problemas con Alfredo Fiorante —consideró Berghstroem—. La asociación coral lo respalda como un solo hombre.

—Hoy me ha vuelto a dar la lata cuando he ido a comprar pastillas para la garganta —informó Tom—. Dice que no entiende por qué nos tomamos tantas molestias con aquel borracho. Le di a entender que no soy yo a quien tiene que presentar su oferta, que hable con Mia...

—¿Y bien? —preguntó Berghstroem—. ¿Ha venido a verte, Mia?

—Yo le he dicho con toda claridad que el hombre tiene un contrato y que si, por así decirlo, se levanta cada vez al llegar a nueve, el director no tiene ningún motivo para declarar un knock-out técnico.

—La verdad es que Ray no puede ver a Stinky-Alfredo —reveló el *producer* a su viejo amigo Tom.

En Le Delizie, que a esas horas de la tarde se hallaba desierto, estaban sentados juntos tres hombres de aspecto y carácter bastante distintos. El anfitrión era, por motivos prácticos, el dueño de la casa, Maurizio delle Delizie, pero no había comida caliente pues la cocina tenía descanso, y no quedaba otro recurso que el carro de los quesos. El patrón era un tipo corpulento que de joven sin duda habría pasado por arquetipo del *latin lover*, con abundante pelo rizado en el pecho y cadenita de oro con crucifijo incluido; sólo su barriguita desvelaba el cambio de intereses que en él se había operado. Maurizio bebía. Don Achille también bebía, y con especial agrado, el buen tinto de la casa, pero ni él ni su figura salían perjudicados. Era hombre de campo; su fuerte y rústica estatura no podía disimular sus orígenes. Alfredo Fiorante procedía de la ciudad, tenía ambiciones y estudios superiores, pero los segundos no

habían logrado satisfacer las expectativas de las primeras. El farmacéutico no bebía, tenía un aspecto de lo más insípido y, sin embargo, creía que no se apreciaba debidamente su importancia, con esa farmacia de Iesi en la que había entrado por vínculos matrimoniales, cuando la diferencia entre las pretensiones culturales y la realidad provinciana lo había sumido una vez más en una profunda depresión. «Un típico destino de artista», se consolaba al pensar en tal descubrimiento, pero jamás se había resignado.

—No es normal —dijo Fiorante, el único que bebía agua mineral a sorbitos— que nosotros en Iesi, una ciudad que recuerda nombres tan ilustres como Spontini y Pergolesi, no seamos capaces de poner en pie, o sea en escena, una celebración digna del nacimiento hace ochocientos años del más grande de sus hijos, Federico.

—Lo están haciendo los alemanes en nuestro lugar —declaró don Achille con aire pensativo—. *Stupor Mundi* quedará en Iesi cuando ellos se hayan dispersado.

—Lo hacen en beneficio nuestro, aunque no sean conscientes de ello —afirmó Maurizio delle Delizie—. ¡Más barato no nos podría salir!

—Pero es una vergüenza —insistió Fiorante— que la ciudad y su ayuntamiento pongan trabas a los talentos propios y, en cambio, apoyen a los forasteros. Tenemos un teatro de renombre mundial e incluso una ópera, dos coros, sin contar el coro de la iglesia de don Pasquale, una orquesta sinfónica...

—¡Que no valen nada! —atajó el patrón—. El teatro es un monumento protegido, y la orquesta quedaría mejor en un museo.

—¡Usted, Maurizio, sólo sigue el juego a esos invasores prepotentes porque con ellos *donna* Beatrice puede dárselas de solista! ¡Qué ignorantes! ¡Hasta a un tipo como Tramezzina le rinden honores! —espetó Fiorante—. En el coro de *Cantate* ella estaría en la última fila...

—¡Si mi querida mujer hubiese estado alguna vez en la última fila, ahora cantaría como su asociación! —repuso riendo el patrón—. Y el maestro Rinaldo jamás la habría descubierto.

—¡Ah, claro! —se burló el farmacéutico—. ¡Había olvidado que *il Genio* es casi de la familia!

—No se descalifique —refunfuñó don Achille, disgustado por aquel golpe bajo—. Si quiere luchar contra *Stupor Mundi*, entonces proponga una alternativa.

—¿Tiene usted una propuesta mejor? —inquirió el patrón.

—¿Y que tampoco le cueste un céntimo a Iesi? —agregó don Achille—. ¿Qué se lo impide? Si necesita un espacio, la ciudad se lo proporcionará. El dinero se consigue del banco si el proyecto promete ganancias, o de promotores particulares, si sus ideas les parecen brillantes y eficientes desde el punto de vista publicitario.

—Yo incluso participaría —aseguró Maurizio delle Delizie con una sonrisa sarcástica—. Y todo lo demás se puede comprar; y los honorarios de mi querida esposa todavía son asequibles.

—¿Y Rinaldo? —preguntó Fiorante, esperanzado.

—A los amigos de la casa los avalo yo.

—¿Quieren que les cuente la historia que se me ha ocurrido? —El farmacéutico volvía a confiar en sus interlocutores y, sobre todo, en sí mismo. Se inclinó hacia delante con aire de conspirador—. *La congiura dei cardinali...* —empezó.

Don Achille y el patrón alzaron casi simultáneamente las manos con ademán de súplica. Alfredo se interrumpió, desconcertado.

—¿Conocen ustedes la secretísima...?

El teniente de alcalde no aguantaba más. Escupió sobre la mesa el vino que había estado a punto de tragar, y también Maurizio delle Delizie lanzó una carcajada.

—¡No, no! ¡Por favor! —gritó don Achille—. ¡Ya me ha enviado usted tres ejemplares al ayuntamiento...!

—El mío me lo ha birlado mi jefe de cocina —añadió el patrón entre risas—. Es una gran inspiración... Como receta para apacibles fiestas familiares, bautizos, por ejemplo.

Alfredo Fiorante no oyó estas últimas palabras. Se había levantado indignado y había abandonado la sala abovedada en silenciosa protesta. Los otros dos brindaron.

Pero el farmacéutico se topó con *donna* Beatrice, que volvía a casa y lo retuvo.

—¡Querido Fiorante! —canturreó con una sonrisa radiante—. ¿No pretenderá usted abandonarnos tan pronto?

Sin hacer caso de sus excusas, volvió a empujar al recalcitrante farmacéutico hacia el *salotto*. Bea se atribuyó la hilaridad de los otros dos hombres, y también se tomó en serio la invitación puramente retórica de su esposo, quien rogó en voz alta:

—Mi querida esposa, cuéntanos cómo va *Stupor Mundi*.

Bea no se hizo rogar.

—Avanzamos a pasos agigantados; vamos ya por la segunda parte del primer acto. Llega el emperador y no tiene pinta de emperador, según dice Ray; va vestido igual que sus soldados y sólo pide un jarro de agua, como aquí nuestro querido Fiorante.

Sonrió al farmacéutico, haciendo caso omiso del comentario de su marido:

—¡Será lo único en que se parecen!

—Hay coros jubilosos y música de vientos —continuó Bea entusiasmada—, y entonces llegan todas las embajadas con unos vestidos preciosos, los sarracenos con un camello que monta un niño negro tocando el timbal, y los griegos que les tienen tierra a los sarracenos y siempre cantan *Kyrie eleison*. Los sarracenos les contestan la *illahu illa Allah*.

—¿Y nada más? —preguntó don Achille, pero el interés del farmacéutico se centraba en otra cuestión.

—¿Y qué pasa con los dos niños? ¿Con el hijo de la carnicera? Ya debería haber salido a escena. ¿Y los obispos y cardenales dónde están?

—Bueno —repuso Alfia, consciente de su importancia—, yo no voy a tener a mi hijo hasta el preludio del acto segundo. Con eso basta, pues a los obispos y cardenales

no se les manda venir hasta el nacimiento imperial, pero el emperador no quiere quedarse hasta entonces.

—¡Falso, completamente falso! —se indignó el farmacéutico—. ¡Deberían haber llegado ya hace mucho y estar preparando sus maquinaciones secretas, y de éstas forma parte también tu niño, Alfia!

Temblando de rabia, señaló el vientre de *donna* Beatrice. Ésta se limitó a lanzar una carcajada.

—No he traído el cojín, Fiorante, pero le aseguro que estoy embarazadísima.

—¡Eso también es falso! —gritó el farmacéutico—. ¡Nada de cojines! ¡El niño tiene que nacer en seguida! —Se puso en pie de un salto—. ¡Eso a mí no me lo hacen!

Salió corriendo del restaurante, dejando a los demás perplejos esta vez.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Bea—. Si todo va como una seda. Ahora viene el caballo, o no viene; luego viene el *podestà*, por las llaves; luego vienen los normandos, que son los caballeros más valientes y no se arrodillan ni ante el emperador; y luego el *podestà* es asaltado por dos chorizos que le quieren robar el abrigo y lo cosen a navajazos...

—¿A quién? ¿Al abrigo o al alcalde? —intervino don Achille.

—¿Tiene miedo de ser el siguiente? —se burló Maurizio delle Delizie—. Es que mi querida esposa nunca ha oído hablar de la secta secreta de los asesinos o *hassasin*. Sólo mataban a personalidades de alto rango, y por encargo.

El patrón miró en derredor sonriente y satisfecho de sus conocimientos, lo cual molestó a su querida esposa.

—¡Pero tú no sabes quién será alcalde ahora!

—¿Quién? —inquirió don Achille—. ¡Con tal de que no sea el *signor* Fiorante!

—No —dijo Bea triunfante—. ¡Jakob, el verdugo! Le ponen el abrigo, los normandos se inclinan por fin ante el emperador, y luego salen a todo galope.

—¿Y tú, mi querida esposa, qué haces?

—Ay —dijo Beatrice—, lo había olvidado. Al final se anuncia la llegada de la emperatriz, para que se ponga a parir de una vez. Y yo seré la nodriza de su hijo. Ya me estoy preparando psíquicamente para la misión.

—¿Durante toda la segunda parte del primer auto? —preguntó el marido sin poder reprimir la ironía.

Alzó la copa, y ambos caballeros brindaron a la salud de la futura nodriza.

Capítulo V — La suma sacerdotisa

Se hizo necesario convocar una asamblea para discutir la situación cuando llegó un escueto mensaje por télex anunciando que, debido a necesidades técnicas, de ahí en adelante los soldados del Ejército Federal no estarían disponibles. Firmaba el mensaje el comandante de la base. Los muchachos del personal de tierra de la base aérea de la OTAN habían colaborado con entusiasmo y lo habían hecho bien.

—¿Y no se puede hacer nada...? —preguntó Berghstroem a los reunidos.

—Nada —repuso Mia—. Los he llamado.

—¡Sabotaje! —exclamó Ray como si se alegrase.

—No creo. La justificación oficial es que hay un mayor grado de alerta —explicó la asistente—. Pero seguramente también la envidia de aquéllos a los que no escogimos...

—¡Pero si no les pagamos tanto!

—¡Pero se divierten! Y la distribución desigual de las diversiones echa a perder la moral de la tropa.

—¡O sea que nos acusan de incitar a la insubordinación militar! —se burló Ray.

En la sala de televisión del hotel, que nadie utilizaba a últimas horas de la mañana, estaban sentados en torno a las mesas de juego que habían juntado el *producer*, el director y su asistente, Rinaldo, Tom, acompañado por Gualtiero, y Nemo. En la pantalla aparecía el parte meteorológico; nadie escuchaba. Nemo alzó la mano.

—Tengo una propuesta: llamo ahora mismo a uno de mis clubes de fans en Alemania —dijo sonriendo muy seguro de sí mismo—, y mañana tendremos aquí un autobús lleno de alemanes. ¡Incluso se pagarían el viaje!

—Y comerían hasta dejarnos en pelotas —objetó Berghstroem con escepticismo.

—¡Mira quién habla! —chinchó Ray con un ademán de asentimiento.

—La producción les consigue alojamiento —prosiguió Nemo—. Las bebidas van a mi cuenta, como es costumbre.

—Bueno —accedió Berghstroem—. Pues diles que vengan. Mia pedirá a Achille el albergue de la juventud, porque seguro que don Pasquale no los quiere alojar en el asilo de la parroquia.

—El punto siguiente —anunció Mia, deseosa de afrontar el conflicto con Berghstroem en su calidad de director responsable de la producción— es que hay que ampliar la plantilla de esta producción, porque el reparto es demasiado reducido. —Respiró rehuendo la mirada de Berghstroem—. Hasta ahora no hemos trabajado con grandes masas de extras; sólo había un destacamento de «soldados alemanes» y un poco de pueblo estático en el mercado. Pero incluso con éstos ya hemos patinado; las entradas no funcionan, y los pocos movimientos que pedimos al pueblo salen demasiado lentos y confusos. ¿Y sabéis por qué? ¡Porque nunca son los mismos! En Iesi ha cundido el virus del karaoke: vienen un par de veces a catar la apasionante

vida de la gente del teatro y a ver qué hacen esos tipos disfrazados en la *piazza*, pero al cabo de nada ya no les parece tan apasionante, los ratos de espera y las constantes repeticiones los aburren, y ya han satisfecho su curiosidad. Muchos de los que he entrenado con tanto esfuerzo simplemente no vuelven...

—Es lo que siempre he dicho: la gente carece de responsabilidad, no conoce la disciplina voluntaria —agregó Rinaldo con aire satisfecho—. Lo sé por el trabajo con el coro, y eso que en su caso se trata de un círculo de gente interesada...

—Vienen por vanidad o porque se aburren, y cuando sus conciudadanos los han admirado lo suficiente, ya han conseguido lo que buscaban —remachó Tom, y Mia retomó el hilo.

—Ahora toca hablar de las «delegaciones», los sarracenos, los griegos y los normandos, cuyas conductas se describen con precisión. Tú... —Mia se dirigió entonces directamente a Berghstroem, que había estado cavilando en silencio—. Tú mismo lo has concebido así. Nos enfrentamos a una verdadera catástrofe si...

—... si no pedimos de una vez por todas ayuda a los negreros de Roma. ¡Pues llama a los Serafini! Lo comprendo, Mia. ¡Gracias! —Berghstroem se levantó—. Ahora sólo tocan escenas de poca importancia...

—¡Un poco más de respeto! —vociferó Nemo—. ¡Se trata de la segunda gran actuación del mariscal del Imperio como *carintio*!

—Perdona —terció Rinaldo—, pero tú eres la tercera rueda del carro del sempiterno diálogo ampliado a terceto entre el trovador y el bufón.

—Reservad vuestra agresividad para el escenario —advirtió Ray—, hasta el «juego de la sortija». Luego se acerca nuestro niño difícil dando tumbos: Bartolo, el cantante borrachín de Iesi.

—¡Música! —exclamó Rinaldo—. ¡Clarines y tambores!

—¡Nada de eso! ¡Platillos, laúdes y flautas! —rió Ray.

—Para entonces habrán llegado los Serafini, ¿no? —preguntó Berghstroem a la asistente.

—Llegarán esta noche —le comunicó Tom con una sonrisa socarrona.

—¡Ja! ¡Una conspiración contra Emmy! —chilló Ray, y abandonó la sala riendo.

El productor ya no prestaba atención. A través de la ventana vio detenerse ante el hotel un Jaguar de color crema. Del lujoso coche descendió una dama con sombrero, esbelta, como una gacela: ¡Elgaine Coeurdever! La célebre diseñadora de vestuarios había llegado por fin. A Manuel J. Berghstroem le dio un vuelco el corazón. Corrió alborozado hacia el vestíbulo a fin de ser el primero en saludar a la que durante tanto tiempo habían esperado. Se metió la camisa dentro del pantalón y sin querer encogió la panza, pero Ray se le había adelantado. Maulman conocía a la Coeurdever, Coeur d'hiver, como él la llamaba, de diversas reuniones de lo más elitistas, aunque nunca había trabajado con ella.

—Ésta es la gorda Emmy —lo presentó Ray.

A Berghstroem le entraron ganas de matarlo.

—He oído hablar mucho de usted, Manuel —zureó una voz ronca por muchos *whiskies* y muchos cigarrillos largos, como el que oscilaba en aquel momento con elegancia entre los labios resplandecientes.

Elgaine tenía una nariz fina de consumidora de coca y, como Berghstroem observó de inmediato con curiosidad, diversas cicatrices, de heridas de esgrima se diría tratándose de un varón, esparcidas por el rostro aceitunado, reminiscencias de su pasado de piloto de carreras. No llevaba joyas, salvo unas perlas en las orejas y una sola pulsera maciza. Sus ojos despedían destellos de color verde oscuro.

—El tema insólito y el vigor barroco con que usted, Manuel, lo condensó y lo adaptó para los medios de comunicación fue lo que me impulsó a aceptar este trabajo... Y también, desde luego, el desafío que supone medirme con Ray Maulman —añadió mientras posaba una de sus manos nervudas en el brazo de éste con gesto conciliador.

«¡Mentirosa! —pensó Berghstroem—. Maxi le ha pagado su colaboración a peso de oro».

—Elgaine —repuso sin embargo, dejando que el nombre se le derritiese en la boca como un bombón de trufa—, Elgaine Coeurdever, usted representa un enriquecimiento casi obsceno para nuestro proyecto de alcanzar el éxito con *Stupor Mundi*. —Comprobó que sus palabras le entraban como un aguardiente maltés de veinte años sin hielo, y no vaciló en echar más leña al fuego—. Tenerla en Iesi es como atracar un banco con éxito.

—¡Una sensación estupenda! —exclamó Ray—. ¡De noche, el *commendatore* Berghstroem sueña con desvalijar neveras!

—O sea que es un disoluto —constató Elgaine sonriendo y echó el humo al rostro del aludido mientras se desabotonaba el tercer botón de la blusa de seda para que además del nervudo cuello le vieran también el nacimiento de los pechos.

—Hasta ahora —prometió la voz.

«Pechos pequeños y firmes —observó Berghstroem con satisfacción—, cintura esbelta, piernas largas». Estas últimas se encaminaron hacia la recepción, seguidas por un botones que traía las maletas del coche.

—Tengo reservada una *suite* —declaró la mujer— y tres habitaciones contiguas.

Todo estaba dispuesto desde hacía varios días, aunque desafortunadamente no en la misma planta que la habitación de Berghstroem sino en la de encima. El *producer* se acercó a la barra y pidió un *whisky*, cosa que por lo general no hacía. ¡Una aventurera! Y además de lo más selecto, *grand prix*, por así decirlo. El *whisky* le abrasó la garganta antes de esparcirse deliciosamente por su cuerpo. Lo que le faltaba... ¿Quizás era lo que le había faltado realmente?

—Muy excitante —comentó Tom a su lado—. ¡Una auténtica granada de mano! —Dio a su amigo una palmada en el hombro—. Si quitas el seguro, tienes que arrojarla...

—Intenta arrojarte con ciento cuarenta kilos —replicó Berghstroem con

resignación—. Si te esquivas, en vez de caer en sus brazos aterrizas de bruces en el suelo.

—Estás perdido —afirmó Tom, pidió otros dos *whiskies*, y al ver que se acercaba Rinaldo, pidió uno más.

El *signor* Parride Tramezzina, debía de haberse echado al gazoncillo o adonde fuese una botella de *whisky* entera, puesto que todavía llevaba una vacía cuando se presentó para el ensayo de «la entrega de las llaves». Dos de sus orfeonistas del coro del Teatro Spontini lo condujeron hasta el escenario y allí lo dejaron, esparrancado y tambaleándose.

—¿Dónde está el *podestà* sobre el que pondré los pies...? —comenzó de un modo muy prometedor.

Por fin consiguió dejar la alfombra en su sitio, pero tropezó con la «entrega de las llaves», trocándola en «empresa de las llaves», y las «recatadas doncellas de catorce años» acabaron con él definitivamente.

—Bueno —espetó Ray enervado—. Aun suponiendo que el artista domine estos cuatro versos el día del ensayo general y aguante hasta el final en posición erguida, será mejor que vayamos a tomar un refresco antes de pasar al aria propiamente dicha.

—Oh —terció Parride Tramezzina—, se la canto ahora mismo.

Y tras adoptar la postura conveniente, cantó con brío el aria entera sin el menor fallo:

*A ti, gran hohenstaufen, o Barbarossae filius,
Imperator Imperii romanorum,
Siciliae rex teutonicus,
te brindo el Salve Iesianorum.
Henricus pacificator maximus,
a ti te rinden homenaje las Marcas, o Augustus.*

Incluso consiguió hacer acopio de vanidad suficiente y miró en derredor esperando aplausos.

*¿Qué tal me queda? ¿Parezco pomposo y solemne?
¿Creéis que Su Majestad sabrá reconocerme?*

—¡Bravo, *podestà*! —gritó Mia aplaudiendo con entusiasmo.

Todos los demás se sumaron a la ovación.

—¡Salve, o *Caesar*! ¡Bravo, *podestà*!

—Habría sido fabuloso —comentó Ray a Mia tras el primer instante de asombro— que esta ovación no la hubiesen tributado mis colaboradores sino el pueblo, que

para eso ha sido contratado. Pero de eso no he oído nada.

—Parece que esa actuación tan lograda los sorprendió tanto que olvidaron su papel —defendió Rinaldo a los lugareños—. ¡Nadie se lo esperaba!

—¿A eso hemos llegado, a que la norma se convierta en excepción disculpada y a que debamos agradecer su cumplimiento...?

—Me gustaría ir a comer —terció entonces el *podestà* Bartolo, resucitado como Fénix de las cenizas—, y me gustaría invitaros a todos.

—Bueno —repuso Ray mirando a Mia de soslayo—. Vamos, pues, a presenciar la conversión de Saulo en Damasco.

—En realidad pensaba ir Le Delizie. ¡Es el mejor, de verdad! —aseguró Tramezzina.

—¡Con mucho gusto! —le contestó Rinaldo, firmemente decidido a no acompañarlos, pues trataba de frecuentar lo menos posible el establecimiento del marido de su amada Bea. Los otros se pusieron en camino.

A última hora de la tarde llegaron los Serafini procedentes de Roma. En su Alfa de motor trucado habían recorrido el trayecto en un tiempo récord; habían venido los tres, porque en *Cinecittà* no sucedía por entonces nada que hubiese requerido la presencia ni de tan sólo uno de ellos.

—Oferta de la *Standa*, la fuente de las compras económicas —saludó Mark Sheraton, el mayor, al *producer*—. ¡Tres al precio de dos! —Y al ver el ceño escéptico de Berghstroem, agregó—: Y para ti, viejo amigo, además un descuento especial: ¡Alojamiento y comida incluidos en el honorario!

Se estrecharon la mano, y Berghstroem presentó a los hermanos a quienes aún no los conocían.

—Marco, luego Antonio, Tony Hilton, y Edmondo, Ed Hyatt, el terror de las praderas... y de la Magliana.

—¡De la Manziana, querrás decir! —rió Tom, y se volvió hacia Rinaldo para explicárselo—. Emanuele vive en Roma desde tiempos inmemoriales, y todavía no sabe distinguir el territorio de los rateros de mala muerte del de las glorias del *spaghetti western*.

—Y se empeña en hablar un italiano que te deja frito —agregó Ed con una sonrisa sarcástica—. *Il nostro tetesko tella Tschermannya!*

Berghstroem se alegró de que Ray se acercara a los hermanos, pues había visto que se abría la puerta del ascensor y Elaine entraba en el vestíbulo. Se despidió a toda prisa y salió corriendo a su encuentro.

La Coeurdever se había cambiado de ropa; en lugar del traje de viaje llevaba unos pantalones ajustados de cuero de gacela, una camisa roja de caballero y encima una raída chaqueta de aviador de color marrón. Llevaba el cabello negro sujeto con un pañuelo de seda también de color rojo chillón, del que sobresalía un solo mechón para posarse sobre la enérgica frente. Berghstroem estaba anonadado. «Una princesa inca», pensó de repente sin saber por qué. Tras ella, dos asistentes llevaban en brazos

la vestimenta destinada al *signor* Tramezzina; apenas se les veía bajo el peso del enorme y suntuoso manto que el nuevo alcalde se había hecho confeccionar expresamente para recibir al emperador. Una de las mangas y el cuello no estaban cosidas todavía, y la espalda estaba entreabierta. A la orgullosa diseñadora ni se le ocurrió preguntarle si le gustaba la costosa pieza ni qué le parecía; ni tan siquiera se la mostró. Pasó de largo y salió a la *piazza*, y sus criados la siguieron.

—Creo que no estaría mal que dos de vosotros hicierais el papel de asesinos —dijo Ray a los Serafini—. Pensaba en Tony y Ed. Hoy sólo tienen que dar vueltas con aire sospechoso, pero en la segunda parte tienen que apuñalar al *podestà* en medio del tumulto y luego poner pies en polvorosa. Hay que hacerlo de manera que quede bien, que tenga suspense.

—¿Y por qué nosotros? —se quejó Ed sin entusiasmo alguno—. ¡Como si no tuviéramos otra cosa que hacer!

—¿No sería mejor darle un poco de marcha a esta panda de holgazanes? —agregó Mark.

Ray no dio su brazo a torcer.

—Con vosotros haciendo de sicarios parecerá auténtico; quiero que la gente se asuste...

—*Faccia d'angelo!* —se burló Ed, pero el director no desistió.

—¡Quiero que parezca real! Si lo encargo a alguien de la ópera de aquí me saldrá Otelo asesinando a Desdémona a cámara lenta, o cualquier otra degollación heroica, con el puñal alzado durante horas. ¡Así pues, id a ver a *madame* Coeurdever para que os vista!

Los dos hermanos se marcharon a regañadientes. El director retuvo a Mark Sheraton.

—Prepárate por si hay que sustituir a la víctima. El actor que hace el papel del *podestà* antes caerá por la borrachera, que es su estado natural, que por la herida mortal del arma asesina. No veo al *signor* Tramezzina rodando escalera abajo en un charco de su propia sangre. Eso hay que saberlo hacer, incluso estando sobrio.

Ray Maulman pasó por alto el hecho de que al mayor de los Serafini no pareciera hacerle ninguna gracia la idea.

—Bueno, Mark —dijo Ray al salir—. Cuento con usted.

—Seguramente querréis saber de qué va la historia —comentó Manuel J. Berghstroem al llevar a los cuatro hermanos al bar, pedir cuatro copas de aguardiente y meditar por dónde empezar a contar la leyenda—. El emperador Enrique VI se dirige desde Alemania hacia el sur, evitando Roma. Su mujer, Constanza...

—¡Constanza d'Altavilla! —interrumpió Tony Hilton—. He visto su sarcófago en la catedral de Palermo...

—Aún no hemos llegado a eso —gimió Berghstroem—. Todavía está pisándole los talones a su marido; no puede seguir al ritmo de éste porque está en meses

mayores. Iesi era una escala prevista en este viaje a Sicilia; era el último baluarte de los simpatizantes de los Hohenstaufen antes de entrar en los Estados Pontificios.

Los cuatro bebieron, y Berghstroem hizo una seña al barman para que volviera a llenar los vasos.

—Así, pues, nos topamos con distintos elementos que estallan casi al mismo tiempo. Por un lado, el conquistador alemán, por otro, su sufrida esposa, pues Constanza es normanda, la última princesa de la casa de los reyes de Sicilia, contra la que el emperador ha emprendido una campaña, con intenciones hostiles. Éste es, por así decir, el aspecto privado. Luego está Iesi, una ciudad de las Marcas, la típica ciudad fronteriza: ora con el emperador, ora con el Papa, según parezca oportuno en cada momento o según lo que se imponga a la pequeña ciudad. Por eso, al principio se sustituye el concejo güelfo, favorable al Papa, por otro leal a los Hohenstaufen; es el nuevo *podestà*, el vanidoso *messire* Bartolo, encarnado por una estrella local, un miembro de la compañía de ópera de esta ciudad, que se prepara para dar la bienvenida al emperador.

—¿Es el alcohólico de quien nos has hablado? —quiso saber Mark.

—Sí —asintió Berghstroem—. A este *podestà* le espera el destino que le deseo al actor que lo representa: dos asesinos, sicarios contratados, lo apuñalan confundiéndolo con el emperador, no sabemos por encargo de quién.

—¿Y quiere que Tony y yo...? —intervino Ed, estirando el dedo índice y el meñique en forma de cuerno para manifestar su desacuerdo.

—Alguien tiene que hacerlo —explicó Berghstroem—. Debemos comprender cuánto se odia a Enrique, cuántos enemigos tiene.

—Entiendo —dijo Tony y alzó la copa.

—A continuación entran los distintos grupos con los cuales tendrá que vérselas el emperador. Acuden a Iesi para saludarlo, para rendirle homenaje, y para exponer sus quejas y protestas. Primero los sarracenos, que cuatro siglos atrás se establecieron en el sur, a expensas de la población griega original, es decir, el segundo grupo; a esa mezcla se añadieron luego, hace unos ciento veinte años, los normandos, que forman la tercera delegación. Mientras que los griegos y los musulmanes tienen sobre todo problemas religiosos, los normandos constituyen un problema político, sobre todo teniendo en cuenta que hasta la fecha habían sido súbditos directos del Papa. ¡Bueno! —suspiró Berghstroem, fatigado—. Podemos anticipar ya que al final aparecerán los príncipes de la Iglesia de Roma, representantes del mayor enemigo de los Hohenstaufen, el Papa.

—Ya basta —atajó Mark en tono amistoso—. ¡Menudo trabajo te has buscado!

—¿Y todo eso se desarrolla en una sola noche? —preguntó Ed con incredulidad.

—Sí —repuso Manuel J. Berghstroem. ¡En la noche de Iesi!

Puesto que nadie había dicho a Parride Tramezzina que por la noche debían

repetir su esplendorosa «Aria de la entrega de las llaves», no hubo manera de encontrarlo. Ray ensayó sin interrupción y con escasas correcciones la primera aparición de los presuntos asesinos, y Mark, que se había negado incluso a doblar al *podestà* ausente, ensayó con las comparsas femeninas los gritos provocadores de las mujeres del mercado. La Coeurdever, en cambio, interrumpió al cabo de cinco minutos la prueba de vestuario prevista para los sarracenos y salió a la *piazza* como un torbellino.

—En primer lugar no han llegado los trajes confeccionados expresamente en Roma según mis diseños. —No se quejaba, sino, que constataba un hecho—. ¡Y en segundo lugar, conseguí de una vez unas jetas adecuadas para los súbditos moros del emperador!

Eso iba por la producción, era evidente. Mia, en efecto, se dio por aludida, pero no tuvo ocasión de hablar.

—Si les ponemos turbantes a esos tristes rostros pálidos, esto parecerá el carnaval de Munich —prosiguió la Coeurdever con indignación—. Y maquillados quedan más grotescos todavía. Hay que...

—Un momento —la atajó Mia y por señas indicó a Mark Sheraton que se acercara.

Mientras Elgaine se encendía uno de sus cigarrillos inspeccionó los decorados que se habían construido conforme a sus bosquejos arquitectónicos. Sus dos asistentes, estudiantes delgaduchos de la clase de escenografía de la Academia de París, apuntaban diligentes sus exigencias, y la diosa regresó con aire indolente a la mesa de dirección.

Ray le presentó a Mark Sheraton, y ni corto ni perezoso, éste hinchó el imponente tórax y arrancó a su dentadura de fiera predadora una afable sonrisa de cazador.

—Oiga, Mark —zureó Elgaine—, estoy segura de que en este país los inmigrantes del Magreb no abundan tanto como en la *Gare du Nord* de París, pero supongo que algún que otro *beur* se habrá perdido por aquí, ¿no?

—Me encanta comprobar que no tiene prejuicios racistas, Elgaine —alabó Mark—. Puedo ofrecerle unos camelleros de segunda; muy cerca de aquí, en la costa, hay un campamento de refugiados bosnios. Sin duda, allí encontrará...

—Yo no —lo corrigió Elgaine, con el cigarrillo oscilando sobre el labio inferior—. ¡Usted, Mark! —Se volvió hacia Mia—. Conseguidme dos docenas de eso que ha dicho *mister* Sheraton...

—¡Por favor! —espetó Mia, indignada.

—Eso, por favor —repitió Elgaine—. ¡Y muchas gracias, señor!

Las últimas palabras iban dirigidas de nuevo a Mark. Ray esbozó una sonrisa cuando Elgaine se alejó.

—Bueno, niños, ya sabéis lo que tenéis que hacer. ¡*Frau* Dannemans no quiere en su plantación más que pieles de auténtico color tabaco!

Mia hervía de indignación.

—De todas formas nosotros, es decir, mis hermanos y yo, tenemos que ir esta noche a ofrecer nuestros respetos a don Pepe —terció Mark Sheraton con frialdad—; así que echaremos un vistazo a los musulmanes.

—También en Iesi hay musulmanes —explicó Mia—, pero como no pertenecen a ninguna de las dos asociaciones corales, lo más probable es que queden descartados.

—Eso ya lo veremos —replicó Mark y se volvió para marcharse.

—Lástima —terció Ray—. Me habría gustado invitaros a cenar la primera noche en lugar de marearos en seguida con nuestros problemas.

—Conviene no hacer esperar a don Pepe Saló —dijo Mark, y agregó con seriedad—: ¡Nos veremos mañana!

Pero primero se encaminó a las casamatas.

Las entradas de las salas abovedadas estaban situadas en la parte más baja de la *piazza*, a la izquierda del escenario. Eran unas puertas grandes de madera que parecían entradas a los establos de la planta baja del *palazzo*, construido en fecha mucho más tardía. En efecto, el visitante tenía que atravesar un largo pasillo antes de llegar a los restos de la antigua muralla, que en otros tiempos albergaran los arsenales de armas y municiones. Era allí donde Elgaine había erigido su reino.

La Coeurdever estaba de pie y con agujas entre los labios ante un maniquí que parecía a punto de desplomarse por el peso del suntuoso manto; estaba marcando los pliegues con agujas.

—Ha dicho que no le habían llegado no sé qué trajes —empezó Mark en tono indolente—. ¿Se ha aclarado el asunto?

Elgaine alzó la mirada hacia él con aire jocoso.

—No —repuso al tiempo que apartaba las agujas, por si acaso—. Todo lo contrario. Según me informa la sastrería, la dirección ha ordenado por teléfono desviar el envío a Ancona y entregarlo allí. Dicen que lo han entregado en la dirección indicada, Riva dei Turchi.

—¿Y no hay recibo?

—La firma es ilegible —explicó Elgaine—. Pero dicen que un equipo de televisión estaba filmando la entrega del vestuario, lo que convenció al camionero de que lo estaban entregando a su destinatario legítimo, es decir, a *Stupor Mundi*.

—Más bien debería haberle extrañado —objetó Mark—. ¿A quién se le ocurre filmar la llegada de unos trajes?

—¡De mis trajes! —lo corrigió la Coeurdever sin interrumpir su trabajo.

—¿Y ahora qué? —inquirió Mark.

Elgaine se tomó su tiempo para contestar.

—Ahora, querido Mark, usted podrá demostrar lo que vale la fama de los Serafini.

Mark Sheraton tragó saliva.

—¿Qué había en las cajas?

Elgaine llamó por señas a uno de sus asistentes, y éste le entregó una lista.

—Se trata de los trajes y accesorios de toda la delegación de los sarracenos, confeccionados pieza a pieza expresamente para esta obra. Eran materiales bastante costosos —agregó pensativa—. Además había un saco lleno de botas de corte diverso.

—Veré qué se puede hacer —murmuró Mark, y abandonó sin despedirse los abovedados túneles medievales abiertos en los cimientos de la muralla.

No le quedaba más remedio que visitar a don Pepe.

Los otros dos hermanos Serafini tuvieron que quedarse para participar en el último ensayo. Ray cedió su puesto a Mia y subió al escenario para cantar con Rinaldo y el mariscal Nemo el «Terceto sobre la grandeza del emperador».

Apareció Bea, bastante achispada, y a su zaga el *signor* Alfredo Fiorante, Tom y el *signor* Tagliabue. El farmacéutico había invitado a cenar en el Le Delizie a los dos «grandes colegas», como se permitía llamarlos, «teniendo en cuenta mi modesto talento y mi inmodesta ambición», con el evidente propósito de que los representantes de unos papeles tan cruciales como don Tommaso, el obispo, y Jakob, el verdugo, intercedieran en su favor como actor ideal para el papel del *podestà* Bartolo. Sus pretensiones pusieron a los dos hombres en un grave apuro (no obstante lo cual saborearon con deleite el menú de cinco platos), pues era cosa sabida que la animadversión que el director de escena sentía hacia el farmacéutico pesaba más que su enfado con el borracho de Parride Tramezzina.

Apurados llamaron a Bea, esperando que daría a Fiorante tal paliza que éste emprendería la retirada. En efecto, a *donna* Beatrice no le faltaban motivos para arremeter contra el farmacéutico, después de todo lo que éste había dicho ante testigos acerca de su talento como actriz y de su voz en particular. Beatrice acudió volando, pero en lugar de echar sapos y culebras trató a Fiorante como a un premio Nobel, deshaciéndose en elogios de su hazaña literaria, *La congiura dei cardinali*; no se apartó de su lado, sino que empezó a pedir una botella tras otra.

Su marido, el propietario de Le Delizie, se mantuvo prudentemente alejado, pero con cada botella le enviaba mensajes más urgentes para que abandonara la casa llevándose a sus invitados. Al final, Bea estaba tan achispada que el patrón prefirió dirigir sus mensajes a Tom, y éste logró por fin despegarlos de sus asientos, aunque Fiorante no se separó de su inesperada admiradora. Así se habían presentado en la *piazza*, donde Bea anunció en voz alta:

—Vamos a ver qué está haciendo mi genio del *cazzo*.

Tom intentó detenerlos.

—No deberíamos molestarlos durante el ensayo.

Pero de repente, al farmacéutico le dio por hacerse el caballero valiente.

—¡Una mujer hermosa nunca molesta!

—*Madame est toujours bonne pour une gaffe!* —afirmó ésta acerca de sí misma.

Ante tal proclamación el *signor* Tagliabue tomó las de Villadiego, pero Tom tuvo que quedarse y aguantar.

—Es usted una gran artista —declaró Fiorante, dando jabón al ego de Beatrice delle Delizie—. ¡Todo el mundo tiene mucho que aprender de usted!

Sus planes iban viento en popa.

Bea empezó, primero con discreción y desde la segunda fila, a hacer a los actores que estaban en el escenario, y en particular a Rinaldo, sugerencias respecto a la entonación correcta de las sílabas finales.

—¡Reinhold, hazlo por la rima!

Ray, el trovador, obligó al bufón y al mayordomo a seguir adelante haciendo caso omiso de los comentarios, pero lo hacía rechinando los dientes, entre los que espetó a Rinaldo en tono acusador:

—¡Vaya parejita, tu pendanga y el incendiario!

Los de abajo no lo oyeron, pero a Bea le dio por apuntar los párrafos a pleno pulmón.

—«... vigilando». ¡Respira, cariño, respira! «... relucientes castillos, fortalezas de acero...».

El director de escena llamó por señas a los dos asesinos que merodeaban por el escenario y a su asistente. Durante unos instantes deliberaron con las cabezas muy juntas.

La misión que encomendó a los Serafini les causó visible placer. Desde el incendio de la otra noche se habían instalado extintores en todas partes. Armados con dos de éstos, Tony y Ed aparecieron de repente en el borde del escenario.

—¡Fuego en la segunda fila! —gritaron.

—¡Simulacro de alarma!

Y apretaron simultáneamente los botones de los extintores.

La espuma blanca roció desde ambos lados a los molestos visitantes, haciéndoles huir como cubiertos de nata. Las carcajadas los persiguieron por la *piazza*.

—¡Pobre Tom! —se compadeció Nemo, pero Ray no dejó de reír.

—¡Quien acompaña el postre con Delizie y Purgante a la vez merece que le echen azúcar molido en el culo! ¡Basta por hoy!

Al mediodía siguiente aún no había ni rastro de Parride Tramezzina. Se acercaba el inicio previsto de los ensayos cuando Tom entró en la habitación de Berghstroem y le comunicó que dos putas de Rímini acababan de descargarlo, para espanto del portero, que era gay, en el vestíbulo del hotel, y exigían que la producción les pagase el transporte.

—Que ese beodo se pague él mismo...

—He adelantado el dinero para evitar escándalo —repuso Tom con la serenidad que lo caracterizaba—. Y por lo que se refiere a Bartolo, tiene aspecto de haber

pasado la noche en un cubo de basura. Por hoy olvídate de él. Todavía está inconsciente.

—¡Lo voy a echar! —gritó Berghstroem—. ¡Llama a Mark Sheraton! ¡A partir de ahora mismo, él hará el papel de *podestà*!

—Los Serafini están abajo en el vestíbulo cuidando del cadáver.

—¡Lo echaré! —gruñó el *producer* y salió corriendo de la habitación; renunció al ascensor y se precipitó escalera abajo al vestíbulo.

Vio a los Serafini delante de la barra; dos de ellos sostenían a Tramezzina mientras Mark trataba de hacerle beber un café.

—¡No perdáis el tiempo! —se enojó Berghstroem—. ¡Llamad un taxi para él, que no quiero verlo más! Y tú, Mark, te encargarás...

Mark se había separado del grupo y se acercó a Berghstroem al tiempo que con un dedo sobre los labios le indicaba que bajara la voz para que el aludido no le oyera. Pero Berghstroem no tenía intención de andarse con miramientos.

—¡Fuera! ¡Que se largue! —chilló—. El señor Tramezzina está despedido. ¡No quiero volver a ver a este cerdo!

—¡No grites tanto, Emanuele! —exclamó entonces para su asombro Mark Sheraton.

Tony y Ed se limitaron a mirarlo con aire de reproche. Pero precisamente eso enfureció todavía más a Berghstroem.

—¿Y por qué no ha de oír este marrano, este hijo de puta borracho y apestoso, que estoy harto de él? ¡Que lo oigan todos los...!

No pudo continuar porque Mark lo aferró del brazo y lo apartó de un estirón cuando intentaba abalanzarse sobre el borracho. Sin aflojar la presión, Mark arrastró al indignado *producer* hacia un rincón de la sala.

—Escúchame bien, Emanuele, y no me interrumpas: ¡Parride Tramezzina seguirá siendo el *podestà*!

—¿Es que te has vuelto majara, Mark? —bufó Berghstroem—. ¿No has oído lo que he dicho? ¿No ves lo que está pasando? ¿O te crees que lo digo en broma?

—¡Cierra el pico! —ordenó Mark y alzando la voz y adoptando un tono severo, continuó—: Tu estúpido griterío podría tener consecuencias muy desagradables para ti...

—¿Acaso pretendes amenazarme? ¿A ese tipejo de mierda le defiendes?

—¡Lo defiendes, por favor! ¡No, te estoy previniendo! ¡Cierra de una vez el pico, si no te va a costar el pellejo!

—Pero ¿es que ya no pinto nada aquí?

—No —repuso Mark con toda tranquilidad—. No pintas nada. Escucha: Tú conoces a don Pepe, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Y yo...

—¡Espera! Don Pepe tiene un amigo, otro don...

—¿Y qué?

—¡Y el hijo de éste es Parride!

Mark miró a Berghstroem, que por fin comprendió.

—¡Ah...! —suspiró, encogiéndose de hombros con resignación y una sonrisa—.

Come non detto!

Alzó la mano con ademán defensivo y salió del vestíbulo caminando de espaldas.

Mark Sheraton se volvió hacia el portero.

—Preparen un baño caliente y una habitación donde el *signor* Tramezzina pueda dormir, para que esta noche vuelva a estar en forma.

El portero asintió solícito

—¡La *suite* de la *signora marchesa*!

Detrás de él sonó el teléfono. El portero tendió el auricular a Berghstroem con una sonrisa emocionada.

—¡El emperador se acerca a la ciudad!

Al principio, Berghstroem creyó que se trataba de una broma, pero luego oyó una cortés pregunta en francés y la distorsión típica de las comunicaciones telefónicas.

—*Nous sommes dans les faubourgs, direction Est, rue de Esposito. Est-ce que vous pouvez avoir la gentillesse d'envoyer quelqu'un pour nous conduire jusqu'au Grand Hôtel?*

—*Naturellement* —exclamó Berghstroem con entusiasmo—. *Restez où vous êtes!*

Llamó por señas a Rinaldo, y juntos partieron a toda mecha para escoltar al emperador.

*La illahu illa Allah
Allahu aha hu al akbar
ibn-i-staufar hu al kaisar
saheb as-sulta ual adhama
ua lahu assama'u uata'a
la illahu illa Allah
ua Muhamad rassulullah!*

Habían adelantado la escena de los sarracenos. Tony y Ed los habían hecho formar en fila en el campo de refugiados. Los dichosos que cayeron en gracia a los hermanos que pasaban revista a la fila parecían auténticos hijos del desierto incluso sin disfraz; los Serafini estaban orgullosos. Además habían llegado los trajes. Los había traído un camión procedente de Ancona, a juzgar por la matrícula. El camionero había descargado las cajas y había partido en seguida sin decir palabra. Sólo faltaba el saco de los zapatos, pero eso no era demasiado grave; Elgaine pidió que mandaran otros.

Sus asistentes, ayudados por varias mujeres de la localidad, vistieron a los bosnios en un abrir y cerrar de ojos y les proporcionaron joyas y regalos. Era una delegación de las Mil y una noches: los tejidos eran de damasco, muselina, batista y

seda procedentes de todos los rincones de Oriente, y las ropas de los emires imitaban modelos antiguos. La Coeurdever era ambiciosa en este aspecto. Quería que Mark Sheraton viera que exigía mucho, pero que a cambio también ofrecía unos resultados que satisfacían el criterio más puntilloso: el suyo propio.

Llegó el emperador: Gilbert Artaud, el maduro *chansonnier* francés. Era un hombre que, pese a no dejar ya inconscientes a filas enteras de adolescentes, sí provocaba oleadas de calor a las señoras más maduras, aunque se le torciera el peluquín. Era una estrella que enviaba su propia limusina, un Bentley con chófer, al aeropuerto del país donde iba a actuar, para tenerla allí a su disposición. Berghstroem sintió envidia cuando se le permitió admirar el interior del coche, una cama francesa de cuero sobre ruedas, con mueble bar y lunas que se oscurecían al apretar el botón. Lo llamaban «Gil le Coutel» por su forma de atacar con la rapidez de una cuchillada.

El productor había ido en coche con Rinaldo hasta el confín de la ciudad para salir al encuentro de su estrella, y luego había guiado la limusina hasta el hotel.

Delante de éste, el *maresciallo* de los *carabinieri* mantenía a raya a una horda de cazadoras de autógrafos, mientras en la sala se habían congregado todos los miembros del equipo cuya presencia en los ensayos no era, de momento, imprescindible; así pues, sólo faltaban Ray y Elgaine, cosa que a Berghstroem no le parecía mal, teniendo en cuenta la reputación que desde hacía años acompañaba a Gil. Tenía fama de insaciable.

En el vestíbulo se había presentado también, como admirador del cantante, el *signor* Maurizio delle Delizie, decidido a invitar a su ídolo a cenar en su restaurante ya la primera noche. Era bien sabido que a Gil le Coutel no le importaba comparecer como *gourmand*, como gran comilón, ante el Señor.

Puesto que Rinaldo se apeó del Bentley con Gilbert, el patrón del Le Delizie lo invitó junto con el francés. Berghstroem se excusó alegando que tenía cuestiones urgentes que resolver; la verdad era que quería esperar a Elgaine y cenar con ella, a ser posible a solas. Subió a su habitación tras haber rogado encarecidamente al portero que lo avisara de inmediato en cuanto *madame* Coeurdever entrara en el establecimiento.

Se durmió encima del cobertor y soñó que el lecho de cuero del Bentley se desplegaba automáticamente; encima, en la penumbra de los vidrios ahumados, se desperezaba desvergonzadamente la princesa inca. Elgaine sólo llevaba la chaqueta de aviador; Gil se había quitado el peluquín, bajo el que se ocultaba un cráneo completamente afeitado, y aquel bálano desproporcionado y reluciente se introducía entre los muslos de la Coeurdever, que lo acogían como si fuese la cosa más normal del mundo. Con gesto indolente, Elgaine lo cubrió con la chaqueta, y el mirón no pudo más que imaginar lo que estaba sucediendo... ¡Y sucedía una y otra vez!

Los invitados de Le Delizie habían cenado como reyes. Inmediatamente después

de los entrantes, Bea se había unido a ellos y junto con Gil y Rinaldo había dado cuenta de dos faisanes, una perdiz y varias codornices; cada ave estaba preparada de un modo distinto y delicioso, y a un observador atento no le habría pasado desapercibido que con cada muslito roído y cada ala mordisqueada la tensión erótica entre *madame* Le Delizie y *monsieur* Gilbert crecía como los montones de huesecillos en sus platos. Pero Rinaldo, a quien no le gustaba sentarse a la mesa del marido de su amante, permaneció absorto en la ingestión de la comida, y el patrón del establecimiento no estaba sentado sino corriendo entre la cocina y la bodega, dando órdenes a los camareros; a lo sumo servía algún plato, rellenaba los vasos y, sobre todo, elogiaba los manjares.

Recomendó que después de los sorbetes de limón pasaran directamente a los dulces.

Gilbert, sin embargo, pidió gorgonzola y peras maduras, y Bea consintió en que le pelara la fruta mientras ella le metía pedacitos de queso en la boca; toda aquella blandura pegajosa provocó que acabaran chupándose mutuamente los dedos. Por entonces el dueño de la casa se había liberado de sus obligaciones y quiso sentarse con sus invitados para tomar con ellos el café, la *grappa* y unas trufas de chocolate de elaboración propia. En aquel instante, *monsieur* Gilbert y Bea se levantaron declarando que preferían proveerse de tales delicias en la *piazza* para así poder presenciar los ensayos; además, Gil quería saludar al director de escena. Sin esperar las objeciones de los demás, salieron apresuradamente del local.

Atrás quedaron, pues, el amante y el marido, y juntos atacaron los dulces, la *mousse* de chocolate blanco con finísimas cáscaras de naranja en *Grand Marnier*, el *semifreddo* de menta silvestre y pistachos bañados en coñac, las fresas con batido de limón al tequila... Una vez hartos, pasaron a la *grappa*, probando diversas denominaciones de origen, catando cosechas cada vez más añejas, y finalmente acabaron aferrados con una mano a la botella y con la otra al compañero de infortunio.

Evitaron con tal empeño hablar de la mujer que los unía que el patrón, que raras veces se interesaba por *Stupor Mundi*, preguntó con viva curiosidad por las perspectivas de éxito de la obra.

—Yo podría participar con capital efectivo —confió Maurizio delle Delizie al compositor—, si os parece bien; o podría invertir en la gastronomía y haceros participar, o en una sociedad hotelera... —meditaba en voz alta mientras bebía *grappa* de botellas con etiquetas amarillentas y escritas a mano—. Pero tendría que saber que...

—Eso no lo sabe nadie —atajó Rinaldo con aire pensativo—. Nadie sabe cuántos años vivirá. En mi tierra, en la Alta Baviera, hay un pueblo mucho más pequeño que Iesi y famoso ahora en el mundo entero. Los lugareños representan cada Año Santo la Pasión de Cristo; las mujeres se confeccionan ellas mismas sus vestimentas, los hombres tallan *souvenirs* de madera y se dejan crecer la barba. El negocio va viento

en popa; hay trenes especiales para ir...

—Hay que tener fe, *ingeniere* —animó el *signor* Delle Delizie al compositor, que contemplaba con creciente melancolía su vaso, pese a que el patrón se lo rellenaba constantemente—. Seguro que Bea vuelve.

—Con *Stupor Mundi* se convertirá en estrella —prosiguió Rinaldo, tristísimo—. Los mejores teatros de ópera del mundo se la disputarán.

—También usted, maestro, se hará famoso con su música. Quizá convendría abrir una tienda de discos en la misma *piazza*, donde los espectadores puedan comprar los discos compactos...

—Sí, quizá —murmuró Rinaldo sin dejar de pensar en Bea.

—Seguro, segurísimo —insistió el marido; sus palabras sonaban como un conjuro destinado no tanto a obtener el regreso de su querida mujer como su éxito.

«Beatrice delle Delizie: Las melodías más bellas de *Stupor Mundi*...». Ya veía la carátula con la imagen de ella, rubia y mirándolo con sonrisa radiante... Y a Rinaldo también.

—¡Qué maravilla! —suspiró satisfecho, y tomaron la última copa de despedida antes de separarse para ir a dormir.

El *signor* Delle Delizie acompañó al maestro Rinaldo hasta la puerta, pero pese a que insistió en que la *piazza* estaba a mano izquierda, Rinaldo se dirigió; dando tumbos hacia el lado opuesto, donde se encontró con Parride Tramezzina, que estaba completamente sobrio y le indicó el camino correcto a la *piazza*, no sin antes advertirle que los ensayos habían terminado hacía mucho rato.

Detrás del escenario de madera, en los anchos cimientos de la muralla, se hallaban las casamatas que Elgaine había ocupado como guardarropía para las masas de comparsas. Ordenó a sus asistentes y ayudantes desvestir a los sarracenos mientras Mark Sheraton asignaba el trabajo a los comparsas necesarios para los próximos días. Mark dejó todo lo demás en manos de sus hermanos e invitó a la Coeurdever a tomar un *whisky*.

Elgaine aceptó.

—Pero antes quiero que satisfaga usted mi curiosidad, Mark —dijo sonriendo la Coeurdever sin un ápice de arrogancia—. ¿Cómo ha conseguido usted que los trajes llegaran por fin a Iesi?

Ofreció a Mark uno de sus cigarrillos y le dio fuego.

—¡Muy sencillo! Conté esa extraña historia a un amigo, y al mencionar la dirección, Riva dei Turchi, comprendió en seguida. Cogió el teléfono y habló con un amigo de Ancona. Éste volvió a llamar al cabo de tres minutos, diciendo que había puesto a salvo las «muestras», que estaban ya en una fábrica textil que por lo general se dedica a copiar tejanos de Armani, Valentino o Gucci y es propiedad de unos amigos de Nápoles. Mi amigo anuló en seguida el encargo, según el cual, por cierto, había que imitar los trajes hasta el último detalle.

—¡Cómo! ¿Y mis derechos de autora? ¡Vaya amigos tiene usted, Mark!

La indignación de la Coeurdever era más fingida que real. En cierto modo la halagaba el interés que los bajos fondos mostraban por sus diseños. Hay que ser famosa para que la copien a una.

—¿Y de quién procedía el encargo?

—No lo he preguntado —repuso Mark—. Habría sido pedir demasiado. ¿Me comprende?

Elgaine asintió obediente.

—¿Y qué ha sido del saco de botas y zapatos?

—¡Me pide demasiado! —la amonestó Mark con una sonrisa—. Se ha perdido. Probablemente en este momento los están vendiendo a precios de saldo en algún mercadillo. En cualquier caso, no le prestaron ninguna atención.

—Y con razón —dijo la Coeurdever—. Eran artículos producidos en serie que venían del fondo. No valían mucho.

Cruzaron la *piazza* desierta. Todos los bares estaban ya cerrados.

*La illahu illa Allah
Allahu Ahao hu al akbar
Dios no hay más que uno sólo
ibn-i-staufar hu al kaisar.
El hijo de hohensaufen es el César
saheb as-sulta ual adhama
ua lahu assama'u uata'a.
Nadie es más sabio ni más poderoso,
a él rendimos tributo.
La illahu illa Allah
ua Muhamad rassulullah!*

Capítulo VI — El Emperador

Si había algo que Berghstroem no soportaba eran las llamadas telefónicas matutinas. Se levantaba de la cama de un salto incluso a las cinco de la mañana cuando se trataba de emprender un viaje; eran reminiscencias de sus años de internado; una ducha fría y adelante. Pero odiaba que lo despertara alguien cuya legitimación se derivaba única y exclusivamente del hecho de haber iniciado su jornada de oficina. En este caso era el director del banco.

Berghstroem le hizo sentir su enojo espetando al teléfono que iría en seguida, que lo esperase y que ni se le ocurriese salir a tomar un café, para luego volverse hacia el otro lado con el firme propósito de dormir por lo menos hasta las once. De todas formas, las tres horas de diferencia no equilibrarían el saldo de la cuenta. Había enviado ya durante la noche un fax preguntando por el dinero, de modo que ni él ni el banco podían hacer más que esperar hasta que llegara por lo menos el anuncio de que el giro había sido cursado... ¡Si es que había sido cursado!

El día del emperador comenzó con un escándalo en plena escena, sin duda previsible para alguien dotado de un mínimo de delicadeza, pero inesperado por la forma en que se produjo. El emperador Enrique estaba sentado en su trono, flanqueado por su confesor, fray Gebhard. Una tras otra entraron las delegaciones de sus futuros dominios meridionales. Su Majestad era demasiado arrogante o demasiado testarudo como para dirigirles directamente la palabra a sus nuevos súbditos y dejaba, por tanto, que el confesor respondiera en su lugar. Era la escena tal como la describía inequívocamente el libreto. Rinaldo se había visto venir el disgusto desde que *monsieur* Gilbert le preguntara al llegar, durante el breve trayecto en el Bentley, dónde estaba su texto. Rinaldo había tratado de eludir la respuesta, murmurando algo acerca de la «majestuosidad» con la que el libretista había concebido el papel del emperador, de modo que éste nunca tomaba la palabra sino que hacía hablar a su confesor. Ahora, la cara estrella estaba sentada en su trono, con la cabeza apoyada en una mano, cavilando; de repente llamó a Mia por señas y le habló en voz baja. La asistente se apresuró a comunicar a la dirección que *monsieur* Gilbert había decidido cantar él mismo los textos del confesor, tapándose la boca con una mano o de espaldas al público.

—¿Y qué hará fray Gebhard? —protestó Berghstroem, que acababa de llegar.

—Moverá la boca para disimular...

—No me lo puedo imaginar, pero que Gil nos haga una demostración —dijo Ray Maulman.

Mia volvió corriendo al escenario y movió la cabeza hacia Gil en señal de consentimiento. No se informó al confesor del experimento que se estaba tramando a sus espaldas. Fray Gebhard había sido contratado por recomendación de Tom, y había dejado un empleo en el Teatro Municipal de Bolzano; era un hombre mayor, taciturno y esquinado, que había cantado previamente en Aurich y Oldenburg, pero sin

particular fortuna. Había llegado esa misma mañana.

En el escenario reinaba mientras tanto un tráfago desordenado, pues en principio Ray había querido proceder cronológicamente, con los coros de júbilo y música de viento, la carrera del bufón al pozo para servir al emperador el agua deseada, los griegos, reclutados también ellos por los Serafini en asilos de refugiados, macedonios todos ellos, y los sarracenos bosnios.

—¡Una animada mezcla yugoslava que nos garantiza una representación viva y realista del tumulto al pie del trono imperial! —había confiado el director de escena a su *producer* con regocijo.

Pero el tumulto quedó aplazado de momento; los Serafini ahuyentaron del escenario a las delegaciones enemistadas, dejando en la escalera sólo a unos pocos emires musulmanes para que dieran los pies. Éstos cantaban con brío su *la illahu illa Allah*. El emperador Gil cuchicheaba con el confesor, éste se volvió hacia el público y abrió la boca, cuando tras él tronó de repente Gil le Coutel:

*¡Cismáticos, la pasión rechazando
de Nuestro Señor, la Ecclesia catholica,
peores que los paganos!*

No pudo seguir, porque fray Gebhard, que primero se había quedado boquiabierto y luego había intentado, enfurecido, imponer su voz sobre la del otro, se dio la vuelta con brusquedad y se arrojó a los pies del emperador, pero no para expresar su humilde sometimiento, sino para agarrarlo y arrancarlo del trono. Gil, que apoyaba un codo en la rodilla para ocultar con la mano el movimiento de los labios, perdió en seguida el equilibrio y cayó de espaldas como un escarabajo indefenso, mientras trataba de liberar las piernas dando patadas a diestro y siniestro. Finalmente consiguió propinar una patada en el pecho al forzado fray Gebhard y éste alzó el puño; pero Mark Sheraton se había acercado de un salto y paró el golpe.

Gil le Coutel se reía a carcajadas de lo sucedido, pero el confesor se puso de pie, escupió delante de su colega y abandonó la escena sin despedirse. Mia corrió tras él, pero fray Gebhard no se dejó retener.

—¡Que os den por el culo a todos! —espetó, apartándola bruscamente—. ¡Dile a ese idiota que presume de *Führer* de este teatro que me he marchado!

Berghstroem quiso seguirlo.

—Por lo menos debemos pagar lo que le debemos a ese hombre, que está indignado con razón —dijo en tono de reproche a Ray, pero éste no hizo más que burlarse de él.

—¿Y quién tuvo la genial ocurrencia de dar al emperador, que en cuanto a prestigio es sin duda uno de los papeles principales, nada más que tres brevísimas intervenciones habladas como a un comparsa exquisito?

El *producer*, viendo que también ponían en tela de juicio su condición de

libretista, protestó.

—¡Haberse quejado antes! Pero tal como te conozco, Ray, tú querías el escándalo, y una vez más lo has conseguido.

Se volvió para marcharse, enfadado; Ray lo retuvo agarrándolo de la manga.

—Déjame —resopló Berghstroem—. ¡Sólo faltaría que encima nos caiga una denuncia!

—Ya la tenemos asegurada —replicó el director con una carcajada sarcástica—. ¡Y tú te quedas, Emmy! —Ray se volvió hacia Gil, que se acercaba con una sonrisa ufana y satisfecha—. La excelente actriz Emmy, especializada en papeles clericales, desde el simple misionero hasta el obispo o cardenal incluso, interpretará de ahora en adelante el papel del fraile mudo.

—¡Magnífico! —tronó el emperador—. ¡Así me imaginaba yo a mi confesor!

—No tengo tiempo para eso —se resistió Berghstroem.

—Sí que lo tienes —decidió el director—. ¡Tú nos has metido en este lío! Además se trata de un reto mímico de primer orden, ya que requiere unas reacciones precisas ante el autoritario griterío de Gil, que forma, por así decir, tu *playback*, según el cual tú moverás los talentosos labios, abrirás la boca y pondrás los ojos en blanco. ¡Serás el representante de Gil!

—*Allons* —aprobó éste—. A mí me divierte.

A Berghstroem no le divertía en absoluto.

—Haré de suplente sólo hoy —accedió—, para asegurar la continuidad de los ensayos; para mañana —declaró resuelto a Mia—, habréis tenido que encontrar un sustituto.

Berghstroem se puso en camino para dejarse vestir por Elgaine.

—¿Y por qué no se lo damos al farmacéutico? —gritó por encima del hombro al director—. ¡Sería la solución perfecta!

En las casamatas, unas salas abovedadas bajas y sin ventanas, se alineaban largas filas de percheros ordenados por grupos fáciles de identificar: los sarracenos, los griegos, los normandos, los alemanes y el pueblo. Cada traje estaba provisto de una hoja que, a modo de recordatorio, indicaba qué accesorios lo complementaban y cómo debía llevarse. En eso Elgaine era más puntillosa que una madre superiora.

Con la ayuda de Tom, sus asistentes habían arrebatado al enfurecido actor el hábito de confesor, que éste estaba a punto de llevarse a la estación, probablemente para arrojarlo durante el viaje por la ventana del tren o al retrete.

Las habitaciones eran pequeñas y estrechas como celdas de convento. Cada una servía de almacén de una clase distinta de accesorios: sillas de montar, arreos y gualdrapas; armas, lanzas, banderas, espadas, escudos; arneses y yelmos; cinturones y calzado. En la última celda, asegurada con doble candado, se guardaban las joyas.

En una de las pocas celdas abovedadas que tenían luz natural, porque daban al lado de la plaza y estaban provistas de diminutas ventanas con rejas, y que estaban reservadas a los actores más importantes, Berghstroem se encontraba de pie, indeciso,

frente a Elgaine, que examinaba con mirada escéptica el hábito de fraile hecho a medida que sostenía con una mano y lo comparaba con la corpulencia del productor.

—Quítese la ropa, Manuel —ordenó antes de echar mano de las tijeras y empezar a abrir la espalda con rápidos tijeretazos—. Hoy tendrá que pasarse con una cuerda.

Berghstroem se quitó de mala gana los pantalones e introdujo ambos brazos en el hábito que la Coeurdever le tendía, cual toro atacando la mantilla, imaginándose a Elgaine como torero a quien se trata de cornear, pero ella sólo rió y eludió hábilmente su abrazo.

—Ahora sólo nos falta encontrar una cuerda que sea lo bastante larga para...

Se abstuvo de terminar la frase al ver la triste mirada que le dirigía Berghstroem con su hábito de penitente. Se avergonzaba de su gordura y sobre todo de que por detrás se le viera el trasero apenas cubierto por unos calzoncillos de color rojo chillón. Alguien trajo una de las sogas del verdugo, y Elgaine hizo un firme nudo.

—Es un apaño, Manuel —se disculpó antes de enviarlo a la salida—. Después del ensayo, tú y yo tomaremos las medidas para otro hábito...

Y así fue como Berghstroem renunció a su repugnancia ante el estúpido papel del confesor que tuerce la boca sin hablar y se resignó a su suerte.

Con Berghstroem, Elgaine envió al escenario a sus dos asistentes para que presentaran a los dos «niños» al director. Llevaban solemnemente en brazos sendos muñecos envueltos en pañales e idénticos.

—*Ça c'est le bébé Efe-Dos, et ça...* —Señaló el muñeco de su compañero—, *c'est Efe-Tres.*

—¿Y dónde está Efe-Uno? —inquirió Ray—. ¿Por qué empezamos con Efe-Dos?

—¡Efe-Uno está en el Kyffhäuser! —lo informó riendo Berghstroem—. ¡Efe-Uno es Barbarroja! Aquí tenemos a Federico II, Efe-Dos, y como reserva a Efe-Tres.

—¿Y en qué se diferencian?

—En nada, como no sea un lunar bajo el dedo gordo del pie derecho.

—Me fijaré en eso —dijo Ray, arriesgándose imprudentemente a provocar ulteriores iniciativas del productor.

—De hecho, bastaría con anunciar al caballo —se inmiscuyó Berghstroem en los asuntos del director, para desagrado de éste—. Después de que todos, desde el emperador hasta el tartamudo capitán Waldemar, hayan reclamado a voz en grito el rocín imperial, el distinguido público tendrá la existencia de éste tan presente que bien podríamos prescindir de su aparición inmediata en escena.

—¿Has oído hablar alguna vez de efectos escénicos? —zahirió Ray, pero Berghstroem estaba en su elemento, si bien equivocado de rumbo.

—Ahorraríamos tiempo y dinero si el caballo sólo relinchara al fondo y desde el magnetófono.

—¡Eso es lo que te recomendaría urgentemente a ti, Emmy! ¡Por favor, no me fastidies!

Pero el *producer* se impuso de momento, y Ray pudo pasar a los normandos sin

tener que resolver el problema en seguida.

Los atavíos de los normandos eran la obra maestra de Elgaine, un *hit parade* heráldico. Los caballos y los arneses, desde las gualdrapas hasta los lambrequines, lucían los mismos emblemas que adornaban los escudos y los estandartes. Era una escena de tal fuerza y magnificencia que cabía compararla con la marcha triunfal de *Aída*; frente a eso palidecía incluso el dromedario con el que habían entrado los sarracenos. Satisfecho de sí mismo, de su princesa incaica y del mundo, el productor se fue no al banco sino de vuelta a la cama.

Pero Berghstroem no consiguió conciliar otra vez el sueño. Tom había entrado de puntillas para comunicarle que todo marchaba sin problemas. Berghstroem pidió café y zumo de naranja natural.

—Los Serafini han domado de tal manera a las etnias yugoslavas que Mia tiene que azuzarlas para que muestren por lo menos un poco de hostilidad. Ahora viene la última gran escena del *podestà* Bartolo: ¡su muerte a manos de los asesinos!

—¡Eso lo quiero ver! —exclamó Berghstroem, saltó de la cama y abrió de par en par la puerta del balcón.

—¿Por qué el nuevo *podestà* tiene que morir también? Al último lo has hecho ahorcar... ¿No te gustan los alcaldes?

—La causa es que los asesinos deberían matar al emperador. El motivo, que lo odian tanto la Iglesia como los normandos. Y el efecto, la vanidad del *messire* Bartolo, que sale al encuentro del monarca con tal pompa que los sicarios lo confunden con éste.

—¿Y por qué asesinos?

—Porque podían comprarse. Eran la Asesinatos Sociedad Anónima de la Alta Edad Media. Venían de Siria, por orden de su gran maestro, y despachaban los encargos en seguida.

—Pero no siempre con acierto, por lo visto.

—*Nobody is perfect* —dijo Berghstroem, señalando a la víctima.

—Parride Tramezzina está completamente sobrio —dijo Tom—. Le tiembla todo el cuerpo por miedo a no morir de manera digna.

—¡Qué va! ¡Es el síndrome de abstinencia, nada más!

En la *piazza*, el *signor* Tramezzina se arrastraba camino al trono imperial, casi aplastado por el peso del suntuoso manto enjorado. En las manos extendidas llevaba un cojín con las llaves, en precario equilibrio como si fuesen la yema de un huevo roto.

—Qué emocionante —murmuró Berghstroem—. Apuesto a que se le caerán las llaves antes de llegar al podio. ¿A que sí?

—Hecho —aceptó Tom—. Apuesto en contra. ¡Una botella de champán! Si pierdes, te tienes que levantar.

—Entonces de momento me vuelvo a acostar —dijo Berghstroem, y volvió a meterse en la cama.

—Detrás del *podestà* vienen catorce adolescentes del sexo femenino, probablemente no todas ellas vírgenes, con el cabello adornado con flores, y caminando a pasitos cortos —comentó Tom, en una mezcla de estilos entre reportaje deportivo, transmisión del Lunes de Carnaval de Düren y *urbi et orbi*—. A Mia le ha costado un gran esfuerzo convencerlas de que no masquen chicle durante la ceremonia. Arrojan flores de cestillos adornados con lazos y parecen más inhibidas que retozonas. Las siguen los próceres, entre ellos Achille, nuestro teniente de alcalde y... ¿A quién veo ahí? No, no es Alfredo Fiorante, el farmacéutico, sino el *signor Delle Delizie* y el director del banco.

—¿Qué dices? —Berghstroem saltó de la cama—. ¡Ese canalla! —Luego recapacitó y dio un abrazo a Tom—. ¡Ha llegado el dinero!

Berghstroem fue corriendo a la ducha, mientras abajo los asesinos apuñalaban a Bartolo. Su prolongado grito de muerte

Imperi-ii-iii

resonó hasta en el baño.

Sonó el teléfono. Tom descolgó. Mia preguntaba si Manuel había olvidado que debía bajar inmediatamente a la *piazza* para hacer el papel mímico del confesor... ¿O acaso el señor *producer* quería sabotear los ensayos? Berghstroem se echó el abrigo sobre la camisa y el pantalón y salió corriendo de la habitación.

—¡Mi princesa incaica me está esperando!

Tom sólo meneó la cabeza.

Al probarse el hábito en las casamatas, Manuel J. Berghstroem vio a los Urslingen, los hermanos suizos. No se habían dejado ver en todo el tiempo, e incluso debían de haber tomado las comidas en su buhardilla, a pesar de que Berghstroem había ordenado generosamente ponerlos en nómina. Parecían muy tímidos y no hablaban en dialecto suizo, lo cual acentuaba su encanto. A Berghstroem le llamó la atención que Peter y Katarina, Las Alondras de Küssnacht, buscaban siempre la proximidad del otro, el contacto físico. Tal vez mantuvieran relaciones incestuosas, pero eso curiosamente no le excitaba la imaginación sino que más bien lo enternecía, y en tal grado que se prohibió a sí mismo pensar en acostarse con Katarina, ese ser de leche y miel... ¿O acaso le recordaba un tierno turrón? Tenía los ojos grandes, casi como una lechuza, bajo unas cejas morenas y una frente de porcelana ancha y lisa. También Peter se parecía más a una alegoría pastoril de Nymphenburg que a un chico de su edad que juega al fútbol y pelea con otros chicos. Eran unas figuras extrañas y frágiles. Berghstroem los saludó al pasar, pues justo en ese momento una de las asistentes de guardarropía le comunicó de pasada que *madame Coeurdever* se excusaba por no poder probarle ella misma el nuevo hábito, ya que habían llegado los

alemanes, «¡todo un autobús lleno de admiradores de Nemo!».

El hábito le quedaba como pintado. *Madame* tenía buen ojo. Berghstroem salió de las casamatas para enfrentarse a las exigencias que el emperador y la dirección escénica imponían a fray Gebhard.

*¡De rodillas, rebeldes! ¡De rodillas
acercaos a este trono de madera,
besad el borde del manto sangriento,
antes que os tape la boca altanera!*

Sus labios formaban, temblando de ira, las palabras que *monsieur* Gilbert le gritaría al oído, tapándose la boca con la mano o bajando la cabeza. La última ocurrencia era que alguien entregaría al emperador un escudo (precaución bastante oportuna, vista la conducta de los normandos y asesinos vagantes), de modo que Gil podría, apoyándose en el mismo, ocultar la boca sin que ello lo estorbara al cantar. De esa manera, pues, Gil le Coutel podía alabarse a sí mismo a través de su mudo servidor Berghstroem y enaltecerse con sombrías amenazas:

*Al que honre a nuestro César y caudillo,
serán dados honores y prebendas.
¡Al enemigo lo hace picadillo!*

Nemo presentó a su club de admiradores, que venían ya ataviados con jubón y cota de mallas. Durante el viaje nocturno en autobús debieron de haber trasegado bastante, pues andaban muy alegres y ruidosos, saludando al emperador a gritos de ¡*Heil Heinrich! ¡Heini Heil!*

Berghstroem llamó a Marco Serafini.

—Ocupaos de meterlos en cintura —le ordenó en voz baja—. ¡Que no se porten como invasores!

—No olvides que se han pagado el viaje —intentó aplacarlo Nemo—. Han venido para hacerme un favor; son voluntarios.

—¡Pero que no parezcan voluntarios de las SS, por favor!

—¡No seas aguafiestas!

Nemo dio a sus paisanos la orden:

—¡A cantar, dos, tres!

Los admiradores de Nemo rompieron a gritar:

*¿Quién ha colgado a nuestros güelfos?
Le tiraremos de la polla,
lo colgaremos de las bolas,*

*le damos cuatro cuchillazos,
lo cortaremos en pedazos:
¡Batallón imperial,
desmadre total!*

Habían ensayado la letra ya durante el viaje.

—Gracias —dijo Berghstroem en voz alta—. ¡Rompan filas!

Berghstroem envió a Tom con un cheque al director. Cuando se libraría de su servidumbre, el banco estaría ya cerrado. Sobre todo deseaba tener la certeza acerca de su solvencia, más que del saldo de la cuenta corriente; fue por eso que extendió el cheque por una suma bastante pingüe. Aunque se negasen a pagar a Tom, él no estaría quemado como librador sino que aún podría armar una de sus temidas escenas. A Berghstroem le gustaba permanecer en la reserva, como refuerzo amenazador, siempre listo para entrar en combate. Pero había otro motivo más.

Delante del hotel se había parado una limusina oscura de la cual no bajaba nadie; era obvio, por tanto, que estaba esperando algo. Según dictaba la experiencia, no se trataría de nada bueno, o por lo menos era ésa la impresión que daba. Berghstroem se sentía obligado a afrontar personalmente cualquier peligro.

Ray había juzgado conveniente no dejar yacer demasiado rato en la escalera al asesinado *podestà* Bartolo, pues incluso como cadáver el *signor* Parride constituía un peligro permanente; así pues, lo hizo retirar discretamente durante la interrupción provocada por el griterío de los alemanes («le damos cuatro cuchillazos, lo cortaremos en pedazos»). Con eso las tribulaciones de Parride Tramezzina se habían acabado hasta el ensayo general, y dio las gracias a todos por la paciencia que habían tenido. A continuación subió a la limusina oscura que en seguida partió con él, conducida por dos hombres robustos. El coche no llevaba inscripción alguna, y las lunas estaban cubiertas con cortinas. Pese a todas las dificultades que Parride Tramezzina le había ocasionado, Berghstroem sintió pesar.

Durante la cena, el *signor* Tagliabue contó que el farmacéutico le había dicho que Parride Tramezzina no regresaría tampoco para el ensayo general: por orden de don Pepe Salo, había sido ingresado en un asilo para alcohólicos.

—¿No creerá Stinky que ahora va a heredar por fin el papel? —exclamó Ray, haciendo reír a todos los comensales—. ¡Antes prefiero dárselo al señor Franck, para que participe de una vez activamente en los acontecimientos!

Todas las miradas se dirigieron hacia la mesa donde estaban sentados Franck & Co, pero también los Serafini. Franck, rígido y reservado como siempre, no se inmutó.

—¡Ese cocodrilo de Franck no da el pego! —se mofó en seguida Ed Hyatt—. Ése no se dejaría liquidar a navajazos por pura vanidad.

—¡No, a éste le haría falta un buen tiro entre los ojos! —lo secundó Tony, que jamás rehuía la pelea, pero su hermano Mark, que acababa de llegar, lo mandó callar y dijo en voz alta, sin volverse hacia la mesa de las señorías:

—¡Hasta ahora, el papel no está disponible!

Berghstroem comprendió que Mark deseaba consultar a don Pepe o que lo había consultado ya, y le hizo una seña de aprobación.

En este momento vio con asombro que Elgaine entraba en el comedor del hotel, pese a haberle comunicado que no asistiría a la cena. Los más jóvenes de los hermanos Serafini se pusieron de pie para ofrecerle una silla; pero la princesa incaica se limitó a saludarlos con una sonrisa y, desechando la mesa de la servidumbre, se encaminó a la de Berghstroem, donde obviamente no se le había reservado ningún asiento. Mia advirtió la situación embarazosa y desocupó su sitio entre Ray y el productor. La Coeurdever aceptó el ofrecimiento con toda naturalidad. Mia se fue a la otra mesa.

A Berghstroem le disgustaba el rudo enroque, y también intuía el enfado que sentía el director ante la expulsión de su asistente. Sólo el hecho de que en aquel momento Ray estuviera ocupándose más bien del joven que tenía enfrente, el joven Peter, salvó a Elgaine de un comentario sarcástico; pero el director le volvió ostentosamente la espalda y se concentró en la conversación con los Urslingen. Katarina escuchaba atentamente.

—¿Por qué habría de guardarle yo rencor a *monsignore* Tommaso? —reflexionó Katarina—. Él cumplía con su deber como obispo de Iesi y como fiel servidor de la Iglesia, cosa que nadie puede echarle en cara.

—Pero el cargo no incluía automáticamente la lealtad al Papa...

—¡Pero tampoco la excluía!

Katarina contestaba a todas las observaciones, con el rostro ardiente, mientras su hermano, Peterli, escuchaba impresionado.

Los comensales habían sido invitados por *monsieur* Gilbert Artaud, que pensaba partir de Iesi al día siguiente y no regresar hasta el ensayo general, tras haber cumplido con los ensayos y dado prueba de su inquebrantable capacidad de salirse con la suya. El único pequeño defecto —no, no era el único— de aquella cena era que Gil le Coutel, el anfitrión, no había aparecido aún, ni tampoco Bea, a quien Gil, según se decía, había prometido ir a buscar personalmente con su Bentley.

—¡Como si ella no pudiera ir a pie hasta el hotel! —fue el amargo comentario de Rinaldo, que estaba sentado solitariamente en el otro extremo de la mesa.

La mesa estaba puesta para doce personas. En el extremo superior se había reservado el sitio de honor para el emperador, y a su lado el de Bea, que también seguía vacío, flanqueado por el *signor* Tagliabue. Seguía Nemo, luego Ray y después la Coeurdever. Berghstroem ocupaba la otra cabecera de la mesa. A su derecha estaba sentado Tom, junto a él Katarina y tras ella Peterli, como también Nemo llamaba últimamente al joven Urslingen. A través de Waldemar se cerraba el círculo hacia

Rinaldo. El único actor de cierto rango que faltaba era Gualtiero. El taciturno gigante había preferido comer con los técnicos, como de costumbre.

Por fin se abrió la puerta y *monsieur* Gil entró con paso cimbreado en la sala, alzando las manos en un saludo triunfante, gesto éste al que se habitúa cualquiera que tenga que recibir ovaciones en grandes plazas... Sólo que en esta ocasión no hubo ovación alguna. Tras él entró Bea, que llevaba zapatos de tacón alto; los dos estaban bastante borrachos. Gil tuvo aún la amabilidad de ofrecerle la silla, pero no se sentó junto a ella, sino que dio la vuelta a la mesa, tambaleándose ligeramente, y susurró algo al oído a Berghstroem, con el resultado de que éste se levantó para cambiar de asiento con ella. Sin lugar a dudas, el objeto de su deseo era la Coeurdever, pues proclamó en voz alta:

—¡Así que por fin cenamos juntos, adorada mía! Tête-à-tête —se refociló con ademán triunfal—. No es precisamente un acogedor reservado como también a mí me gustaría, querida... Pero los demás no nos molestan, ¿verdad?

Le rodeó la cadera con el brazo e intentó atraerla hacia sí con bastante violencia.

—Si quieres meterme la mano bajo la falda, *mon cher* Gil —dijo Elgaine con voz tensa, pero sonriéndole, mientras le cogía tranquilamente el cuchillo de su cubierto—, entonces la tienes demasiado arriba. ¡Así que apártala!

Gil no tenía intención de hacerle caso, pero entonces vio la sangre en el dorso de su mano.

—*Bête!* —exclamó Gil le Coutel, rabioso—. *Une folie!*

Retiró el brazo para inspeccionar el corte.

—Esta sangre te la tragarás, la chuparás —dijo con voz peligrosamente baja, semejante a la de una fiera—. Eso me gustará aún más que el número que tu antecesora me ha tocado en la flauta.

En medio del breve silencio que se produjo, se oyó caer un tenedor en el plato de Bea, y mientras todos los ojos se fijaban en la consternada mujer, Gil le Coutel acercó con un movimiento violento el puño ensangrentado a la nariz de Elgaine. La Coeurdever lo tomó casi cariñosamente en las manos y le hizo bajar el brazo hacia sus muslos, obligándolo a inclinarse hacia ella.

—*Viens mon chou-chou* —susurró con voz ronca.

Entonces alzó con una mano el puño de Gil y lo golpeó contra el borde de la mesa; al mismo tiempo le asestó un codazo en la cara y apartó de un puntapié la silla en que estaba sentado.

Él estaba en el suelo y ella de pie. De pie estaba también toda la mesa de los técnicos, prestos a intervenir, lo cual debió de ser lo primero que Gil observó desde su nueva posición horizontal, pues no lucían precisamente expresiones amistosas.

Así pues, renunció a desafiar además las puntas de las botas de Elgaine, que se balanceaban delante de su rostro y luego se alejaron. *Monsieur* Gilbert se levantó con un ojo inyectado en sangre cuyo lagrimal iba adquiriendo un tono cada vez más amoratado.

—A las tigresas hay que cabalgarlas... O matarlas en seguida. —La forzada broma iba dirigida a Tom, su vecino a mano derecha—. ¡Y no dejar que le chupen a uno la sangre!

Gil le Coutel metió la mano en la cubitera, pescó un trozo de hielo y se lo puso sobre el ojo lesionado. Con el otro escrutó a los que estaban sentados, pues en esta mesa nadie se había levantado. Reparó en Katarina, que lo miraba asustada.

—¡Venga, cambia de sitio con tu emperador! —ordenó a Tom, sin esperar más resistencia.

—No —replicó Tom.

Durante un instante dio la impresión de que Gil pretendía abalanzarse sobre él, pero entonces creyó haber encontrado en Peter, que estaba sentado al otro lado de Katarina, una víctima más débil. Con paso tambaleante dobló la esquina de la mesa, gruñó al chico: «¡Lárgate!», y puso la mano sobre el respaldo de su silla. Espantada, Katarina rodeó a su compañero con los brazos, temiendo que le fuese arrebatado. Pero entre tanto Tom se había levantado.

—¡*Monsieur* Gilbert, tenga usted mi silla! —ofreció.

Éste se dejó caer satisfecho en el asiento y empezó por llenarse un vaso de vino, que apuró de un trago, para luego dirigirse a Katarina, que estaba temblando.

—A ti lo que te hace falta es un buen macho, nena.

Como si eso fuera la señal convenida, Gil le Coutel se sintió levantado, silla incluida, y apretado contra el respaldo por los ciclópeos brazos de Gualtiero. Como si fuese un paquete, lo llevó fuera, lo puso delante del ascensor, levantó a Gil por el cuello y destrozó de un golpe la silla ante sus ojos.

El gigante fue recibido con aplausos cuando volvió al comedor.

—Quizás ahora podamos continuar degustando por fin este delicioso menú, después de tanto entremés de gladiadores —dijo Ray—. ¡A fin de cuentas, estamos invitados!

Capítulo VII — La rueda de la fortuna

Estaba lloviendo. Era una lluvia fría y gris de invierno, sin principio ni fin, sólo punteada por ráfagas de viento que la hacían calar hasta la piel. Berghstroem se había quedado en la cama; un vistazo a través de los cristales de la puerta del balcón le había bastado. Lo asombroso fue que Ray Maulman, habitualmente poco madrugador, viniera al poco rato y se hiciera traer el desayuno —champán, salmón y un *espresso* doble— a la habitación de Berghstroem, y la factura también. Sentado en el borde de la cama contemplaba los edificios mojados de la plaza.

—Deberíamos hablar del niño, Emmy —empezó, pero no lo hizo, entre otros motivos porque sonó el teléfono y Rinaldo anunció su visita, con resaca matutina incluida.

—Sube —dijo Berghstroem con aire maternal—. Te pido un café. ¡No! No un *coretto*. ¡Ni una pizca de *grappa*!

Colgó el teléfono y se volvió hacia el director.

—¡Como *il maestro cornuto*, nuestro maestro cornudo no está dispuesto a ahogar a su Beatrice, lo intenta con sus penas!

—Quien pinchó el rosado idilio fue Gil le Coutel —se divirtió Ray.

—Ese pinchazo no estaba previsto en la historia. —Berghstroem se incorporó en la cama—. El ama de cría no está embarazada del emperador sino del bufón.

—O de su marido, el carnicero —sugirió el director—. Pero hablemos del hijo del emperador. ¿Es verdad que Constanza esperaba un hijo?

—Ya que me lo preguntas, lo anhelaba, no tanto para realizarse como mujer como para dar un rey a Sicilia tras la muerte de sus hermanos, sus parientes masculinos. No fue ciertamente un hijo del amor, pues a esas alturas ya debía de haberse dado cuenta del carácter cruel de su marido. El hijo fue la salvación; él heredó la dignidad real. De lo contrario, el heredero de Sicilia habría sido Enrique...

Con el servicio de habitaciones entró también Rinaldo, que tenía aspecto de haber dormido con la ropa puesta o de no haber dormido en absoluto.

—¿No quieres ducharte primero? —preguntó Ray—. Nos harías un favor...

—Dame un trago y me lo pensaré.

Rinaldo no tenía la menor intención de ducharse, sino que se dejó caer en un sillón y atacó el salmón de Ray. Berghstroem pidió dos revoltillos con beicon, una jarra de café solo y tres zumos de naranja naturales.

—Entonces —dijo Ray, pasando generosamente por alto la pérdida del salmón—, ¿Constanza tenía también motivos para engañar a su marido?

—Más que nada le importaba demostrar al mundo que la casa de los Hohenstaufen había heredado los derechos al trono; hasta ese punto se sentía vinculada a la idea imperial. De lo contrario, el Papa, como soberano nominal de Sicilia, habría confiscado el feudo mostrenco, y eso Constanza, que había sido monja, lo deseaba menos todavía.

—¿Y el hijo de la carnicera existió? —terció Rinaldo con la boca llena.

—¡Ja! —dijo Ray—. Quiere saber si el mito histórico avala su apaño con *madame Delle Delizie*. ¡Pues no! —bromeó—. Eso seguro que es pura leyenda.

—Yo no diría eso —objetó Berghstroem—. La Iglesia católica persiguió a Federico durante toda la vida con el mote de «hijo de carnicera», pese a todas las precauciones que se tomaran para asegurar la legitimidad. Por tanto, debió de existir en Iesi ese embarazo paralelo, pues de lo contrario la afirmación habría sido insostenible ya al nacer el hijo del emperador. Los dos bandos intentaron por todos los medios disipar las dudas o alimentarlas, respectivamente.

—¿Es que era tan fácil intercambiar los niños?

—Tan fácil tampoco —dijo Berghstroem—, aunque el poder que tenía el emperador sobre una mujer del pueblo podía seguramente forzar o comprar semejante sacrificio. Por eso tampoco hubo un parto a puerta cerrada sino *coram publico*, en presencia de todos los dignatarios de los alrededores, es decir, incluidos los seguidores del Papa, de cuya hostilidad hacia los Hohenstaufen no cabía la menor duda. Era su testimonio el que importaba.

—Así que lo tenían difícil. —Rinaldo masticaba el revoltillo que le habían traído—. A menos que uno se asegurase los servicios de un prestidigitador excelente, de un ilusionista habilísimo. Si uno es emperador consigue esas cosas.

—Es cierto —corroboró Berghstroem—. También puede uno sacarse un niño recién nacido del sombrero, pero hay que tenerlo.

—¿De ahí la medida preventiva de la Iglesia, que procuraría que en ese momento no hubiera disponible en Iesi ningún niño? —inquirió Ray.

—Cabe imaginar que así fuera. Era una carrera contra reloj, siempre y cuando el embarazo de la emperatriz fuera sólo fingido o abortara, cosa que pasaba a menudo, y una carrera también contra el recién nacido creíble y demostrable. Era emocionante y apasionante, y no parece tan traído de los pelos, pues los anales subrayan que en aquel momento, en la Navidad de 1194, Constanza tenía ya más de cuarenta años y era considerada una vieja, en aquel entonces todavía más que ahora. A la Iglesia no le costó sembrar la duda, pues ésta estaba justificada, y más teniendo en cuenta que el matrimonio imperial había permanecido estéril durante años.

—Y entonces, de repente, cuando no había más remedio —agregó Ray, pensativo—, y cuando Enrique tenía además el dinero para una campaña militar, de golpe lo consigue...

—Quizás el rescate de Corazón de León, el tesoro entero de la corona de Inglaterra, diera alas al esfuerzo conyugal —sugirió Berghstroem.

—O tal vez entre las condiciones para la puesta en libertad de Ricardo figurase también la cesión de una receta secreta que trajo a Alemania la reina de Inglaterra, Leonor de Aquitania, experta en artes mágicas. Ella siguió teniendo hijos hasta en edad muy avanzada, después de que su primer matrimonio con el rey de Francia resultara estéril y fuera disuelto por el Papa. ¿Por qué la anciana señora emprendió

personalmente el peligroso viaje a Alemania, a la corte de los Hohenstaufen? —preguntó Ray, con sonrisa astuta—. ¿Sólo para entregar el dinero?

—Lo hizo por amor a Ricardo, su hijo favorito —repuso Rinaldo, convencido—. Quería estar segura de poder abrazarlo de nuevo.

—Lo uno no quita lo otro —asintió Berghstroem—. ¿Quién sabe qué ahí, de mujer a mujer...?

—Los conocimientos secretos acerca de la vida y la muerte, la pericia en toda clase de remedios, no era por aquel entonces privilegio exclusivo de las mujeres sabias, o al menos las reinas tenían acceso a ello a través de éstas.

—La cuestión es —dijo Berghstroem— que en Iesi nació un niño que pasó a la historia como Federico II, *Stupor Mundi*...

Sonó el teléfono.

—*Il direttore della banca?* —anunció el recepcionista, insinuando amablemente la negativa.

—*Non chi sono* —confirmó Berghstroem y colgó—. Para ése no estoy.

—Vamos a la *pizzeria* —dijo Rinaldo—. Me hace falta algo sólido.

—Te hace falta un nuevo colchón.

Ray lo rodeó con un brazo y lo empujó hacia fuera.

—¡O pegarle una buena sacudida al viejo! —gritó Berghstroem al bufón que se iba.

—¡El sacudidor que lo sacudiera, buen sacudidor será! —le contestó Ray por encima del hombro.

Berghstroem estaba bajo la ducha cuando volvió a sonar el teléfono.

—*Il direttore vi aspetta...*

—*Adesso?*

—*Subito... Se possibile?*

—Vengo, vengo —suspiró Berghstroem y empezó a secarse—. ¡Ahora voy!

Ray y Rinaldo cerraron el paraguas prestado por el hotel y entraron en la *pizzeria* situada bajo la *piazza*.

—El niño o, mejor dicho, los dos niños siguen siendo un problema para mí...

—¿Ah, sí? —dijo Ray—. ¡Dos caprichosas! Katarina ya no es una niña.

—Me refería al niño de los Hohenstaufen...

—Yo me refiero a Las Alondras de Küssnacht. Deberías enseñarle tu estudio a la chica...

—Ya veo —rió Rinaldo—. Así matas dos pájaros de un tiro: un tiro para Bea, a la que siempre has tenido manía, y el mismo tiro para ponerte a ídem a Peterli sin su acompañante. Por eso quieres que yo me ocupe de que el corazón de la niña...

—Sólo estaba pensando en tu corazoncito de alfajor con baño de azúcar: «Eternamente tuyo...».

—Me importa un bledo la fidelidad, pero no consigo olvidar las maduras carnes de mi dama.

—Dos cervezas —pidió Ray al camarero que arrojó las *pizzas* sobre la mesa—. A nuestro genio musical no le va el chocolate.

Manuel J. Berghstroem fue recibido por el director del banco con suma deferencia. Cuando fue conducido al despacho revestido de madera, don Achille salía de la antesala y le hizo una seña alentadora con la cabeza.

—Se ha creado usted enemigos, *dottore* —empezó el director con locuacidad—. Hay en la ciudad una agrupación poderosa que desea hundirlo. El espectáculo de ustedes está obstaculizando la proyectada normalización del tráfico en el casco antiguo, incluido el corso...

—¿Se refiere a los *pedonalisti*? —inquirió Berghstroem cortésmente—. ¿A los partidarios de la zona peatonal del Centro *Storico*? ¿O a la asociación coral *Cantate*, encabezada por el farmacéutico Fiorante?

—No daré nombres —sonrió el banquero—, aunque usted es libre de hacerlo. Me han sugerido que le suspenda el crédito...

—Como usted quiera, estimado director —dijo fríamente Berghstroem—. Lo tendré en cuenta.

—Pero ¿quién le dice que voy a hacer caso de esa sugerencia? —se indignó el señor y saltó excitado del sillón—. ¡A mí no me chantajean! —exclamó, y se dejó caer de nuevo en la butaca giratoria de cuero, donde se puso a cavilar—. Desde luego que usted puede retirar su depósito, y el haber de la asociación...

—Podría disolver la cuenta e irme a otro sitio —propuso Berghstroem.

—¡Por favor, *commendatore*! —dijo el director—. ¡También tiene usted amigos! El *Circolo Culturale*...

—¿La marquesa Fulvia?

—El nombre lo ha dicho usted; pero usted ha de saber que la distinguida señora estaría dispuesta a avalarlo...

—Muy amable —se le escapó a Berghstroem—. Pero como no tengo a la marquesa por una benefactora sentimental, quisiera saber cuáles son sus motivos.

—En primer lugar, sin duda, quiere meter en cintura a Fiorante, porque en cuestiones de política cultural, el *Circolo* y el Centro están como el perro y el gato. Los de *Cantate* quieren imponer lo que ellos entienden por «cultura», bajo el lema «Todos en Iesi».

—No deja de ser un propósito loable —Berghstroem esbozó una sonrisa—. A menos que dé pábulo al peor diletantismo.

—¡Lleva usted toda la razón, *signor* Berkestrom! Exactamente eso es lo que teme la marquesa. Ella considera que Iesi no puede dar de sí cada siglo a un emperador Federico, a un Pergolesi o a un Spontini; y, por tanto, es partidaria, y usted sabe

cuánta energía tiene la señora, de importar los acontecimientos culturales y acoger como huéspedes a artistas importantes, en vez de ponerse en manos de la compañía de aficionados de Fiorante.

—Comprendo —se atrevió a decir Berghstroem—. Por eso apuesta por *Stupor Mundi*.

—Exacto —corroboró el director del banco—. Y esa estrategia me convence también a mí, que no entiendo nada de arte. Pero me gusta el proyecto de ustedes, *herr* Berkestrom; y también a don Achille le convence la idea que tiene usted de convertir Iesi en una ciudad del espectáculo...

«¡Ah! —pensó Berghstroem—, ¡por ahí van los tiros!». Sin embargo, quiso cerciorarse.

—¿El teniente de alcalde es, sin duda, hombre de izquierdas...?

El director asintió con la cabeza.

—¿O sea que debería apoyar, de hecho, la línea del Centro? «Todos en Iesi» son genios potenciales, portadores de cultura, en lugar de dilapidar el patrimonio público con estrellas invitadas cuya actuación se ha de subvencionar con el dinero de los contribuyentes. ¿No es eso?

—Ése es precisamente su dilema —confió el director del banco al *producer*—. No puede contrariar a los votantes. Necesita los votos de la asociación coral.

—Podría tranquilizarlo —dijo Berghstroem con dulzura—. *Stupor Mundi* contará con la participación de amplias capas de la población, todavía más que en los ensayos. Sólo es cuestión de recursos. Una vez dispongamos de suficiente personal cualificado de origen local, podremos prescindir de importaciones costosas. Y eso se aplica tanto a los cantantes como a los técnicos, los comparsas y los iluminadores. ¡Éste también es mi sueño —continuó Berghstroem—, que esta maravillosa ciudad sea un día capaz de representar y celebrar por sus propios medios su gran acontecimiento histórico!

—¡Qué maravilla! —exclamó el director, emocionado—. Por favor, ¿me permite que haga uso de esa noticia? ¡Quiero que lo sepan todos! ¡Y no se preocupe por el crédito! Mandaré abrirle otra cuenta, que sea del todo independiente de las transferencias del extranjero, de las que uno nunca se puede fiar —comentó de paso, con gesto desdeñoso—, sino una cuenta completamente nueva, que gestionaremos bajo el lema «Pro Iesi». ¡No la producción, sino la promoción de *Stupor Mundi* en Iesi! La tendrá a su disposición a partir de mañana.

—Se lo agradezco —dijo Berghstroem al tiempo que se levantaba—. Haré lo posible para que la confianza que usted...

—¡De nada! ¡Por favor, soy yo quien debe darle las gracias!

Acompañó a su visitante hasta el portal del banco.

Manuel J. Berghstroem, más que caminar, brincaba con toda la agilidad que le

permitía su corpulencia y el hambre canina le mandaba, y bajó la empinada escalera que conducía a la calle del adarve. Allí se hallaba la *pizzeria*, no muy lejos de la salida inferior de Le Delizie. El *producer* vaciló un instante, preguntándose si no debía acaso redondear la victoria con una comida opulenta, pero prevaleció el afán de comunicarse, y penetró resuelto en el establecimiento pizzeria, donde le dijeron, sin embargo, que sus amigos acababan de marcharse. Se hizo envolver una porción con *funghi e prosciutto* y la engulló caminando, bajo la lluvia abundante, que sólo entonces volvió a llamarle la atención de manera molesta, tan molesta, aunque en absoluto deprimente, como el hecho de tener que subir trabajosamente la gastada escalera de piedra. Se veía como dueño secreto de Iesi, la ciudad del espectáculo, celebrado y deseado, y nadie lo reconocía, a él que tan humildemente se nutría de un pedazo de masa que se deshacía bajo la lluvia y que no llevaba más aderezo que un poquito de jamón barato y una solitaria pareja de setas de lata. Era un héroe solitario, anónimo como Harún al-Raschid en los callejones medievales. Berghstroem arrojó el papel embadurnado de tomate a un cubo de basura. Había llegado a la puerta trasera del hotel, a la rampa que conducía al garaje subterráneo.

Ray y Rinaldo estaban sentados en la barra y habían bebido bastante.

—¡Champán para *monsieur* Maulman, y otra *grappa* para nuestro maestro!

Berghstroem estudió la situación de una mirada. Alrededor de las mesas situadas en los huecos del muro, Franck & Co jugaban al *skat* y los Serafini al *scopa*, formando dos grupos separados. Nemo estaba sentado aparte en un taburete y miraba desde arriba las cartas de Hettrich y del enano Galinsky. Berghstroem quiso comunicar sus *good news from the bank*, pero Ray se le adelantó.

—¡El *signor* Rinaldo, llamado *il Genio* —exclamó en voz alta en cuanto Berghstroem pidió su bebida—, pedirá a la producción, representada por ti, Emmy, la tierna mano de Katarina! ¿Qué te parece, Emmy?

—¡No me toques a los de Küssnacht! —advirtió Berghstroem a Ray con acritud.

Viendo que el achispado Ray no hacía caso de tal aviso, se volvió hacia Rinaldo.

—Él ha contratado a los dos, ahora no puede...

—¡Los he contratado como dúo y no como pareja de alondras atortoladas! —exclamó Ray—. Yo sólo quiero...

—¿Lo mejor para ellos? —se burló Rinaldo, y apuró la *grappa* de un trago.

En ese instante entraron en la sala, armoniosamente unidas y con los abrigo mojadados, Bea y la Coeurdever. Parecían haberse hecho amigas, para asombro de Berghstroem.

—*Monsieur le Coutel est parti!* —anunció Elgaine.

—¿Habéis despedido debidamente a la irresistible estrella? —chinchó Rinaldo, y se notaba a las claras que quería decir «insoportable» y que por «debidamente» entendía otra cosa, si no una buena tunda, quizás una última felación en la sentina de cuero del Bentley.

—El emperador se ha despedido a la francesa... —contestó Elgaine.

—Nos ha enviado ramilletes de rosas...

Bea parecía haber perdonado de todo corazón la ruda conducta de *monsieur*.

—¿Cuántas? —preguntó Berghstroem, granjeándose una mirada irónica de su princesa incaica.

—Ya que se empeña en saberlo, Manuel —replicó Elgaine—, aunque el grueso y el tamaño no tengan la importancia que usted supone: la pequeña Katarina ha recibido treinta, el ramillete de Beatrice tenía cuarenta y el mío cincuenta. ¡La próxima vez pregunte directamente por el peso, Manuel!

Berghstroem no se inmutó.

—*Hundred and twenty roses* —canturreó—. ¡Ya me lo pensaba! *Easy to cut, oh, but how to split, between all kind of hearts* —repitió el gran éxito de la época gloriosa de Gil—. *I have broken on my way, to you where I want to stay*.

—¡Bravo, bravo! —gritó Ray, aplaudiendo, y agregó en voz alta—: ¡Menos mal que hemos dado a Emmy el papel del confesor!

—Yo me voy —dijo Rinaldo—. ¿Venís?

Eso sólo iba dirigido a Ray y a Berghstroem. Berghstroem permitió generosamente que el barman lo pusiera todo en su cuenta, y se marcharon.

El estudio de Rinaldo ocupaba los dos últimos pisos de una torre que no formaba parte de la muralla, sino que en otros tiempos debía de haber servido de refugio a los habitantes del *palazzo* colindante. Todavía ahora no había más acceso que una pequeña puerta en la planta superior del edificio. Los gruesos muros habían sido el motivo de que Rinaldo se alojara allí, pues no había propiamente ventanas por las cuales se pudiera contemplar los techos circundantes, sino sólo unas estrechas ranuras; en cambio, podía poner la mesa de mezclas a todo volumen sin el menor reparo, pues apenas se filtraba sonido alguno al exterior.

—¡Pon un poquito la calefacción! —pidió Ray—. Si no, no me quito el abrigo.

—El termostato ya está al máximo —explicó el compositor en tono de disculpa—. La calefacción no puede contra la frialdad de las piedras. En cambio en verano se está bien fresquito aquí.

Ray se sentó en el raído sofá, con los dientes castañeteándole ostentosamente:

—¡Entonces dame por lo menos un coñac!

Berghstroem, poco interesado en el equipo de sonido, había inspeccionado mientras tanto con ojo experto las troneras, que se abrían hacia abajo en forma de matacanes, de modo que los defensores pudieran rechazar incluso un asalto con escaleras contra la puerta.

—Esto es inexpugnable —dijo, lleno de admiración—. Teniendo comida suficiente, aquí uno puede aguantar con su amada durante semanas, y que el marido se rompa los cuernos.

—Yo preferiría la comida del *signor Delle Delizie* —dijo Ray; el arranque

romántico del productor lo divertía—, y a cambio le dejaría su mujer. Al menos me rendiría cuando se hubieran agotado las reservas de champán.

—Bea debe de morirse de frío aquí. —Berghstroem escrutó compasivo el sofá y agregó, intrigado—: ¿O es que hay por aquí algún lecho de amor más calentito?

—¡Arriba! —dijo Ray, señalando la escalera de caracol de hierro fundido que subía desde un rincón de la sala—. ¡Tú por ahí no pasarías, Emmy!

Rinaldo se había sentado en su puesto de trabajo abarrotado de teclados y altavoces e hizo sonar la instrumentación básica del coro de homenaje.

—Creo que deberíamos ponernos de acuerdo acerca del niño —se quejó, malhumorado—. Me importa tres leches dónde *madame* pone su trasero.

—Como Alfia, la carnicera, parturienta y ama de cría, ella sigue en el juego —dijo Berghstroem—. Podemos partir de que el nacimiento imperial no convenía a la Iglesia; y puesto que no lo podía impedir sino únicamente ponerlo en duda, tuvo que tomar todas las medidas posibles para denigrarlo.

—¿Qué les importaba más? —reflexionó Ray—. ¿Impedir una eventual sustitución por un bastardo, poniendo con ello en evidencia a Constanza, suponiendo que el vientre hinchado lo estuviera de puro relleno, o más bien permitir el fraude y luego denunciarlo públicamente? En el primer caso —arguyó Ray, excitado— deberían haberse apoderado de todos los niños recién nacidos de Iesi, como hizo en su día Herodes, lo cual habría causado mucho revuelo. En el segundo, deberían haber procurado precisamente lo contrario, a saber, que se endilgara a la emperatriz un niño previamente marcado, tal vez suplantando a otro.

—¡Pues mira por dónde! ¡El hijo de la carnicera! —remató Berghstroem la reflexión del director—. Yo partía del supuesto de que la Iglesia, gracias a sus excelentes servicios de espionaje, estaba firmemente convencida de que Constanza no estaba embarazada, y que por tanto sólo había que tomar las medidas necesarias para impedir que hubiese una sustitución como, en este caso, el hijo de la carnicera. De ahí el robo preventivo del niño de Alfia.

Berghstroem tomó aliento.

—Pero entonces se produce el «milagro de Iesi»: en contra de lo esperado, Constanza da a luz a un hijito propio sano y robusto. Dieciocho dignatarios eclesiásticos no se pueden equivocar. Ahora el niño robado del carnicero ya no hace falta, por lo menos desde el punto de vista de quienes lo robaron, y se desembarazan de él. Si los obispos hubiesen tenido ocasión de reunirse para discutir el tema, seguramente habrían tomado otra decisión: a saber, que el hijo de la carnicera no volviera a aparecer, para seguir dando pábulo, como efectivamente sucedió, al rumor de que era idéntico al hijo del emperador, o mejor dicho al revés: que Federico no era más que el hijo de un carnicero y, por tanto, carecía de todo valor desde el punto de vista dinástico y no tenía derecho alguno al trono y a la corona.

—Hay una cosa que no entiendo —tomó la palabra Rinaldo mientras jugaba con el teclado—. Si el partido imperial conocía el problema, ¿por qué arriesgó entonces

una jugada tan sospechosa como fue la de escoger como ama de cría precisamente a la parturienta Alfia?

—¡Por lo general, las amas de cría suelen ser parturientas! —rió Ray—. Puérperas cuyo estado se prolonga indefinidamente, para que den leche para dos durante el tiempo suficiente...

—Además es muy probable que el embarazo se mantuviera en secreto incluso dentro de la corte imperial, aunque sólo fuese para proteger la vida y la salud de la emperatriz de posibles atentados —meditó Berghstroem en voz alta.

—Ni tampoco los Hohenstaufen debían de fiarse de ello al cien por cien. Los abortos y las muertes en el parto eran frecuentes, casi la mitad... Tuvieron que *correr* el riesgo para poder presentar, llegado el caso, a un niño varón y vivo.

—Entonces, ¿por qué no robaron al niño, por si las moscas? —preguntó Ray—. ¿Para tenerlo en reserva, oculto bajo la cama de la parturienta?

Berghstroem sonrió con aire de superioridad.

—Por eso dejó abierto quiénes son los que le roban el niño a Alfia. Los dos frailes sospechosos también podían estar al servicio de palacio.

—Pero entonces, para eliminar toda duda posible, ¿deberían devolverlo luego a la cuna de la carnicera?

—Pero es que yo no quiero eliminar todas las dudas —dijo Berghstroem, satisfecho de su montaje—. De todas maneras, para salvar el final feliz, (¿a quién le gustaría pasar a la historia como infanticida y profanador de los Hohenstaufen?) he decidido que el bufón encuentre al pobre niño en el pozo.

—¡Ay, qué buena eres, Emmy! —exclamó Ray—. ¡Eso me sabe demasiado a moralina! No, para resolver lo que será de ese niño que sobra en este valle de lágrimas, ya inventaré yo algo... Algo que a vosotros quizá no os guste tanto —agregó con sarcasmo—. Sea como fuere, quiero que se acabe ese teatro de polichinelas. ¡Quiero un niño de verdad!

—¡Se te echará encima la sociedad protectora de animales! —advirtió Rinaldo—. Estoy seguro de que el *signor* Fiorante movilizará a la opinión pública en contra...

—La ley prohíbe el trabajo de menores —interrumpió Berghstroem—. ¡Olvídalo!

—¡Razón de más! —insistió Ray Maulman, el director de escena—. Que Mia me consiga inmediatamente un niño que...

—Lo más fácil será que la dejes embarazada, pero ya, y que ella gesticule a toda pastilla, en nueve días... ¡Y aun entonces no habrás conseguido nada, Ray! Aunque sea carne de tu carne, no puedes darle empleo.

Berghstroem se había levantado y sostuvo la mirada obstinada de Ray.

—¡Pregúntaselo a don Achille, que te lo confirme!

Bajaron de la torre. La lluvia casi había cesado, pero se había hecho de noche.

—Me apetece ir a Le Delizie —dijo Ray—. Si tú no invitas lo haré yo. ¡Pero entonces que venga Rinaldo!

—Yo invito a Rinaldo —anunció Berghstroem—. Por lo menos una vez quiero

verte pagar por mí.

—Sabéis lo poco que me gusta —dijo Rinaldo, indeciso.

—¡Ahora más que nunca! —lo atajó Ray al tiempo que lo cogía del brazo—. ¡Ahora más que nunca!

Entraron en Le Delizie por la puerta de abajo y pasaron delante de la cocina y la bodega de la casa de comilonas. Bea y Elaine estaban tomando ya el postre.

—¡Helás aquí, inseparables por pragmática imperial! —se choteó Ray.

—Querrás decir espermática —murmuró Berghstroem para que Rinaldo no lo oyera, experimentando una punzada en el corazón al pensar qué sentiría él si su princesa incaica se hubiese arrojado a los brazos de Gil le Coutel.

«No, ella no hace esas cosas», se tranquilizó en seguida y pasó a dirigir sus dardos contra el comensal de las dos señoras.

—¡El *zio* Tom haciendo de rodrigón!

Esta vez Rinaldo lo había oído y dijo enfadado:

—¡Por favor, no hagáis caso a Bea!

Y sin mirarlas tomó rumbo a una mesa bastante alejada. Ray y Berghstroem saludaron amablemente con una leve inclinación de cabeza al pasar junto a las damas y a Tom y lo siguieron.

—Perro ladrador, poco mordedor —consoló Ray al malhumorado Rinaldo, y para animarlo pasó a dar la matraca a Berghstroem—. ¡Y los gordos grasientos como tú, Emmy, empujan a cualquier hembra a la legítima defensa sexual!

—*Pace dei sensi* —suspiró Berghstroem, retractándose—. Hablemos de otra cosa; ya sé que tú no compartes nuestros problemas de machos.

—Y para la paz de los sentidos aún me falta mucho.

Pidieron sus platos, aunque sólo fuera porque el *signor* Delle Delizie acudió personalmente a preguntarles qué deseaban.

—Emmy, mientras esperamos, explícale a tu compositor qué es lo que pretendes en la primera parte del segundo acto. Para mí, en algunos pasajes importantes Rinaldo anda tan fuera de juego como se ha quedado con Bea.

Al ver que Rinaldo no decía nada, Berghstroem se apresuró a tomar la palabra.

—El acto se abre con un coro funerario, se entierra al difunto *podestà*, el nuevo, nuestro *signor* Tagliabue, confirma en el cargo al comité de festejos, con lo que queda garantizada la continuidad del incombustible diálogo cómico entre el bufón y el trovador. Entonces vosotros dos... —Se dirigió a Ray y a Rinaldo— presentáis a la duquesa de Urslingen, la primera dama de la emperatriz, vuestra propuesta para un parto solemne y libre de toda sospecha: es decir, en plena *piazza*, bajo una carpa abierta. Eso lo oye el obispo, que en seguida abandona el cadáver a su suerte y canta con brío la «Canción del diablo y sus engendros», arremetiendo en cinco estrofas contra los Hohenstaufen y sembrando serias dudas sobre el embarazo de Constanza.

Y si ella diera a luz a una criatura

*de forma humana y que lleve en las venas
la sangre del César, no puede apenas
ser otra cosa que del diablo hechura.*

»Pero la joven Urslingen le da un rapapolvo, tres estrofas para Katarinita, y sólo entonces la emperatriz llega a Iesi. El dulce canto y el baile en rueda de las doncellas señalan inmediatamente un cambio radical de la atmósfera más bien ruda que reinaba hasta el momento. La embarazada entra siendo llevada en andas, unos trovadores cantan trovas, la Urslingen presenta a los notables, al comité de festejos y, jugada hábil, también al obispo, que no puede esquivar la cortés ceremonia. Sigue otra trova, y luego se permite al comité de festejos explicar su programa. Cuando el obispo oye hablar del parto público bajo la carpa pierde los estribos y canta con voz de trueno, como si hubiese llegado el Juicio Final, la “Canción de la imitación indebida del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo”, que incluye el hermoso verso:

aunque el buey y la mula ya estén presentes

con lo cual alude a los señores del comité de festejos. De nuevo es nuestra valiente Katarinita quien le canta las cuarenta:

*No basta que al señor
el buey y la mula le rindan honores:
¡que hagan lo mismo también los pastores!*

»Con lo cual surge la genial idea de atar al pesebre, y a la fuerza si hiciera falta, a todos los obispos y cardenales de los alrededores. El obispo está fuera de sí:

*¡Sólo falta el Santo Padre de Roma
como testigo de ésta impía broma!*

—O rima o te como... Por cierto, ¿qué ha sido de la comida?

—Ahora la pueden traer, porque con el despliegue de la soldadesca alemana para traer a los obispos y cardenales acaba la primera parte del segundo acto. Sigue un entreacto.

—¡Déjalo para el postre, Emmy, por favor! ¡Para el postre! —suplicó Ray.

Se acercó Tom con paso indolente.

—*Madame* Coeurdever desea tomar el café con el *signor* Rinaldo —anunció como mediador correcto.

—¡Será un placer recibirla! —exclamó Berghstroem.

—No —repuso Tom con tono formal—. Quiere que lo tomen a solas, en una

mesa aparte.

Señaló un hueco del muro; y puesto que Elgaine se estaba ya levantando y mantenía el *espresso* en precario equilibrio, a Rinaldo no le quedó más remedio que aceptar la invitación.

—Querida Emmy, aunque tú creas erróneamente que tus cuitas me dejan indiferente... —comentó Ray mientras se llenaban en el bufé los platos de entrantes.

—Calla —ordenó Berghstroem con una sonrisa sarcástica—. Ya sé que estoy violando todas las reglas del régimen disociado.

—Me refiero a tu posición ante nuestra jefa de vestuario. ¡Menudas calabazas te está dando!

Como la observación de Ray no venía disfrazada de pregunta, Berghstroem pudo ahorrarse la desagradable respuesta, pero deseaba explicarse; a fin de cuentas, Ray era un amigo.

—¿Qué quieres que haga? —se lamentó—. Nadie puede adelgazar con tal rapidez como para volverse tan esbelto como seguramente a ella le gustaría. Estoy a años luz de parecerme al hombre de *Camel*.

—Pero del hecho de que ella esté delgada no puedes concluir nada acerca de sus gustos, Emmy. Lo que importa son sus deseos secretos; y éstos no tienen que orientarse forzosamente hacia una imagen física.

—Ay, Ray —suspiró Berghstroem, amontonando en el plato ya rebosante aún más camarones, corazones de alcachofa, crema de aguacate, rodajas de berenjenas asadas en vinagre y diminutos robellones estofados—. Esto es el mismo consuelo que aquello de que no tiene importancia que tengas la polla más grande y más gorda o menos. ¡Es mentira! Las chicas majas te dicen «No me importa», pero en cuanto se les presenta la ocasión follan con el que la tenga como a ellas les gusta. Así que, ¿qué puedo ofrecerle yo a ella?

—¡El éxito! —exclamó Ray en cuanto se sentaron de nuevo a la mesa.

Tom había regresado junto a Bea para hacerle compañía, y en el rincón Elgaine le echaba un discurso a Rinaldo. Berghstroem observó que hacía rato que los dos ya no tomaban café sino *whisky*.

—El éxito —repitió Ray—. Tú tienes imaginación, y en eso radica tu poder. Si *Stupor Mundi* llega a funcionar tal como tú lo sueñas, entonces eres un prodigio.

—¿Tú crees que sucederá así?

—No —replicó Ray—. ¡Seguro que no! —No dejó a su interlocutor tiempo de digerir la brusquedad—. Tienes que hacerlo funcionar de tal manera que los demás lo perciban como si fuese su sueño anhelado y que paguen por él.

Ray tomó un trago de champán para hacer bajar el langostino que acababa de engullir.

—Déjate de sueños, Emmy. Basta ya de dejarte llevar por la corriente, por el dinero, por los demás, por tu propia inseguridad. Tienes que tomar las riendas y ponerte a cabalgar. De momento, *Stupor Mundi* te cabalga a ti, y Elgaine Coeurdever

más que nadie.

—Pero ¿qué...?

—¡Eso es precisamente tu derrotismo! —lo interrumpió Ray—. ¡Cada mañana te pones a rumiar tus apuros, el saldo de tu cuenta, respetas los sentimientos de cualquier fulano, y ya estás transigiendo antes de haber sacado un pie de la cama! ¡Lo que necesitas no es un sueño sino una visión! ¡No tienes que preocuparte sino obsesionarte! —Ray estaba excitado—. ¡Y cuando digo que quiero un niño, quiero un niño! Yo sé que sólo así puede vivir *Stupor Mundi*, no como un auto del nacimiento con un toque de farsa, una pizca de crueldad, una dosis de vulgaridad y mucha solemnidad. Quedará como azúcar molido, como un entretenimiento bonito, pero no será un acontecimiento.

El *signor Delle Delizie* presentó el pescado, *sarago in cartoccia al vino nostro*; abrió con el cuchillo la piel hinchada y ligeramente chamuscada y dejó que el camarero jefe lo trinchara, quitara las espinas y sirviera los platos. Tom y Elgaine se acercaron a la mesa y se sentaron con ellos.

Rinaldo y Bea estaban sentados juntos otra vez, aunque ella daba la impresión de haber llorado; los hermosos ojos azules le brillaban sospechosamente y se le estaba corriendo el maquillaje. Rinaldo ya estaba borracho, lo cual no impidió a los dos tomar la *grappa* más cara que la casa ofrecía. El *signor Delle Delizie* les había dejado la garrafa sobre la mesa.

Ray pidió otra botella de champán. Se les unió Mia, y Berghstroem dijo:

—Tienes que conseguirnos un bebé vivo, que rebose vitalidad, pero que pueda pasar todavía por recién nacido.

—¿Para Alfia o para la emperatriz?

—¡Uno para las dos! —terció Ray, sonriendo al *producer*—. Pero no hace falta que mandes ahorcar de verdad a los güelfos en el preludio del primer acto, ni que los Serafini apuñalen de veras a Parride Tramezzina, si es que el sanatorio nos lo devuelve curado. El realismo tiene sus límites. ¡Y lo demás es ilusión!

—Si no hay más remedio... —accedió Berghstroem y se enjugó la boca—. Yo me voy. ¿Viene usted al hotel, Elgaine?

Coeurdever lo miró asombrada.

—No, querido Manuel. He prometido a Rinaldo ir a escuchar un poco de música en su casa.

Así que Berghstroem se vio obligado a levantarse y partir solo.

Manuel J. Berghstroem yacía sobre la cama: No podía dormir porque había comido demasiado. No había encendido la luz; el reflejo de las farolas de la *piazza* entraba a través de los cristales. Sin la intensa iluminación habitual de los focos, los decorados escénicos parecían una mole oscura y amenazadora. La lluvia había cesado del todo; sólo algunas gotas sueltas caían aún de las cornisas de los tejados a los

charcos. Berghstroem reflexionaba acerca de todo, desterraba a Elgaine de sus pensamientos, se obligaba a tener visiones. Al fin logró proyectar la imagen de la carpa mágicamente iluminada desde él interior; oyó el canto alternante de los coros, de las mujeres, de los niños, de los clérigos. Entonces oyó el grito del recién nacido, y el gran coro de *Stupor Mundi* fue aumentando de volumen... No llegó más lejos porque se había adormecido. Lo despertó un ronquido cuya resonancia se perdía bajo el alto techo estucado de la habitación. Eran casi las cuatro de la madrugada. Se desvistió y se cubrió con la manta, tiritando de frío. Era la hora en que solía pensar en Maxi y desear con rencor particularmente intenso que se fuera al infierno. Pero tal vez el señor Maximilian F. Bock se encontraba allí como en su casa y disponía de un hilo directo que lo comunicaba con los lugares más importantes de la Bolsa... Y un hilillo delgadísimo para hablar con el banco responsable de las transferencias destinadas a *Stupor Mundi*.

¿Había llamado alguien a la puerta? Berghstroem aguzó el oído. ¡Pero si ella podía entrar sin más, a través de la puerta cerrada, a través de la pared! ¡La princesa incaica! Qué tenía Rinaldo que él no poseyera... Excepto que el maestro estaría probablemente demasiado borracho como para subir él sólo la escalera de su torre. ¡*Il Genio!* ¡Que se fuera al diablo Elgaine!

Capítulo VIII — La emperatriz

Algo gordo se cuece —auguró Mia en voz alta, puesto que Berghstroem estaba en el baño duchándose—. ¡Si esto no se disipa al cruzar los Alpes, pronto tendremos aquí *l'inferno mundi*!

Tenía la mirada fija en la impresionante animación por ordenador que aparecía en la pantalla:

El Báltico, Bielorrusia y Polonia se hallan ya cubiertos por la capa de aire frío polar. Varios observatorios anuncian temperaturas mínimas de entre -46 y -48 grados. El avance del frente de aire polar N12 apunta a los Balcanes, pero pasará también por el Adriático. El anticiclón todavía predominante en la zona dará paso a un fuerte descenso de la presión atmosférica. El empeoramiento del tiempo irá precedido por fuertes vientos chubascosos de noreste cuya intensidad alcanzará de 50 a 60 millas por hora y en el litoral occidental del Adriático y algunas partes de las Marcas hasta 70 millas por hora, con rápidos cambios de rumbo hacia el noroeste y sudoeste.

—Primero tu ciclón tendrá que atravesar algunos países de la antigua zona del Comecón; después habrá perdido bastante fuerza —gritó Berghstroem para hacerse oír por encima del ruido del agua—. Cuando llegue a Italia será un vientecillo suave. —Cerró la ducha y salió del baño frotándose con la toalla—. Mia, ¿no sabes cómo es el infierno italiano? ¿No?

Se restregó la barriga y luego la espalda.

—Primero te contaré cómo van las cosas en el infierno alemán. Hay un pilón como en las depuradoras de aguas que está lleno hasta el borde de mierda líquida. El diablo se pasea por los lados con un bieldo con el que vuelve a sumergir a todos los que están metidos dentro hasta el cuello cada vez que sacan la cabeza para respirar.

Se secó aquellas partes del cuerpo a las que la barriga no le permitía acceder directamente flagelándolas con la toalla.

—*L'inferno* italiano corresponde con exactitud a la misma descripción, apesta igual —jadeó Berghstroem—. Ahora me tienes que preguntar: «¿Y cuál es la diferencia?».

—Vale —dijo Mia—. Supongo que el diablo se parece a ti, no llega a todas partes porque es demasiado gordo, además le da pereza...

—No —replicó Berghstroem con sonrisa sarcástica—. No se trata de mí sino de las condiciones: en el infierno a la italiana o bien no han traído la mierda, o el diablo ha olvidado el bieldo, o está en huelga.

—¿Qué quieres? ¿Que me ría? —dijo Mia, contemplando a Berghstroem, que sentado en el borde de la cama intentaba juntar el pie con el calcetín.

—No —resolló Berghstroem—. Quiero que relativices el pronóstico

meteorológico de la televisión italiana. Lo que en Francia provoca la proclamación del estado de emergencia nacional, aquí pasa por un *temporale temporale*, una borrasca pasajera y transitoria —explicó al tiempo que introducía trabajosamente la barriga en el pantalón—. Los italianos soportamos los designios de Dios casi tan imperturbables como soportamos los líos que nos armamos nosotros mismos.

Sonó el teléfono.

—Veo que te has aclimatado bien —dijo Mia riendo, y descolgó el auricular, pues Berghstroem tenía la cabeza metida dentro de la camisa, que habían abotonado en la lavandería, y agitaba ciegamente los brazos.

—El *maresciallo* de los *carabinieri* está abajo en el vestíbulo —anunció Mia con aire primero perplejo y luego cada vez más asustado—. ¡Tiene una orden de desahucio, Manuel! Tenemos que desalojar la *piazza*...

—¡Estás de guasa!

—Dice que bajas en seguida a firmar el acuso de recibo.

—¡Están locos! —gritó Berghstroem antes de echarse la chaqueta sobre los hombros y salir corriendo de la habitación.

Mia echó un vistazo a través de la puerta del balcón a la *piazza* y los decorados, y a continuación lo siguió.

Al *maresciallo*, con quien habían estado en buenas relaciones, se le notaba que el encargo le resultaba desagradable.

—No puedo decirles nada más —dijo—. Es una decisión del ayuntamiento. Pueden presentar un recurso o por lo menos solicitar un aplazamiento.

Tendió el bolígrafo a Berghstroem.

—Me lo pensaré —masculó el *producer*, malhumorado.

Cuando el *maresciallo* se fue, Berghstroem pasó el papel a Mia sin decir palabra.

En la recepción sonó el teléfono.

—¡*Commendatore* Berkestrom! —llamó el portero, cubriendo el auricular con una mano—. ¡Para usted!

—¡No estoy!

—¡Es el banco! El señor director en persona...

—¡He dicho que no! ¡Que no estoy!

—Dice que tiene una buena noticia para usted. ¡Buena e importante!

—Contesta tú —gruñó Berghstroem.

Mia se hizo pasar la llamada a la cabina.

Berghstroem observó la expresión de su rostro, que poco a poco se iba iluminando; Mia movió fervorosamente la cabeza en señal de asentimiento y colgó.

—Dice que vayas a ver en seguida a la marquesa Fulvia. Te quiere ofrecer una solución alternativa. ¿No te parece magnífico?

—¡Un manicomio, eso es lo que parece! —refunfuñó Berghstroem—. ¡Ocúpate de que esto siga marchando! —Se dirigió al ascensor del garaje subterráneo—. ¡Y acuérdate del niño!

Una alameda recta conducía a la casa señorial situada en la cumbre de una colina. Abajo, en el valle, se divisaba Iesi. Berghstroem vio el Alfa blanco descapotable de Bea aparcado delante de la casa y concluyó que se lo habría prestado a Rinaldo, pues sabía que la marquesa no mantenía trato alguno con *madame Delle Delizie*, mientras que recibía con agrado a Rinaldo.

Berghstroem aparcó el Mercedes delante de la escalinata. Puesto que arriba nadie le abrió la puerta, dio la vuelta a la casa y encontró a la marquesa sentada en la terraza; delante de ella tenía, sobre una desvencijada mesita de madera, media docena de tazas de café con distintos aceites de oliva, desde el amarillo claro hasta el verde turbio. Rinaldo estaba sentado en un banco del parque. La marquesa iba sacando de un cesto pedazos de hogaza, los partía, los sumergía en el aceite y los cataba con aire de experto.

Berghstroem saludó con una breve inclinación de cabeza al compositor, que parecía haber sido invitado a participar en la selección. Los dos se tomaban el tiempo de dejar tranquilamente que cada bocado se les deshiciera en la boca antes de tragarlo satisfechos. A Berghstroem se le permitió sentarse con Rinaldo en el banco, y lo hizo con la cautela que su peso requería.

—Querido Berkestrom —empezó la marquesa sonriendo—, mi familia se ha empobrecido tanto que hemos cedido al municipio la plaza más grande de Iesi, y para mí también la más bella, la que está al pie de la muralla, al lado de la torre redonda, para que la use como aparcamiento. Me dan ganas de rescindirles el contrato, no vaya a ser que se siente precedente.

—¡Estupendo! —se le escapó a Rinaldo.

—Además lo haría con la misma precipitación indecente con la que a usted, querido maestro, pretenden arrebatarle la base de su labor creadora, que constituye un mérito cultural. ¿Qué me importan, en cambio, las apestosas latas de chatarra?

—No comprendo que don Achille... —terció Berghstroem.

—¡Bah! —lo atajó la marquesa con un gesto despectivo—. ¡Ese *progressista* rojo pasado por agua, rosado como ropita de bebé! Quiere congraciarse con ustedes, pero eso no le impidió solicitar al banco un crédito para comprar al ayuntamiento dos autobuses usados con los que quiere transportar a los espectadores de *Stupor Mundi* de Rímini y Ancona a Iesi.

—Un verdadero amigo —comentó Berghstroem.

—Voy a dar una lección a este ayuntamiento. Mi abogado puede presentarse hoy mismo con una disposición provisional.

La anciana rebosaba de energía, pero ante todo experimentaba un visible placer ante la idea de perturbar la rutina de los ciudadanos, o sea el alojamiento de sus automóviles.

—Me parece una idea magnífica —aprobó Rinaldo mientras se enjugaba la boca—. El Campo *delle Milizie* dispone incluso de un declive natural del terreno y tiene al fondo la muralla medieval con el adarve y dos torres. Es mucho más bonito que...

—Distinguida marquesa Fulvia —lo interrumpió Berghstroem con solemnidad contenida—, su magnánimo ofrecimiento me parece un regalo del cielo, que...

—¡Déjese de tonterías! —volvió a atajarlo la anciana—. ¿Quién habla de regalos? Yo le estoy proponiendo un negocio, o para ser más exactos: estaría dispuesta a participar, bajo ciertas condiciones, en su empresa.

—Por supuesto —convino Berghstroem, que ya lo había esperado—. Las dos formas son posibles: en alquiler fijo o una participación porcentual.

La marquesa se llevó a los labios un pedazo de pan saturado de aceite.

—¡Exquisito! —exclamó e hizo esperar al *producer* mientras masticaba con fruición.

—Por cada coche aparcado allí cobro veinticuatro mil liras diarias —continuó la marquesa tras un silencio destinado a incrementar el impacto de sus palabras—. Supongamos que cada uno lleva cuatro personas y que ocupa una superficie de cuatro metros cuadrados; así podéis calcular los beneficios que me reporta ese Campo. Ni más ni menos debe garantizarme *Stupor Mundi*; entonces me conformaré con el diez por ciento de los ingresos de taquilla.

—Eso suena razonable —dijo Rinaldo, que había calculado la suma a velocidad de rayo—, pero no lo es en absoluto. Pues considerando que los lados del Campo midan aproximadamente cincuenta por cien metros, resultaría un alquiler de unos treinta millones. Eso no hay presupuesto que lo aguante.

—Y a cambio usted, estimada marquesa, debería hacerse cargo también de la instalación de los asientos, de las tribunas de espectadores. Sólo podemos basar el cálculo en el número de asientos, es decir, de asientos efectivamente vendidos —intervino también Berghstroem, pero en este punto la anciana se mostró incomprensiva.

—Para los coches tampoco tengo que instalar tribunas, les basta con el puro asfalto.

—Pero el aparcamiento no siempre está lleno, y menos a todas horas —objetó Rinaldo.

—Si me dejarais la plaza durante el día como aparcamiento, podríamos llegar a un acuerdo...

—¡No podemos quitar las tribunas como si fuesen alfombras, ni desmontarlas cada día y volverlas a montar! Tienen que ser instalaciones fijas, que hayan pasado por una revisión técnica y de protección contra incendios, aunque sólo sea para garantizar la responsabilidad civil. Le ofrezco el cinco por ciento de cada entrada vendida, pero no le puedo ofrecer ninguna garantía. ¡Con sus coches tampoco la tiene!

—Lo tendré que consultar con mi abogado. ¡Es usted un hombre de negocios muy duro, Berkestrom! Y yo que estaba dispuesta a ofrecer un gran sacrificio al arte.

—No tengo intención de arruinar a nuestra única benefactora, estimada marquesa —aseguró Berghstroem, levantándose—. Por desgracia, nuestra situación no nos

permite aceptar su desinteresado obsequio. Debería usted volver a hablar con su abogado. Y mil gracias; nos ha sido de gran ayuda.

Se inclinó e hizo a Rinaldo una seña inequívoca para que también él se despidiera. Regresaron a Iesi.

Tilde Carson había llegado al hotel en taxi. Sólo cuando Mia se dispuso solícita a pagar la factura advirtió que venía de Génova. Tuvo que pedir prestado el dinero a Tom, pues Berghstroem se había llevado la llave de la caja.

—Tienes suerte, pequeña, de que haya venido directamente de un crucero —dijo Tilde Carson con voz ronca—. ¡Kisha! —ordenó a su doncella negra—. Dale una propina a este hombre y ocúpate de que suban las maletas. Yo empezaré por catar al director de escena.

Cogió a Mia del brazo y la arrastró hacia el escenario, al otro lado de la *piazza*.

—¡Menudo calor hacía en Sicilia! Los incendios forestales se veían desde el mar. Combustión espontánea, ¡ja, ja!

Tilde Carson, la célebre artista de variedades, siempre había sido un número fuerte. Era esbelta, pero sabía causar el impacto de una heroína wagneriana. Era una gigante de la escena. Sus matrimonios habían fracasado al igual que todo intento de convencerla para que cumpliera un contrato. Si llegaba puntual a algún acto, el organizador lo celebraba como si le hubiera tocado la lotería, pero esto no implicaba en absoluto que ella fuera a quedarse.

Ray lo dejó todo ostentosamente al avistar a la indestructible estrella.

—Venus descende, Tilde nacida de la espuma —exclamó con los brazos abiertos, a los cuales Tilde se arrojó tomando carrerilla.

—Ya no está la vieja tan fresca como el rocío —graznó contenta mientras lo cubría de besos—. ¿Qué selección de jovenzuelos dispuestos a profanar un cadáver me ofreces?

Todavía agarrada al hombro del director de escena, pasó revista a Nemo, Waldemar y Peter, que la encandiló en seguida.

—¿Cómo se llama el mozo? —inquirió, lamiéndose los labios—. ¿O es que estoy irrumpiendo en tu coto de caza privado?

—No te cortes, Kundry —dijo Ray con una sonrisa maliciosa y le presentó a sus colaboradores; al llegar el turno a Peter y Katarina, agregó—: haz que tu hechizo proteja estas tiernas florecillas de todos los poderes malignos que desean separarlas.

—¿Quieres decir que no debo tocar a Eros para que a la necia Psique no le duela el almita? ¿Que desperdicie mis encantos con Marte y Plutón? —Señaló con afilado dedo a Nemo, el mariscal, y a su capitán Waldemar—. ¿O que sodomice al obispo? —Tom se había acercado con toda la vestidura puesta—. ¡Me decepcionas, Raimondo! Me quedo con el hábito.

Lanzó un beso a todos los presentes, uno un poco más largo al confundido Peterli, sacudió la cabellera alheñada y salió.

—¡Buf! —exclamó Ray—. ¡Es la misma de siempre!

Entre tanto Tom, el obispo, se había encaramado al escenario.

—¿Dónde he de ponerme exactamente —preguntó desde arriba— para la «Canción del diablo y sus engendros»?

—Te has apartado del cortejo fúnebre de nuestro Parride Tramezzina, que en paz descansa, y allí... —Ray señaló el sitio—, te presentas ante los duques y el nuevo *podestà*, un servidor, y... Pero ¿dónde está Rinaldo?

—¡Pero dime qué es lo que canto y por qué!

—¡El porqué lo deberías saber, caro don Tommaso! El obispo se opone a las maquinaciones de los Hohenstaufen, en las que percibe maniobras diabólicas y anticlericales, y eso tanto en su calidad de sacerdote, en el ámbito privado de un embarazo sospechoso, como de príncipe de la Iglesia, en el terreno político, por lo que se refiere al cerco al que quedarían sometidos los Estados Pontificios con la incorporación de Sicilia al Imperio. ¿Entiendes?

—Pero ¿Iesi está con los Hohenstaufen o con el Papa, o sea con los güelfos? —insistió Tom.

—Eso depende de la dirección en que sople el viento —le explicó Ray con paciencia de santo—. De momento, a la vista del ejército alemán, la ciudad iza la bandera de los gibelinos y sólo tú, como fiel hijo de la Iglesia, te niegas a seguir el juego. Has optado por la *résistance* y rechazas ser cómplice del colaboracionismo.

—¡Una actitud recta y consecuente! —alabó Tom—. Así me gusta.

—Es pura gilipollez y ganas de hacerse el mártir. Sólo te metes en líos y no cambias nada.

—Sigo el ilustre ejemplo de Nuestro Señor, que murió por nosotros en la cruz y...

—Dejemos eso —lo interrumpió Ray—, y pasemos al contenido de tu repelente canción.

—La canción no requiere explicación alguna —admitió Tom—. Amenazo a la ciudad de Iesi con toda clase de desgracias en caso de que se preste a la farsa que representa a mis ojos ese nacimiento. Denuncio los engaños del maligno, al que equiparo a los Hohenstaufen, y con razón; y dicha denuncia culmina en la burla corrosiva de que de ello sólo puede resultar un sustituto infernal. ¡Qué iba a ser si no! ¡Un engendro de Satanás!

En este momento entró Mia llevando en brazos a un niño de pecho que pataleaba alegremente y le tocaba la cara con las manos.

—¡Tu niño, Ray Maulman! —anunció orgullosa—. ¿Te gusta?

—Déjate de bromas, Mia. ¿A quién se lo has robado?

Mia quiso dejarlo en brazos del director de escena, pero éste hizo un ademán de rechazo asqueado.

—¿Está limpio?

Katarina se lo colocó en el regazo.

—He tomado a Jerry prestado de mamá Masic —dijo señalando a la refugiada bosnia que había salido con su horda de niños de la tienda de la esquina, la antigua

carnicería caballar en donde se alojaban. Todos ellos parecían orgullosos de que a Jerry le tocara el honor de representar el papel del pequeño emperador.

—No pide nada a cambio —dijo Mia—, pero creo que deberíamos pagarle algo porque además le hemos quitado la luz, tapando con nuestros decorados la única ventana que tiene.

—¿Y no es demasiado grande ya? —preguntó Ray, dudando, y examinó al robusto niño que la tierna Katarina sostenía en brazos—. A un niño recién nacido no me lo imagino así.

Mia defendió su conquista.

—En el escenario, y visto desde lejos, quedará distinto, incluso mejor. Además el joven Hohenstaufen es un niño muy bien desarrollado...

—Un niño precoz —dijo Ray, dándose por vencido—. Que Emmy pague un honorario decente a la madre y que se ocupe de conseguir un permiso de trabajo para el pequeño Jerry.

Entre tanto, Rinaldo había llegado y estaba acariciando el velloso cráneo del niño.

—¡Emmy ya sabe lo importante que es esto para nosotros!

Sonrió a Rinaldo e indicó por señas a Tom, que estaba en el escenario, que iniciara el ensayo.

El *maresciallo* abordó a Manuel J. Berghstroem en cuanto regresó y lo invitó a acompañarlo al ayuntamiento. El *carabiniere* se abstuvo de lamentar que la orden de desahucio, entregada por la mañana, no hubiera producido hasta el momento ningún efecto visible. Sus superiores no le habían ordenado todavía imponer el cumplimiento de la orden mediante la fuerza policial, y con eso se conformaba.

Berghstroem insistió en ir a pie hasta el ayuntamiento; habría preferido que los hubiesen llevado esposados a él y a toda la compañía. El *maresciallo* había esperado poderlo conducir junto a don Achille en el coche patrulla sin llamar la atención; pero no le quedó más remedio que recorrer el corso entero al lado de Berghstroem, pues el reglamento le mandaba acompañarlo. El Alfa azul oscuro los seguía despacio.

Por el camino llamaron la atención a Berghstroem los primeros jóvenes motoristas que llevaban yelmos obviamente inspirados en el tocado de los normandos. En el charol de los cascos a la última moda, provistos de visera y ranuras para los ojos, reconoció los escudos de trovadores que conocía desde los diseños de Elgaine. Los adornos iban desde fauces abiertas de lobo, estirados cuellos de buitre y cabezas de toro hasta majadores colgados de cadenas. Los mismos motivos se repetían también en las camisetas y en las espaldas de algunas chupas de motorista. Berghstroem paró a uno de los estrepitosos pasajeros cortándole el paso a la Vespa.

—Oye, ¿dónde se puede comprar este casco tan guay? —preguntó con amable curiosidad, pese a que la hechura y el decorado, vistos de cerca, delataban escasa pericia heráldica y no menos escaso gusto.

El mozo pareció no entenderlo o no quiso; a todas luces la presencia del *maresciallo* le molestaba. Permaneció en silencio.

—Venga —insistió Berghstroem—. Dímelo. Quiero comprarme uno también...

—No se venden por aquí —espetó el chico en tono agresivo, y agregó con aire de superioridad—: ¡Aún no!

Lanzó una mirada de desafío al *maresciallo*, pues el corso estaba señalado inequívocamente como zona peatonal.

—¿No me lo quieres vender?

—No —dijo el chico y puso la marcha, pero luego arrancó despacio y sólo aceleró cuando se encontró fuera del alcance de los *carabinieri*.

—Éstos no son de aquí —comentó el *maresciallo*—. Están haciendo publicidad...

—Está claro que nos han robado el *copyright* —observó Berghstroem, alterado—. Esto rompe todas las reglas legales de la propaganda comercial...

—Puede presentar denuncia —dijo el *maresciallo*—. De todos modos, luego confiscaré algunos de esos cascos de Cartón pintado. No sólo son un peligro mortal y van en contra de la seguridad vial... sino que además constituyen un delito de camuflaje ilegal.

—¡Más valdría pararles los pies a los fabricantes! —se indignó Berghstroem—. Esa imitación barata y chapucera es un verdadero perjuicio comercial para nosotros, aunque eleve *Stupor Mundi* al mismo rango que las marcas exquisitas de Gucci, Armani y Louis Vuitton, lo cual para mí es un honor.

—Nuestra justicia trabaja con lentitud, torpemente, a desgana y contra mil obstáculos. Nadie quiere colaborar, y me nos en Nápoles, pues desde allí se dirige la distribución de esas imitaciones, aunque se fabriquen en otros sitios. Eso genera beneficios ilegales y empleo ilegal, y además de la forma más rápida. En el *Mezzogiorno*, en el sur de esta república, las dos cosas son un problema político, al igual que el contrabando y cosas aún peores.

—Me gustaría saber quién está detrás de eso —dijo Berghstroem.

Habían llegado al ayuntamiento.

—Alguien que se salta la ley y el orden y que no teme los pasos legales que pueda dar usted, pues no hace ni el menor intento de disimular sus copias piratas. Ya ha visto que usan abiertamente incluso el logotipo de *Stupor Mundi*.

—Entonces, ¿quién es? —preguntó Berghstroem casi en tono de interrogatorio.

—Pregúnteselo luego al fiscal... Si todavía tiene ganas de presentar denuncia.

Berghstroem subió tras el *maresciallo* la escalera de piedra del edificio y se dejó conducir hasta el *Ufficio del Vice-Sindaco*. Se le indicó que esperara, cosa que hizo de mala gana.

—Hola, rui señores —saludó Tilde jovialmente a los Urslingen cuando éstos se presentaron para vestirse en la sala de las casamatas donde la Carson, con una bata de

maquillaje, estaba examinando distintos corpiños.

Los dos quisieron volverse atrás pudorosamente, pero la veterana actriz los invitó con voz de trueno:

—¡No tengáis miedo! ¡La vejez es la única epidemia que no se contagia!

Empujó a Katarina hacia su tocador personalísimo y sonrió sarcásticamente al espejo por encima del hombro de la chica.

—Préstame un poquito de tu juventud —susurró—. Tengo que quitarme años para hacer un papel de cuarentona, que en aquella época era una vieja.

—¡De verdad que no lo parece! —exclamó Peterli con tímida galantería—. ¡Está usted como una rosa, señora Carson, y además es una gran artista!

—Llámame Tilde —susurró la piropeada sin darse vuelta al tiempo que sacudía la alheñada melena de león—, y alégrate de que puedas cultivar un vergel primaveral en vez de labrar surco por surco un yermo otoñal. —Besó la despejada frente de Katarina, que no había apartado de ella los grandes ojos de lechuga—. Pero por lo menos me has dejado algunas líneas de texto —dijo con fingido reproche a la joven duquesa—. Ya sabes lo que le pasó al confesor del emperador, ¿verdad?

Katarina se estiró y se zafó de las manos de Tilde.

—La duquesa de Espoleto —aclaró valientemente— representa el Imperio, a pesar de su juventud; ella es el escudo que protege a la emperatriz. Precisamente por ser tan joven, esa tarea le exige una fuerza mucho mayor que a una persona que hubiese adquirido ya autoridad gracias a la madurez.

—A ello se agrega que, según el libreto, tú llevas los pantalones también frente a tu marido, el joven duque —bromeó Tilde—. ¡Estás acostumbrada a mandar, Katarina! ¿Y cómo lo lleváis cuando no estáis en el escenario?

—Entonces intento adivinar qué le gustaría a Kati —explicó Peterli.

—¿Y si es algo que te molesta mucho?

—¡Entonces se niega! —informó Katarina a su insigne colega—. Él conoce mi debilidad.

—Comprendo —dijo Tilde, con un deje de envidia—. Repasemos el texto. Después de todos los ceremoniosos dimes y diretes de la presentación del concejo, del comité y del obispo, donde yo no hago más que decir constantemente *nice to meet you* como una imbécil, me llevo el primer susto, pobre vieja de mí, cuando me dicen que tengo que dar a luz a mi hijo delante de todo el mundo, bajo una carpa en la plaza del mercado. Con eso me gano la primera frase humana: «¡Apiadaos de mi vergüenza y pesar!».

—Eso también forma parte de mi tarea, obligaros a esta exhibición en interés del Imperio.

—Entonces se me echa encima el maldito obispo, y no me dejan hacer otra cosa que farfullar una y otra vez: «Pietà! Misericordia Mariae!».

—Yo os vengaré inmediatamente de esa afrenta, cantándole las cuarenta al obispo hasta que no le queda ya más que decir: «Cruce domini! Miserere nobis!».

—Esto honra a la joven duquesa, querida Katarina —dijo Tilde, riendo ante el celo de la niña—, pero no me aporta ni una línea más de texto.

—Una emperatriz no habla sino que hace proclamar —informó Katarina a su colega—. ¡Vos impactáis con vuestro porte majestuoso, y además estáis en meses mayores!

—Por eso en todo el entreacto ya no abro el pico más que una vez, y nada menos que para decirle a la *signora* Delle Delizie disfrazada de ama de cría, a esa gazzápira: «Con gusto os recibo». ¡Vaya hipocresía! Esa vaca sajona me quiere hundir de verdad, se cree la Monroe de las Marcas... No tú, Katarina, que te sacrificas por mí y por el Imperio... ¡Quiere arruinarme, arrinconarme!

—No lo conseguirá —dijo Peterli, que mientras tanto había introducido trabajosamente las piernas en los ajustados pantalones del duque—. Le falta...

—¡Ven aquí! —ordenó la emperatriz, y Peterli se colocó delante de ella—. Bésale la boca de mi parte —dijo Tilde a Katarina—. ¡Lengua con lengua! —precisó la orden—. Es un sol —dijo, señalando los genitales que se marcaban bajo el pantalón — ¡... que a mí no me alumbra!

Las dos alondras se besuquearon tímidamente.

—¡Y ahora largaos! —ordenó la Carson.

Berghstroem no tenía ganas de seguir esperando y entró sin más. Don Achille estaba sentado detrás de su mesa de escritorio, hablando por teléfono. Era evidente que la visita lo molestaba.

—*Adesso ho visita, mi scusi tanto. Si, si... Non avevo l'intenzione di far vi alcun dispetto, Vi giuro!... Si, si.*

Los conocimientos que tenía Berghstroem, no tanto del idioma como de las costumbres, le bastaban para comprender que el teniente de alcalde había metido la pata en algún asunto, seguramente no en campo propio, y acababa de encajar una regañina. Incluso tenía que disculparse.

—*Vi confermerò la mia totale astinenza sul campo! Era un errore. Accettate le mié scuse, Vi ringrazio...*

Su interlocutor debía de haber colgado, dejando a don Achille acongojado y de mal humor. Se hundió en el sillón y contempló a Berghstroem con cierta tristeza que ni tan siquiera era fingida.

—No pude impedir que se votara la moción presentada por los fascistas, caro Berkestrom —murmuró—. Fiorante deseaba vengarse. Si lo hubiesen dejado cantar...

—No vengo por la orden de desahucio —dijo Berghstroem amablemente, y la cara del teniente de alcalde se iluminó.

—¿Qué puedo hacer por usted, caro Berkestrom? Todo lo que esté en mi mano...

—Eso no es mucho, don Achille —lo interrumpió Berghstroem fríamente—.

¡Está usted en deuda con nosotros! No quiero que quede mal ante la opinión pública.

—*Lei è un uomo onesto, caro Berkestrom. Gli onesti son diventati rari, sempre più rari* —se lamentó.

«Si me has tomado por un caballero estás equivocado —pensó Berghstroem—. ¡Ahora lo vas a ver!».

—Necesito un permiso de trabajo extraordinario para el niño Jeremia Masic, refugiado bosnio...

—¿Qué edad tiene?

—Tres o cuatro meses —dijo Berghstroem—. Es un trabajo nocturno y en público.

—¡Imposible! —suspiró don Achille—. No me puede pedir eso. Los *carabinieri*...

—¡Necesito su firma! De los *carabinieri* ya me ocuparé yo.

—No puedo saltarme la ley, que a mí como funcionario público...

—... Que a usted como funcionario público no le impide abrir una empresa de transporte de pasajeros con vehículos de propiedad municipal retirados de la circulación, que usted compró mediante un crédito bancario, obviando el concurso público prescrito por ley...

—Hace cinco minutos esa acusación aún me habría afectado, *signore*, pero me permito comunicarle que la situación ha cambiado.

Intentaba dárseles de político sin escrúpulos, pero Berghstroem comprendió intuitivamente el sentido de la conversación telefónica que había escuchado, aquellas disculpas ante alguien que hubiera querido ser consultado.

—*Baciamo le mani* —dijo compasivo—. Se le ha sugerido que no se meta en ese negocio lucrativo, si bien por ahora puramente especulativo. Iesi y sus alrededores. —Pensó en los cascos de motorista y todo lo que estaba a punto de suceder—. Pero sobre todo la propia ciudad de Iesi, parecen olvidar que todo depende de la realización exitosa de *Stupor Mundi*. Ustedes nos ponen trabas y no se dan cuenta de que son ustedes mismos los perjudicados. Nosotros somos móviles, podemos levantar nuestro campamento e irnos con la música a otra parte. Espoleta nos recibiría con los brazos abiertos.

Don Achille reflexionó largamente.

—*Caro don Emanuele, il mio dovuto rispetto*. Por lo de Jeremia Masic hablaré con el *maresciallo*; no hace falta que lo ponga por escrito. Cuento conmigo. Y en cuanto a lo del desahucio, no se den prisa; esta noche las juventudes de nuestro partido se manifestarán en la *piazza* a favor de que ustedes se queden, y mañana presentaré la instancia para que revisen el caso en el ayuntamiento.

—Gracias, don Achille —dijo Berghstroem—. Sabía que con usted se puede hablar con franqueza, de hombre a hombre.

Ray Maulman, el director de escena, ensayaba imperturbable la llegada de la emperatriz embarazada y los preparativos del comité de festejos, representado por él mismo, en el papel del trovador Ramón de Mirepoix, y por Rinaldo como bufón de Iesi. Elgaine había diseñado para los dos unos trajes muy distintos, «con los cuales, sin embargo, armonizáis como pareja y cuyo colorido, sobre todo, os hace destacar entre la multitud como dos mariposas exóticas», explicó la diseñadora su creación al compositor, con quien hablaba de su trabajo con toda franqueza, mientras que frente a Ray sentía cierta inhibición, sentimiento que éste compartía, «en fuerte contraste con la magnífica y estilísticamente rigurosa vestimenta del joven matrimonio de los duques de Urslingen y con el vestuario del gran contrincante, del obispo de Iesi, representado por Tom en su papel de inquisidor fanático y sombrío».

—No soy partidaria de que los directores de escena participen activamente en la actuación —comentó Elgaine—, sobre todo tratándose de papeles importantes.

—Ray y yo no somos personajes históricos, ni tan siquiera históricamente motivados o verosímiles —explicó Rinaldo—. Estamos suspendidos en el aire como mariposas. Yo nos veo más bien como pareja bufa, como Lawrence y Oliver, o lo que sea que Emmy Berghstroem se haya imaginado.

—No deja de tener sentido introducir una pareja así —explicó la Coeurdever—. Eso se observa en todos los dramas de Shakespeare, pero hay que utilizar ese recurso de manera consecuente y con un objetivo claro. Aquí tengo a veces la impresión de que, en cuanto la acción dramática languidece o Ray no sabe muy bien cómo seguir, se pone a actuar arrastrándote, desde luego, a ti, el bufón.

—¿Por qué no se lo dices?

—Ahora no —dijo Elgaine—. El tren ya está en marcha. Una vez hayamos llegado felizmente a nuestro destino, o sea después del ensayo general, tendremos que hablar de muchas cosas.

—¡Prohibido hablar con el conductor durante el viaje! —citó Rinaldo arrastrando las erres, y la Coeurdever dio prueba de su viveza de ingenio concluyendo la entrevista con la urgente recomendación:

—È pericoloso sporgersi...

De hecho estaba previsto no llevar a cabo la instalación de la carpa en la *piazza*, sino empezar a desmontar los decorados existentes. Al menos, así era como el *maresciallo* se había imaginado el procedimiento: sin complicaciones y terminando ordenadamente aquella misma noche, según estipulaba la orden escrita del ayuntamiento.

Luego se había presentado aquel equipo de televisión y le había hecho una entrevista. Uno de ellos —no era Franck sino Wolff— hablaba un italiano bastante aceptable. Además lo honraba que le entrevistaran ante las cámaras de la *televisione tedesca* acerca de lo que significaba *Stupor Mundi* para Iesi, sobre todo porque los

señores tuvieron la delicadeza de no mencionar siquiera la orden de desahucio, que parecían considerar un acto enteramente normal del *ordine pubblico* que no requería explicación alguna. Charlaron sobre la construcción de la carpa en la *piazza*, y el *maresciallo* se alegró de haber leído un artículo sobre el tema en el periódico.

—En los viajes de personalidades de alto rango era bastante habitual instalar una tienda de campaña o varias —explicó una vez superada la cortedad inicial—. Convenía hacerlo por motivos de seguridad, pues alojándose en casas ajenas era imposible garantizar una protección absoluta; tal vez hubiera túneles secretos accesibles a ladrones o asesinos, los guardias no podían vigilar los accesos, mientras que una tienda instalada al aire libre podía rodearse de un cordón de seguridad y alojar en su interior también la guardia de corps.

El *maresciallo* se estaba entusiasmando.

—Además podía ajustarse el tamaño de la tienda a las necesidades de las señorías, por ejemplo para recepciones o actos oficiales. En las casas, en cambio, se dependía de las circunstancias y de los anfitriones. Tampoco es que aquellas tiendas fueran construcciones muy primitivas. Eran pabellones suntuosos, de doble o triple lona, y que contenían todo el lujo que se pudiera pedir. Había personal especializado para montarlos y desmontarlos.

—Casi se diría —insinuó el entrevistador— que en aquella época la construcción de una tienda que funcionase, en la que se pudiese vivir e incluso dar a luz, como sabemos, implicaba unos problemas técnicos mucho menores que hoy en día, cuando solamente ha de servir de decorado escénico.

—Sí, como ya no queda nadie que se dedique a ello profesionalmente, excepto la gente del circo, se han perdido muchos conocimientos básicos, que en otros tiempos debieron de ser triviales, acerca del arte de levantar tiendas.

—¿Y entonces las autoridades encubren sus dudas o su falta de conocimientos especializados con una avalancha de reglamentos y sobre todo de prohibiciones, como suelen hacer? —inquirió Wolff.

El *maresciallo* percibió que pisaba arenas movedizas y se apresuró a atajarlo.

—El restablecimiento del estado original de la *piazza* que se ha decretado no tiene nada que ver con la proyectada construcción de una tienda. Para eso rigen unos reglamentos enteramente distintos.

—¿Y si se construyera hoy, la inspección técnica lo aceptaría? —provocó Wolff.

El *maresciallo* estaba confundido.

—No —espetó—. Yo no lo podría permitir, entre otras cosas porque no hay permiso para la construcción, ya que se llevaría a cabo en un momento en que carecería de fundamento jurídico, pues desde el punto de vista del derecho administrativo la base sobre la que se levantaría no está dada, es decir, que es inexistente. Y una tienda inexistente no se puede inspeccionar, o sea que no se puede ni permitir ni prohibir.

—¿Y si allí... —Wolff señaló el escenario— se levantara de la noche a la mañana

una tienda...?

—Entonces no existe —le confirmó el *maresciallo*—. *Come fosse non esistente!*

—No existe —tradujo Wolff—. ¡Porque no puede ser lo que no debe ser! —concluyó la entrevista.

—*Grazie, maresciallo* —dijo *herr Franck*.

Elgaine había presenciado inadvertidamente la última parte de la entrevista al *carabiniere*; la cámara se volvió hacia ella, que con una encantadora sonrisa retuvo de la manga al *maresciallo* y lo colocó de nuevo ante el objetivo.

—En lugar de «tienda» podríamos llamarlo simplemente «pabellón», *padiglione* —propuso—. Se ajusta más a los precedentes históricos... Y a mi diseño —agregó, segura de sí misma—. Se trata de una construcción de seis mástiles: cuatro pilares ligeramente inclinados hacia dentro marcan las esquinas, y en el interior se alzan dos mástiles de adorno más altos que sostienen el techo. Así la construcción pierde el aire de tienda de campaña y produce una impresión ceremoniosa y oficial. Por los costados puedo replegar las lonas como si formasen un telón de gala; puedo tender guirnaldas para que el interior se aprecie en todo su esplendor.

—¡Aun así está prohibido! —refunfuñó el *maresciallo*, pero Elgaine lo obsequió con la sonrisa más hermosa de que era capaz.

—¿Acaso cree usted que en aquella época, en aquella noche de hace ochocientos años, alguien se tomó la molestia de solicitar un permiso? ¡Estaba por nacer un emperador, y si él deseaba ver la luz en una tienda en medio de la *piazza*, entonces así se hacía, y para mayor gloria de Iesi hasta el día de hoy!

—Pero eso eran los Hohenstaufen —objetó el *maresciallo*—. Eran los amos, los emperadores del Imperio, y no tenían que pedir permiso a nadie.

—Nosotros, los de *Stupor Mundi*, somos sus epígonos —dijo Elgaine en voz baja, como si estuviera revelando un secreto—. Nosotros tampoco pedimos permiso a nadie, y nadie nos lo puede prohibir.

—No he oído nada —dijo el *maresciallo*, y se volvió para marcharse, pero Elgaine lo retuvo.

—También nosotros estamos cumpliendo con un deber, con una obligación —suplicó Elgaine, pero Wolff preguntó:

—¿Y qué nos dice usted, señora Coeurdever, de la seguridad de esa construcción que acaba de describir, y que es tan insólita que seguramente ninguna inspección técnica estará en condiciones de revisarla? Tal como la describe parece muy graciosa de ver pero poco estable.

—Eso es sólo cuestión de apuntalamiento y cordaje —objetó Elgaine amablemente, sin la menor expresión de disgusto—. Desde luego hay que saber cómo anclar las maromas y cómo equilibrar correctamente la presión y la tensión. Frente a una tienda ordinaria el pabellón es, desde luego, una construcción más delicada, porque realmente cada palo y cada cuerda importa... Por eso este tipo de tienda se puede montar en un momento y desmontar en un abrir y cerrar de ojos. Basta tirar de

una cuerda y...

—¿Dónde? —preguntó Wolff.

—Eso prefiero no decirlo en presencia de las fuerzas de orden público —replicó la Coeurdever con una carcajada—; no vaya a ser que el *maresciallo* me tire del lazo y...

La decoradora volvió corriendo a su sitio y el *carabiniere* se alejó con paso abatido.

La tarde estaba ya muy avanzada y los *commedianti* no hacían el menor ademán de poner en práctica el proyecto del *maresciallo*. Por un instante se le alegró el corazón, por lo general sumiso, cuando vio que los tramoyistas estaban derribando, bajo la dirección de los Serafini, el brocal del pozo. Hizo una seña a uno de los Franck & Co para que se acercara; le parecía que todo el rato lo estaban enfocando a él, al *maresciallo*, por lo menos con una de las cámaras, y eso que él no hacía más que cumplir con su deber... O quizá ni siquiera eso.

—¿Están empezando de una vez a desmontar el decorado? —preguntó, señalando con la barbilla carnosa y mal afeitada la boca de la vieja cisterna que había quedado al descubierto.

—No creo —repuso Wolff—. El director de escena sólo ha mandado tapar el agujero y construir un pozo falso en otro sitio.

Mientras Wolff daba esa información al agente de la autoridad lo apuntaba despiadadamente con el objetivo del vídeo. Al *maresciallo* se le estaba acabando la paciencia, y se lo hizo saber al farmacéutico Fiorante, increpándolo rudamente cuando quiso instigarlo con comentarios irónicos a ejecutar de una vez la orden que había recibido, pues, ¿desde cuándo el *signor* Alfredo Fiorante era miembro del consejo municipal y tenía derecho a darle órdenes? El *maresciallo* estaba a punto de estallar de irritación ante la indiferencia de los forasteros, y además viendo que Franck & Co lo parecían seguir a cada paso con la cámara de vídeo, seguramente para documentar su inhibición. ¡Que no tomaran la desgana por flaqueza! ¡A él no le tomarían el pelo! Puesto que *il produttore* Berkestrom no estaba a mano, se dirigió hacia la mesa de dirección.

—Basta ya —tronó con poca diplomacia, y el director de escena, que se encontraba con su colorida vestimenta sobre el escenario, por encima de él, estalló en carcajadas.

—*Quale parte vuole fare Lei, marescià?* —se burló Ray, haciéndole una seña para que se acercara—. ¿Quiere tomar partido por los seguidores del Papa o por los del emperador?

—En todo caso hay que cambiarle el traje —exclamó Tilde Carson—. ¡Venga aquí, *maresciallo*! Le invito a formar parte de mi corte, como primera dama.

El *maresciallo* no estaba ahí para que se riesen de él. Golpeó la mesa con la orden de desahucio y gritó, con el rostro encendido de cólera:

—¡Dentro de dos horas haré detener a todos los que aún encuentre aquí!

Quiso marcharse, pero Ray gritó:

—¿Por qué no nos manda fusilar directamente, *maresciallo*? ¡No creerá que nos iremos de aquí por ese estúpido papelucho!

—¡Es una orden del Ayuntamiento de Iesi!

—He aquí al bufón de Iesi —dijo Tom solemnemente, ataviado con toda la parafernalia episcopal, mientras señalaba a Reinhold—. Y por encima de cualquier ordenanza municipal está el divino mandamiento del arte de no dar ningún paso, levantar ni un brazo, hacer el menor gesto, proferir palabra ni dar golpe o pincelada alguna que no surja de la más íntima responsabilidad del artista o que no obedezca a su propia y libre voluntad. ¡Vete ahora, hijo mío, y no nos molestes más!

Tras estas palabras del obispo, que para más inri recibieron el aplauso de los espectadores que habían acudido para presenciar su actuación, al *maresciallo* no le quedó más remedio que emprender la retirada.

—Hoy pasaremos toda la noche ensayando —decidió Ray.

—Nos haremos traer la cena, pero no nos apartaremos del escenario ni un segundo. ¿De acuerdo?

Esta vez, incluso los iluminadores romanos, celosos de sus horarios laborales, aplaudieron frenéticamente.

—Y tú, Mia, ve a buscar a Emmy —ordenó Ray—. Dile que llame a todos, aunque hoy no les toque trabajar. ¡Les daremos una lección!

Cuando Mia se acercó a su cama encontró en ella a Berghstroem. El señor había tomado la costumbre de refugiarse allí, si bien últimamente sus visitas a la pensión donde se alojaba una parte de la plantilla se habían hecho cada vez menos frecuentes. Apenas se acordaba la asistente de cuando Berghstroem la llamaba *my Firebirdie*; yacía vestido encima de la cama, por desgracia también con las botas puestas, tendiéndole los brazos.

—Ven aquí —suspiró con una mirada que imploraba compasión—. Tenemos un problema.

—¿Uno? —preguntó Mia absteniéndose de hacerle compañía, y aprovechó que estaba en la habitación para cambiarse de jersey—. ¡Tenemos bastantes! Ahora el *maresciallo* va en serio con lo del desahucio. ¿No has conseguido nada con la marquesa?

Berghstroem se incorporó e incluso retiró los pies de la manta.

—En comparación con el alma de Fulvia Costa-Pelicosi, cualquier buitre parece un canario —suspiró—. Esa mujer confunde su aparcadero con una mina de oro sudafricana.

—¿Y adónde quieren que nos vayamos? —preguntó apocada, antes de ponerse la prenda limpia—. Nos obligarán a irnos. ¡En serio, Manuel!

Berghstroem rió.

—No debemos tomarlos en serio. Ray tiene razón. ¡Nada de compromisos!

—¿Y si los *carabinieri* piden refuerzos e intentan echarnos por la fuerza...?

—Pues peor para el poder estatal al servicio del ayuntamiento. El *maresciallo* se lo pensará tres veces.

Mia había acabado de cambiarse de ropa.

—Ray quiere que estés presente. Tú y todo el equipo. ¡Toda la noche!

Le tendió la mano para que se levantara. Se abrazaron un instante. Berghstroem la besó, tentado de dejarse caer con ella hacia atrás sobre la cama.

—Firebirdie —murmuró con voz ronca—. ¿Qué opinas del acoso sexual en el trabajo?

Mia se resistió.

—El deber nos llama.

—Un momentito nada más, lo que tarde en fumar un cigarrillo —mendigó Berghstroem.

—¿Y yo? —preguntó Mia—. ¿Quieres que te...?

—No —dijo Berghstroem, resignándose—. He nacido para asceta.

—Te demostraré cuánto te compadezco —dijo Mia antes de arrodillarse y desabotonarle el pantalón—. Mientras tanto me contarás todos los mitos, leyendas y cuentos de hadas alemanes que debo conocer para el turno de hoy.

A Berghstroem le resultaba difícil concentrarse u ordenar las tonterías que estaba pensando en frases razonables.

—Si hablamos de «los alemanes» —comenzó—, se trata de hecho de un concepto genérico bastante impreciso, pues en aquella época el Imperio aún se dividía en los pueblos de los duques tribales, que podían servir al emperador con sus ejércitos propios, pero no estaban obligados a ello. Las hordas mercenarias como las que muestro en mi obra sólo se podían reclutar en Suiza, que entonces no existía aún como unidad política, y entre los jefes tribales independientes de la Frisia oriental, todos los cuales tenían nombres de marca de café, ¿sabes?: Onken, Popko, Gerko y Lübbe, que eran los más rápidos del Oeste...

Berghstroem no pudo continuar porque Mia se puso a reír, cosa que lo desconcertó.

—¡De éstos seguramente descienes tú, Manni, mi gran jefe! —Mia concluyó su programa de recreo, y Berghstroem le beso la frente agradecido, exhausto y aliviado.

Salieron de la pensión cogidos de la mano. Ya era de noche. Los focos de *Stupor Mundi* sumergían el escenario de la *piazza* en una luz mágica. Había venido más gente que de costumbre para asistir a los ensayos de «su» obra. Una parte de la población, que no se limitaba a los que participaban directamente como comparsas o representaban papeles secundarios, se había acostumbrado a ver en el espectáculo una institución estable de entretenimiento nocturno, al igual que los partidos de fútbol del club local, que tenían lugar cada dos semanas, y las procesiones, que eran mucho menos frecuentes todavía. No se veía rastro alguno, sin embargo, de la prometida

hueste de don Achille, sindicalmente entrenada para la protesta. Se decía que el ayuntamiento estaba reunido en sesión extraordinaria.

Los *carabinieri*, encabezados por su *maresciallo*, se mantenían apartados junto a sus coches, escuchando los animados partes por radio. De repente interfirió el chillido de una voz con típico acento alemán:

—*Allora, boia! Che aspettate ancora? Vi caccate adosso di fronte alie Sturmtruppen della Germania?*

El *maresciallo* apretó los dientes y miró el reloj. Ya lo estaban llamando «verdugo», pero en realidad el autor de la llamada anónima estaba tratando de provocarlo para que saliera dando palos de ciego. No les haría ese favor. Había colocado un megáfono sobre el asiento, al alcance de la mano. Dirigió una mirada escrutadora a los alemanes que acababan de llegar a la *piazza* en autobús. Eran los forofos de ese Nemo, que también en el Alto Adigio contaba con numerosos seguidores. Todos ellos ofrecían un aspecto terrible, vestidos con coletos y cotas de mallas, y armados hasta los dientes de picas, majadores y ballestas.

Ray no había pedido a Nemo que movilizara a toda su hueste, que además, según el plan de ensayos, tenía un día libre, pero el bardo tenía un concepto peculiar de lo que significaba presencia masiva. Y ahí estaban, alborotando un poco más de la cuenta y probablemente también medio borrachos. Ray había tenido intención de convencer mediante la intensidad de la labor artística y no armando gresca, y mucho menos respondiendo a la violencia con violencia. La tensión que se creaba estaba dando un rumbo equivocado a las cosas.

El séquito de la emperatriz creció hasta que no cabía ya en el escenario. Mia hizo bajar a los que sobraban y los mandó vivaquear formando un círculo en torno al lugar de los hechos.

El director se saltó su propia actuación de solista como trovador para evitar que la situación se le escapara de las manos, e instó a Katarina a darse prisa con la presentación del comité de festejos y la exposición del plan conforme al cual el parto de la pobre emperatriz, a la que nadie consulta, ha de tener lugar en público, bajo una carpa instalada en la plaza del mercado de Iesi.

Berghstroem tomó un megáfono y subió al escenario ante la mirada desaprobadora de Ray.

—*Cittadini di Iesi, jesiani da dire* —comenzó su alocución en un italiano horrendo pero fluido—. El emperador ha abandonado la ciudad y continúa la marcha hacia Sicilia. Ahora llega su señora esposa, Constanza d'Altavilla. Está en meses mayores y no puede ni quiere continuar el viaje, sino dar a luz a su hijo aquí en Iesi. El comité de festejos, nombrado por el señor mayordomo supremo del Imperio... — Señaló a Nemo y luego a Ray y a Rinaldo, que se inclinaron como comicastro—, prepara el marco festivo de este nacimiento imperial, haciendo instalar aquí en el mercado un pabellón que ha de albergar a la augusta emperatriz, para que todos los ciudadanos puedan asistir a tan feliz acontecimiento. También ha llegado el joven

matrimonio de los duques del cercano Espoleto, Corrado y Margarita de Urslingen. —Berghstroem señaló a Katarina y Peterli, y la gente aplaudió—. Que vienen no sólo a presentar sus respetos a la emperatriz, sino que como margraves del Imperio se sienten también responsables del desarrollo de la ceremonia y de que en ésta no surjan complicaciones. A tal fin deben mantener a raya ante todo al obispo de la ciudad, que es enemigo de los Hohenstaufen. De eso trata la acción que se presenta en el escenario esta noche. *Signore e signori*, les agradezco su atención y el interés que han mostrado por nuestros ensayos. *Grazie!*

El público aplaudía, y muchos gritaban «Bravi! Bravi!». Berghstroem se retiró, dejando libre el escenario para la Urslingen.

Katarina, en el papel de la jovencísima duquesa, declamó:

*Que los nobles señores que para solaz nuestro
a trocar se dedican nos den prueba de su estro.*

Como si fuese Juana de Arco, haciendo sombra a Peterli, lo cual correspondía plenamente a las intenciones de la dirección de escena.

—Ella lleva los pantalones, don Tommaso, porque Ray quiere ver a Peterli sin ellos —se mofó Rinaldo cubriéndose la boca con una mano.

Tom no tuvo tiempo de contestarle porque como obispo tenía que lanzar el contraataque cantando la «canción de la imitación indebida del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo». Con una vehemencia digna del Juicio Final tronó:

*¡Pudor os conviene, hija, y asimismo
humildad! ¡Quiera Dios que de pecados
vos y vuestro hijo no estéis mancillados!
¡Ay de quien va al infierno sin bautismo!*

*¡Rechazad la imitación indebida
del nacimiento de Nuestro Señor
Jesucristo en su divino esplendor!
¡No en Iesi nació Dios a humana vida!*

Después de cada estrofa, la emperatriz suplicaba sollozando:

Pietà! Misericordia Mariae!

Y tal como indicaba el libreto, el pueblo participaba, se ponía de lado de la emperatriz agraviada, se indignaba y expresaba su disgusto con rudas exclamaciones.

Hacía mucho ya que había pasado la medianoche, y la gente no se apartaba de la

piazza sino que seguía fascinada el espectáculo. Los *carabinieri* se habían retirado con todos los coches patrulla aun antes de que venciera el ultimátum. En su lugar aparecieron por fin unos grupos que desplegaron pancartas, pero en éstas no se leían consignas de solidaridad con los artistas, sino Federico, *figlio di Iesi, non dei tedeschi!* Franck & Co acudieron inmediatamente con las cámaras de vídeo y se pusieron a filmar con verdadero deleite los textos estóridos pero agresivos. A modo de acompañamiento, Hettrich traducía las demagógicas consignas al alemán con ayuda del micrófono. «¡Friedrich, hijo de Iesi y no de los alemanes!». «¡*Stupor Mundi* es nuestro, no de los mercachifles y los señoritos!», *Stupor Mundi, cosa nostra, nè di affaristi nè di mondanità!*, o *Suevi falsi, tórnate a casa! Stupor Mundi rimane in citta!*, «¡Que se vayan los falsos suabos, *Stupor Mundi* se queda en la ciudad!». Pero el llamamiento no surtió efecto, los manifestantes fueron acogidos con silbidos y los ciudadanos tomaron partido. Se oía comentar: «¡Son forasteros! ¿Qué se les ha perdido aquí?».

Nemo colocó a sus soldados en posición de combate, pero los contestatarios se limitaron de momento a enarbolar las pancartas desde un lado de la *piazza*, sin buscar el enfrentamiento violento. Por un lado estaba la Edad Media como en un cuadro de batalla, colorida, extraña, fascinante y amenazadora, esgrimiendo lanzas y alzando escudos; en el otro lado, apenas menos irreales, los grises manifestantes del siglo xx con sus pancartas monótonas y de escasa imaginación. Así permanecieron cara a cara, al acecho. La situación cambió de repente cuando volvieron los *carabinieri* con sus luces intermitentes, saltaron de los furgones y colocaron en posición el cañón de agua. Y no atacaron el escenario sino que hicieron retroceder a los manifestantes. En un abrir y cerrar de ojos, la escena cambió de la amenaza silenciosa a la violencia militante. De repente todos quedaron camuflados, los palos de las pancartas se transformaron en porras, y se arrojaron las primeras piedras. El cañón de agua soltó el primer chorro. La tropa alemana de Nemo bajó las viseras, enristró las picas y desenvainó las espadas, mientras todos aquellos participantes que sólo disponían de arneses y escudos protegían el escenario, tras cuyos decorados buscaron refugio los desarmados, las mujeres y los niños.

El capitán Waldemar recibió una pedrada en el yelmo y se desplomó con un estrépito metálico. Uno de los primeros escaparates que se rompieron fue el de la farmacia. Los *carabinieri* procedieron de modo contundente; quien no logró escapar a los callejones laterales fue arrastrado a los furgones celulares. Se apagó el cañón de agua. Los furgones arrancaron entre sirenas y luces parpadeantes. El aquelarre había concluido.

—¡Bueno, ya podemos continuar! —se alegró Ray cuando llegó desde el corso la furgoneta de servicio del *signor Delle Delizie* a remolque del descapotable abierto de Bea.

En pocos segundos, los cocineros y camareros montaron el bufé. Ray observó de inmediato que no eran manjares exquisitos y exclamó generosamente:

—¡Todos, artistas y espectadores, están invitados al pisco! ¡Brisa!

La llegada del transporte de vituallas había sido recibida ya con aplausos estruendosos; la gente vitoreó a *Stupor Mundi* y al director de escena. Los actores en sus trajes y los ciudadanos que habían aguantado hasta ese momento se unieron en concordia haciendo cola para atrapar un plato de plástico de la *spaghettata* y un vaso de *Frascati* barato. Ray observó que Bea había sacado del coche a hurtadillas un cestillo amorosamente preparado para su querido Rinaldo. Durante un instante luchó contra la inspiración social y revolucionaria de arrojarlo a las fauces de la muchedumbre, pero luego se impuso la razón y compartió el botín con Rinaldo y Mia.

—No hay bastante para invitar a Emmy —aplacó a su relativamente mala conciencia, consolado de ver al *producer* en la cola de las ollas.

Además de pastel, melón y jamón, Bea acarreó una caja de champán que se escondió bajo la mesa y se sirvió a los iniciados en los mismos vasos de plástico que el vino blanco. Apenas acabado el refrigerio, el director de escena batió palmas, y Mia exclamó:

—¡Que todo el mundo vuelva a su sitio!

—Ahora lanzarás el contraataque hacia el obispo y el Papa —indicó Ray a Katarina—. Una vez más te superas a ti misma; pondrás de vuelta y media a Tom, ese clérigo presumido, hasta que ya no le quede más remedio que suplicar *Misere nobis, cruce domini*. Y no te importe estar haciendo sombra a tu marido. Enseñarás a este mundo patriarcal de qué es capaz una mujercita como tú. ¡Adelante!

Rayaba ya el alba cuando don Achille se presentó en la *piazza*, trasnochado, con un ojo morado y la frente vendada.

Me han asaltado no sé qué matones —explicó no sin orgullo—, pero hemos ganado. La marquesa Fulvia ha hecho saber al ayuntamiento que por cada colaborador de *Stupor Mundi* que la policía se llevara de la *piazza* ella mandaría retirar con la grúa un coche de su Campo. Ha alegado que no existe ningún contrato entre ella y el ayuntamiento, y que el derecho consuetudinario de aparcar allí los coches debe ceder ante las necesidades propias del propietario. En otras palabras, si se expulsa de la *piazza Stupor Mundi*, ella pone el Campo a disposición de la compañía. Puesto que algunos concejales y muchos ciudadanos influyentes de la ciudad aparcan allí sus coches, la orden de desahucio ha quedado anulada con efecto inmediato.

—¡Ves! —espetó el director de escena a Berghstroem y llenó un vaso de champán para don Achille—. Entonces en el entreacto, si no damos por hecha esta intriga...

Ray lanzó una carcajada y tomó un trago.

—... lo dejaremos para esta noche y ahora nos vamos a dormir tranquilos.

Rinaldo saltó al escenario y declamó su último verso, acto segundo, primera

parte:

¡Pueblo de Iesi! ¡Que llega el niño!

De modo que Ray-Ramón se vio obligado a continuar:

¡Os honra acogerlo con trato digno!

Capítulo IX — El diablo

¿Qué cosas sublimes nos muestra hoy, querido Berghstroem? —exclamó la marquesa al verlo en el vestíbulo—. Venga a tomar un té conmigo.

Berghstroem no podía zafarse de la invitación; cuando la enérgica anciana lo condujo a su despacho ya sabía de qué se trataba. Él y su compañía llevaban más de dos semanas de atraso en sus pagos al hotel, y no sólo en lo referente a las facturas de las habitaciones. No obstante, realizó un esfuerzo desesperado por lograr que el cáliz en forma de grácil taza de té se apartara de él una vez más. La propietaria no era tan fácil de persuadir como el conmovedor señor recepcionista, que se enternecía con los artistas, en particular cuando eran muchachos.

—Hoy recibiremos a los altos dignatarios del clero —anunció Berghstroem, sentándose educadamente en una de las sillas— que en el año 1194 acudieron masivamente a Iesi para celebrar el nacimiento imperial.

—No vinieron por curiosidad ni propia voluntad, sino porque se les había ordenado servir de testigos —replicó la anciana—. Sabrá usted cómo los alemanes llamaban entonces la ciudad. La llamaban Exin. El obispo se llamaba Raynaldo.

—Raynaldo había muerto en 1175 —osó objetar Berghstroem.

—Pues entonces Grimaldo —se impacientó la marquesa sin arredrarse.

—Grimaldo no fue nombrado obispo hasta 1197 —contestó Berghstroem con fastidio—. Entre una y otra fecha, cuando nació Federico, la sede debió de estar vacante, aunque eso tampoco se sabe a ciencia cierta.

—De lo que no cabe ninguna duda es de la presencia del *Episcopus Fulgensis*, es decir, del obispo de Foligno, un tal Atto o Anselmo; y también se supone que los obispos Bentivoglio de Gubbio, Hugo de Urbino y Rustico Brancaleone de Todi...

—¡Ah! —atajó Berghstroem—. Yo sólo sabía del obispo Viviano de Perusa, la Perusin de los alemanes, de Guido I de Asís, de Mateo de Espoleto; también está atestiguada la presencia de los priores de los monasterios de Sasso Ferrato, de Sant'Apollinaire del Sambro y Santa Croce di Sassovivo...

Sus conocimientos causaron escasa impresión a la marquesa.

—Puede estar seguro de que no faltaban los obispos de Ancona y Senigallia ni los de Fano, Rímini, Pesaro y Nocera-Umbra.

Berghstroem tardó en responder, como si tuviera que reflexionar intensamente. No quería desairar a la marquesa.

—Por desgracia, Beroaldo de Ancona acababa de morir —empezó—, y asimismo su colega Alimanno de Sinigaglia, mientras que los otros, Monaldo, Hugo, Henrico y Anselmo no faltaron a la cita, desde luego.

—Ni tampoco Raynaldo de Abculum Picenum, Nicolao de Fossombrone, el Forum Sempronii romano y Valentiano de Montefeltre. Se dice, en cambio, que los abades de Pian Carpiinis, la actual Magione, y los obispos Ubertano de Orvieto y Juan II de Forli rehusaron aquel honor.

—Ah —se le escapó a Berghstroem, dándose por vencido.

—Querrá usted saber... ¿toma azúcar?... querido Berkestrom, cómo es que sé todas esas cosas. —La marquesa sonrió retadora—. El año pasado celebramos en nuestro *Circolo* una serie de conferencias, a la que estuvo invitado también el profesor Nigel McKay del PIAD, del Institute For Poetical Intelligence, Analysis and Development. Explicó que la difundida tesis de la presencia de «obispos y cardenales» es incorrecta, ya que todos éstos habían sido nombrados bajo el reinado de Barbarroja por los antipapas y, por tanto, vestían la púrpura sin ningún derecho. Casi todos los presentes eran obispos locales de los alrededores y los abades de los conventos más próximos, e incluso éstos eran en su mayoría partidarios del emperador.

—Entonces ¿por qué había que obligarlos a asistir al alumbramiento?

—Porque un obispo, fuese güelfo o gibelino, era ante todo dueño de sí mismo y aspiraba a conservar esa independencia, sobre todo en el aspecto fiscal. Con este asunto de Iesi no ganaba nada; a lo sumo le traía complicaciones si luego tenía que dar testimonio de lo que había visto con sus propios ojos. Y eso o bien no le gustaría al señor Papa, o bien molestaría al poder imperial.

—¡Ajá! —se esforzó por decir Berghstroem; apuró el té y se levantó—. Ha sido una conversación muy instructiva.

Berghstroem insinuó una reverencia, pensando: «¡Menos mal que la marquesa no ha escrito una obra propia como Fiorante!».

Los cardenales, obispos y abades, así como su séquito de prelados, monaguillos, escolanos y benedictinos llegaron en autobuses desde Roma, donde habían sido ya ataviados en las sastrerías especializadas ricamente surtidas, de modo que los asistentes de Elgaine sólo tuvieron que arreglar algunos detalles y repartir las alhajas, los collares y los anillos. Este procedimiento, es decir, el empleo de comparsas profesionales, había sido impuesto por los Serafini, que en caso contrario se negaban a garantizar el mantenimiento de la disciplina. Además, las existencias locales de extras aceptables y dispuestos a colaborar estaban agotadas, y ni siquiera los campamentos de refugiados daban ya más de sí. Fue, sin embargo, un día de gloria para la Coeurdever, que aquella misma noche había viajado a Roma con Marco Serafini para pasar revista al amanecer al desfile del clero antes de enviar a sus componentes a Iesi. Elgaine no había vuelto aún cuando el convoy llegó a la *piazza*.

Manuel J. Berghstroem contempló satisfecho desde su balcón el desfile de los dignatarios religiosos, pensando en el dineral que le costarían, contando aparte la comida, descansos pagados y horas extras; pero con tan magnífico espectáculo por lo menos uno literalmente veía el dinero que había que gastar, los costes eran palpables y tenían sentido. Así que fue de buen humor al banco, que a fin de cuantas para eso estaba.

Con la ayuda de Ed y Tony, Mia seleccionó los distintos grupos y los hizo desfilar ante la mirada escrutadora de Ray para un primer ensayo de posición. El pabellón no estaba instalado aún, pero la gente del circo había prometido entregarlo preparado antes del anochecer. El director de escena estaba contento con el reparto y pidió a Rinaldo:

—El bufón encabezará la marcha clerical para ensayar los coros donde le plazca, con tal que no sea aquí.

Rinaldo vaciló un instante.

—A cambio te dispenso de ensayar tu homenaje a la emperatriz, porque lo único que harías sería caerte de bruces.

—¿Y adónde quieres que los lleve? —se quejó el compositor—. No puedo montar el *playback* en un prado...

—No a Le Delizie, desde luego —bromeó Tom—. ¡Vete al garaje subterráneo, allí nadie os oye!

Rinaldo se aseguró la asistencia de los dos Serafini, y se pusieron en marcha en solemne procesión; eso pensaban al menos los ciudadanos que habían acudido llevados por la curiosidad, hasta que descubrieron, al mirar más de cerca, que los cardenales estaban tomando cerveza, los obispos contaban chistes y los monaguillos fumaban. Algunos se indignaron y amenazaron con informar a don Pasquale, que era el *monsignore* más importante de la ciudad. Otros hallaron digno de imitación tan informal autorretrato de la *Santa Ecclesia* y acompañaron a la comitiva con rudas exclamaciones hasta que se adentró en el garaje subterráneo.

Mia había ido corriendo a las casamatas para instar a Tilde Carson a darse prisa; conforme al plan ya debía de haber acabado de vestirse. Encontró a la emperatriz de un humor quejumbroso, desechando traje tras traje ya que, según alegaba, no le sentaban bien. «¡Ya no!». Mia había hallado a dos asistentes de la Coeurdever con los nervios hechos trizas y a punto de atacar con las tijeras a la Carson en persona y no sólo sus costuras.

Mia juzgó su deber impedir el desastre y decidió distraer a la Carson con un panegírico camuflado de repaso del libreto. Pasó diplomáticamente por alto que el acto segundo, segunda parte, comenzaba con una canción de cuna de Alfia y evocó en cambio, con gran intensidad, los coros de los clérigos que entraban solemnemente en el pabellón; describió el lecho de la emperatriz como si fuese el Santo Grial, piedra reluciente en medio de la noche que brilla con luz propia, alumbrando el mundo... La Carson se tornó mansa y tierna, de repente las vestiduras le sentaban bien, sólo faltaba arreglar algún que otro detalle. Mia cerró el pabellón, se saltó con habilidad los sucesos que se desarrollaban delante del mismo, protagonizados una vez más exclusivamente por la carnicera y su hijo, y se dedicó a describir con devoción el alumbramiento, que nadie veía porque el pabellón estaba cerrado; detalle éste que

Tilde, la feliz madre, pasó generosamente por alto, pues comprendía muy bien que en este momento solemne ella y su hijo eran los protagonistas absolutos aunque invisibles. Luego se abrió el pabellón, y también esta escena le pertenecía enteramente a ella: la acuestan sobre unas andas y la llevan afuera con su hijo. A continuación viene el mayordomo, del que ella, en su posición de *prima donna assoluta*, no tiene nada que temer; Nemo no hace más que dar pie a la efusión sentimental de la emperatriz, dirigida, por desgracia, al ama de cría, eso es inevitable... ¿O acaso debería consultar a Ray si no aceptaría quizás a la joven duquesa de Espoleto en lugar de la mujer del carnicero? ¿Cómo es que Constanza, la emperatriz, confraterniza en esta hora difícil justamente con la servidumbre? ¿Por qué? Hasta que se aclarase tan urgente interrogante debía cantar, para su desgracia, «¡Alfia, Alfia, dame la mano, se me rompe el corazón! Ver partir a mi niño tan temprano me hace perder la razón», y luego, tras la debida declaración de fidelidad del ama de cría, llega por fin el clímax de *Stupor Mundi*: Constanza, la emperatriz, canta la canción de despedida de su hijo, que le es arrebatado inmediatamente: «Puer Apuliae», una canción de cuna sobre un amor maternal infinito y el sacrificio de una monarca que debe someterse a la razón de Estado.

*A doquier que te vayas, hijo, mi principito,
mi corazón de madre te hará fiel compañía,
Puer Apuliae!*

*Por doquier que te lleve el designio bendito
de Dios, el niño siempre serás del alma mía,
Puer Apuliae!*

*Y cuando del Imperio las sienes te ciñera
la corona suprema, no estaré yo presente,
Puer Apuliae!
Tuyo será este mundo, mas nadie habrá a tu vera
que como yo te quiera, mi hijito, eternamente,
Puer Apuliae!*

—¡Es que te desgarras el corazón...! «Todos lloran» pone el libreto —susurró Mia.

A Tilde el vestido le sentaba que ni pintado; puso los brazos en jarras, satisfecha, y se propuso adelgazar. Luego dio efusivamente las gracias a los dos asistentes y siguió a Mia a la *piazza* como un perrito manso.

La pelirroja Tilde dominaba la escena cual verdadera emperatriz. Lo primero que consiguió de Ray fue que su doncella negra, Kisha, formara parte de su séquito

también en la escena, para que siempre estuviera pronta a echarle una mano.

—¿Y por qué no? —Ray se mostraba insólitamente contemporizador con la Carson—. A fin de cuentas, en la corte de Palermo estaba muy presente el elemento árabe y, por tanto, también el africano.

Saltó al escenario para proponer él mismo, como trovador, a Alfia, la mujer del carnicero, parturienta también ella, como ama de cría de la emperatriz; la duquesa de Espole to lo apoya, mientras que Ugo, el marido, protesta con vehemencia.

—Cuando yo diga... ¡Mia, por favor, mira! —ordenó a la asistente—. Cuando yo diga: «Menudo chasco se llevaría si os buscarais otra ama de cría», doy un paso atrás, con un galante ademán de invitación, para que Tilde pueda apreciar los ubérrimos pechos de Bea.

—¡Con mucho gusto os recibo! —recitó Tilde con voz lánguida.

Tendió la mano a la cohibida Alfia, y en ese momento, Franck, que estaba filmando la escena en vídeo, se atrevió a decir:

—¡Alto! Disculpe —se dirigió al consternado director de escena—, es que acaba de llegar el señor Bock y quisiera saludarle brevemente a usted, señor Maulman, y a los actores.

Lo que el señor Maximilian F. Bock significaba para *Stupor Mundi* lo sabían cuando menos todos los allí reunidos, así que volvieron las cabezas en el acto, aunque discretamente, pues nadie sabía muy bien si debía alegrarse o no de la visita del misterioso mecenas pese a que todos querían verlo.

Al fondo de la *piazza* se había detenido una limusina negra. Mediante un dispositivo hidráulico, el alargado Lincoln, cuyo aspecto recordaba más una empresa de pompas fúnebres que un transporte ultramoderno para minusválidos, despidió a un hombre sentado en una silla de ruedas. Dos enfermeros robustos, vestidos de paisano como gorilas endomingados, acompañaron el vehículo propulsado por un motor eléctrico que en seguida se puso en marcha hacia el escenario. Maximilian F. Bock llevaba un gabán de pieles, un sombrero de ala ancha y gafas oscuras; llevaba el rostro afeitado a excepción de una perilla recortada con esmero.

—No quería molestar —empezó con una voz que no tenía nada de diabólico ni de fascinante, y eso que sí estaba molestando.

—*Mister Bock, I presume...?* —canturreó Ray.

—Disculpe —dijo Bock, para añadir en seguida—: que no me presente. Pensé que no hacía falta. No los quiero interrumpir mucho rato. ¡Una foto con sus señorías, y me voy!

No era una pregunta sino una orden a los gorilas para que lo subieran con la silla de ruedas al escenario, donde se colocó con unos cuantos movimientos de palanca entre los actores, quienes le dejaron sitio, obedientes.

Tom, como *monsignore* Tommaso, obispo de Iesi, Ugo, el forzudo carnicero, y Bea en el papel de Alfia, la mujer infiel de éste, elegida para ama de cría, posaban a su derecha, y a la izquierda Ray Maulman, director de escena así como Ramón el

trovador, Tilde Carson como emperatriz Constanza, los Urslingen, el joven matrimonio de los duques de Espoleto, y Jakob el verdugo, o sea el *signor* Tagliabue. Uno de los gorilas hizo de fotógrafo. Estaba a punto de pulsar el botón cuando Ray se inclinó hacia el señor Bock.

—Yo de usted me quitaría las gafas si quiere que se le reconozca en la foto.

—Yo ya me conozco —lo rechazó Bock—. A vosotros os necesito para el archivo.

Eso sonaba bastante siniestro, pero el gorila ya estaba accionando el *flash*, y sólo Ray tuvo tiempo para ocultarse también él tras unos lentes oscuros. Bea miraba la cámara con una sonrisa radiante y rodeó a Maximilian F. Bock con el brazo. Éste se lo acarició y dijo en voz baja:

—Usted y yo ya nos veremos, querida. Deberíamos hablar de su carrera —agregó en un murmullo antes de apartarse del grupo, que se estaba disolviendo, y volver al borde del escenario.

Dirigió una última mirada a los decorados y a los actores reunidos en torno al director de escena; al fondo vio a Franck & Co, su equipo de vídeo. Ellos, que lo habían filmado todo, lo saludaron con una inclinación de cabeza, y Bock dijo solemnemente:

—Estoy con ustedes y con *Stupor Mundi*, pase lo que pase. Damas y caballeros, estoy muy contento con lo que han conseguido hasta ahora, con lo que con su creatividad y vigor han sabido hacer del libreto y de mi modesta aportación. ¡Continúen así!

Los enfermeros lo bajaron del escenario, de modo que ya no vio las expresiones desconcertadas de los destinatarios de su alocución. La tímida risa de éstos debía de resonarle aún en los oídos mientras iba camino «de vuelta a la tumba», como lo expresó Ray, inspirándose en el tema «El doctor Strangelove como canciller federal inspecciona el teatro del frente de Somalia».

—¡Después de este susto necesito un coñac! ¡Mia! ¿Dónde demonios está Emmy?

Berghstroem se desanimó cuando el cajero del banco se negó rotundamente a entregarle la suma que había pedido, alegando que había recibido una orden del director.

—Debe de tratarse de un error —dijo Berghstroem, y se hizo anunciar al director.

Tras una prolongada espera que lo indignó y asombró, pues en otras ocasiones se le había hecho pasar en seguida, el director lo recibió, pero no le ofreció ni asiento ni café, sino que le espetó sin preámbulos:

—¿Cómo piensa usted pagar lo que nos debe?

Berghstroem había esperado cualquier cosa menos aquella pregunta tan necia, de modo que pasó al contraataque con una carcajada.

—Pero ¿quién está en deuda con quién? ¿Acaso no acaban de abrirme ustedes una

nueva cuenta, «Pro Iesi,» y casi me obligaron a aceptarla?

Rió más fuerte con la vana esperanza de contagiar a su interlocutor. Es que era para reír.

—El fiador se ha retirado —repuso el director con cara de pocos amigos.

—¡Peor para él! —se le escapó a Berghstroem, aunque luego se le ocurrió que no sabía de ningún fiador—. ¿Y quién era el noble benefactor? —preguntó amablemente—. ¿O acaso alguien pretende que me endeude hasta las cejas para luego entregarme al chantajista?

—Esa hipótesis es suya. Yo no he hecho más que cumplir con la obligación de informarlo de que esta cuenta ya no está a su disposición. No es asunto mío cómo se las arregla con el fiador.

Berghstroem comprendió que había reventado algo más que una pompa de jabón. Ya averiguaría el nombre del hombre que estaba detrás de esa operación.

—Entonces sáquelo de mi cuenta corriente; supongo que ya habrá nuevos fondos.

—Su cuenta ha sido cancelada —dijo el director del banco mientras hojeaba sus papeles—. Un tal señor Bock, Maximilian Efe, estuvo aquí y tuvo la amabilidad de saldar el débito.

—¡Cómo! —exclamó Berghstroem—. ¿Ha estado aquí?

—Se presentó como la persona que había financiado hasta ahora el proyecto y declaró de manera inequívoca que éste sería su último pago a *Stupor Mundi*.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace media hora —repuso el director del banco—. Deberían habérselo encontrado por el camino.

Berghstroem salió precipitadamente del despacho sin despedirse, cruzó a toda prisa la sala del banco y bajó la escalera vacilando. ¿Volvería a la *piazza*? ¿O era mejor buscar primero a Maxi en el hotel? ¡Esas bromas eran típicas de él! Al salir tropezó con dos hombres que esperaban en un coche justo delante de la puerta del banco... ¡Lo esperaban a él! Lo comprendió en seguida; no convenía ofrecer resistencia ni darse a la fuga, puesto que los dos señores se le habían acercado tanto que tales planes carecían de objeto. Uno de ellos le estaba abriendo ya la puerta del coche.

—Don Pepe *sarà lieto di vedervi*, don Manuel —dijo.

—*Scusate il disturbo* —agregó el otro en cuanto Berghstroem subió al vehículo. El coche arrancó.

—¿Vamos al *Dunes*?

Los hombres no movieron la cabeza sino que enarcaron las cejas, frunciendo ligeramente el labio superior, lo cual podía significar algo así como «¡Ya verás!».

A Manuel J. Berghstroem no le faltó tiempo para meditar sobre la situación en que se encontraba. Pero sus pensamientos giraban en torno a Franck & Co, a los que

había visto claramente al salir del banco y caer en manos de los dos hombres. Lo habían filmado todo con la mayor tranquilidad del mundo y sin intervenir. No eran amigos. Pero ¿eran enemigos? Su rencor se cebó en aquellos tipos, en sus cráneos rapados, sus trajes grises de dril y las botas de estilo paramilitar. Era su uniformidad sin rostro la que hacía pensar a Berghstroem en legionarios, aunque esos testarudos alemanes del Este probablemente no tendrían nada que ver con tales asuntos. Los veía apuntando sus cámaras de vídeo y pensó que, si alguien se las quitara y en su lugar les pusiera en los brazos doblados en ángulo recto ametralladoras a lo Rambo, bazucas o lanzallamas, los manejarían con la misma imperturbabilidad. Hacían su trabajo... Del mismo modo en que bajo el socialismo real debían de haber filmado para el *Doku* festivales deportivos y marchas del Primero de Mayo, desfiles militares y maniobras del Pacto de Varsovia, también habrían disparado contra cualquier cosa que se les presentara como blanco. Quizás habían trabajado realmente para la Stasi y habían aprendido a espiar, acechar, ver a disidentes, estudiantes y artistas como objetos de vigilancia y captarlos con sus aparatos. ¿Qué les parecería trabajar para Maxi Bock? Probablemente nada. El organismo de privatización no ofrecía empleo a gente como ellos, el *Doku* había sido disuelto a excepción de una plantilla muy reducida, de Berlín naturalmente, y el Ministerio también había desaparecido. El *Big Brother* no pintaba nada en la provincia; estaba en bancarrota. Esta variante no la había previsto George Orwell: *1994: Swatch yourself!*

Ramón, el trovador, habló primero en voz baja con Katarina, la jovencísima duquesa de Espoleto, señalándole los abundantes pechos de Bea, y luego presentó el ama de cría a la emperatriz:

*Donna Alfia, del carnicero esposa amante,
justo ha dado a luz de cuerpo exuberante.*

La emperatriz tendió la mano a Alfia con ademán generoso, Ray retrocedió unos pasos, tal como estaba previsto... De repente, el suelo cedió bajo sus pies, una tapadera provisional se quebró y una pierna se le hundió en el agujero; el director cayó con un grito agudo y quedó tendido sobre las tablas, retorciéndose de dolor.

Mia acudió al lado del maestro antes que los asustados actores.

—¡Maldita sea! —gritó enfurecida—. ¡Serafini! ¿Quién ha cambiado la tapa de madera de la cisterna por este pedazo de cartón?

Ninguno de los Serafini estaba presente. Sólo Franck & Co filmaban el accidente desde el fondo del escenario, sin inmutarse.

Entre tanto se habían acercado a toda prisa Tom y Ugo; el gigante cogió al director cuidadosamente por las axilas y sacó al hombre que gemía en voz baja del agujero previamente rodeado por el brocal del pozo, que Ray mismo había mandado trasladar después del leve percance del *signor* Tagliabue.

—Los Serafini se habían ocupado de que el agujero estuviera tapado como Dios

manda, con tablas de madera; alguien debe de haberlas sustituido, por el motivo que sea, por este engañoso trozo de cartón, y si no lo hizo con mala intención fue con imprudencia temeraria —se enojó Mia—. Estoy segura de que esta mañana esto no estaba...

—Déjalo, Mia —la interrumpió el director—. Creo que me he roto la pierna...

Ugo lo había acostado boca arriba y Katarina le sostenía la cabeza; bastó con que Tilde le palpara levemente la pantorrilla para que Ray profiriera un grito. Franck se tomó la molestia de llamar por radioteléfono una ambulancia y dio el acertado consejo de dejar al herido en la misma posición hasta que llegara el médico de urgencias. A lo lejos se oía ya la sirena de la ambulancia que se acercaba.

—Continúa tú, Mia Pia —susurró Ray entre gemidos—. Rinaldo te ayudará. No debemos rendirnos.

La luz intermitente había llegado a la *piazza*.

El último objeto en que Ray fijó la mirada desde la camilla, antes de que lo subieran a la ambulancia, fue el objetivo de la cámara de vídeo. «¡Cara a cara!», pensó apretando los dientes con una sonrisa sarcástica. En el fondo esos alemanes del Este eran unos pobres desgraciados, perros guardianes que ante cada árbol o farola, o ahora ante su pata lesionada, tenían que levantar la suya para echar una meada obligatoria y dejar su señal olfativa. Probablemente, a Franck le habría gustado ser director de cine, dar forma a unos argumentos, realizar ideas propias, pero los dioses de Occidente no tenían para él otra cosa que este trabajo de rodaje a destajo; y así rodaban y rodaban, daban vuelta a las cintas a toda prisa y seguían rodando, como los deportados del «Bent», a quienes forzaban una y otra vez a trasladar un montón de piedras unos cuantos metros más. Siempre eran las mismas piedras. A él lo escayolarían hasta la cadera, le darían dos muletas, y sería aún más que antes el interesantísimo, el gran director trágico-dramático Ray Maulman.

—¡Es él! —exclamó una voz.

La puerta se abrió de golpe, y Ray se encontró con las miradas impertinentes de los curiosos que se agolpaban entre médicos, enfermeras y enfermeros para echar un vistazo al personaje. Ray sonreía, pero la pierna le dolía mucho.

El coche en que viajaba Berghstroem había cruzado el aparcamiento del *Dunes*, que de día estaba desierto, y se detuvo ante la entrada del Hotel Agip. Los dos hombres, en los que Berghstroem creía haber reconocido a unos vigilantes nocturnos del aparcamiento, lo condujeron cortésmente a través del vestíbulo al ascensor. El recepcionista pareció no darse por enterado. Subieron al último piso, al que se accedía sólo mediante un código numérico. Berghstroem no intentó grabárselo en la memoria.

Cuando llegaron arriba, una pared de cristal les cerraba el paso. Era cristal blindado. La pared se abrió; los dos hombres lo condujeron hasta la puerta revestida

de madera al final del pasillo y llamaron. Don Pepe lo recibió personalmente.

—¡Berkestrom! Le agradezco que haya tenido la amabilidad de sacrificar su precioso tiempo para aceptar mi invitación.

Era un anfitrión muy atento.

Berghstroem echó una mirada a través de las ventanas de la terraza del ático, que llegaban hasta el suelo. A lo lejos se divisaba el *Dunes* entre las colinas arenosas, un bunker camuflado de topera, y al fondo la pista de la base aérea de la OTAN; se oía el apagado retumbar de los motores durante el despegue y el aullido característico del aterrizaje. Berghstroem se sentó resollando en un sofá de cuero, mientras don Pepe le recortaba con sus propias manos un puro y le daba fuego.

—¿Ha sido suya la idea —preguntó el *producer* irritado, exhalando el humo de la primera calada a escasa distancia del rostro de su interlocutor—... de los cascos de motorista?

Don Pepe sonrió.

—Mandé acabar con eso de inmediato... ¡Y ahora es mía! El *merchandising* —dijo con amabilidad y con pronunciación medianamente correcta— es demasiado importante como para dejarlo en manos de principiantes cuya mezquindad...

—¿Por eso me abrió la cuenta y luego la hizo cancelar?

—Cálmese, querido Berkestrom. Fue una medida provisional. Estoy seguro de que, si usted vuelve a Iesi, encontrará la cuenta abierta otra vez. No pasa nada.

Berghstroem exhaló el humo en señal de silenciosa protesta hasta que creyó haber comprendido el verdadero sentido de esas palabras: lo que importaba era el *si*, y ahí no había ningún *pero*. Así que dirigió a don Pepe una sonrisa alentadora.

—Sólo pensé que no estaría de más que usted y yo habláramos primero de todas las posibilidades —prosiguió don Pepe—. Por eso me permití blandir el talonario. Me interesa establecer una cooperación duradera y, sobre todo, exclusiva...

—¿Por eso paró los pies a don Achille, que ya se veía como empresario de autobuses?

—No habría llegado muy lejos —repuso don Pepe con una sonrisa sarcástica—. Le pondré una *pizzeria* o algo así cerca del ayuntamiento. Allí puede ser útil. Mire, Berkestrom...

Volvió a llenarle la copa de coñac y levantó la suya.

—Me permite que lo llame Emanuele...

Berghstroem accedió con un ademán, y los dos hombres brindaron.

—*Stupor Mundi* puede llegar a ser una mina de oro siempre y cuando esté en manos competentes. Nuestros autocares de lujo traerán a los espectadores de Ancona y Senigallia, qué digo, de todos los lugares al sur de Rímmini, de toda la costa adriática, a Iesi para la función nocturna al aire libre. Les quedará el tiempo justo para ir a comer antes en uno de nuestros restaurantes, Emanuele. ¡Y luego empieza la función! Durante los entreactos, que deberían ser por lo menos dos —Berghstroem prefirió asentir de momento—, se los seguirá aprovisionando de comida y bebida, o

podrán comprar *souvenirs* en tiendas situadas en las inmediaciones de la *piazza*, que seguirán abiertas hasta altas horas de la noche. A don Achille le tocará ocuparse de las licencias.

Don Pepe se estaba entusiasmando.

—Luego, cuando acabe el espectáculo, en Iesi ya estará todo cerrado, y nos iremos a casa, haciendo escala en el *Dunes* durante una hora o dos, concluyendo así una velada sonada.

—Ya lo estoy oyendo —terció Berghstroem—. Oigo sonar las cajas...

—Y tú, Emanuele, participarás en todo con un veinticinco por ciento. Incluso del *Dunes* recibirás el diez por ciento. ¿Qué te parece?

—Estupendo —dijo Berghstroem—. ¿Y qué tengo que hacer a cambio?

—Primero, continuarás como hasta ahora, hasta que la cosa esté bien atada. Segundo, te ocuparás a partir de ahora mismo de que nadie vuelva a pisarnos el terreno. Y tercero, nada más, sólo cobrar.

Berghstroem no se lo pensó mucho rato. Teniendo en cuenta que no tenía alternativa alguna, la oferta resultaba incluso seductora.

—Y en cuarto lugar, pensaré qué más podemos inventar para ampliar esos ingresos secundarios de *Stupor Mundi*. Nosotros lo llamamos *product placement*. Estaba pensando en...

—¿Secundarios? —exclamó don Pepe en tono algo burlón—. ¡Pero si ahí está la pasta gansa! Te harás rico porque eres mi socio, y no como escritor ni como productor que se desloma para...

—Para los entreactos me imagino unos tenderetes en el mercado donde se pueda comprar comida y se ofrezcan artículos de piel confeccionados al estilo medieval, imitaciones de armas de la época, bisutería, paños, sombreros... En la taberna se bebe, en la carnicería habrá salchichas, y en las hogueras de los soldados la gente podrá asar carne o mazorcas de maíz... La obra y los entreactos, los actores y el público se fundirán en la vivencia unitaria de una velada que lo incluye todo...

—¡Magnífico! —exclamó don Pepe, y alzó la copa—. ¡Emanuele, eres un visionario, un genio!

Se levantó y se dirigió a la mesa de escritorio.

—Sabía que nos íbamos a entender. —Entregó a Berghstroem un contrato que tenía ya preparado—. Léetelo con calma antes de firmar —aconsejó amablemente.

En la *piazza*, Mia había reanudado los ensayos con los actores como suplente de su jefe. Rinaldo había llegado corriendo desde el garaje subterráneo al conocer la noticia del accidente de su amigo y había representado la escena en la cual, en homenaje a la emperatriz, se arroja de bruces ante ella. Con él habían regresado los dos hermanos Serafini más jóvenes para inspeccionar de inmediato la tapadera de la cisterna.

—Esto no ha sido un accidente —reveló Ed Hyatt a su hermano—. Alguien nos ha tendido una trampa con mala intención.

—¡Y además con mano experta y sangre fría, pues debía de conocer al dedillo el programa de ensayos! No puede haber sido nadie de fuera.

La ambulancia devolvió a Ray al hotel, pero el director se empeñó en que lo llevaran al escenario. Lo ayudaron a bajar. Regresó al lugar de trabajo apoyado en unas muletas; tenía la pierna escayolada hasta el muslo. Los Serafini insistieron en aclarar inmediatamente su postura.

—Nosotros habíamos cerrado este agujero con una tapadera sólida, que no sólo ha desaparecido sino que ha sido sustituida por una imitación refinada...

—Sí, sí —atajó Ray con una sonrisa torcida por el dolor—. ¡Stinky ha atacado de nuevo!

—No sé —dijo Tony Hilton.

—Sigamos —ordenó Ray—. Mia, ¿hasta dónde habéis llegado?

Bea se adelantó unos pasos.

—A mí me toca descanso —intervino—. De momento se están peleando sobre todo Ugo y Tom y, a su vez, también el matrimonio de los duques. No hace falta que me quede aquí parada.

La carnicera rubia de pechos alzados con cordeles se alejó con paso enérgico.

—¡No te olvides de volver a tiempo para tu canción de cuna! —le gritó Mia.

Vio que Jerry, el niño, estaba en su cochecito sin que nadie lo vigilara. Eso era típico de Bea. ¡No tenía ni pizca de instinto maternal! Ella, Mia, había jurado por lo más sagrado a mamá Masic que cuidaría del pequeño Jerry como de la niña de sus ojos, a pesar de que la buena mujer se lo había confiado de buena gana y un poco orgullosa también de ver a su retoño «en televisión», según la idea que se hacía ella de lo que estaba sucediendo en la *piazza*, con los operadores de cámara de vídeo rondando por ahí y filmándolo todo, incluso cuando le cambiaban los pañales al niño. Franck & Co parecían haber desarrollado un interés especial por el pequeño, pues en ese momento Mia los vio dando vueltas alrededor del cochecito de Jerry como lobos alrededor de un cordero indefenso mientras lo filmaban. Cuando Hettrich, para colmo, sacó al niño del cochecito y lo levantó en brazos hacia las cámaras, Mia se decidió a intervenir.

—¡Dejad en paz al niño! —gritó—. ¡Es un niño prestado, y yo cargo con la responsabilidad!

—¡Se ha cagado! —contestó Wolff, enfocando imperturbable con el objetivo a Jerry, que tendía alegremente las manos hacia la cámara, babeando un poco.

—Deberías bañarlo alguna vez —dijo Hettrich, sosteniendo al niño con los brazos extendidos, a una distancia prudencial de su cuerpo, hasta que Mia se lo quitó.

Hettrich se tapó la nariz.

—Tú de niño pasaste demasiado tiempo revoleándote en la propia mierda —dijo Franck, burlándose del héroe.

—Hablando de mierda, más vale que os ocupéis de la vuestra —terció Mia, enojada—. Voy a devolvérselo a Mamá Masic.

—Eso también podemos hacerlo nosotros —dijo Wolff—. Lo entregaremos sano y salvo, así de paso lo podemos filmar mientras le espolvorean el culito desnudo.

—No digas burradas —lo amonestó Franck con una mirada de reproche—. Si Mia es la responsable no te dejará de niñera.

Como Ray la llamaba, Mia esbozó una sonrisa forzada para indicar al jefe del grupo que se anduviera con ojo.

—¡Pero que sea ahora mismo! ¡Y por el camino más directo! Jerry aún nos hace falta —ordenó.

El equipo de vídeo se puso en marcha con el cochecito del niño hacia el habitáculo de los refugiados, y Mia regresó corriendo a su lugar de trabajo.

—Mia —la recibió Ray—. La carpa ya debería estar en pie. ¿Dónde está la gente del circo?

—Están en la *pizzeria* —contestó Mia, fatigada—. Voy a buscarlos.

—¡Quédate! —dijo Ray, que había colocado la pierna enyesada sobre una silla—. Procura que se lleven al obispo y al carnicero. Don Tommaso y maese Ugo no hacen más que armar gresca. ¡Que se vayan!

Bea llegó corriendo del hotel y se arrojó a los brazos de Rinaldo, sollozando.

—No te creas nada —espetó, y el pecho le temblaba de indignación—. No lo he hecho...

—¿El qué? —preguntó Ray con aire burlón—. Tu canción de cuna tampoco es tan melodramática como para que te pongas histérica. ¡Tómatelo con alegría!

Fue entonces cuando la rubia ama de cría prorrumpió en sollozos.

—Ha dicho que...

—Pero ¿quién? —la interrumpió suavemente Rinaldo.

—Ese que lo paga todo, aquel Bock, ese asqueroso...

El resto quedó ahogado en un llanto convulsivo.

—¡Cuenta, cuenta! —exclamó Ray, sin disimular la curiosidad—. ¡Y para ya de llorar!

—Déjala —intervino Rinaldo soltando a la mujer.

Bea se sentó, pugnando por recobrar la serenidad.

—«Quisiera apoyarla en su carrera profesional», me ha dicho; «he oído decir que tiene usted un pico de oro» —refirió Bea con voz entrecortada, enjugándose las lágrimas de los párpados embadurnados de sombra—. «También me han dicho que donde más brilla su talento es en el arte de tocar la flauta».

—¡Vaya! —interrumpió Ray con aire frívolo—. ¡Se ve que ha corrido la voz de los favores de Su Majestad imperial!

—¡Déjate de groserías, so maricón! —exclamó Tilde, rodeando fraternalmente con el brazo a Bea, que no paraba de sollozar.

—Yo le dije: «Oiga, a usted le falta un tornillo» —espetó Bea—. Y él me

contestó: «¡Pero el que tengo lo tengo tieso!».

—¡Qué diálogo! —no pudo abstenerse de decir el director de escena, pero la Carson le dio un empujón.

—Entonces me dijo: «Si me presta este servicio con prontitud no se arrepentirá; pero si me niega ese consuelo, su amigo y amante y todos los demás sabrán cuán desvergonzadamente me ha impuesto sus favores y con qué celo lo ha hecho».

Bea rompió a llorar a lágrima viva.

—¿Y por qué no le has dado un par de bofetones? —preguntó Ray, pero Rinaldo lo interrumpió tranquilamente y se levantó.

—¿Dónde está ese tipejo?

Bea lo abrazó fuertemente.

—¡Se ha marchado! Se ha ido a comer con Elgaine en el coche.

—Éste no vuelve —constató Tom—. Ya ha conseguido lo que quería. Así pues —se dirigió a Bea, tratando de calmarla—, no le hagas el favor de derrumbarte ahora y dejar los ensayos. ¡Ríete de ese fauno impotente que ahora tiene que meneársela solito, si es que se le pone tiesa! ¡Trónchate de risa, Bea, ríete de los hombres! ¡Y súbete al escenario, canta tu canción y recuerda que los tipos pueden hacer con sus pollas lo que quieran, pero lo que es parir hijos, eso no lo saben hacer!

—¡Bravo, Tom! —aplaudió Tilde—. ¡Eso podría haber sido mío!

Dio una palmada a Bea, que se enjugó las últimas lágrimas, se levantó y subió al escenario. A Kisha se le había permitido representar el papel de la doncella que interrumpe a la bella carnicera, que está meciendo a su hijo, para llamarla al lado de la emperatriz.

—Ahora escucharemos, interpretada por *madame Delle Delizie*, que se ha repuesto ya del sobresalto y está recobrando poco a poco la serenidad... —Ray volvía a ser el director de escena persuasivo y de tacto delicado—. ¡La «Canción de Alfia»! —Calló un instante, dirigiendo a Bea una sonrisa alentadora—. Y tú, Mia, pon en la cuna al pequeño Jerry, por favor, porque un niño de verdad estimula más la expresión de tierno amor maternal que nuestro muñeco Efe-Dos.

*Buona notte, dolce notte,
dormi felice, dormi beato.
Domani, quando sarai spegliato,
ricorderai il sorriso di Besú
e non dovrai piangere mai più.*

Mia se encaminó a la carnicería caballar situada detrás del decorado que representaba la vivienda medieval, con el dormitorio en la parte superior y el tabanco con el tajo, cubierto por un toldo en la interior. Encontró allí a la mitad del equipo de vídeo, a Franck y a Wolff; los otros, Hettrich y Galinsky, estaban filmando la actuación de Bea. Se habían hecho tan amigos de mamá Masic que ésta no tuvo

reparos en permitir que el pequeño Jerry se quedara, una vez concluida su actuación, en la cuna de Alfia, para que pudieran captar unas cuantas imágenes más del niño estrella en solitario. A mamá Masic le gustaba que Jerry fuese algo especial. Para ella no era más que el último de siete hijos nacidos uno tras otro como tubos de órgano, y no tenía más porque hacía más de un año que el señor Masic se había ido a la guerra.

—¡Pero cuando se hayan acabado los ensayos, antes no! —advirtió Mia con severidad.

Y se llevó al pequeño Jerry para animar con él cuanto antes la cuna de Alfia.

—Chicos, podríais hacerme un favor —pidió a Hettrich y Wolff—. Es que nos ha llegado de la sastrería especializada de Roma un saco de calzado, y por equivocación lo han entregado en nuestra pensión. Cuando tengáis un momento podríais subirlo a vuestro Volvo y entregarlo en la guardarropía.

—Cómo no —accedió Wolff.

Más tarde, Mia se encontró con Berghstroem, que acababa de llegar y estaba recibiendo, una tras otra o mezcladas, las diversas noticias catastróficas: la pierna escayolada de Ray, el atentado mediante la tapadera de la cisterna, la infamia que Maxi se había permitido con Bea, y lo que más desazón le causaba, el secuestro de su princesa incaica por el pérfido y felón magnate financiero.

—¡Apenas os vuelvo la espalda un momento la liáis! —la reconvino Berghstroem, enojado.

Mia calló; Berghstroem sabía que no tenía razón, así que se fueron cada uno por su lado. Berghstroem decidió ir al banco en seguida, antes de que cerrase, para saber por lo menos si don Pepe había cumplido su palabra y vuelto a abrir la cuenta de promoción. No estaba del todo seguro. Pero aquello de Elgaine no dejaba de desalentarlo. ¿Cómo era posible que la Coeurdever se rebajara tanto? Debería haberla prevenido. Entonces se acordó de que la idea de contratar a la célebre diseñadora no había sido de su cosecha. ¿Acaso era Elgaine una criatura de Maxi? ¿Quizá su confidente o incluso su amante? El mero pensamiento lo horrorizaba.

Capítulo X — La torre

Entre las colinas que se alzaban sobre el mar había un restaurante rural que pertenecía al club de golf; la fama de su excelente cocina se había difundido mucho más allá de la base aérea de la OTAN, entre cuyos oficiales se reclutaba a la mayor parte de los miembros. Elgaine había hecho un recorrido corto y guardó la bolsa de los palos en el maletero del Jaguar. Había insistido en llevarse el coche, lo cual concordaba con los planes del señor Maximilian F. Bock, que no tenía la intención de volver a Iesi. El financiero de *Stupor Mundi* la estaba esperando en la terraza cubierta, donde en esos días de invierno había muy pocos clientes.

—Perdone que no me levante —la recibió.

Había despachado a sus dos ayudantes después de que acercaran su silla de ruedas a la mesa puesta. Pese a haber jugado tan sólo nueve hoyos, Elgaine llegó ligeramente sudorosa; a fin de cuentas se había quedado muy por debajo de su hándicap, pero no había hallado razón alguna para molestarse en cambiarse algo más que el polo.

—Póngame un jerez —dijo al sentarse.

Pidieron los platos; Bock dejó que ella eligiera el menú.

—Señora Elgaine —comenzó el hombre de la silla de ruedas en cuanto se alejó el camarero—, sus creaciones son demasiado preciosas como para permitir que se malgasten en un teatro al aire libre de una ciudad de provincias de Italia...

—¿Se arrepiente usted del gasto, señor Bock? —contestó Elgaine fríamente—. ¡Pero si usted quería algo precioso! Y lo precioso tiene un precio, claro está. Si quería harapos debería haberse buscado a otro.

La diseñadora parecía disgustada.

—No me ha entendido. Estoy muy contento con el resultado; tan contento que quiero dedicarle una exposición itinerante. ¿Qué le parece?

—¿Y qué será de Iesi...?

Bock hizo un ademán despectivo.

—Lo de Iesi no es más que promoción; es como el estreno brillante o rodeado de escándalo de una película piloto en el cine, que luego desencadena el negocio del vídeo o preludia un lucrativo serial televisivo. ¿Me entiende?

—Escucho —dijo Elgaine, exhalando el humo del cigarrillo hacia el otro lado de la mesa.

—¿No podría diseñarme usted unos muñecos de tamaño natural, cuyas formas y rostros imiten a los actores y que puedan recorrer el mundo como portadores identificables de su delicioso vestuario, como perchas preciosas, por así decirlo?

La Coeurdever reflexionó unos instantes. La idea tenía un extraño encanto y, sin embargo, le resultaba repulsiva. Se sentía como si le hubiesen propuesto el papel de una Circe que debía transformar a los seres humanos no en cerdos sino en figuras de cartón piedra. Pensó en la compañía de Iesi, en sus colegas que luchaban y sufrían,

reñían y eran felices, bregando todos por el mismo fin de llevar a la escena *Stupor Mundi*, de dar vida al libreto de Manuel, a las composiciones de Rinaldo, a las ocurrencias de Ray. Lo que le estaba proponiendo el hombre de la silla de ruedas condenaba la entrega de los actores y cantantes, sus esperanzas y temores, a quedar petrificados en una rígida pose fotografiada; los disecaba, los reducía al formato periodístico corriente. Unos personajes vivos de carne y hueso se transformarían en soportes publicitarios estandarizados. ¿Publicidad para qué? Tampoco ella había hecho su trabajo para verlo colgado inánime de maniqués inánimes; no había pasado noches enteras revolviendo libros, consiguiendo y cortando muestras, pinchándose los dedos, dibujando, tiñendo, lavando, encerando, enlejiendo y probando una y otra vez... para que al final no le ofreciesen otra cosa que dinero y más dinero.

—No —rechazó Elgaine—. Me confunde usted con *madame* Tussaud. No me interesa ver mis diseños en un museo de cera.

Maximilian F. Bock no la comprendía o no quería comprenderla. Lo que fascinaba a Elgaine del *historical* llamado *Stupor Mundi*, el espectáculo, el acontecimiento vivo representado por personas vivas, llenas de defectos y virtudes, talentos y trampas, era justo lo que a él le repelía, le amargaba el compromiso o simplemente le molestaba.

—Los muñecos también se podrían mover; hoy en día esos artilugios mecánicos son bastante asequibles. Se podría introducir toda la obra en un ordenador y sustituir a los actores por robots. De verdad que me ha dado usted una buena idea. ¡Eso es fabuloso! —Bock se entusiasmó y empezó a mover la silla de ruedas hacia delante y hacia atrás—. ¡Los artistas sois los verdaderos genios! ¡*Stupor Mundi* será el gran prodigio de la escena, que superará al turco que juega al ajedrez! ¿Y sabe qué le digo, señora? —Se inclinó hacia ella, haciéndole sentir su hálito caliente—. ¡Haremos una gira mundial! —agregó exaltado—. Eso será mucho mejor que cualquier representación hecha por actores maniáticos, que olvidan sus papeles o no se acuerdan de sus posiciones, cantantes que desafinan o se ponen a cantar en el momento equivocado o están indispuestos. Nuestros trovadores y bufones, emperadores y meretrices, obispos y verdugos funcionarán siempre igual, siempre con precisión, se podrán corregir de una actuación a otra, se podrá subir y bajar el volumen de las voces, hacer que se muevan más aprisa o más despacio, y lo que es mejor: para mi gusto, sus gestos corresponderán a la acción dramática con una precisión mucho mayor de la que jamás podrían conseguir unos intérpretes humanos.

—Pues sí —dijo Elgaine—. Nunca se emborrachan, nunca se enamoran, nunca llegan tarde, no piden aumentos salariales...

—A propósito —la interrumpió Maximilian F. Bock, riendo como un niño con zapatos nuevos—. Usted misma determinará sus honorarios. *Stupor Mundi* se ha convertido en un asno que caga ducados, en la gallina de los huevos de oro.

Elgaine intuyó confusamente que debía hallar la manera de asestar algún garrotazo a ese Bock, cuya imaginación tenía algo de vertiginoso y arrebatador. Eso

era lo horrible. En lugar de ofrecer resistencia, Elgaine pensaba en las posibilidades casi inagotables de semejante procedimiento, en la explotación multimedia de la historia entera de la humanidad mediante androides dirigidos por ordenador. Algo le rumoreaba confusamente en la cabeza, como si le hubiesen endilgado una droga desconocida, diciéndole que no debía dejarse atrapar en esa red.

—¿Y qué será de los otros? —preguntó Elgaine con prudente reserva—. ¿De los derechos del compositor y del director de escena? También Berghstroem hará valer los suyos.

—¿Jonathan? —exclamó el financiero con una carcajada sarcástica—. ¡El eterno perdedor! Esta mañana se ha enterado de que ha salido perdiendo una vez más. Arrojará la toalla, si es que no lo ha hecho ya... —Bock hizo un ademán despectivo y clavó la mirada en Elgaine—. Me extrañaría mucho que lo encontrase al volver.

Elgaine se esforzó por no dejar traslucir su verdadera postura.

—No tengo la impresión de que a estas alturas pueda haber nada que haga retroceder a Berghstroem y sus amigos.

Al ver que Bock la miraba incrédulo, Elgaine volvió a la carga.

—Contrariamente a sus intenciones, querido señor Bock, y tal vez también a lo que usted es capaz de imaginarse, *Stupor Mundi* es un organismo sumamente vivo, dotado de unos tentáculos sensibles y muy desarrollados, de un miocardio alimentado por la pasión, la voluntad y la entrega, y sobre todo de una fuerza espiritual que se nutre de unas fuentes del pasado que a usted le resultan inaccesibles...

—¡Ja! —se burló Maximilian F. Bock—. ¡Los Hohenstaufen salen de sus tumbas para expulsar al profanador! ¿Qué quiere, que me asuste? —dijo con una risa un poco sofocada—. Lo que cuenta, Elgaine, es el dinero y la técnica que mueve. Todo lo demás son quimeras y sensiblerías. —La miró—. Quería ponerme a prueba, ¿verdad?

—Sí, Maxi —dijo Elgaine y le puso la mano nervuda y algo bronceada sobre el brazo, pellizcándole distraídamente el paño de la manga con los largos dedos—. ¿No serás tú mismo un producto de la realidad virtual y no un hombre de carne y hueso? —susurró provocadora, confiando en el erotismo de su voz ronca—. ¿Y me tocarás con tu joystick?

—De virtud, ni hablar —dijo el señor Bock, confundido por tan rápida victoria—. Try me!

Intentó atraer hacia sí a la mujer.

—¡Deja que me vaya a hacer pipí, *mister Cyber*! —dijo Elgaine con aire coqueto y se le escabulló de las manos en el momento justo en que el camarero traía en una bandeja los primeros platos del menú que habían pedido.

Elgaine Coeurdever tomó el bolso y bajando las pestañas con gesto inequívoco se dirigió al lavabo, al de caballeros. El camarero insistió en servir a las señorías. Maximilian F. Bock deseaba que se fuese al diablo.

Cuando el camarero se retiró por fin, Maxi dio la vuelta a la mesa y dirigió el vehículo hacia el lugar de su deseo y de su realización enteramente inesperada. No se

lo podía creer. «You can't stop it, Cyber!», estaba escrito con lápiz de labios en el espejo de la antesala del urinario. Maxi llamó por radioteléfono a sus ayudantes. El Jaguar había partido ya, sin darse prisa para no levantar sospechas. Maximilian F. Bock accionó el botón del retrete. Una sonrisa maliciosa le recorrió la mandíbula angulosa.

A Ray le dolía tanto la pierna que dejó los ensayos a cargo de su asistente y se hizo llevar al hotel. La carpa estaba ya en pie, iluminada por dentro y por fuera; el lecho de la emperatriz estaba dispuesto.

Mia pidió a los Serafini que enviaran a la escena a los grupos de clérigos emplazados como testigos, en el orden en que les tocaba actuar. Rinaldo había ensayado con ellos los coros, y el canto resonaba vigoroso y sublime en la *piazza*. Ensayaron la entrada hasta mucho después de que se acabara el horario oficial. A Tilde Carson, la doncella y demás mujeres de su séquito se les había permitido retirarse, así como al señor Tagliabue y a los Urslingen, que de todos modos no tenían otra cosa que hacer que estar parados delante del pabellón. Por fin todo funcionaba tal como Mia se lo había imaginado. El pabellón con el lecho elevado de la emperatriz se cerró por dentro y brillaba como una misteriosa pirámide en la noche oscura, como si estuviera hecho de finísimas láminas de mármol atravesadas por la luz del sol. Mia permaneció largo rato contemplando el cuadro antes de animarse a exclamar:

—¡Basta por hoy!

Mia seguía sentada en su silla cuando de repente se acordó sobresaltada del pequeño Jerry. Subió corriendo la escalera que conducía al dormitorio de Alfia, situado sobre la carnicería. La cuna estaba vacía. Volvió a bajar corriendo y estuvo a punto de resbalar en la escalera; luego se dominó y entró, refrenando a duras penas la inquietud, en la vivienda-dormitorio revestida de baldosas blancas de la familia Masic, donde la ropa de los niños pendía de los ganchos y la cámara frigorífica servía de cocina y baño. Jerry no estaba, pero mamá Masic no se preocupó.

—Seguro estar filmando —dijo—. ¡Televisión!

Mia movió la cabeza en señal de asentimiento y se fue. Menos mal que la madre agobiada de trabajo no sospechaba nada.

Apenas estuvo fuera del alcance de la vista de la familia de refugiados, Mia apretó el paso. En la recepción del hotel pidió hablar por teléfono con Berghstroem. El recepcionista se negó, alegando que el *signor* Berkestrom no recibía a nadie, y cuando Mia se indignó, le dijo que el productor no estaba en su habitación. Mia salió del hotel enfurecida y se dirigió a toda prisa a su pensión, donde se alojaban también Franck & Co. Ellos no estaban, desde luego, pero tampoco encontró a los Serafini, a quienes había querido pedir consejo cuando no ayuda. Volvió a la calle desconcertada. Se sentía traicionada y abandonada. Nadie prestaba atención al peligro, a la nube oscura que amenazaba a Jerry si ella no lograba encontrarlo pronto.

¿O acaso sólo eran imaginaciones tuyas, acaso era víctima de la fatiga y de una fantasía calenturienta?

—¿Necesitas ayuda, Mia?

¡Cuánto había anhelado oír estas palabras! Pero cuando vio junto a ella al bruto de Gualtiero, se avergonzó, lo rechazó bruscamente y se alejó corriendo.

Berghstroem tenía motivos para no recibir a nadie. Se hallaba con Tilde Carson y la negra gacela Kisha en el pasillo superior del hotel, ante la puerta de la habitación de las mujeres. «¡Lárgate, negra de mierda!» estaba escrito con aerosol sobre el barniz; «¡África para los blancos!» y «¡Derramaremos sangre roja de negros!». Firmado «La Bandera de Guerra del Imperio».

Tilde Carson temblaba de indignación, Kisha de miedo. Berghstroem se arrepentía de no haber dejado entrar a Mia, que con un trapo y un poco de acetona habría eliminado en seguida el motivo del disgusto. No le parecía conveniente avisar a la policía; ni siquiera los del hotel debían ver aquella porquería. Hizo entrar a las señoras en la *suite* de Tilde. A esas horas de la noche no era probable que alguien entrara en el pasillo del hotel; además ahí no vivía nadie más que su gente. Pero ¿habría sido alguien de la compañía...? Berghstroem salió a comprar gasolina.

Mia había sacado el coche del garaje y recorría sin rumbo las calles nocturnas, esperando hallar en alguna parte el bolso de Franck & Co. Pero ¿qué les diría si Jerry no estaba con ellos? ¿Y si estaba? ¿Cómo se enfrentaría ella a los cuatro tipos? ¡Ojalá se hubiese llevado al forzado Gualtiero!

La *piazza* estaba a oscuras desde hacía horas, pero de una de las altas ventanas de las casamatas protegidas por gruesas rejas de hierro salía un cálido resplandor de luz. ¿Acaso alguien de la guardarropía seguía trabajando a aquellas horas?

La esperanza de hallar ayuda se sobrepuso a toda consideración razonable. Mia saltó del coche y gritó «¡Ea, oigan!» a la profunda abertura del muro que se recortaba sobre su cabeza. No obtuvo respuesta. Las puertas ya estaban cerradas. Ni un alma se apiadó de ella. Mia no se resignó. Aparcó el *Mini* tan cerca del muro que pudo subirse encima del coche y darse impulso, aferrándose a las rejas, hasta la altura de la ventana. A través de los cristales sucios alcanzó a ver una mesa recubierta de paño negro, como si de un altar se tratara. Sobre la superficie de piedra, incontables velitas, de las que se usan en los cumpleaños infantiles, ardían con llamas vacilantes, destilando gotas de cera, y bañaban las bóvedas en aquella luz tenue, entre rojiza y amarillenta, que tan acogedora le había parecido pocos momentos antes. Mia se quedó sin aliento. Entre las llamas titilantes, el muñeco Efe-Dos yacía de espaldas, privado de sus colchones, desnudo y con el cuerpo abierto en canal; la estopa le rebosaba del pecho, como si alguien hubiese intentado arrancarle el mecanismo que

le hacía decir «Mamá». Tenía unas agujas largas clavadas en el cuerpo, hundidas en la herida abierta...

Mia no podía seguir más tiempo aferrada a la reja; se deslizó muro abajo, casi inconsciente; las piedras le arañaron el rostro. Se le aflojaron las piernas, y por un instante se desplomó sobre el coche.

Más tarde no recordaba cómo había bajado de ahí ni cómo se había puesto al volante, ni de dónde había sacado las fuerzas para poner en marcha el motor y partir, completamente aturdida como estaba. Veía las calles nocturnas de la ciudad como a través de un velo; había perdido el sentido de la orientación. Había entrevisto el mundo del mal... Pero ¿hasta dónde llegaba su reino? De repente, todos los callejones le parecían negros y extraños, malignos y amenazadores. Ante ella se alzaba la torre de Rinaldo. Mia levantó los ojos hacia las troneras. No había luz. Sin embargo, estaba a punto de precipitarse escalera arriba cuando apareció el *signor* Tagliabue. Se tambaleaba ligeramente al andar y además era un señor mayor no muy robusto, pero la informó de que acababa de ver a Franck & Co en el corso llamando a la puerta de cristal de Le Delizie, que ya estaba cerrado, pidiendo que los dejaran entrar. Mia dejó aparcado el *Mini-Cooper* rojo y se adentró corriendo en la noche sin dar las gracias. El *signor* Tagliabue meneó la cabeza y prosiguió su camino.

En casa de mamá Masic se habían presentado, ligeramente achispados, Franck & Co. La luz ya estaba apagada.

—¡Chist! —instó la mujer—. ¡No despertar niños!

—Sólo veníamos a grabar en vídeo al pequeño Jerry —susurró Wolff.

—¡Televisión! —rió Hettrich, remedando su torpe manera de hablar—. ¿Dónde estar bebé?

Mamá Masic no tuvo la impresión de que estuvieran burlándose de ella ni se sintió molesta por la visita a hora tan tardía.

—Haber yo dejado en cuna —informó solícita—. Señorita Mia ha preguntado ya...

—Se lo habrá llevado ella —dijo Franck para no inquietar a la madre.

—Seguro bebé ya dormir —dijo mamá Masic—. Cuando tener hambre, ya volverá, porque grita.

—Claro que sí —dijo Franck, asombrado por aquella confianza en la independencia del bebé.

Menos mal que lo habían atiborrado de *Medi-Nait*. Los bebés que gritaban eran terribles. El somnífero ya debía de haber hecho efecto.

—¡Bueno, vámonos! —dijo Franck.

—Buenas noches, mamá Masic —se despidió cortésmente Galinsky, y ella cerró la puerta de la carnicería tras ellos.

Con escasa delicadeza, Berghstroem había entregado a Kisha el trapo y el detergente que había conseguido del portero de noche, para que ella misma quitara las pintadas racistas de la puerta de su habitación. La Carson, que seguramente no lo habría permitido, se había retirado ya al baño a arreglarse para la noche.

Berghstroem se dejó caer en uno de los sillones y se sirvió un *whisky* de la botella que había sobre la mesa. Creía que se lo merecía. La cuenta del banco manaba de nuevo como una cálida fuente. Había extendido sin tardanza las dos manos y había llenado generosamente la caja de acero para las necesidades del día hasta que no cupo más. El resto se lo había guardado en la cartera. Se la apretó contra el pecho. Era una sensación tranquilizadora.

Mia corrió por el adarve de abajo; desde lejos vio el Volvo aparcado justo delante de la puerta de servicio. Probó todos los picaportes del coche, tratando de abrirlo, pero ninguno cedió. Intentó atisbar el interior del vehículo, pero no vio nada. La puerta trasera del restaurante estaba abierta; Mia irrumpió en la cocina, donde el pinche limpiaba el gran fogón.

—El patrón ya se ha ido a casa —dijo sin levantar la vista—. Se ha peleado otra vez con la *signora*...

—Eso no me interesa —lo interrumpió Mia—. ¿Dónde están los operadores de cámara?

El chico pareció desconcertado.

—Sólo se lo he prestado, seguro que lo devolverán —dijo y agregó, a modo de disculpa—: Es que el patrón ya no estaba, y el *signor* Franck...

—¿Qué? —preguntó Mia con impaciencia.

—Pues los trinchantes...

—¿Cómo? —gritó Mia, perdiendo los estribos; el chico se sobresaltó—. ¿Dónde están?

—Quizá no debería haberlo hecho —reflexionó el chico, ponderando la situación en que se encontraba—. ¡Por favor, no le diga nada al patrón!

—¿Adónde han ido? —insistió Mia.

El chico señaló el lugar con un movimiento de cabeza.

—Por favor, no diga...

Mia aferró un gran cuchillo de cocina, lo cual hizo enmudecer al muchacho, pero ella había salido ya por el pasillo inferior de la cocina. Se abalanzó con el cuchillo sobre la puerta trasera de la furgoneta, pero por mucho que hurgó la cerradura, ésta no cedió. El pinche de cocina la había seguido. Con aire de superioridad, le quitó el cuchillo de la mano y extrajo del bolsillo del pantalón un juego de llaves. La cerradura se abrió al primer intento.

—No hace falta ponerse tan nerviosa cuando una pierde la llave del coche, señorita —dijo en tono condescendiente y devolvió el cuchillo a la cocina.

Mia abrió de golpe la puerta trasera. En el maletero estaban guardados en maletas metálicas las cámaras y demás materiales de trabajo... Y en medio de todos aquellos aparatos, una caja de las que se usan para el transporte de perros, de madera contrachapada y con agujeros para respirar. Mia la abrió con mano temblorosa. Dentro de la caja estaba Jerry, durmiendo a pierna suelta. Lo tomó cuidadosamente en brazos, cerró primero la caja y luego la puerta, lanzó una mirada nerviosa hacia la entrada de Le Delizie y se encaminó por el adarve hacia la torre de Rinaldo, donde sabía que estaba su coche. El corazón le latía con fuerza; tuvo que reprimirse para no correr, pero miraba atrás una y otra vez.

Berghstroem se había adormecido. La puerta del baño se abrió, y Tilde Carson entró en el salón. No había esperado ninguna visita; llevaba la melena roja recogida con un turbante, y la bata de seda le colgaba suelta de los hombros, mostrando el cuerpo desnudo al espectador.

Berghstroem la miró atónito; fue la Carson quien hizo gala de una mayor presencia de ánimo.

—*Voulez-vous coucher avec moi?* —entonó sin intención alguna de cerrar pudorosamente la prenda abierta de par en par—. *Servez-vous* —susurró antes de acercarse a Berghstroem hasta casi rozarlo y servirse un *whisky*.

Sus carnes blancas estaban impecables. Tilde introdujo el pubis de vello rojizo entre el brazo con que Berghstroem sostenía el *whisky* y la cara atontada que ponía, hasta que el *producer* dejó el vaso y la abrazó. Se sentó hábilmente en su regazo, sin preocuparse de la bata que cayó al suelo. Con toda tranquilidad, apuró la copa delante de sus narices antes de dejar que la besara. Entonces se soltó también la toalla anudada en forma de turbante, y la abundante cabellera roja de alheña le cayó sobre los hombros de alabastro. Berghstroem estaba excitado, pero no veía la manera de levantarse del sillón, ni tampoco estaba en condiciones de desembarazarse de aquella prenda que en ese momento le parecía la más inútil. Con Tilde sentada sobre sus rodillas, era su prisionero. Tampoco podía apartarla de un empujón, puesto que con un brazo le rodeaba el cuello, mientras con el otro volvía a llenar los vasos de *whisky*.

—*Prenez votre temps, Manuel!* —dijo la monarca.

Mia no sabía cuánto rato llevaba sentada delante de la puerta. Con Jerry en brazos, volvió a bajar la escalera de hierro. Había aporreado los gastados pero todavía firmes tablones de roble, había gritado, pero el bufón no le había abierto o no estaba. «Seguramente estará en el *Dunes*», se le ocurrió de repente. Depositó a Jerry envuelto en una manta en el suelo del coche, delante del asiento delantero, y partió a toda prisa. El niño se había despertado un instante, la había mirado brevemente con sus inteligentes ojitos y se había vuelto a dormir en seguida. Por lo visto, esos tipos le

habían dado algún narcótico. Mia huyó de la ciudad como alma que lleva el diablo.

Franck & Co estaban cruzando la *piazza* cuando al otro lado el *Mini* rojo de Mia salió disparado de una calle lateral y, a pesar de la señal que lo prohibía, enfiló con un patinazo por el Viale d'Ancona, por donde se alejó con motor retumbante.

—No se le habrá ocurrido... —exclamó Franck, lleno de presentimientos.

—Seguro que va al *Dunes* —dijo Galinsky.

Estaban a punto de correr hacia su Volvo cuando en la esquina del corso se toparon con Tom, acompañado por su fiel sombra, el gigante Gualtiero.

—¿Habéis visto a Mia? —preguntaron hipócritamente.

—No, pero he oído decir —repuso mientras señalaba a Gualtiero— que estaba buscando al pequeño Jerry.

—Estaba completamente trastornada —confirmó Gualtiero con aire preocupado.

—Bueno —dijo Franck—. Hasta mañana.

El cuarteto de vídeo continuó paseando por el corso sin apretar el paso y luego doblaron disciplinadamente por la primera escalera que bajaba. Apenas estuvieron fuera del alcance de la vista echaron a correr sin que su jefe tuviera que darles ninguna orden. Bajaron a trancos los peldaños de piedra y corrieron por el adarve hacia su Volvo, que seguía aparcado ante la puerta trasera de Le Delizie.

Mia apuró al máximo el motor de su *Mini*. Recorrió retumbando la carretera secundaria hacia la costa; no se atrevió a ir por la carretera principal, donde el Volvo podía alcanzarla. Pasó de largo el acceso a la autopista, que habría sido su salvación; pero no se dio cuenta hasta después de enfilarse por el camino rural que conducía al *Dunes*, y de repente advirtió detrás de ella las luces de un coche que la seguía.

Mia pisó el acelerador a fondo; el chasis del *Mini* golpeó las piedras entre las rodadas. A mano izquierda vio desembocar un camino en ángulo agudo. Pisó el freno haciendo derrapar el coche, puso la marcha atrás y se adentró a ciegas por el sendero; apagó las luces y ocultó instintivamente el rostro tras el volante. El Volvo que la perseguía pasó levantando grava a pocos metros de su escondrijo. Cuando las luces traseras desaparecieron tras el siguiente cerro o recodo del camino, dejó rodar el coche sin ponerlo en marcha ni encender los faros. No consiguió tomar bien la curva y tuvo que frenar para no salir despedida del camino. Bajó la ventanilla y no oyó nada. Eso significaba que los otros estaban también a la escucha; probablemente habrían visto relucir sus luces de freno.

Mia retrocedió, encendió las luces de posición y logró a duras penas tomar la curva. Aceleró, y una mirada al retrovisor le confirmó que no había conseguido liberarse del Volvo. No veía las luces, pero sí su reflejo entre las dunas y los matorrales. Su única esperanza era llegar campo a través hasta el aparcamiento del *Dunes*. Dobló a la derecha por el primer sendero que descubrió y antes de que las luces del Volvo la alcanzaran, volvió inmediatamente a apagar las luces. Mia sabía que en este juego del gato y del ratón tenía todas las de perder, pues con el *Mini* era imposible atravesar la arena de las dunas de la playa, y en cualquier carretera el Volvo

le daría alcance. Se apeó del coche de un salto, corrió hacia el otro lado y cogió a Jerry con la manta... Tenía que esconderlo lejos del camino, arrojarlo a los matorrales. Pero la manta se abriría, y el niño podía lastimarse, gritar, delatarse... Con rápida decisión se quitó el jersey, embutió en él, como si fuese una salchicha, al niño envuelto en la manta, y arrojó el paquete al matorral más próximo, esperando que las ramas superiores cediesen y lo ocultasen como a un pajarito en su nido.

No le quedó tiempo de meditarlo; debía desembarazarse de sus perseguidores. Oyó el ruido de motor del Volvo que se acercaba. Se deslizó de nuevo tras el volante y puso en marcha el motor. Arrancó tras haber puesto la segunda para que no le patinaran las ruedas. Una vez más tuvo suerte. Sólo cuando creyó haberse alejado lo suficiente encendió las luces de cruce, pisó el acelerador a fondo y trató de ganar el camino vecinal. Pero ahora las luces del Volvo la enfocaban de lleno, y Mia se dio cuenta de su desnudez, pues no llevaba sujetador bajo el jersey. Quizás eso distraería a esos tipos, quizá los excitaría. De todos modos ya no podía hacer nada al respecto. El *Mini* quedó atrapado entre la maleza; justo debajo de ella estaba el camino. Las ruedas patinaron en la arena; el coche no se movía de su sitio. Las luces de cruce del Volvo que se acercaba lentamente le daban en pleno en el rostro. Mia cerró los ojos...

Capítulo XI — La muerte

Mio figlio, mio figlio! —gritaba Ugo, el carnicero, saliendo de la casa y corriendo al mercado en medio de la multitud que aguardaba ante el pabellón—. *Mi hanno rubato il piccicolo!*

Fue recibido con burla y escarnio. Ray incitó a la muchedumbre hasta que ésta comenzó a sospechar de los gitanos.

*¡Seguro que habrán sido los gitanos,
gente de fuera, quién sabe de dónde,
que roba niños con ágiles manos!
¡A ver ese carro, veamos qué esconde!*

—¡Más malicia, más ponzoña, más chillidos! —gritó Ray, a quien la pierna escayolada obligaba a permanecer sentado, pues de lo contrario habría subido al escenario de un salto—. Rinaldo, aquí falta algún refuerzo atonal, violines agudos, tonos estridentes... Es el instrumento que se asocia a los gitanos; aquí hay que volverlo contra ellos.

Rinaldo apuntó los deseos del director de escena.

—Por cierto, ¿dónde está Mia?

—Déjala dormir —contestó Ray—. Se ha pasado casi toda la noche trabajando... Se apoyó en Peter para levantarse, haciendo caso omiso de las muletas.

—¡Vamos, todos a sus posiciones, y empezamos otra vez!

Ray estaba animado, aunque la pierna le seguía doliendo. No había querido quedarse en el hospital.

—¡Este Ugo es un prodigio! —elogió a su amigo Tom, pues a fin de cuentas era él quien le había recomendado a su factótum Gualtiero—. ¡Vamos, adelante! —ordenó.

—*Mio figlio, mio figlio* —gritaba Ugo, el carnicero—. *Mi hanno rubato...*

El Volvo pasaba despacio por el adarve inferior y se detuvo ante la puerta de la cocina de Le Delizie. Galinsky se apeó con una bolsa de basura en la mano y la arrojó a uno de los cubos que había al lado de la puerta; luego el coche se puso en marcha de nuevo. El pinche de cocina lo había visto, pues desde que entrara a trabajar a primera hora de la mañana había estado esperando angustiosamente que alguien le devolviera los cubiertos prestados. Salió corriendo a la calle y miró con fijeza el coche que se alejaba. Franck se le acercó a pie.

—¿Acaso es de usted este coche? —preguntó el chico, confundido y asustado porque creyó que se había descubierto la ayuda que había prestado a aquella mujer al

desvalijar el vehículo.

Pero a Franck la pregunta le inquietaba por otros motivos. El chico podía ser un testigo molesto. Más valía disimular.

—No te voy a delatar —dijo en voz baja—. El cuchillo y el tenedor están allí. — Señaló con la barbilla el cubo de basura—. Dentro de una bolsa, sin usar. Puedes devolverlos a su sitio tal como están. No nos sirvieron —agregó—. La comilona se suspendió.

—¡Gracias, señor Franck, por no chivarse al jefe! —exclamó el chico antes de introducir con discreción una mano en el cubo de basura y sacar hábilmente la bolsa—. ¡Vaya bronca me habría echado! —prosiguió con un suspiro de alivio.

—Eso es lo que queremos evitar, ¿no? —dijo Franck con tono paternal—. ¿Sabes qué? Lo mejor para ti será si quedamos en que anoche cuando vinimos el restaurante ya estaba cerrado. Tú no nos has visto ni oído. ¿Vale?

—Vale —convino el chico—. Por eso no he podido daros nada; y si no ha pasado nada, no se puede descubrir nada tampoco.

—Estupendo —dijo Franck y se alejó.

En la *piazza*, Ugo continuaba gritando como un loco.

Figlio mio! Maschio único!

Dove sei? Dove sei, sangue mio?

No se calmaba e incluso pidió a los guardias que lo dejaran entrar en el pabellón para convencerse personalmente de que el niño no estaba con su mujer, que allí dentro cumplía con su obligación de comadrona y ama de cría. Los guardias lo rechazaron.

—Tienes que exaltarte, Ugo —gritó Ray—. ¡Ellos te provocan, y tú pierdes los estribos, te pones violento!

Por la *piazza* se acercaba mamá Masic. Esperó pacientemente hasta que el director de escena acabó de dar las instrucciones.

—¿Cómo estar Jerry? —preguntó entonces.

Ray no pudo por menos que reír ante el contraste entre esa pregunta tan modesta y la algazara que armaba Ugo en el escenario.

—Hoy no ha actuado aún —informó Tom al director—. Tampoco lo he visto.

—Se lo habrá llevado Mia —dijo el *signor* Tagliabue—. Lo cuida como la niña de sus ojos —tranquilizó a mamá Masic, que pidió disculpas y volvió junto a sus otros hijos, que estaban de pie ante la carnicería caballar y contemplaban la escena llenos de expectación.

—¡Que vaya alguien a la pensión y despierte a Mia y al niño! —pidió Ray—. Por cierto, ¿dónde está Emmy?

—¡Continuamos! —ordenó el director de escena—. Ugo, ahora tienes que exaltarte hasta la locura y la violencia: «Fate mi entrare, o vi rompo le ossa!». Entonces te arrestan y te llevan encadenado. Pero... —Se dirigió al *signor* Tagliabue y llamó a Bea por señas—. Ahora debe percibirse ante el pabellón la duda que ha sembrado el carnicero furioso. —Volvió a reír, esta vez con una carcajada algo histérica—. Al igual que ahora se siente este nerviosismo entre vosotros —se dirigió a los que estaban a su alrededor— porque nadie sabe dónde está el pequeño Jerry y Mia no está tampoco. ¿Ha ido alguien a despertarlos?

Algunas cabezas se movieron en señal de confirmación.

—Ahora os explico —dijo Ray en voz baja—, después de tanto griterío, la tensión silenciosa de la escena siguiente.

Se aclaró la garganta.

—Bueno, pues Alfia, el ama de cría, asoma la cabeza por la ranura de la entrada del pabellón con gesto interrogante: ¿a qué viene ese alboroto? Jakob, el *signor* Tagliabue, insinúa:

¿No está el niño a vuestro lado?

Y Alfia entiende mal la pregunta, porque ella cree obviamente en el niño de la emperatriz, que aún no ha nacido.

Alfia: ¡Paciencia, que aún no ha llegado!

Jakob: ¡No, que yo os hablo del vuestro!

Alfia: ¡Que duerme en la cuna, maestro!

Ray explicó la situación en voz baja para no interrumpir la continuidad del diálogo.

—Con lo cual se refiere a la cuna de su casa, de la que ya sabemos por Ugo que no es verdad...

Jakob: Donna Alfia, ¿cómo explicaros?

Ahora no habéis de asustaros:

Se han llevado a vuestro niño...

En aquel momento se acercaron los *carabinieri*, encabezados por el *maresciallo*. Se dirigían a la vivienda de mamá Masic. Se veía claramente que uno de ellos llevaba a un niño envuelto en mantas.

—¡Han encontrado a Jerry! —exclamaron los primeros que llegaron corriendo—. ¡Está vivo, pero debe de haber pasado algo terrible!

En ese instante, Berghstroem se acercó corriendo a la mesa de dirección. El gordo

lloraba a lágrima viva.

—¡Mia ha muerto! —gritó.

Se acercaron dos *carabinieri* y pidieron al productor, al director de escena y al maestro que los acompañaran para hablar con el *maresciallo*, que ya venía hacia ellos.

—No ha sido un accidente —murmuró para que no lo oyera ninguno de los curiosos que se agolpaban a su alrededor—, sino una muerte violenta a manos de terceros. Pero eso se lo digo sólo a ustedes, caballeros, pues no queremos adelantarnos a las investigaciones de la brigada de homicidios —dijo con voz pesadosa—. Alguien de ustedes debería acompañarme para la identificación. Alguien que tenga nervios fuertes.

—Tú, Emmy —dijo Ray.

—Si tú no... —se ofreció Rinaldo, pero Berghstroem lo interrumpió.

—Voy con usted —dijo, dirigiéndose al *maresciallo*.

Se encaminaron al Alfa azul oscuro, y el coche arrancó con la luz intermitente y la sirena encendidas.

Ray se había quedado de piedra. Todo el equipo lo rodeaba.

—Continuaremos el ensayo —dijo al cabo de un rato—. Es lo que Mia habría querido.

Nadie dijo nada. La decisión les pareció convincente, incluso el único homenaje posible a la asistente que había sido, si no el motor, por lo menos la infatigable correa de transmisión de *Stupor Mundi*, la transmisión de la idea a la realización. Algo se había roto, y todos lo sentían. Mia los había llamado una y otra vez al compromiso y a la entrega, pero el sacrificio que había ofrecido ella —pues percibían confusamente, con irritación, que su muerte tenía algo que ver con la obra— era excesivo.

Tom se lo dijo en voz alta a Ray.

—Mejor que dejes que cada uno encaje el golpe como pueda...

—No me toméis por débil, pero es que ahora no puedo, simplemente no puedo —se disculpó el *signor* Tagliabue.

Rinaldo acudió en ayuda de Ray.

—Si ahora interrumpimos el ensayo, todo el mundo se desesperará. Yo creo que es mejor que estemos juntos y sigamos adelante. Es lo mejor, de verdad.

—Bueno —terció Tilde Carson—. ¿Y qué es nuestra ofrenda de luto sobre el altar del Moloc llamado *Stupor Mundi* en comparación con el sacrificio de Mia? ¡No vaya a ser que tengamos que avergonzarnos ante ella!

Volvieron al escenario como una hueste silenciosa en medio de la agitada *piazza*. La noticia de la desgracia atrajo a media ciudad, y corrieron los más desatinados rumores, reforzados por el hecho de que mamá Masic callara obstinadamente, más que nada porque no tenía la menor idea de dónde y cómo su hijo Jerry había pasado

la noche.

Hettrich y Wolff aprovecharon el revuelo para llevar sin que nadie los viera el saco de los zapatos a las casamatas, donde estaba la guardarrope. Franck y Galinsky filmaban a mamá Masic con Jerry en los brazos; perdonaron, en cambio, a los actores que se hallaban en el escenario, suponiendo acertadamente que les habrían arrebatado la cámara a puñetazos.

Tal como habían esperado, Hettrich y Wolff encontraron las casamatas sin vigilancia alguna, pues también los asistentes de Elaine habían salido a satisfacer su curiosidad. Distribuyeron el contenido del saco a discreción entre las cajas en las que se guardaba, ordenado por números, el calzado de los extras. Casi todas las botas de ante se parecían.

Los dos hombres volcaron el resto sobre un gran montón de zapatos sin clasificar, arrojaron el saco a un rincón y regresaron tranquilamente al Volvo, cerciorándose una vez más de que no habían dejado huellas; el saco lo habían llevado en la baca, por si acaso, para que ningún grano de arena entrara en el coche. Finalmente recogieron los aparatos de vídeo y se mezclaron con la muchedumbre.

Manuel J. Berghstroem había esperado que lo condujeran al lugar del crimen, pero los *carabinieri* lo llevaron directamente a Ancona, al Instituto de Medicina Forense. Allí encontró a los Serafini y se le presentó al comisario encargado del caso. Era un hombre tranquilo, vestido de paisano, y que tenía los silenciosos modales de un científico alejado del mundo. Puesto que el inspector competente estaba de viaje de servicio, el *maresciallo* hacia las veces de asistente.

—No es necesario que identifique el cadáver. Los señores Serafini ya han tenido la amabilidad de hacerlo; aunque si insiste, *signor* Berkestrom...

Mark Sheraton meneó la cabeza cuando Berghstroem quiso acercarse a la mesa de hierro sobre la cual yacía el cuerpo de Mia cubierto por una sábana. Los pies desnudos sobresalían por debajo, pero lo que le hizo retroceder estremecido fue la enorme mancha de sangre que tenía la sábana, exactamente a la altura del pecho. La sangre estaba seca y era de un color entre marrón oscuro y rosa acuoso. Mark volvió a menear enérgicamente la cabeza, casi cerrándole el paso. Berghstroem reparó en el frasco que estaba entre los pies del cadáver y que contenía, sumergido en un líquido, un sangriento pedazo de carne. A Berghstroem se le revolvieron las tripas. Tony Hilton y Ed Hyatt lo llevaron a un lado hasta que se le pasaron las náuseas.

El comisario lo hizo entrar en su despacho.

—No quiero hacerle perder mucho tiempo, *herr* Berghstroem. —Era el primer italiano que pronunciaba correctamente su nombre—. Hoy mismo interrogaremos a su compañía en Iesi, pues el instinto me dice que el asesino o los asesinos forman parte del entorno de *Stupor Mundi*.

Berghstroem se sobresaltó. Esa idea tan obvia ni se le había pasado por la cabeza.

—¿Porqué? —balbuceó.

El comisario sonrió, pero su ayudante, el *maresciallo*, dijo con severidad:

—Tienen en nómina a la señorita Miriam Parker y al niño Jeremia Masic. ¿Es verdad o no?

Berghstroem asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, claro, pero...

—¡Espere! Antes de su muerte violenta, la Parker ocultó al pequeño, lo cual probablemente le salvó la vida a éste y le costó la suya a la Parker, puesto que, según mi hipótesis, ella murió torturada o asesinada tras la tortura para impedir que denunciara a los agresores; aunque también es posible que fuera asesinada y después bestialmente desfigurada; eso lo demostrará la autopsia. Sí, lo ha visto bien: le arrancaron el corazón con un cuchillo. No tiene por qué haber sido ésa la intención de los autores del crimen desde el principio, aunque el arma que emplearon indica que sí lo fue. También llaman la atención unas extrañas heridas dobles causadas por un objeto punzante, como de un tenedor de dos puntas. El mismo intento exagerado de borrar las huellas se repite en el suelo del lugar del crimen. A concluir por las pisadas que se han encontrado, parecen haber participado en el crimen por lo menos veinte personas, que además llevaban un tipo de calzado que no se encuentra en el mercado, confeccionado a mano hace siglos por nuestros humildes paisanos; o al menos ésa es la impresión que querían dar...

—¡Dios mío! —exclamó Berghstroem—. ¿Se refiere a zapatos de teatro? ¿A los nuestros? Tenemos centenares.

—Desde luego —dijo el *maresciallo*—. Pero aquí y en todos los alrededores, ustedes son los únicos que tienen zapatos de este tipo. ¡Nadie más que *Stupor Mundi*!

—Parece que hubiera una verdadera multitud de asesinos —dijo Berghstroem—. ¿Un linchamiento...?

—Ésa es la impresión que se quiso dar —respondió el taciturno comisario—. Por eso queremos hablar con todos los participantes; quiero decir, con todos los que participan en la producción de la obra, a ver qué nos cuentan. Puede irse, pero procure que usted y su compañía queden a nuestra disposición.

Berghstroem salió del despacho con un suspiro de alivio, pero el comisario lo llamó de nuevo.

—Comprendo su dolor y el de sus colaboradores, o de aquellos que lo sientan —dijo sonriendo—; pero procure, por favor, que no ahoguen su pena en alcohol. Sólo nos dificultaría el trabajo..., aunque no lo impediría.

Tony Hilton y Ed Hyatt lo llevaron de vuelta a Iesi; Mark Sheraton se quedó en la comisaría.

Detrás del escenario, en las casamatas, los *carabinieri* sellaron todas las habitaciones en las que se guardaban el calzado y las armas. Pidieron a Elgaine y sus asistentes las listas en las que constaba quién llevaba qué espadas, puñales y demás armas blancas. El primer control reveló que no faltaba ninguna pieza.

El *maresciallo* exigió que todos los que se hallaban en escena se quitaran los zapatos y los entregaran.

—Lo mismo da que ensayen con zapatos propios —dijo, atajando toda protesta posible.

Llegó uno de los asistentes con aire cohibido.

—Según mis cálculos —anunció—, de repente tenemos por lo menos sesenta pares de zapatos más que antes.

—¿Cómo puede ser eso? —recriminó Elgaine, en tono severo—. ¿Lo habéis registrado todo o no?

—Sí, señora —asintió su colega—. No me lo explico. Incluso diría que esta mañana, cuando se vistieron los actores, aún estaba todo en regla.

—Llama a la casa de vestuarios —ordenó la Coeurdever, indignada—. Lo aclararemos —aseguró al agente antes de alejarse.

Amedrentados por la severidad de su dueña, los dos asistentes no explicaron en qué estado habían encontrado por la mañana el muñeco Efe-Dos. Para evitar complicaciones, habían hecho desaparecer los restos y los habían sustituido por el muñeco de repuesto Efe-Tres. Como nadie se dio cuenta, lo dejaron así.

Los ensayos continuaban a medio gas; el director de escena echaba de menos no sólo a Mia, sino también a los Serafini, sobre todo desde que el cambio de calzado había acentuado aún más el nerviosismo y la confusión que reinaban en el clero y el vulgo.

—¡Puras ganas de fastidiar! —gruñó Ray, a quien la pierna enyesada impedía imponer orden.

Y eso que el gran coro final «Stupor Mundi» estaba concebido como prelude del desenlace de la obra; era el momento sublime que tanto el director de escena como el compositor venían preparando desde hacía mucho. Pero ya nada funcionaba, nada sonaba bien... Incluso unos movimientos tan sencillos como la salida del pabellón habían perdido todo esplendor. Ray luchaba desesperadamente contra el decaimiento.

Bea fue la primera en derrumbarse.

—¡No lo aguanto más! —gritó, arrojándose a los brazos de Rinaldo—. Aunque yo no tenga ningún hijo ni lo pueda tener, esto es demasiado para mí. No puedo dejar de pensar en Mia.

Le temblaba todo el cuerpo. Era justamente la escena en la que el mariscal del Imperio, encarnado por Nemo, exige a la emperatriz, que está saliendo del pabellón después de dar a luz, que entregue a su hijo recién nacido. Ray quiso tranquilizar a la excitada actriz, pero Tilde se entrometió.

—¡El ama de cría no tiene ningún motivo para ponerse tan melodramática en este pasaje! No es a ella sino a la emperatriz a quien le quitan el niño, y ella lo soporta con serenidad.

Estaban ensayando de nuevo con un muñeco; Ray ya no quería saber nada de niños auténticos. El director de escena reconvino a Tilde.

—No todo el mundo es tan animal de teatro ni está tan escaldado como para no ver en la vida real nada más que una mala escenificación. A Bea el amor le provoca dolor.

—¡Ay, señor! —gritó la Carson—. Antes, cuando le comunicaron la pérdida de su propio engendro, tuvo tiempo suficiente de exhibirse. Pero no, ahí andaba embelesadita con su papel... O quizá ni entendía lo que estaba diciendo. Y ahora que ya no le toca a ella sino a mí, ahora de repente le da por hacerse la mártir: «¡No puedo dejar de pensar en Mia!».

Bea no se abalanzó sobre ella porque Rinaldo la había llevado a un lado, rodeándola con el brazo de tal manera que le tapaba los oídos; pero la última frase, por desgracia, sí la había entendido. Se zafó de los brazos de su amado y se abalanzó sobre Tilde.

—¿Y qué importa nuestra ofrenda de duelo en comparación con la vida de una insignificante asistente de dirección? —aludió con sarcasmo a las palabras de la Carson.

Tilde no se había movido de su sitio; la aguardaba en postura de desafío, con la melena ondeando al viento y el rostro más pálido aún que de costumbre. Pero Nemo se interpuso entre las dos mujeres.

—¡Para poder brillar, la señora Tilde pasa por encima de cadáveres! —chilló Bea—. No es que los mate ella, no, los pisotea, los pisa con sus tacones como si nada...

Bea fue sacudida de nuevo por un llanto convulso, y Rinaldo, que la había seguido rápidamente, logró por fin sentarla en una silla. Pero entonces fue Nemo quien perdió los estribos.

—Ya no me sale ninguna frase seria en medio de toda esta locura —gritó riendo. La risa creció hasta desembocar en un ataque de tos asmática; la cara se le puso rojísima, haciendo temer que reventara—. ¿Por qué demonios queréis separar el maldito teatro de la vida exuberante y mortífera? ¡Llevemos de una vez a la escena toda la pasión y los bajos instintos que llevamos dentro, todo lo que tenemos de ridículo, de ridículo sublime! ¡Pongámoslo en escena! Mia se troncharía de risa si viera desde el cielo esta triste farsa que representamos con un muñeco —se interrumpió porque estaba de nuevo a punto de asfixiarse—... ¡Mia nos ha abandonado porque no nos aguantaba más!

—Mia ha muerto porque hay algunos locos que quieren acabar con nosotros —dijo Berghstroem, cuyo regreso había pasado desapercibido a todos.

—Más loco que nosotros no puede estar nadie —gritó Ray—. Debe de tratarse, por consiguiente, de seres de una inteligencia superior que están intentando impedir que continuemos. Los extraterrestres atacan... ¡Y nosotros les devolveremos el golpe!

—Ahora tú también te pones a delirar —dijo Berghstroem—. ¡Los asesinos de

Mia están entre nosotros!

—¡Ves! —exclamó Ray—. Y tú, Emmy, presumes de ser el único que no ha caído en las garras de la demencia colectiva. Puedes estar tranquilo: *Stupor Mundi* se mata a sí mismo.

Como si hubiese proferido una lúgubre profecía, todos callaron un instante.

—Parad ya el carro —terció Katarina, la juvenil duquesa, que hasta entonces no había dicho nada—. Si no, será como si matáramos a Mia por segunda vez.

El silencio continuó. El director de escena levantó la pierna enyesada y la dejó caer ruidosamente sobre la silla.

—Tú, Bea, vete a la guardarropía a descansar un poco y a relajar los nervios. Y tú, Nemo, olvida por un momento tu esquizofrenia, despídete de tu exuberante y mortífera alma alemana y represéntame al funcionario subalterno disciplinado y cerril, al mariscal Dietrich von Röpkenstein.

Nemo tuvo que hacer un esfuerzo para respirar cuando vio a Ray rodeando cariñosamente con el brazo el cuello del joven Urslingen; dobló la rodilla ante Tilde.

—Hay que entregar al niño a la tutela de la duquesa Margarita —declamó obedientemente.

Tras una segunda inspección ocular del lugar del crimen, en la cual participaron también Mark Sheraton y los vigilantes del *Dunes*, el comisario y el rechoncho *maresciallo* se encontraron en el aparcamiento de la discoteca. Don Pepe mandó servir unos refrescos. El comisario rehusó, dando las gracias, pero el asistente lo agarró ávidamente.

—Una primera inspección de todas las armas cortantes que habéis amontonado allí en Iesi —dijo al mayor de los Serafini— podría ciertamente inspirar a una mente enfermiza toda una serie de procedimientos bastante feos para matar a alguien, pero ninguna de las piezas nos sirve como arma del crimen.

—Es que no están pensadas para eso —repuso Mark—. ¿Y qué pasa con las botas?

—Podemos sospechar de todas; algunas muestran incluso huellas de arena. Pero eso no nos sirve gran cosa, porque no me imagino a vuestros comparsas reuniéndose en las dunas después de los ensayos para cometer un asesinato.

—Puesto que el crimen fue cometido muy cerca de aquí —intervino don Pepe, irritado—, cabe temer que alguien lo relacione con mi discoteca...

—Por eso forma usted parte del círculo de sospechosos, don Pepe Salo —dijo cautelosamente el comisario, pero aun así el propietario de la discoteca se disgustó—. Quiero decir que tanto el asesino como la víctima, o los dos, iban seguramente camino del *Dunes* o venían de allí.

—¡Más vale salir en la prensa con titulares negativos que no salir en absoluto! —remachó el *maresciallo*—. «¡La muerte del *Dunes*!». Espero que el propietario tenga

una coartada.

—¡De eso puede estar seguro, *marescià*! El día que yo no tenga coartada seré hombre muerto.

—Por lo menos a usted no le podrán arrancar el corazón, don Pepe... A falta de sustancia.

A don Pepe no le hizo ninguna gracia, pero Mark salió en su ayuda.

—A Mia no podían cortarles los huevos y teparle la boca con ellos —dijo con voz tajante, lo cual le granjeó una sonrisa agradecida del propietario de la discoteca.

—Ésa es la cuestión —replicó el *carabiniere* sin dejarse impresionar—. No fue violada; no hay ni rastro de esperma, a pesar de que estaba desnuda. Ella misma se quitó el jersey antes del crimen. ¿Deberemos concluir que aceptó deliberadamente la excitación sexual de los agresores?

—No es ésa la cuestión —dijo el taciturno comisario—. Lo único que importaba, tanto a ella como a los asesinos, era el niño. En realidad, la muerte de Mia fue un resultado imprevisto.

—Pero incluso eso asumió ella. La torturaron, le quemaron los pezones, pero ella no reveló el escondrijo del niño que estaba envuelto en su jersey. Murió para salvar otra vida —concluyó el *maresciallo*, satisfecho de haber llegado a una conclusión tan redonda.

—Entonces —infirió Mark—, la intención era matar al niño, y para eso tenían preparado el cuerpo del delito.

—Correcto —repuso el comisario, dirigiéndose a su ayudante—. No nos dejemos impresionar por el empeño que pusieron los asesinos en dejar huellas o borrarlas. En lo que se refiere al niño, se trata de un asesinato premeditado, aunque no haya llegado a perpetrarse. En segundo lugar, hay una huella o pista que los asesinos no intentaron borrar: es la que conduce a *Stupor Mundi*; y no es por las botas ni por el horrible arma que usaron, sino por el niño.

—¿Usted cree? —preguntó Mark Sheraton.

—Sí, señor —asintió el comisario—. ¡Y esta noche quiero saberlo a ciencia cierta!

—El que haya cometido este crimen es un asesino curado de espantos que no se derrumbará en el interrogatorio —tomó la palabra don Pepe.

—Si fuese un individuo aislado, tendría usted razón. Pero aquí se trata de un grupo de criminales. Si no se habían juntado por mera casualidad, cosa poco probable en vista de a) la intención y b) su funcionamiento como grupo, entonces el número de los sospechosos se reduce de forma considerable. Los tres hermanos Serafini serían el reparto ideal para este modelo.

—Muchas gracias, señor inspector —intervino Mark—. Yo tengo una coartada, y mis hermanos también.

—Estuvieron toda la noche conmigo —se indignó don Pepe.

—Dejemos eso para el interrogatorio —dijo el comisario.

Los dos subieron al coche de los *carabinieri* y partieron.

Mark Sheraton quiso despedirse también, pero el jefe le tiró de la manga.

—Mark —dijo—, no quiero que esos listillos presumidos se salgan con la suya y encuentren a los tipos. Este asesinato se ha cometido delante de la puerta de mi casa. ¿Puedo contar contigo?

Mark Sheraton vaciló antes de coger la mano que le tendía el otro, pero luego se la besó. Don Pepe se llevó la mano al bolsillo y extrajo un encendedor.

—Este *Dunhill* lo ha encontrado mi gente en la arena, en el lugar de los hechos. Facilitaría demasiado el trabajo a la policía.

Don Pepe emitió un silbido para llamar a su coche, y mandó llevar de vuelta a Iesi a Marco Serafini.

Entre tanto, los ensayos habían cesado en la *piazza*. Ray había pedido a Tom que informara a los familiares de Mia, pues alguien tenía que hacerlo. Berghstroem, que debería haber asumido esa responsabilidad, estaba ya tan borracho que además de dar la mala noticia habría dado muy mala impresión por teléfono. Con él abandonaron la *piazza* Ugo y Alfia, que se habían hecho muy amigos; el gigante sostenía cariñosamente a su esposa, a la que durante toda la obra había tratado como el perro al gato. Bea estaba enfadada con Rinaldo, quien, según ella, en el enfrentamiento con Tilde no la había respaldado a pecho descubierto, «como mi hombre», o por lo menos así le parecía a ella.

—¡Tú nunca pronuncias una palabra autoritaria, y eso que todos dependen de ti! ¡Eres el compositor!

El maestro había preferido no contestarle. Luego había venido la Coeurdever y les había contado que la policía había derramado en las casamatas arena amarilla fina, como la de la playa, y que la habían pisoteado con todos los zapatos y todas las botas disponibles. Luego habían fotografiado todas las huellas.

—Seguramente sospechan de la asociación coral de Alfredo Fiorante —se burló Nemo.

Pero su enfado iba dirigido contra Ray, que continuaba abrazando tiernamente a Peter, el joven duque, y ni por asomo pensaba apiadarse de la expresión infeliz que se dibujaba en el rostro de la pequeña duquesa.

Sólo Tilde se ocupaba de la chica, aunque también ella estaba ya bastante beoda. Ordenó a Kisha que volviera a llenar la copa de plata del coñac que traía en la botella de viaje y se la ofreció impetuosamente a Katarina.

—¡Esto te ayudará!

Katarina meneó la cabeza.

—No es por la pérdida de un ser querido —dijo con infantil seriedad—, sino por nuestra incapacidad de sentir verdaderamente el dolor —explicó, aceptando por fin la copa.

Tragó el coñac e hizo una mueca. Tilde rió.

—No te tomes tan a la tremenda los caprichos de Ray. Tu Peterli aún no está perdido ni mucho menos... O por lo menos no por mucho tiempo.

Katarina miró a la Carson sin comprender y rompió a llorar. Don Achille se presentó acompañado por don Pasquale; el teniente de alcalde venía a dar el pésame y el sacerdote a averiguar si la difunta había sido de religión católica, apostólica y romana, por lo del réquiem.

—¿Pero a éstos quién los ha llamado? —chinchó Berghstroem desde el fondo.

Pero Rinaldo, experimentado en tales situaciones, le tapó la boca.

—No creo que fuera católica —intervino en tono cortés.

Eso pareció aliviar considerablemente a don Pasquale.

—Así su pobre alma hallará la paz sin ayuda de la Iglesia —dijo, para explicar finalmente—: Me ha enviado la marquesa Fulvia. Lo hace siempre que algún huésped de su hotel nos abandona.

—¡Mia Parker vivía en la Pensión Quattro Stelle y era anglicana!

Berghstroem se había zafado de su niñera y avanzaba en postura medianamente derecha.

—Mi pésame —dijo don Achille y le estrechó la mano—. ¡Qué pérdida más terrible!

—Sí —dijo Berghstroem, tambaleándose ligeramente—. La echamos mucho de menos.

—¡Y tanto! —intervino Ray desde su asiento, sin volverse ni apartar el brazo del joven Urslingen.

Don Achille se apresuró a darle el pésame también a él.

—Tendremos que ponernos de acuerdo sobre el traslado —murmuró el teniente de alcalde al partir y siguió a don Pasquale, que ya se había ido.

—¡Qué habrá hecho Mia para merecer esto! —exclamó Ray—. ¡Parece mentira! ¡Tilde, échame un poco de ese brebaje!

Kisha le llevó una copa, y Ray la alzó.

—¡Mia, brindamos por ti! —Levantó la pierna escayolada y la dejó caer con estrépito sobre la silla—. No es por tristeza ni dolor que suspendemos los ensayos... ¡Es que estamos borrachos!

—Así te somos fieles —agregó Berghstroem, granjeándose una mirada compasiva del director de escena.

El productor acompañó a la Coeurdever al hotel, o ella a él, según se mire. Tilde los siguió con Rinaldo; Katarina esperó a Peter, que ayudó a Ray a levantarse y le acercó las muletas. Cuando Ray comprendió el motivo arrojó las muletas y se apoyó en el chico. El *signor* Tagliabue se ocupó de Katarina. La procesión cruzó la plaza.

—¡Qué banda más triste! —exclamó Nemo, que fue el último en marcharse y había recogido las muletas.

—Sí, es tremendo —dijo Kisha, sirviéndole el último resto de la botella.

Capítulo XII — El juicio

El comisario efectuó los interrogatorios en la pensión, a cuyos huéspedes, todos ellos miembros de la compañía de *Stupor Mundi*, citó en el orden siguiente:

- 1) Serafini, Marco. *Stunt director & maestro d'armi*, Roma;
- 2) Franck, Dieter. Operador de cámara, Erfurt;
- 3) Tagliabue, Cesare. Actor, cantante de ópera, Mestre;
- 4) Serafini, Antonio. Director de fotografía, Roma;
- 5) Wolff, Hartmut. Asistente de cámara, Eisenach;
- 6) Serra, Gualtiero. Conserje del Teatro Trilussa, Roma;
- 7) Hettrich, Rainer. Operador de cámara, Eisenach.

El comisario renunció deliberadamente a citar al enano Galinsky. Era una manera de sembrar la inquietud en el seno de unas agrupaciones que comenzaban ya a perfilarse. De la misma manera procedió con Edmondo Serafini. A mamá Masic el comisario ya le había hecho una breve visita; a los huéspedes del hotel los dejó a cargo del *maresciallo*, con quien se había citado después del primer turno para comparar los resultados. Permitió a quienes llamaba «mis clientes» que fueran a comer mientras tanto a la *pizzeria*. No le molestaba en absoluto que ahí pudieran comparar sus declaraciones o incluso coordinarlas; eso entraba en sus cálculos. Él mismo se había hecho reservar una mesa en Le Delizie; al fin y al cabo, hay que darse algún gustazo en la vida. A Waldemar lo había borrado de la lista en seguida porque había llegado aquella misma tarde, y también a los dos asistentes de vestuario, a los que el propietario de la pensión había invitado a comer con unos amigos que vivían en el Campo. Apuntó, sin embargo, el detalle para verificarlo, pues en principio todos los huéspedes de la Pensión Quattro Stelle, donde también se había alojado la víctima, eran sospechosos.

Waldemar Prutz estaba muy decepcionado de que no se le permitiera colaborar en la búsqueda de los asesinos; confió al comisario que él consideraba a Nemo y sus alemanes, a «esos neonazis», capaces de cometer semejante crimen. El comisario le prometió tener en cuenta tan valiosa indicación. Por lo demás no se pronunció delante de ninguno de los interrogados acerca de la impresión que tenía de la utilidad y la veracidad de sus declaraciones. Solamente hizo personarse de nuevo a Marco Serafini al final.

—Bueno —dijo al «domador de comparsas», título con el que Mark se había presentado, sorprendido ante ese trato especial—. Estuvo usted discutiendo cuestiones técnicas con la diseñadora del vestuario en la habitación de ella...

—¡En su estudio! —corrigió Mark.

—¿Y a qué hora se despidió de la señora?

—En cualquier caso sería después de la medianoche; luego volví a pie a la

pensión.

—¿Con quién se encontró por el camino?

—Con nadie. Ah, sí: a Franck & Co, los llamamos así, que estaban subiendo a su Volvo...

—¿A qué hora?

—A la una menos cuarto.

—¿Cómo es que recuerda la hora con tanta precisión?

—Estaba pensando en irme al *Dunes*...

—¡Ah! —atajó el comisario—. Estupendo, pues allí estaban sus hermanos... Y según la declaración de Tony, Franck & Co llegaron a la discoteca a la una y diez minutos. ¿No nota usted nada extraño?

—No.

—¿Dónde observó la salida del Volvo? ¿Se encontraba lo bastante cerca como para descartar toda duda?

—Primero, yo no estaba «espiando» ni tenía por qué hacerlo. Y segundo, el coche estaba aparcado en la calle del adarve inferior.

—¿Por qué pasó usted por ahí, si iba del hotel a la pensión?

—Salí del hotel a través del garaje subterráneo...

—¿Por consideración a la dama a la que acababa de consultar? ¿Era la primera vez?

Mark meneó la cabeza.

—Tomo siempre el ascensor al garaje...

—Pero ¿no estaría mirando el reloj?

—No.

—Gracias, puede irse —dijo el comisario, sin ocultar la irritación que sentía—. Pero, por favor, manténgase a nuestra disposición, para eventuales confrontaciones de testigos...

—Si no le molesta —dijo Mark, enojado— yo me voy al hotel...

—¡Pero haga el favor de ir por el camino directo y entrar por la puerta principal!

Al llegar al hotel, Mark Sheraton halló a todos reunidos en la sala, tal como les habían ordenado; únicamente Coeurdever y Tilde con su doncella habían exigido que se les permitiera esperar en sus respectivas *suites* hasta que les llegara el turno. Reinaba una atmósfera tensa. Si el comisario había esperado que los miembros de la compañía hablasen entre ellos de sus declaraciones, estaba equivocado. La barra del hotel no estaba cerrada, pero por orden del *maresciallo* estaba prohibido servir bebidas alcohólicas. Así pues, todos miraban la televisión, que transmitía un informe meteorológico de monótona prolijidad.

El pronóstico de una fuerte depresión atmosférica para las Marcas y la zona adriática se ve confirmada con creces. En la costa se ha dado alarma de tormenta ante el peligro de aluviones de pleamar. En algunos lugares, la

presión atmosférica ha descendido en 10 milibares. Las fuertes precipitaciones están provocando inundaciones, sobre todo en los deltas de los ríos. Asimismo se confirma la intensidad de la tormenta acompañada de descargas atmosféricas insólitamente fuertes, que en parte toman forma de granizadas tempestuosas. Se ha proclamado la alerta de grado dos para los bomberos, los servicios técnicos de emergencia y las unidades de pioneros del ejército. Se desaconseja urgentemente la utilización de las carreteras próximas al litoral. La actividad pesquera y los servicios de transbordadores han sido suspendidos. En la laguna de Venecia el nivel del agua se halla a 130 por encima de lo normal.

Nadie prestaba atención a la tempestad que allí se anunciaba. Miraban sin ver los mapas con espectacular simulación por ordenador, como si fuesen de cristal transparente. Eran demasiado irreales las nubes que remolineaban sobre el continente, demasiado irreal el aluvión de cifras de grados, precipitaciones y niveles de agua. Estaban interrogando a Nemo. Todos estaban de acuerdo en que el *maresciallo* tenía una manera muy estúpida de hacer preguntas.

Berghstroem, que había sido el primero, pasó revista mentalmente al desarrollo de su interrogatorio. Lo primero que escuchó fue que Tilde y Kisha habían expuesto ya su punto de vista antes que él, es decir, en su habitación.

—Vamos a ver —había dicho el *maresciallo*—. Qué le parece que la señora Carson, a la pregunta: «¿Tuvieron ustedes relaciones sexuales?», me contestara: «¿Es el mero intento constitutivo de delito, señor inspector?».

—Bueno —había condescendido el productor—, si mis fracasos en la cama le sirven para aclarar el caso, llamémoslo un *coitus interruptus*.

—Pero ¿lo hicieron o no lo hicieron?

—Tuve una eyaculación precoz, por si le interesa... Luego nos interrumpió Kisha, que entró en la habitación porque acababa de limpiar.

—¿De limpiar qué? —había preguntado el representante del orden público, pasmado—. No me diga que...

—Kisha había limpiado con gasolina la puerta de su habitación para quitar las porquerías que...

—¡Por favor, *signor* Berkestrom!

—Eran pintadas de inequívoco contenido racista, y por desgracia en alemán.

—¿De *skinheads* nazis?

—Algo así parecía —confirmó Berghstroem—. No presenté denuncia porque me daba vergüenza.

—La doncella no me ha contado nada de eso —se indignó el *maresciallo*—. ¡Con esa fulana tendré que hablar muy en serio!

—También sentiría algo así como vergüenza —dijo Berghstroem, desaprobando la actitud arrogante del *maresciallo*—. Quizá tuviera miedo. Además en este país las

denuncias no sirven para nada. Se interroga al denunciante como si fuese el criminal, luego no pasa nada, y para colmo hacen que uno se sienta como un cerdo soplón.

—¡Este insulto a nuestros órganos de justicia no lo haré constar en las actas, *signor* Berkestrom!

—¿Comprende usted, *marescià* —había contestado Berghstroem—, por qué uno tiene la sensación de estar a merced de un poder despótico?

—Tiene usted los nervios hechos trizas —dijo el *carabiniere*—. ¿No era la Parker su amante?

—Si me obliga a contestar, le haré el favor y me pondré violento. Entonces al menos obtendrá el resultado útil de una agresión a las fuerzas de orden público.

—Puede irse.

—Antes quisiera hacer constar que Mia Parker pidió hablar conmigo aquí en el hotel, poco después de acabar los ensayos. Mandé decirle que no estaba. Los motivos, véase arriba.

—¿Estaba excitada? ¿Nerviosa, digo?

—Pregúnteselo al recepcionista.

A continuación, el *maresciallo* había interrogado a la Coeurdever, también «en su ambiente», según justificaba su afición a hurgar en intimidades ajenas. Volvió a leer a Elgaine, que se había puesto ya la bata blanca, el acta de su declaración, para que no le diera con la puerta en las narices. Debajo de la bata estaba desnuda.

—Dice: «El *signor* Serafini se despidió de mí pasada ya la medianoche». ¿No recuerda la hora exacta?

—¿Por qué habría de recordarla? —replicó Elgaine—. ¿Usted mira siempre el reloj?

—¿Tuvieron ustedes relaciones sexuales?

Elgaine rió.

—¡Señor inspector, si quiere decir «joder», por favor, diga «follar»! *No comment* —agregó.

—El *signor* Serafini se marchó... ¿cómo?

—Vestido, si no recuerdo mal, y espero que por el ascensor del garaje subterráneo.

—¿Qué pasó con los zapatos que sobraban?

El *maresciallo* luchaba por cada minuto más que consiguiera permanecer en la habitación; esa mujer tenía un no sé qué...

—Hemos llamado a la casa que nos proporciona los vestuarios en Roma —dijo Elgaine, arrancándolo de sus pensamientos descarriados—, y resulta que por la mañana llegó a Iesi un saco de sesenta pares de zapatos que por equivocación no se entregó en la guardarropía sino en la Pensión Quattro Stelle.

—¿Y quién firmó el recibo? —inquirió ávidamente el *carabiniere*.

—Mia Parker.

—¿Y el saco no lo ha visto nadie?

—Tendrá que preguntar en la pensión. ¿Le puedo ayudar en algo más?

—No, no —dijo el *maresciallo*, y abandonó la *suite* sin haber tenido ocasión de echar un vistazo al dormitorio.

Elgaine cerró la puerta tras él.

La brigada de homicidios, representada por el *maresciallo*, había hecho esperar a Nemo en la sala de interrogatorios que el hotel había puesto a su disposición. Esta táctica daba buenos resultados a veces.

—Usted estuvo con los Serafini en el *Dunes*. ¿A partir de qué hora?

—Era tarde; seguramente pasada ya la medianoche.

—¿Quién más estaba? De *Stupor Mundi*, quiero decir.

Nemo reflexionó.

—Estaba Rinaldo con la pequeña Urslingen...

—¿Con quién?

—Con Katarina, la alondra de *Küssnacht* —explicó Nemo con una sonrisa sarcástica—. Estaba totalmente borracho. Y luego llegaron Franck & Co... Los del vídeo —agregó al ver la cara de incompreensión del interrogador—. Llegaron a las dos menos cuarto; en realidad, esperábamos a Mark Sheraton.

—¿A la una cuarenta y cinco? ¿Está usted seguro?

—¡Totalmente seguro! —exclamó Nemo—. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

El cerebro del *maresciallo* trabajaba febrilmente.

—¿A la una cuarenta y cinco? ¿Seguro que no fue a la una y diez?

—¡Se lo juro por mi madre!

—¿Y a qué hora salió usted del *Dunes* y con quién?

—Sería sobre las tres y media, con los Serafini. A Rinaldo, que estaba borracho como una cuba, y a Katarinita los llevaron Franck & Co en el Volvo.

—*Signor* Nemo, ¿está usted seguro de las horas que me ha indicado?

—Tengo una percepción intuitiva del tiempo que no me engaña jamás, *signor maresciallo*.

—Y luego, ¿qué hizo?

—Me fui a la cama.

—Espero que a la suya propia —dijo el *carabiniere*—. Por cierto, ¿cuál es su verdadero nombre?

—¿No le gusta «Nemo von Weimar», *signor capitano*?

Se había levantado; dio la vuelta a la mesa y posó las manos sobre los hombros del funcionario con ademán casi cariñoso.

—Hágalo constar así en las actas. —Acercó el rostro al del *maresciallo* hasta casi rozarlo—. ¡Por favor!

El *carabiniere* se retorció entre las manos del otro y por fin consiguió levantarse con brusquedad.

—Por mí, vale. ¡Pero el comisario no lo permitirá!

—Muchas gracias, señor inspector —dijo Nemo, y retiró las manos muy despacio.

El *maresciallo* rehuía su mirada y salió de la habitación antes que él. Cruzó la sala, que había comenzado a vaciarse.

—Damas y caballeros, ya pueden irse ustedes a dormir —dijo en tono clemente—. Si necesito a alguien lo haré llamar. Ustedes comprenderán...

Nadie le contestó. El *maresciallo* salió para reunirse con su jefe en Le Delizie.

—¿Sabéis qué? —dijo Ray, bostezando, y se levantó de uno de los sillones de cuero del vestíbulo—. Mañana descansaremos. Con esta atmósfera tan represiva no puedo pensar. Además, dicen que hará mal tiempo.

Dio una palmada a Peter, que había estado sentado en el respaldo, y lo empujó hacia Katarina, que se había dormido en un sofá.

—Iros a la cama. ¡Hay que reponerse!

Mark Sheraton había llamado por teléfono a una de las habitaciones, pero por lo visto no le contestaba nadie. Colgó el auricular y se fue.

Berghstroem, que estaba sentado en la barra con Tom bebiendo agua mineral, dijo a Ray, que pasó junto a él cuando iba camino del ascensor:

—Podrías consultarme antes de promulgar tus decretos. Pero estoy de acuerdo contigo: la producción está enferma. Espero que un día baste para convalecer; no podemos permitirnos más.

—No llores, Emmy —dijo Ray—. Ya me las arreglaré. Nunca he fastidiado un ensayo general.

Cogió del brazo a Nemo, que estaba a punto de salir del ascensor, y lo empujó de nuevo al interior de la cabina. Subieron juntos. El trasnochado barman apagó las luces.

—Bueno, *dottò* —empezó el *maresciallo* mientras los dos se llenaban los platos en el bufé de entrantes—. El Berkestrom se lo montaba con la Carson; y si me pregunta a mí, la morenita aquella andaba metida en el lío también, un *ménage à trois*...

El comisario movió la cabeza sin hacer ninguna pregunta; eso significaba: «¡Continúe!». Los dos hombres estaban solos en el restaurante; el *signor* Delle Delizie había encargado expresamente a un camarero que atendiese al *signor commissario* a esa hora tan avanzada, aunque no hubiese más que platos fríos.

—La Coeurdever, Elfriede-Gertrude-Anneliese —dijo riendo—, y el apellido tampoco es tan romántico: se llama Korbmacher. Ésa se tiró al *stuntman director*, al mayor de los Serafini...

—¿Hasta qué hora?

—No se acuerda; dice que fue tarde.

—Mmmm —hizo el comisario, lo cual era señal de descontento.

—El director de escena, Raymond Maulman, que de verdad se llama así, estaba en la habitación con el chico; «instruyendo a mi nuevo asistente», decía. El tipo es un invertido, eso está claro...

—A mí me interesaría saber qué dijo —lo amonestó el comisario—. ¿Tiene algún indicio, alguna sospecha?

—Sí —asintió el *maresciallo*, apresurándose a revelar su descubrimiento—. ¡El farmacéutico Fiorante!

—¡Bobadas!

—Eso lo dijo él también, y además dijo: «¡Cantate ha atacado de nuevo!». Ese hombre se ríe de nosotros. Le pregunté: «¿Es usted homosexual?», y se atreve a contestarme: «¿Usted también?».

—Muy bien —dijo el comisario.

—¿Cómo? —exclamó el *maresciallo*, casi atragantándose con un trozo de chipirón en salsa picante; luego prefirió continuar—. El joven Peter Aljoscha Dimitrov me mintió descaradamente, diciéndome que su novia, que en verdad es su hermana, estuvo toda la noche con él en la habitación; pero cuando interrogué a la niña, resulta que estuvo en el *Dunes* y no volvió a casa hasta el amanecer.

—*Marescià* —dijo el comisario—, ¡lo mandaré trasladar otra vez a la brigada de asuntos morales si no me proporciona de una vez alguna información útil sobre el asesinato de Mia Parker! ¿Me ha entendido?

El *carabiniere* hizo un esfuerzo.

—Pasemos a la declaración de Nemo von Weimar. Estuvo a partir de medianoche en el *Dunes* con Antonio y Edmondo Serafini. Allí se hallaban presentes además Reinhold Schilling, el compositor, y la susodicha Katarina Dimitrov. Alrededor de las dos menos cuarto llegaron también los señores Franck & Co, como él los llamaba, los del vídeo, y partieron sobre...

—¡Espere! —lo interrumpió el comisario—. Lo de la hora es importante. Antonio Serafini afirma que fue a la una y diez, y apuesto a que su hermano Ed nos contará exactamente lo mismo.

—En ese lapso habrían tenido tiempo holgado para cometer...

—Exacto —dijo el comisario—. ¿Algo más?

—Basile Tomei, propietario de un teatro de Roma, declara haber visto alrededor de la una menos veinte o menos diez al cuarteto de vídeo en la esquina de la *piazza* con el corso. Iba acompañado de su mayordomo, Gualtiero Serra.

—¿Hablaron? —urgió el comisario.

—Dice que Franck & Co preguntaron por Mia, y que Serra los informó de que había encontrado a la Parker completamente trastornada buscando al pequeño Jerry, al niño Jeremia Masic.

—¿Y qué más?

—Nada más. ¿O le interesa saber que el maestro borracho Rinaldo se llevó a su torre a Katarina Dimitrov?

—No —dijo el comisario.

Pero el *maresciallo* tenía que soltarlo:

—Fue ella quien se empeñó.

—¡Por lo menos no es incesto! —lo consoló el comisario—. Resumamos. Yo propuse desde el principio la tesis de que estamos ante un crimen cometido en grupo. Las utilísimas indagaciones llevadas a cabo por usted, querido *maresciallo*, refuerzan esta hipótesis. Todos los individuos tienen alguna coartada, la mayoría de tipo sexual; qué bien para usted. Es en los grupos donde surgen las contradicciones. ¿Qué grupos tenemos? Primero: Nemo y sus alemanes; segundo: Franck & Co; tercero: los hermanos Serafini; cuarto: Tom y Ugo.

—¿Esos dos? —osó dudar el *maresciallo*.

—Dos personas también son un grupo: el *signor* Basile como cerebro y su Quasimodo como brazo ejecutor. El motivo: la envidia, quizá del éxito de su colega Maulman. No tienen coartada. Pero estoy dispuesto a descartarlos, y también a los primeros. Nos quedan Franck & Co y los Serafini. Recordemos, pues, la sucesión cronológica de los hechos. ¿Está usted todavía en condiciones de hacerlo, *marescià*? ¿O prefiere tomar primero un *dolce* o un café?

—Un café, por favor —pidió el *maresciallo*—. *Doppio!*

Luego comenzó con la debida concisión:

—Según la declaración de la madre, Olga Masic, se había convenido que la gente del vídeo filmaría a Jerry *Superstar* en cuanto fuera «técnicamente posible». ¿Franck & Co lo confirman?

El comisario asintió con un gesto.

—Hacia medianoche, la Parker acabó los ensayos; el director de escena se había ido ya, a pesar de tener una pierna enyesada, a dar instrucciones a un nuevo asistente mientras el viejo, o la vieja, aún estaba viva.

—¡No se entretenga con cuestiones morales!

—La Parker se presenta en casa de mamá Masic y pregunta por Jerry. La madre le contesta que seguramente está «filmando». En el hotel, la Parker pide hablar con el productor, en vano. Delante de su pensión, la Parker encuentra a Gualtiero Serra, quien, según su propia declaración, le ofreció ayuda «porque parecía muy confundida». Ella lo rechazó, siempre según Serra. El siguiente a quien encuentra, precisamente ante la torre de Rinaldo, es al *signor* Tagliabue, que según sus propias afirmaciones no estaba ya del todo sobrio, pero recuerda que ella iba con su *Mini* rojo y que él le dijo que había visto a Franck & Co en el Corso, donde pidieron que se los dejara entrar en el restaurante, que ya estaba cerrado.

—Confirmado —terció el comisario—. Estaba cerrado.

—Lo importante —dijo el *maresciallo*, alzando la voz— es que la Parker, al

escuchar esta noticia, salió corriendo presa del pánico. Incluso dejó el coche.

—¿A qué hora?

—A las doce y treinta y cinco.

—¿Cómo lo sabe con tanta precisión?

—El *signor* Tagliabue declara que siempre mira la hora.

—¿Y fue Tagliabue el último a quien ella vio? ¿Exceptuando a los asesinos?

—Entre las doce y treinta y cinco y la una hasta la una y treinta y cinco, la supuesta hora de su muerte, tuvo que encontrar en alguna parte al pequeño Jerry, puesto que por lo visto lo llevaba consigo cuando la perseguían. O bien fue ella la que persiguió a los secuestradores de Jerry, les arrebató el niño que estaban a punto de degollar y lo ocultó. Pero a partir de ahí se pierden todas las pistas, como ya he dicho.

—¿Eso no son más que conjeturas! —refunfuñó el comisario, descontentísimo.

—De hecho, todos los indicios apuntan a Franck & Co —dijo el *maresciallo*, satisfecho.

—Son demasiadas cosas —objetó el comisario—. Si las declaraciones de los Serafini son verídicas, no les quedó tiempo para cometer el asesinato.

—¿Por qué mienten los Serafini? —preguntó el *maresciallo* con aire triunfal—. Me gustaría someter a los dos grupos a un interrogatorio cruzado.

—A usted —replicó el comisario—. Yo ya he interrogado a los operadores de cámara. Son un Muro de Berlín hecho de goma. Fueron a cenar juntos a la *pizzeria*. Confirmado. Preguntan a mamá Masic, si bien un poco tarde, si los deja filmar a Jerry; ella los remite a Mia. Confirmado. Antes, sobre las doce y treinta y cinco, intentan entrar en Le Delizie...

—¿Por qué? —interrumpió el *maresciallo*—. ¡Si ya habían cenado!

—Quizá quisieron tomar unas copas. A la una menos cuarto son vistos por Basile Tomei y Gualtierio Serra en la esquina del Corso. A la una menos diez suben, según Marco Serafini, a su Volvo, y llegan al *Dunes*, según Antonio Serafini, a la una y diez, aunque según Nemo no llegaron hasta las dos menos cuarto.

—¿Orden de arresto?

—¿Contra quién? —El comisario meneó la cabeza—. Nos hacen falta indicios más sólidos. El motivo. El arma del crimen. ¡No puede haber desaparecido!

—¿¡La habrán enterrado!? ¿O arrojado al río?

—¡Búsquela! —ordenó el comisario—. Esos pajarracos no se nos escaparán.

—¿Vigilancia, pues?

El comisario asintió con la cabeza. Estaba cansado.

A la mañana siguiente hizo un tiempo excepcionalmente bueno. Aunque soplaba un viento gélido, el cielo estaba despejado y el sol iluminaba el escenario abandonado de *Stupor Mundi*. La mayoría de los miembros de la compañía permanecieron acostados hasta el mediodía; algunos se encontraron en la *pizzeria*, pero evitaron

hablar del día anterior, y menos aún de Mia. Tilde, acompañada por Kisha, y los Urslingen fueron a misa... Y también los otros se sentían como si fuese domingo.

Franck & Co aprovecharon la ocasión para entrevistar a cuantos miembros de la compañía pudieron echar el guante. A Las Alondras de Küssnacht las interceptaron al salir de la catedral y las colocaron ante la iglesia románica de San Giorgio, que dominaba la antigua plaza del mercado.

—¿No queréis revelar vuestros nombres ni vuestro origen?

—Somos hijos del amor —repuso Peter humildemente.

En Wolff había encontrado a la persona adecuada para tales revelaciones, pero a Katarina no le gustaba que su compañero se dejara enredar en una conversación con esos tipos. Le dio un empujón, y el chico calló.

Así pues, el entrevistador cambió de táctica y se hizo el tonto.

—¿Los dos? —preguntó, compasivo—. Pensé que erais hermanos.

Katarina, con su delicado rostro de lechuga surcado de venas azules, miró cariñosamente a Peter, a quien apenas llegaba al hombro; Peter bajó los ojos y buscó la mano de Katarina.

—¿Sois gemelos? —insistió la cámara de vídeo que apuntaba a los dos.

—Sí —murmuró Peter.

—Entonces ¿estáis siempre juntos? ¿En la escena, en la ca... en la vida?

Peter miró a su compañera en busca de ayuda, y ella se colocó delante de él, casi como protegiéndolo.

—Sí —dijo con vehemencia—. ¡Somos inseparables!

—Somos uno —agregó Peter resueltamente, a raíz de lo cual Katarina lo cubrió con el cuerpo para interceptar la pregunta siguiente, que salió disparada sin tardanza.

—¿Y la vida sexual, cómo la lleváis? ¿Lo hacéis a tres o a cuatro?

Al principio dio la impresión de que la pregunta había errado el blanco y caído al foso, pues no provocó ningún tartamudeo avergonzado sino una risita, y además en los dos.

—Y vosotros, ¿invitáis a vuestros amigos? —devolvió insolentemente la pregunta Katarina—. ¿Cómo hacen el amor Franck & Co? ¿Como las abejas?

La cámara asexuada hizo caso omiso de la réplica.

—¿Así que siempre los dos solos?

—¡Claro! —exclamó Katarina con una carcajada cristalina—. ¡Somos felices los dos solos!

—¡Queremos una muestra! —exigió Hettrich, que hacía las veces de asistente—. ¡Besaos!

—¡Los dos solos! —recalcó Katarina, responentona, dejándose contagiar por la hilaridad.

—Como Las Alondras de Küssnacht —continuó Wolff— conocéis seguramente la historia de Guillermo Tell, ¿verdad?

Para su asombro, los dos respondieron meneando la cabeza.

—Aquel que puso a su hijo una manzana en... —quiso explicar Hettrich, pero Wolff le asestó un puntapié en la pantorrilla y continuó él mismo:

—... al que obligaron a poner a su querido hijito una manzana entre las piernas y acertarla de un tiro, siendo amenazado de muerte si se negaba a disparar. Ahora dime tú, Peter —se dirigió a la víctima más fácil—: si yo le pusiera a Katarina una manzana entre los muslos, ¿tú dispararías?

El chico lo miró perplejo, pero Katarina dijo con firmeza:

—¡Yo lo exigiría, y él daría en el blanco!

—¿Seguro?

Katarina asintió con la cabeza y avanzó un paso hacia el objetivo de la cámara.

—Y si, al revés, tú me pidieras lo mismo a mí —Katarina escudriñó la cabeza de Wolff detrás del visor de la cámara hasta que encontró el punto que buscaba—, te dispararía al cuello.

Aferró de la mano a Peter y se marchó, arrastrándolo consigo.

—Qué extraño que, siendo suizos, no conozcan la historia de Tell —dijo Hettrich cuando Wolff bajó la cámara.

—Tampoco hablan dialecto —murmuró Wolff.

Tilde Carson, que antes se había parado en actitud algo expectante, había abandonado la plaza acompañada por Kisha.

—¡No les has preguntado qué opinan de la obra! —amonestó Franck.

—Ellos han revelado mucho más acerca de *Stupor Mundi* que si los hubiese interrogado directamente acerca del amor, el sacrificio y la muerte —se defendió Wolff.

Franck & Co se pusieron en marcha.

La marquesa Fulvia había invitado a su casa de campo a Berghstroem y a Rinaldo, pero Berghstroem no tenía ganas de ir, así que Rinaldo partió acompañado por Tom, ya que Bea no le prestó el coche. Al salir del garaje, los retuvieron Franck & Co.

—Una breve entrevista sobre *Stupor Mundi* —los informó Franck en su estilo conciso. Las cámaras ya estaban rodando.

—*Signor* Tom —dijo Wolff—, usted dirige un teatro propio. ¿Se ha encontrado alguna vez con una obra como *Stupor Mundi*? Me refiero sobre todo a la manera en que se está produciendo y poniendo en escena.

La pregunta tenía un retintín provocador, cuando no desdeñoso, aunque Wolff se esforzara por mantener un tono neutro.

—¡Jamás! —dijo Tom—. Y creo que nunca más volverá a...

—¿Y usted qué opina, maestro Reinhold Schilling, compositor de *Stupor Mundi*? En su agitado pasado, usted ha tenido a menudo problemas con la legislación vigente relativa a los derechos de autor. ¿Hasta qué punto se trata esta vez de una creación

propia?

—Un compositor que tema aproximarse al plagio o que se preocupe de su buena reputación debería cambiar de oficio. —Rinaldo hablaba sin la menor emoción, como si la intención ofensiva de la pregunta le fuese enteramente indiferente—. A Gershwin, a Bernstein y, desde luego, a Orff, todo el mundo los lleva en la memoria, y yo incluso en el corazón. Querer sentir la emoción de una canción de cuna, el sufrimiento de una madre, como si nadie lo hubiese hecho antes, cuando ya existen un Albinoni o The Doors, es una tontería. El arte consiste únicamente en escribirlo de tal manera que la sociedad de autores no pueda acusarme de nada. Cuando se trata de componer un canto para un bufón, para un obispo o para un carnicero, ¿acaso he de pasar por alto las creaciones del malogrado Nino Rota, de mi sufrido amigo Peer Raben, o incluso de Ennio Morricone? ¿Debo renunciar a las melodías de una tradición de medio siglo, a generaciones de músicos geniales? ¿A las melodías árabes, las danzas griegas, la *canzò* de los trovadores, las misas latinas, las antiguas canciones populares de Italia? ¿Por qué no habría de inspirarme en todo eso?

—¿Así que usted sigue robando? —trató de comprometerlo Wolff.

—Y a mucha honra, señores. El robo es un arte. Eso se lo enseñará cualquier ratero napolitano. El robo es una creación de valor añadido. Incluso usted, señor Franck —se dirigió al jefe del equipo—, que con tanto celo y tanta testarudez está grabando nuestro trabajo, podría hacer de esto una obra cinematográfica que pasara a la historia. ¡Sólo le falta tener una pizca de buen gusto, un mínimo de talento y, desde luego, mis derechos de autor!

Dio un empujón a Tom, y el coche arrancó.

Berghstroem telefoneó a la *suite* de la Coeurdever, pero no obtuvo respuesta. Le dijeron que se había ido al campo. La mayoría de la gente se había ido de excursión. En la barra sólo encontró a Nemo, que le comunicó que Ray seguía en la cama. A Berghstroem le pareció la única solución razonable. Volvió a su habitación y encendió el televisor antes de acostarse sobre la cama. Estaban acabando las noticias y siguió, tras un corte publicitario, la información deportiva. Fuera, el cielo se teñía de un negro azulado, y un trueno lejano anunciaba la tormenta que se acercaba. Berghstroem se había adormecido antes de que se desatara la tempestad. Escuchó en duermevela el tamborileo de la lluvia, que lo reafirmó en la intención de no volver a abrir los ojos.

Deseaba que no hubiese pasado nada. Mia está viva, sólo tiene que alargar la mano y ella yace a su lado, y su cabello le hace cosquillas en la nariz. No lograba imaginarse cómo continuar sin ella. Sí, podía apoyarse en Tom... O quizás era mejor cedérselo a Ray. Con Nemo no se podía contar, sobre todo desde que el director de escena lo había desairado con la preferencia que mostraba por Peterli, que como asistente de dirección era a todas luces un desastre. El bardo alemán había dado en

apodarlo «El Condoncito» delante de todo el mundo. Él, Berghstroem, sólo podía contar con los Serafini. Se alegraba de que Mia lo hubiera convencido para que los contratara. Los tres hermanos no tenían ambiciones propias. Su única ambición consistía en hacer realidad los deseos de quien los contratara, por extravagantes que fuesen, para bien de la obra en ciernes. Eran buenos servidores, una cualidad que escaseaba cada vez más. Los demás elementos que se hacían pasar por asistentes consideraban el trabajo para el cual tenían a bien hacerse contratar como un mero peldaño en el camino hacia el propio *opus magnum*. ¿Acaso él mismo no había tratado como meros instrumentos de su voluntad a Ray e incluso a Rinaldo, al creador de las melodías, los coros y las canciones, y aun a Maxi, que lo había hecho todo posible para él y todos los demás? ¿Era él mismo un buen servidor de *Stupor Mundi*, como lo había sido Mia? ¿O había creado esa obra sólo para mayor gloria de Manuel J. Berghstroem?

Por su mente pasaban imágenes de enorme intensidad y exuberante riqueza de colores... Elgaine era una servidora, aunque se presentara como dueña, aunque había rechazado desdeñosamente su mudo balbuceo de enamorado, sus sueños húmedos, su pueril deseo de poseerla. ¡Pero su aportación a *Stupor Mundi* sí la podía ver, tocar, acariciar y besar! Había merecido la pena contratar a la Coeurdever. Si a él, al productor, lo asaltaban vagas dudas, no se referían a Berghstroem, el libretista, que le merecía plena confianza, sino precisamente a él como la persona que manejaba todos los hilos. De haber cumplido con su deber podría haber llevado la nave a buen puerto. ¿O acaso la nave iba ya a la deriva, con el timón roto y sin tener quien la gobernara? ¿Acaso la empresa no excedía sus fuerzas, si ya el primer hombre en caer al agua, el contramaestre, bastaba para sumirlo en tamaño desespero? Sólo faltaba un postrer esfuerzo, las luces del puerto titilaban a lo lejos, una última maniobra hábilmente ejecutada o dos, el timón firmemente aferrado, y *Stupor Mundi* rebasaría los últimos escollos con las velas desplegadas. La muchedumbre que aguardaba en el muelle, contemplando fascinada el espectáculo de la nave en plena batalla contra las olas, manifestaría su alegría con un grito de mil bocas, y los coros de los marineros que se habían encaramado a los mástiles y a las vergas responderían con brío.

Stupor Mundi!
Uno splendido annuncio è la vittoria
di quel materno affetto; ansia ed attesa
sono nel nostro petto.
Vieni, fanciullo di pace e di gloria!

El pabellón resplandecía, y el pueblo que con tanta paciencia lo había esperado saludaba al niño imperial. Berghstroem se vio a sí mismo yaciendo en el pesebre, irradiando una luz sobrenatural. ¡Él era *Stupor Mundi*! El mundo se admiraba ante la hazaña titánica, heroica, brillante, que había realizado. Los obispos balanceaban

sobre él los incensarios, los cardenales se arrodillaban ante él. El clímax se acercaba como un sol rutilante para unirse en nupcias alquímicas a él, el creador. Berghstroem era la parturienta, la madre, la que sufría los dolores del parto; sudaba, gemía y gritaba. ¡Unos pocos *momenti magici* más del último esfuerzo espiritual, y lo habría conseguido!

Stupor Mundi!
Sia resa grazia alia Vergine Santa
divino esempio, per ricompensa tanta:
un re al mondo oggi ha donato,
con dolore partorito.

Se abrió el resplandeciente pabellón, el alto clero, los cardenales y obispos se retiraban, y la madre entregaba su fruto, lo regalaba al mundo. Berghstroem era la emperatriz. Su feliz alumbramiento, pese a todas las adversidades, era el éxito de haber hecho realidad *Stupor Mundi* tras superar todos los obstáculos. Berghstroem era el mundo asombrado al que se entregaba, recibido por el júbilo de los coros, el son de los clarines, el retumbar de los timbales y el redoble de los tambores.

Stupor Mundi!
Ringraziamo il Supremo, e sia in errore
chi di scrutar pretende il suo volere.
In Sua grazia noi viviamo,
in Lui solo confidiamo.

Sus ronquidos inquietos, sus estertores entrecortados por apneas, dieron paso a la respiración más tranquila del incipiente sueño profundo. No vio cómo la televisión interrumpió el programa deportivo para transmitir un «Aviso de peligro para las fiestas».

Se prevé que el inminente choque del frente de aire frío que avanza rápidamente con la ola de calor que aún se mantiene producirá en el ojo del ciclón unos chubascos huracanados de una velocidad de turbulencia de más de 80 millas por hora, equivalentes a entre 150 y 160 kilómetros por hora, y que en las cercanías del litoral se manifestarán en forma de trombas y mareas vivas. Los árboles y los edificios viejos no resistirán el envite de la naturaleza. Los daños serán considerables. Se ha proclamado el estado de alarma de tercer grado; se espera la inminente declaración del toque de queda y la movilización de los reservistas de protección civil. Las emisoras de radio y televisión transmitirán cada hora los boletines del comité ministerial de emergencia.

Capítulo XIII — Los amantes

Los rayos y truenos se habían prolongado durante toda la noche.

—¡Esto parece la guerra! —exclamó Tom cuando despertó a Berghstroem al amanecer—. ¡Cómo puedes dormir con este ruido! —Abrió la puerta del balcón para que entrase un poco de aire en la habitación del hotel—. Yo no he pegado ojo en toda la noche. Está claro que no todo el mundo es un elefante como tú.

A Berghstroem no le hizo ninguna gracia que lo obligaran a levantarse con tales piropos. Sólo recordaba vagamente que en algún momento de la madrugada un trueno retumbante lo arrancó de los sueños; la imagen del televisor estaba borrosa, zumbaba y crujía. El rayo debía de haber caído muy cerca; probablemente había destruido el tubo catódico, ya que en la pantalla no se veía más que unas rayas convulsas que bajaban en zigzag, arrastrando tras de sí unas formas borrosas a modo de velo. El mando a distancia tampoco funcionaba. Berghstroem había desenchufado el aparato y se había desvestido a toda prisa, pues se había dormido una vez más sobre la cama y con toda la ropa puesta. Odiaba esta sensación de meterse entre las sábanas tiritando de frío, pero a pesar de los truenos se había vuelto a dormir en seguida.

—Ray ya está abajo —siguió informando Tom—. Quiere hacer un último repaso antes del ensayo general, pues el tiempo puede empeorar otra vez en cualquier momento.

Berghstroem miró malhumorado por la ventana. El cielo no tenía color alguno; no estaba ni siquiera gris, sino más bien blanco.

—Tampoco está lloviendo, al menos de momento —prosiguió Tom—. He despertado a todo el hotel, porque Ray quiere que se reúnan todos con él.

—Eso es un estúpido ritual de actores supersticiosos —gruñó Berghstroem—, ¡tan imbécil como aquel de los jugadores de baloncesto que se golpean la palma de la mano los unos a los otros!

—*Gimme five!* —exclamó Tom sonriendo, y para no decepcionar a su amigo, Berghstroem se puso en pie de un salto y corrió al baño.

A excepción de unos pocos charcos, la *piazza* estaba seca y... roja. Había manchas rojas por todas partes; las que aún estaban húmedas relucían como sangre. La arena del Sahara cubría también el escenario como una fina capa de polvo; los vientos cálidos la levantaban y formaban remolinos.

—¿Cómo va la guardarropía? ¿Ya están vestidos todos?

Ray Maulman, el director de escena, no ocultaba su impaciencia.

—La Coeurdever fue la primera en llegar con sus asistentes a las casamatas —informó Nemo, que había arrebatado a Peterli el puesto de asistente y, por tanto, el lugar que ocupaba al lado del director de escena—. Vigiló personalmente a todos mientras se vestían.

—¡Primero el clero! —exclamó Ray—. Antes del repaso, quiero ver otra vez el final todo seguido. Después hay que desmontar el pabellón, antes del anochecer, y volver a montar el decorado del primer acto: las tablas con la horca, y luego la tribuna con el trono.

Para la noche se esperaba el regreso del emperador. Elgaine pensaba con rencor en el reencuentro, Bea y Katarina seguramente con sentimientos distintos.

—El *signor* Parride, el primer *podestà*, no ha vuelto a dar señales de vida —dijo Rinaldo a Elgaine, que estaba dando los últimos toques a la joroba y el gorro de bufón—; así que a Mark Sheraton no le quedará más remedio que prepararse para el relevo.

—Pues avísalo —repuso la Coeurdever malhumorada; el comentario de Rinaldo le sonaba como si ella fuese responsable de Mark.

Franck & Co barruntaron una oportunidad única de verlos a todos solemnemente ataviados y reunidos en el escenario, y de colocar ante las cámaras a aquellos de entre los protagonistas e impulsores de *Stupor Mundi* a los que no habían entrevistado aún. Sólo faltaban Berghstroem y Tilde Carson, pues ese día señalado no empezó sin complicaciones. Hacía mucho que Berghstroem era incapaz de tomarse en serio los caprichos de sus estrellas, y menos aún las protestas con las que Tilde abandonaba «definitivamente» la ciudad sin ni siquiera tomarse la molestia de llevarse a su doncella negra, Kisha, y, según le dijeron, concediendo entrevistas a Franck & Co antes de partir.

—*Signor* Tagliabue —preguntaron a la primera víctima—, ¿usted cree todavía en *Stupor Mundi*?

El anciano carraspeó.

—Yo no creo en *Stupor Mundi*... ¡Estoy obsesionado con *Stupor Mundi*!

Las cámaras de Franck & Co se volvieron para enfocar a Bea, que se había acercado por casualidad.

—¡*Madame* Delle Delizie! ¿El papel de Alfia, la mujer del carnicero y posterior ama de cría de la emperatriz, le abrirá el camino a la gloria?

—¡*Stupor Mundi* ya es la mayor gloria del mundo, señores! Es eso lo que ustedes no comprenden... Y Alfia es, sin duda, el personaje femenino más importante, y eso la emperatriz no lo puede evitar. Lo que importa a la gente no es el título y el rango social de un papel, sino cómo se representa. ¡Yo soy Alfia! ¡Muchas gracias, señores!

—¿Qué nos dice usted de *Stupor Mundi*, Ray Maulman, cineasta rodeado de escándalos, terror de los teatros de ópera y director de escena de este *historical*? —se dirigió el entrevistador Wolff al melencólico arcángel sentado en la silla de director.

—¡Nada! —rió éste a la cámara que lo enfocaba, aferró a Rinaldo de la manga y lo atrajo a su lado—. Al igual que por el maestro habla su ordenador *Vox Medieval III*, un cerebro muy inteligente, dotado de sensibilidad para adaptaciones de toda clase, a mí me representa mi puesta en escena. Vean el ensayo general, y entonces quizá comprendan... No estoy muy seguro de eso, pero acaso le pidan

ayuda a *Vox Medieval* III... Entonces quizá comprendan lo que quiero decir.

Ray se había puesto serio.

—Lo que me interesa saber a mí es qué efecto causa *Stupor Mundi* a legionarios televisivos, *cyberfreaks* y ratones Mickey; por eso voy a hacerles una entrevista a los señores Franck & Co. Deme ese chisme, que yo lo sé manejar —dijo haciendo una seña al enano Galinsky, que miró a su jefe en busca de ayuda.

Pero Franck se limitó a mover la cabeza en señal de asentimiento, pues mientras el equipo Wolff/Hettrich siguiera funcionando, a él todo le parecía bien. Sin embargo, vio que la cámara no lo enfocaba a él sino a Wolff, que estaba ligeramente desconcertado.

—Señor Co —dijo Ray—, ¿cómo se siente uno en una piel, digamos más bien un traje de buzo al que no llega nada, ni una gota de humanidad ni de calor, ni una lágrima, ningún placer, ninguna sensación de felicidad, ningún sufrimiento? Y sin embargo el buzo flota en medio del paraíso, entre peces de colores, como estos intérpretes, entre pintorescos bancos de coral creados por la magia de *madame* Coeurdever; y le resuena en el oído la música de las esferas de un mundo desaparecido, como lo fue el de la Alta Edad Media, derramada por un genio como Reinhold Schilling, entre industriosos bogavantes y valientes langostas. Espero que los Serafini encuentren de su agrado mi símil para la técnica y la organización. —Ray se echó a reír de nuevo, pero de golpe enmudeció y se produjo un silencio total que dejó como hechizados a todos los oyentes—. Y de repente llega un tiburón, aparece una sombra sin rostro, silenciosa, insensible, sin nombre. También podemos llamarlo Franck & Co.

El impertinente Wolff había enmudecido. Franck carraspeó. Wolff se ocultaba detrás de su cámara de vídeo. Los objetivos de las dos cámaras se miraban fijamente.

—Le toca a usted, señor Co —indicó Ray—. No he mencionado a la cangrejita llamada Mia, que fue la primera que vio al tiburón...

Wolff callaba, apretando el ojo contra el visor para no mirar cara a cara a la otra cámara.

Se miraron fijamente hasta que Wolff se echó a temblar; se tambaleó, y Hettrich tuvo que apoyarlo. Le entregó la cámara, dio media vuelta y se fue.

—Vosotros podíais iros de vacaciones al Mar Rojo, a bucear —saltó de repente el enano Galinsky—. Nosotros no teníamos más que charcas de agua sucia y sin peces. Y él —Galinsky señaló a Wolff, que se había arrodillado ante el banco del carnicero y ocultaba el rostro entre las manos—, él no tenía ni eso. Estaba preso en Bautzen porque había querido volar, porque había intentado huir con un planeador. —Al enano Galinsky casi se le saltaban las lágrimas—. ¡Quería huir adonde estabais vosotros, al Mar Rojo!

El director de escena bajó la cámara que le habían entregado.

—Qué fácil es convertirse en tiburón —dijo a Tom, y devolvió al enano Galinsky su herramienta.

Tom rompió el pesado silencio.

—Ugo quiere decir algo.

Empujó a su cerbero, que se sentía visiblemente incómodo. Hettrich fue el primero que recobró la compostura y enfocó con la cámara al gigante.

—¿Por qué yo? —balbuceó Ugo.

—Porque tú eres nuestra esperanza —repuso Ray con otra carcajada—. Tú eres *Stupor Mundi*, «el asombro del mundo»; un mundo que no deja de provocarnos estupor una y otra vez, como acabamos de ver.

—Yo os quiero a todos —dijo Ugo—, y sobre todo a Bea, mi mujer, a la que digo cosas tan horribles, pero yo la quiero. Yo creo que *Stupor Mundi* es eso, el amor por un mundo terrible al que nos echan al nacer, como a aquel emperadorcito... Y como nuestro niño, que no tiene ni nombre...

—Ahora se llamará Gualtiero, como tú —propuso Rinaldo—. Aunque nadie lo llame jamás.

—¡Basta ya de este juego cruel! —exclamó Ray, batiendo palmas—. Nos llama la realidad de la escena, que es la única realidad verdadera. ¡Preparaos para el ensayo!

Al acercarse de nuevo a las murallas de Iesi, Manuel J. Berghstroem reparó por primera vez en el color amoratado del cielo sobre la ciudad. Parecía estar a punto de nevar, pero el aire no concordaba con esa impresión. Si bien la temperatura había bajado, reinaba todavía un calor sofocante y una presión que le provocaba dolor de cabeza. Unas nubes de color amarillo azufre atravesaban la oscuridad por lo demás inmaculada del cielo, hecho que inquietó a Berghstroem al doblar la esquina de la torre, donde, en lugar de una puerta, se abría una fea brecha en el muro. Tilde Carson iba sentada en el asiento trasero, degradándolo a la categoría de chófer, pese a haberse disculpado varias veces y alegar que los asientos delanteros le infundían terror.

La diva no estaba de buenas y quería que todos lo advirtieran cuando llegase. Sólo volvía por responsabilidad profesional, porque se sentía responsable, según precisó, «no ante la dirección sino exclusivamente ante el director de escena y ante la obra misma». Prometió acabar los ensayos sin entrar en disputa alguna, admitiendo que «a fin de cuentas importa un bledo lo que esa pava imbécil haga con el niño». De eso se trataba. Manuel, el productor, sólo había sido consultado cuando el niño ya se había caído al pozo, en el sentido más literal de la palabra, pues la Carson había arrojado el muñeco al pozo sin más ni más y se había marchado enfurecida. Se trataba de Efe-Tres, cosa que nadie advirtió, para alivio de los asistentes de vestuario.

—¿Quieres saber qué pasó? —preguntó Tilde con un carraspeo durante el viaje, por lo demás silencioso.

Berghstroem hizo un ademán de total desinterés, pero la Carson no se avino a prestarle atención, de modo que tuvo que escuchar otra vez toda la historia.

—La maldita bronca se armó cuando aquella vaca hizo, de manera completamente imprevista, algo para lo cual su cabecita rubia no está predestinada: se puso a pensar, o por lo menos eso pretendía. Bea, esa vaca tetuda, fue más allá y se inventó una toma de partido que no está prevista en el libreto. Esa mujer que piensa con las tetas, ¡y eso que yo tengo más seso en el culo que ella en la cabeza!, afirmaba que para ella la decisión imperial acerca del recién nacido estaba por encima de los deseos y aun de las órdenes de la emperatriz. ¡Imagínate, Berghstroem!

Berghstroem no tenía la menor intención de imaginárselo; de todos modos no había quien parara a la Carson.

Constanza sólo deseaba tener en brazos a su hijo por última vez, y sobre todo mientras cantaba la conmovedora aria final «Puer Apuliae». A ese entrañable deseo, a ese anhelo nacido del enternecedor amor maternal de una emperatriz, el ama de cría se había negado rotundamente.

—Ella me ponía el muñeco delante, como manda el libreto, «ofreciéndole el niño», pero cuando lo quise coger lo retiró. ¿Qué te parece?

—*Dammela!* —había cuchicheado la diva sin interrumpir su canción de cuna y alargando de nuevo los brazos, pero Bea había porfiado.

—¡Me lo han entregado a mí!

Entonces la Carson había interrumpido el ensayo.

—¡Si tengo que separarme de mi hijo quiero abrazarlo antes! ¿Cómo quieren, si no, que sienta el dolor atroz de la separación?

Rinaldo había acudido corriendo.

—¡Quiere quitarme el niño! —se había quejado Bea ante su galán.

—¿Y de quién es el niño, tuyo o mío? —había chillado Tilde, muy emperatriz ella.

La situación excedía las fuerzas de Rinaldo, sobre todo cuando su amada Bea contestó con la estólida frase:

—¡El niño pertenece al Imperio! —exclamó, envalentonada—. ¡Ésta es la cruel verdad, de la que la señora Tilde tiene que enterarse de una vez! Ya está cantando al vacío...

En aquel momento, Tilde Carson también se había levantado.

—¿Será posible? ¿*Madame Le Delizie* es capaz de interpretar el texto dramático, y ahora incluso se le permite darnos instrucciones a los actores? ¡Eso sí que no!

—¡No permitas que te diga eso! —había chillado entonces la rubia esposa del carnicero al tiempo que golpeaba el pecho de Rinaldo con el muñeco inocente.

Rinaldo había tratado de calmarla susurrándole al oído: «¡Son caprichos de diva!», por desgracia en voz lo bastante alta como para que la Carson lo entendiera.

—¡Sois unos principiantes! —había gritado enfurecida mientras agarraba el muñeco; pero Bea no lo soltaba, de modo que las dos se quedaron tirando del trasto, cada una por su lado, y no faltó mucho para que llegasen a las manos.

En este momento apareció por fin Ray. El director de escena calmó la disensión desgarradora estallando en una sonora carcajada. Las dos señoras bajaron los brazos, pero sin soltar el objeto de su deseo, y Rinaldo se apresuró a explicar la situación.

Ray decidió.

—Si Tilde necesita ese engendro para sus sentimientos maternos, dejádselo. ¡Pero no te pongas a besuquearlo! —advirtió bromeando—. ¡Nada de sensiblerías!

—No hace falta que me lo digas —replicó la Carson con voz tensa—. No soy una... —y se calló el resto.

Sin embargo, Bea se sintió aludida, y con razón; si no profirió ningún insulto fue porque Reinhold le tapó la boca.

Sin hacer caso de Tilde, la ofendida, Ray continuó imperturbable.

—No obstante, me parece compatible con la dignidad del dolor imperial que en la estrofa tercera, después de «Tuyo será este mundo», Constanza entregue el niño muy despacito, pero con gesto firme, al ama de cría, sin mirarla a la cara, como se hace con la servidumbre, con los ojos fijos en el rostro del niño. —Ray les enseñó el movimiento con el muñeco, que las dos señoras le habían entregado sin rechistar—. A «eternamente», la mirada se dirige al horizonte, el asunto está concluido, «Puer Apuliae», y luego silencio, inmovilidad, la emperatriz petrificada por el dolor.

En efecto, se había hecho silencio, y el asunto habría estado concluido si Rinaldo, que estaba hondamente impresionado, no hubiese retirado la mano de la boca de Bea.

—Ya ha conseguido lo que ella quería —volvió a la carga Bea—: ¡Estar en el centro de la atención!

—¡Ja! —estalló la Carson—. ¿Os habéis creído que permitiré que una como ésta me estropee el final? ¡*Madame Le Delizie* con el niño en brazos como *donna assoluta* en la imagen final de *Stupor Mundi*, recordada por todos... y yo cantando!

De un estirón arrebató el muñeco al desconcertado Ray y lo arrojó al pozo.

Berghstroem se acordaba. Desde que el *signor* Tagliabue, en el primer acto, casi se había caído a la cisterna, el brocal de piedra con el cigoñal no había vuelto a desempeñar ningún papel en el acontecer escénico. Luego los Serafini lo habían trasladado, y Ray se había roto una pierna pisando la tapadera defectuosa del agujero. Desde entonces, el falso pozo había quedado sin utilizar. De hecho, no era mala idea. ¿Quizá pudiera servir como lugar para el niño raptado y luego desechado de la carnicera? Al final, el bufón podía estar sentado deprimido en el brocal del pozo, cuando de repente oye desde abajo... Habría que consultarlo con Ray.

Berghstroem conducía el coche, un Mercedes de alquiler, por los estrechos callejones situados al pie del casco antiguo. No quería perderse la comida a la que los había invitado el señor Le Delizie por culpa de los caprichos enteramente innecesarios de una actriz avejentada. Era injusto con Tilde, pero también ella era injusta con él. Podría haber hablado con él. En lugar de ello, le habían dicho en el hotel, cuando por fin se había enterado de lo sucedido: «*Madame* se ha marchado». Mientras los demás se rasgaban las vestiduras, convencidos ya de que había que

suspender el ensayo nocturno, Berghstroem había observado fríamente que a aquella hora no partía ningún avión. Así fue como encontró a Tilde, sentada encima de sus maletas en la barra del Hotel Jolly, frente al aeropuerto, y sólo ligeramente achispada.

—¡Sabía que vendrías a buscarme, viejo!

Luego habían vuelto a Iesi en silencio. Al pasar junto a la empinada escalera que subía a la *piazza*, Berghstroem vio brevemente la punta del pabellón blanco que estaban iluminando en aquel momento, pero tenía prisa. Por lo menos los postres no se los quería perder.

Se podía entrar en el Restaurante Le Delizie desde el Corso, a través de la tienda de comestibles. Pero aparte de que el Corso era zona peatonal, a ningún asiduo del restaurante se le habría ocurrido entrar por otro camino que no fuese por abajo, por la portezuela que se abría a la sombra de la muralla. Berghstroem aparcó el coche directamente ante la puerta, contraviniendo las señales de tráfico, y ayudó a la Carson a bajar.

—Las maletas las subiremos al hotel luego —murmuró a modo de excusa.

—No quiero ver a nadie —advirtió Tilde, no obstante lo cual se encaminó con paso enérgico a la puerta.

Las salas abovedadas del restaurante penetraban en las profundidades de la montaña, como las casamatas. Uno se sentía como en un búnker; ni un rayo de sol entraba en ellas. Berghstroem examinó el cielo una vez más antes de adentrarse en aquel Hades de los glotones, que olía un poco a moho. El cielo se había oscurecido tanto que habría sido conveniente encender las farolas, a pesar de que aún no había anochecido. No había ni una nube ni un soplo de viento.

Siguió a la Carson mientras aspiraba ávidamente los aromas que salían de la cocina. En la sala mayor, el *salotto*, se había preparado la mesa para el banquete. A Berghstroem le habían reservado un asiento en la cabecera de la mesa y otro a su lado para Tilde; pero cuando ella vio que Bea estaba sentada enfrente de ella, al lado de Rinaldo, se dirigió con paso firme al extremo opuesto de la mesa, donde se habían acomodado los Urslingen y el *signor* Tagliabue, el único que tuvo la amabilidad de levantarse y ofrecerle su sitio. Su vecino era Nemo, que se había sentado al lado de Ray, flanqueado a mano derecha por Elgaine. Con el enroque de la Carson, el sitio entre la diseñadora y Berghstroem quedó desocupado; el productor no pudo por menos que ver en esa distancia de una silla vacía el triste símbolo de su fracasada relación con la Coeurdever. Elgaine tampoco hizo el menor ademán de acercarse. Al otro lado estaba sentado Tom; a Berghstroem le habría gustado tenerlo cerca por lo menos a él.

Por lo demás, el impuntual productor observó dos cosas: por un lado, y con secreto regocijo, que no se había perdido nada más que los entrantes, y por el otro, con disgusto, que dada la atmósfera que reinaba parecía que hubiese caído un rayo... Y no como descarga liberadora que deja paso al fresco aroma de ozono que el viento trae del bosque, sino que bajo las bóvedas pesaba un vaho azufrado de almas

quemadas, como aquel que debía de levantarse de los restos chamuscados de las hogueras una vez el diablo se había llevado su parte. Si Berghstroem pudo abarcar tan rápidamente con la vista a sus comensales era porque estaban todos como petrificados; los dos Urslingen estaban cabizbajos y blancos como la nieve, y ni siquiera Ray parecía estar para bromas. Berghstroem intuía que era a él a quien se achacaba el malestar generalizado, pues fue recibido con aire glacial. Se había imaginado que lo celebrarían como salvador de la situación por haber devuelto a la fugitiva. Pero no hubo ni una palabra de saludo ni de agradecimiento. ¡Qué panda de idiotas! En medio del bochornoso silencio se oyó el tintineo del cubierto que el camarero colocó diligentemente en el sitio ocupado por la Carson.

—Bueno, pues adelante —dijo Berghstroem con obstinación y alzó la copa.

Nadie se movió; todos lo miraron como si hubiese cometido un sacrilegio horrendo.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Ray con sarcasmo, fijando los claros ojos en el productor con una expresión llena de reproche, casi triste.

Berghstroem bajó la copa sin habérsela llevado a la boca.

—¿Queréis explicarme de una vez qué está...?

No pudo acabar la frase porque se apagaron las luces y se puso en marcha un magnetófono chillando *Happy birthday...*

—¡Basta! —gritó Nemo, poniéndose en pie de un salto—. ¡Apagad esta mierda!

El *tanti auguri* enmudeció con un gemido ahogado, lo cual no impidió a los cocineros presentar sobre una gigantesca bandeja de plata adornada con numerosas velas encendidas el plato fuerte. Lo que los invitados vieron a la luz vacilante de las velas los dejó sin aliento: era un niño, un bebé mofletudo y risueño, de los que sonríen desde la pantalla del televisor pregonando potitos o pañales impermeables. No yacía de espaldas pataleando, ni tampoco boca abajo, sino que estaba tendido lascivamente como la duquesa de Alba, un pequeño Amor. Apoyaba con coquetería la cabecita rubia sobre una mano, mientras con la otra jugueteaba con la pirulita. Una de las rollizas piernecitas estaba extendida, la otra doblada. Tenía un aspecto rosáceo, aunque la piel parecía de mazapán; pero lo verdaderamente magistral era la cara, la naricita, los tiernos labios entreabiertos como para gritar de felicidad... ¡Y los ojos! Parecían fundidos de cristal para la ocasión, pues su profundo color de cobalto brillaba a la luz de las velas, ofreciéndose en pose fotogénica al espectador. Los cocineros inclinaron levemente la bandeja para que todos pudieran disfrutar del espectáculo, e hicieron girar su obra de arte hacia todos los lados, esperando una orden del dueño.

Maître Maurizio había entrado sonriendo tras ellos. Llevaba la banda color Burdeos de gran maestro de la *Chaîne des Rôtisseurs* junto al cubilete de estaño de un *Chef des Sommeliers de la France* colgado del cuello, lo cual ya de por sí bastaba para conferirle un aire de presunción.

—*Mesdames, messieurs* —anunció desde su rostro enrojecido, probablemente por

el esfuerzo que le había costado la creación de esa obra—, he aquí mi modesta aportación al éxito de *Stupor Mundi*. —Tenía un aspecto ardiente y sudoroso—: ¡El niño!

Hizo una seña y los cocineros depositaron la bandeja en el centro de la mesa, justo delante de Ray. El director de escena había recobrado el sarcasmo.

—Así se soluciona el problema del segundo niño —comentó a Rinaldo—. De los dos, sobra uno; ¡así pues, a zampárselo, y ya está! ¡Viva Stinky!

Berghstroem vio la ocasión de reintegrarse a la conversación; a fin de cuentas, hasta el momento todas las ocurrencias se debían a él.

—Mientras delante del pabellón la emperatriz celebra su despedida, en el interior, sobre el tablado vacío que le sirvió de lecho de parturienta, sobre la sábana todavía ensangrentada, se sirve a los cardenales y prelados un asado que...

—¡Jajá! —chilló Ray—. ¡Que despide un fuerte olor a placenta! ¡Qué buen gusto tenéis!

—Sois unos depravados —terció Bea lanzando una mirada fulminante a su esposo Maurizio, que se calentaba sudando al sol de su éxito, sin hacer caso del «¡Y tú más que nadie!» de su mujer.

Se hizo acercar los trinchantes, unos monstruos de plata que antaño blandieran los turcos durante la batalla de Viena. Malicioso en su solemnidad imperturbable, declamó:

—*Pâte au Puer Apuliae*, un pastel de nalgas ralladas de macaco y tetillas de corza recién nacida...

De un rápido tajo en forma de ése, rajó al niño desde las nalgas hasta el cuello, pasando por la barriguita. Bajo la capa protectora de fina y blanca harina de maíz, se vislumbraba el interior del pastel, de color malva con manchas negras de trufa y verdes de pistachos. Al trinchador no le molestó en absoluto que con ello cortara al tierno angelote el brazo juguetero; apartó el miembro como si fuese una espina molesta. El *signor Delle Delizie* chasqueó la lengua y la voz le vibraba de entusiasmo.

—Las extremidades, en cambio, están hechas de una fina crema de muslos de alondra y de patas derretidas de jabalí. —Para mostrar también esta variante, le cortó una piernecita hasta el muslo y mostró el corte a los comensales—. Condimentada con cerveza de jengibre agridulce y puré de pimienta verde.

Cortó con la hoja damasquina algunas rebanadas y las colocó, sin que nadie se lo pidiera, en los platos de los que se hallaban más cerca. Sólo Tilde logró cubrir el suyo con la mano; durante un instante, el tenedor de dos puntas pareció a punto de clavarle la rodaja ofrecida en el dorso de la mano. En cuanto a los demás, nadie protestó; todos se dejaron servir en silencio, incluso cuando el ancho trinchante vació despiadadamente el vientre rajado del angelote y obsequió a cada cual con un pedacito del celebrado pastel. El dueño limpió los cubiertos con una servilleta, se inclinó y deseó buen provecho a todos. La fila de los cocineros se puso en marcha y

desapareció tras su maestro en dirección a la cocina.

—¡Yo esto no me lo como! —exclamó Rinaldo, rompiendo el pesado silencio.

Nemo y Ray se echaron a reír. Manuel Berghstroem recordó su papel de productor y *capotavola*. Tendió el plato de modo que a Elgaine no le quedó más remedio que cogerlo.

—Quiero un poquito del fondo. —Y como la Coeurdever le dirigió una mirada interrogante, agregó, a modo de explicación—: La gelatina es una especialidad de la casa.

Elgaine le contestó con compostura imperturbable.

—Ya me dirá «basta»... ¿O hasta dónde hay que llegar para que una persona como usted, querido Manuel, vomite?

El director de escena y su mancebo no pudieron contener más la risa; soltaron una carcajada, y Ray exclamó, resollando y con la boca llena:

—¡Emmy es tan glotona que se comería su propio vómito, con tal de que tuviera bastante gelatina!

Manuel J. Berghstroem esbozó una sonrisa que pretendía denotar turbación, aunque en realidad estaba satisfecho de que su hubiera roto el hielo y de que volvieran a dirigirle la palabra.

—¡Me dais asco! —gritó Bea, y se levantó de un salto—. ¡Me voy!

Pero Rinaldo la retuvo agarrándola del vestido.

—¿Adónde, si se puede saber? —inquirió con sequedad.

Bea volvió a sentarse y con un movimiento rápido de la mano volcó el plato con el precioso pastel y la cucharada de crema, derramando la masa sobre el mantel de damasco.

—¡Bravo! —gritó Ray Maulman y volcó su porción sobre la cabeza de Nemo; los cubos de gelatina se le quedaron pegados en el cabello.

A Nemo le hizo tanta gracia que metió la mano en la crema y se puso a embadurnar la bragueta abierta del director de escena, y todo ello sin que los dos parasen de reír.

En aquel instante se levantaron los dos Urslingen, que habían estado acurrucados en un extremo de la mesa, entre Tom y la Carson, como dos pajaritos que se hubiesen caído del nido. No habían tocado sus platos. Los dos hermanos parecían apoyarse el uno en el otro cuando abandonaron estrechamente abrazados la sala abovedada sin una palabra de despedida. Ray los siguió con la mirada hasta que estuvo seguro de que habían salido del restaurante.

—Bueno, Emmy, gordita —se dirigió a Berghstroem—, ahora deja que Tom te cuente qué precio tuvieron que pagar el pobre Tristán alpino y su Isolda para que se les permitiera conservar su papel de jovencísimos duques de Espoleto.

A pesar de la burla, se le notaba el enojo; pero fue el simpático señor Tagliabue, antiguo verdugo y nuevo *podestà*, quien dijo con voz temblorosa de indignación, levantándose educadamente y dando unos golpecitos en su vaso:

—Señor Berkestrom, estamos consternados ante la conducta del... del... de la persona que se ha presentado como patrocinador de este proyecto, un tal señor Maximilian F. Bock... —El venerable anciano manoseó nerviosamente sus gafas antes de animarse a añadir—: ¡Un vulgar chantajista!

—¡Es un cerdo! —corroboró Bea, apretando el contenido del plato hasta que el pastel y la crema rebosaron por los lados.

Berghstroem dirigió una mirada interrogante a Elgaine, la única que no parecía particularmente alterada. Elgaine enarcó una ceja y probó un bocadito del pastel, que por lo visto le gustaba.

«¡Dios mío! —pensó Berghstroem—. El tipo debía de estar esperando a que me ausentara un par de horas para abalanzarse como un buitres...». Alguien debe de haberlo avisado inmediatamente; Berghstroem sospechaba de la diseñadora, que pareció adivinar sus pensamientos.

—Vino con su helicóptero —lo informó en voz baja—. Yo no lo supe hasta que se fue. Parece ser su estilo.

—Sí —murmuró Berghstroem—. Es un maleducado.

—Bueno, Tom —añadió tras un carraspeo—, ¿me quieres explicar de una vez...?

—¿Por qué no nos cuentas primero qué clase de contrato es el que has firmado con ese Bock —exclamó Ray—, que por lo visto se cree que nos ha comprado a todos en cuerpo y alma...?

—¡... Que le da derecho a disponer de nosotros a su antojo! —agregó alterado el señor Tagliabue, que estaba todavía de pie—. Aunque le hayamos cedido el derecho a la imagen y a la reproducción audiovisual en cualquier forma y mediante cualquier sistema existente o aún por inventar, como quien dice...

—¡Pero no el derecho a disponer de nuestros cuerpos! —lo interrumpió Nemo—. ¡No de nuestros coños ni de nuestras pollas!

«¡Pero sí de vuestras almas!», pensó Berghstroem; pero Tilde terció, dirigiéndose al rubio bardo:

—Di «de nuestros chochos», por favor, y deja que nos ocupemos de ellos nosotras mismas.

—De tu ridículo colgajo... —empezó Bea, pero no pudo continuar porque Rinaldo le golpeó la boca sin miramientos.

Un vaso de vino se volcó, y un charco rojo de Borgoña rodeó el plato volcado ante Bea. Tom, que estaba sentado en silencio a su lado, se mojó la punta del dedo índice con el líquido y frotó con él la oreja de la indefensa mujer.

—Para que no te suceda ninguna desgracia, querida —dijo antes de volverse hacia los demás—. El señor Bock, inmediatamente después de su inesperada llegada... —se esforzó por afectar un aire objetivo e indiferente—, pues habíamos tenido ya una vez el placer —apostilla ésta que le granjeó una mirada venenosa de su vecina amordazada por la mano impenitente de Rinaldo; Tom prosiguió—: hizo venir a los dos suizos aquí a Le Delizie. Ignoro lo que sucedió en el *salotto* reservado; pero

hay un testigo...

Lanzó una mirada casi desdeñosa a Nemo, pero éste seguía quitándose la crema del pelo sin inmutarse.

—Sólo encontré a Peterli en el urinario, completamente descompuesto; parecía haber llorado, y a duras penas le sonsaqué que el señor Bock les había dicho que su contrato no tenía validez legal porque al firmarlo le habían ocultado que ellos estaban en Suiza en calidad de asilados, y que no tenían pasaporte suizo sino ciudadanía bosnia, caso de existir tal cosa; que, por tanto, no eran europeos y no podían participar en esta producción subvencionada con fondos de euro-imagen.

—¡Vaya tontería! —gruñó la Carson.

—Eso pensé yo también —prosiguió Tom sin dejarse interrumpir—, y así se lo dije: «Lávate los ojos y vuelve a tu sitio, al lado de Katarina».

Tom hizo una pausa para respirar y dirigió una mirada de sufrimiento a su amigo Berghstroem.

—Y ahí estaba ya el señor Bock sentado en su silla de ruedas, allá arriba donde ahora está Tilde, comiendo nueces y acompañándolas con champán, flanqueado por sus dos gorilas disfrazados de asistentes sociales. A su lado estaba Katarinita, acurrucada como un pajarito angustiado que se ha caído del nido. Luego vino Peterli, con los ojos todavía enrojecidos, y tuvo que sentarse al otro lado, directamente al lado de Bock, muertos de congoja los dos, porque así se lo mandaba y porque no se atrevían a sentarse al otro extremo de la mesa, que estaba reservado para ti y para Tilde...

—¡No te andes tanto por las ramas! —exclamó Nemo—. Si no, cuento yo la historia hasta el agridulce final.

—¡Por mí, encantado! ¡Adelante! —dijo Tom, y volvió a concentrarse en su pastel, que hasta el momento se había limitado a remover con el tenedor.

—Para empezar —empezó Nemo—, debo explicar que mi heroico predecesor, nuestro querido Tom, estaba saliendo de Le Delizie a toda prisa, como si estuviera huyendo, cuando yo llegué. Aunque alegó que «los otros no habían llegado aún», la verdad es que le flaqueaban los nervios o que se avergonzaba de no haber intervenido. Tampoco me previno ni con una sola palabra del *spectacle spéciale* que me esperaba en el *salotto* ni me pidió ayuda. Entre los dos habríamos podido...

—Mentira —lo atajó Tom en voz baja—. Yo dije: «Bock está desollando a los Urslingen. No soporto el espectáculo; los está dejando en carne viva». Pero a ti te picaba la curiosidad y fuiste corriendo a verlo. Nadie habló de ninguna acción mancomunada para salvarlos.

—Tampoco habría sido posible —replicó Nemo, haciendo caso omiso del reproche—. Así que avancé y encontré la puerta del *salotto* cerrada. Fui a la cocina y comprendí en seguida que en el *salotto* se ofrecía algún espectáculo, pues a pesar le que los cocineros y su jefe andaban ocupadísimos preparándonos el banquete (el patrón no había llegado aún), siempre había dos o tres espionando a hurtadillas por la

puerta de servicio. El jefe de cocina no me podía echar, por mucho que quisiera, puesto que yo era testigo de su delectación morbosa. Así que me dejaron mirar por la ranura de la puerta. Ahí estaba el señor Bock en la silla de ruedas, volviéndome las anchas espaldas y tragando champán a morro, cual albañil con la botella de cerveza; y a los dos lados los bodyguards con las manos cruzadas en la espalda...

—¡Concisión, por favor! —amonestó Ray a su facundo vecino de mesa, pero a Nemo le gustaban las pausas dramáticas.

—Ante tan siniestra silueta —prosiguió el rubio bardo con deleite— estaban los Urslingen, de pie y en cueros, en toda su flaca inocencia, Katarinita con sus pequeñas tetitas puntiagudas y Peterli cubriéndose pudorosamente con las manos una verga que yo jamás habría sospechado en ese muchachito...

—¡Al grano! —insistió Ray, golpeando nerviosamente el borde de la mesa con el cuchillo.

—La selección ya había tenido lugar —pormenorizó Nemo—. ¡Adán y Eva como parejita de asilados desnudos! Los dos miraban a su torturador con los ojos abiertos de par en par. «Nosotros hacer todo por usted, querido señor Maxi Bock —lloriqueaba Peterli—, ¡pero, por favor, no expulsarnos del escenario, de *Stupor Mundi!*». El señor Bock sólo reía, y sus cómplices se sumaron a la risa con gruñidos y balidos. La única que mantuvo la compostura fue Katarina, que los miraba a todos como si no los viera.

—¡Resume! —reprendió también Rinaldo al bardo—. No quiero escuchar todos los detalles.

—¡Yo no quiero escuchar nada! —intervino Elgaine, se levantó y salió del *salotto* con la cabeza erguida, lo cual no le impidió, sin embargo, oír el desenlace de la espeluznante balada, pues Nemo pasó rápidamente al final.

—«Nada de querido señor Maxi Bock ni niño muerto —remedó Nemo el modo de hablar de éste—. ¡*Hic Rhodus, hic salta!* ¡Tú me vas a hacer de macho cabrío!», gritó a Peterli, que lo miró desconcertado. Como el chaval obviamente no entendía ni latín ni de qué coño le estaba hablando, nuestro señor financiero siguió jodiendo la marrana en lengua vulgar: «¡Monta a esta cabra ahora mismo!». Peterli seguía sin comprender nada, pero la hermanita sí. Sonrió valientemente, apartó los tiesos dedos con los que cubría el nido de la ardillita, la acarició suavemente hasta que el animalito levantó la cabeza, y se resignó a la cabrona suerte en auténtica postura animal...

—Basta ya —dijo Tom.

Nemo captó el mensaje.

—Ya está.

—¿Y por qué no saliste a romperle los morros? —gritó Bea zafándose de Rinaldo.

—Porque los míos aún me hacen falta, y lo jodido, jodido está, *madame*.

En aquel instante volvió Elgaine. La siempre impecable dama estaba despeinada

y llevaba los negros cabellos pegados a la cara.
—¡El pabellón! —dijo con voz apagada.

Capítulo XIV — El loco

Berghstroem quiso salir por la puerta de cristal pulido de la *boutique* de comestibles de Le Delizie, que daba al elegante Corso. Tuvo que abrirse paso entre los transeúntes alborotados que se habían refugiado en la tienda para protegerse del temporal. Aún no se había abotonado el abrigo cuando el cristal de la puerta se quebró por el impacto de una teja impulsada por una ráfaga de viento. La gente gritó como si de un atentado de bomba se tratase.

Berghstroem se caló el sombrero y salió a la calle pasando por encima de los restos de la puerta. La primera ráfaga de viento le arrebató el sombrero y se lo llevó por los aires, no en sentido horizontal ni tampoco rodando sobre el empedrado, sino hacia arriba y, para más inri, en la dirección opuesta a la que había tomado el *producer* para llegar a la *piazza*, donde estaba el pabellón. Lanzó una mirada de enfado tras el *borsalino* que se alejaba bailando ante las fachadas para desaparecer detrás de los tejados, pues con la pérdida repentina de tan buena pieza había comprendido de golpe el peligro que amenazaba los decorados. Echó a correr abalanzándose contra el viento que traía las primeras gruesas gotas de lluvia. Un cubo verde de basura venía rodando con estrépito hacia él, repartiendo imparcialmente su contenido; a la altura de las ventanas revoloteaban periódicos, con los suplementos incluidos, como mariposas gigantescas; un expositor de tarjetas postales pasó volando, vaciando los estantes en medio del torbellino como una lluvia de pétalos; y el *producer* ya ni se percató de los paraguas vueltos del revés, los pañuelos y las bolsas de plástico, pues observaba a las personas que se refugiaban en los zaguanes. Sólo alguien de *Stupor Mundi* podía estar tan loco como para seguir adelante en vez de buscar refugio lo antes posible. Algunos avanzaban apretados contra los muros de las casas, pero allí reventaban las tejas y los afilados cristales de las ventanas, e incluso persianas enteras de madera se desquiciaban y se hacían añicos junto a las macetas derribadas por el viento.

Berghstroem se mantenía en el centro del Corso. Delante de él corrían, encorvados y en zigzag, los tres hermanos Serafini, dirigiendo el grupo de iluminadores romanos; la tempestad debía de haberlos sorprendido en su *pizzeria* habitual. Otra lluvia de hojas de papel de colores se precipitó sobre el productor, como si un niño travieso estuviera echándole pompas de jabón. Le azotaban la cara; Berghstroem se las arrancó y vio que era la publicidad de *Stupor Mundi*. Durante un instante pensó en los carteles de gran formato y las octavillas, luego en la factura de la imprenta.

Sólo entonces tomó conciencia del estruendo y el bramar del viento; antes las imágenes le habían producido la sensación de un videoclip de cortes rápidos y sin sonido, mientras los efectos de primer plano, el estrépito, los golpes, el traqueteo y las roturas estridentes se oían a todo volumen; de repente, Berghstroem percibió también los gemidos bajos del viento. Jirones de nubes pasaban por el cielo, que se

había despejado en parte; Berghstroem no alcanzó a ver el sol, cuya pálida luz golpeaba la escena cuando el productor dobló sin aliento la esquina de la *piazza*.

El resplandor amarillento se transformó en un chisporroteo de plata antes de oscurecerse con la granizada incipiente. Los granos de hielo, del tamaño de aceitunas, azotaban a los indefensos tramoyistas encaramados a los mástiles, suspendidos entre la estructura de palos y maromas mientras intentaban salvar las lonas.

—¡Bajad de ahí! —gritó Ray Maulman, a quien uno de los Serafini había colocado un casco de plástico sobre la melena empapada—. ¡No quiero que nadie se mate por estos trapos!

Se había subido al podio, al lecho de parturienta de la emperatriz, y gesticulaba frenéticamente con los brazos, porque entre el estruendo de la tempestad y el ruido que producían los granos de hielo al reventar no se entendía ni una palabra. Para los trabajadores, el intento de salvar las lonas era algo natural; el problema de lograrlo sin ser derribados por el viento ni apedreados por el granizo quedaba relegado a segundo plano. Berghstroem dudaba si apoyar el llamamiento del director de escena o incitar a los hombres a perseverar.

El bombardeo de hielo desde el espacio cesó tan repentinamente como había comenzado su nefasta intervención, como si una maliciosa dirección de escena hubiese deseado únicamente frustrar la última oportunidad de poner a salvo la lona. Durante un instante casi reinó el silencio; el cielo se había oscurecido definitivamente, se iba ennegreciendo, y la tormenta parecía haberse adormecido o calmado por otras razones.

Berghstroem vio que Franck & Co habían grabado con las dos cámaras de vídeo la lucha por salvar el pabellón en lugar de arrimar el hombro con los otros como hizo Nemo. Esa actitud de corresponsales de guerra lo enfurecía, y deseó que alguna pieza arrojada por el vendaval les diera en la cabeza, pero ellos, obviamente, llevaban casco. Berghstroem no tuvo tiempo de desearles otras desgracias, pues el infierno se desató de nuevo y con mayor fuerza que antes, anunciado por un golpe de timbal mezclado con platillos y flautas estridentes.

La tormenta se desencadenó con mayor furia que antes. La lona mayor se hinchó como una goma de mascar y reventó estrepitosamente por el centro, se desgarró en forma de cruz, los cabos ondearon al viento, y el caos de la disolución se propagó a las lonas laterales ya medio derribadas. Uno de los mástiles se rompió en espiral, casi sin astillas. Sus hombres, entre ellos Nemo, que se mostraba impertérrito, no podían seguir aferrados a las maromas y las escalas de cuerda, y se deslizaron hacia abajo, escoriándose las manos, dando violentos bandazos que los arrojaban contra los mástiles mientras caían.

—¡El pabellón! —gritó Berghstroem con voz quejumbrosa, pero nadie le prestó atención.

El huracán tiró con fuerza de lo que quedaba de lona, pero no se entretuvo con ello mucho rato: lo hizo flamear un breve instante hasta que reventaron los ojetes y

las cuerdas se rompieron, y lo arrastró consigo. Como pañuelitos de satén claro, los restos del poderío imperial, del esplendor de *Stupor Mundi*, se adentraron en la noche azul que los devoró.

Tampoco se salvó la parte delantera, que ya había sido recosida y enrollada. El vendaval arremetió contra ella, la levantó, la desenrolló impacientemente, la desgarró y la hizo pedazos. Ni cuerda ni anclaje alguno ofrecieron ya resistencia. Una gigantesca cometa se levantó hacia el cielo, quebrando al subir el último mástil que aún quedaba en pie, arrastró una parte de la estructura de soporte hasta el muro, la arrojó contra él y desapareció. El *signor* Alfredo afirmaría más tarde que fue también entonces cuando se rompió el escaparate de la farmacia, aunque en aquel momento se limitaba a dar brincos sobre los cristales rotos, despotricando contra las fuerzas del maligno en general y contra sus adoradores en particular.

Poco a poco llegaron a la *piazza*, pese a la tormenta, además del productor y el director de escena, los demás colaboradores. ¡Un montón de escombros producido por los elementos enfurecidos! Ray resumió patéticamente su primera impresión de la catástrofe: «Muertos a palos y deshonorados, descuartizados y empalados». A Rinaldo le pareció un milagro que ninguno de ellos hubiera quedado enterrado bajo los escombros; por lo menos fue eso lo que dijo en voz alta. Alguien habló de irresponsabilidad; otro dijo que era de esperar que estuvieran asegurados.

Berghstroem ya no lo escuchó; el último vistazo al pabellón en ruinas le había bastado para cerciorarse de que el sueño se había acabado. Era el fin de *Stupor Mundi*; ya no quedaba más que enterrarlo. Pero ¿cómo? Volvió al hotel cabizbajo y arrastrando los pies. Quizá consiguiera hallar un poco de tranquilidad para poner en orden sus pensamientos. ¿Lo dejarían? De una cosa no le cabía duda alguna: el temporal, el ciclón que acababa de pasar, no era más que el silencio que precedía al huracán que muy pronto se abatiría sobre él con rayos, truenos y granizo. Simplemente quería dormir, esconderse, volverse invisible, deshacerse, desaparecer... Ojalá tuviera uno esa capacidad, y nada más. Deseaba que todo hubiese sido sólo un sueño.

Un vago presentimiento o, mejor dicho, la dilatada experiencia que tenía con las bancarrotas lo impulsó a no tomar el camino a través del vestíbulo del hotel, previendo preguntas estúpidas, qué iba a pasar ahora o cosas por el estilo; seguro que alguien de la compañía andaría por ahí, sin duda algún actor que le pediría dinero, ¡precisamente ahora! Y aún podían pasar cosas peores. «Siempre llueve sobre mojado». No quiso pensar en el sinfín de disgustos, de tremendos disgustos, que se cernían sobre él, Manuel J. Berghstroem, ¡sobre quién iba a ser! Así que tomó el camino por el callejón lateral desde el cual se accedía a la salida del garaje subterráneo del hotel. Pero al llegar al extremo superior de la rampa se detuvo.

Abajo, ante el ascensor de carga, había una ambulancia con la luz intermitente encendida. Del ascensor abierto salían dos camillas sobre ruedas, flanqueadas por relucientes soportes de cromo de los que colgaban recipientes de infusión. Unos

enfermeros de bata blanca bajaron a toda prisa de la estrecha cabina y se apresuraron a subir las camillas a la ambulancia mediante un mecanismo hidráulico; los médicos se inclinaban sobre los dos cuerpos, levantándoles las muñecas. Berghstroem no pudo ver las caras de los dos pacientes de urgencias. La puerta trasera del vehículo se cerró de golpe tras los enfermeros que habían subido junto a las camillas, los otros saltaron a los asientos delanteros, la sirena empezó a aullar, el coche arrancó y salió disparado a la calle, pasando por delante de Berghstroem. Éste dudó en si bajar o no; la puerta del ascensor se cerró y se apagó el alumbrado automático del garaje.

El incidente le había amargado también este acceso al hotel, a su cama, como si se le hubiese cruzado en el camino un gato negro. ¿De derecha a izquierda, de izquierda...? Se impuso la razón o el instinto que le decía que la entrada del hotel estaría llena de gatos negros. Bajó la rampa a tuestas sin accionar el familiar interruptor de la luz. En ninguna parte el mal acecha de modo tan palpable y amenazador como en un garaje subterráneo sin luz; ese mal que durante el huracán le había perdonado la vida sólo para apretarle la garganta ahora, pensó mientras esperaba ante la puerta metálica cerrada. Sólo la endeble luz del botón de llamada le indicaba que en algún momento llegaría el ascensor. Escudriñó la oscuridad del garaje y logró identificar en la primera fila el Jaguar de Elgaine. Escuchó con atención los ruidos que llegaban del otro lado de la puerta, pero era la corriente de aire que soplaba por la ranura y le acariciaba la nuca, anunciándole la llegada del ascensor. Sólo se sintió seguro cuando la puerta se cerró tras él. Pulsó por equivocación el botón de la planta baja en vez de subir directamente a su habitación. Sólo le quedaba esperar que la inevitable parada no le deparase ningún encuentro con nadie que lo anduviera buscando.

Quien subió fue Tom. Menos mal. Tras la muerte de Mia, el veterano actor había asumido el cargo de asistente como si fuese la cosa más normal del mundo, convirtiéndose en intermediario entre la producción y el hostil resto del mundo.

—¿Quién era? —preguntó Berghstroem en tono indiferente, pues aún no se le había ocurrido que la visita de la ambulancia pudiera tener algo que ver con él, a pesar de que la expresión preocupada del amigo debería haberlo alertado.

—Los Urslingen —dijo mientras subían—. Se han suicidado.

—¿Están muertos? —preguntó Berghstroem, sobresaltado; el ascensor había llegado y la puerta se abrió—. ¿Están muertos? —insistió de nuevo sin bajar.

—Están en coma —dijo Tom, empujándolo hacia fuera—. Los médicos no sabían...

—¿Qué? ¿Era veneno? ¿Cómo es que no se sabe?

—No sabían si sobrevivirían o no. Era heroína, probablemente una sobredosis. Encontraron la jeringuilla a su lado.

Estaban delante de la habitación de Berghstroem.

—Dónde habrán conseguido esos dos corderitos... ¡Mierda! Tom, llama en seguida al hospital, que establezcan una línea directa. ¡Mierda, mierda, mierda!

—Estaba a punto de hacerlo —dijo Tom—. Te tendré al corriente. Y tú, mejor que no bajas.

Dejó a solas al *producer* y volvió corriendo por el pasillo, antes de que éste le pudiera preguntar por qué ni qué más había pasado. Berghstroem cerró la puerta de la habitación tras él y no encendió la luz, temiendo que se viera desde abajo. Le bastaba con la luminosidad que penetraba en la habitación a través de las cortinas de tul. En la *piazza*, los iluminadores habían atado algunos focos que la tormenta no había derribado a las farolas, cuyas luces propias se habían roto sin excepción. Los haces de luz horizontales iluminaban el escenario, donde los tramoyistas se abrían paso entre los escombros para rescatar lo poco que aún era servible. Al mirar por la ventana, Berghstroem volvió a oír el bramido del viento, el sonido que había perdido. La tormenta continuaba, aunque estaba amainando, tirando con desgana de los telones rasgados y los decorados en ruinas. La casa del carnicero, situada a la derecha, había desaparecido casi por completo. Puesto que se había apoyado en la esquina de un edificio ya existente, aquél en que habitaba mamá Masic con sus niños refugiados, los constructores debían de haber renunciado a anclarla en el muro, de modo que la ligera construcción de madera y planchas de yeso de hecho sólo había estado pegada, y ahora se había ido a pique y no quedaba más que un puñado de astillas. La cama de matrimonio seguía colgada arriba, a la altura de los balcones, porque la armadura se había enganchado en el marco de la ventana; el saco de paja y las mantas habían desaparecido, así como la parada de maese Ugo. Sólo el tajo seguía en pie.

Mamá Masic había salido de la casa con su horda de niños, llevando en brazos al pequeño Jerry. Los refugiados debían de haberse guarecido de la tormenta en el rincón más remoto de su habitáculo embaldosado. «Quizás en la maciza cámara frigorífica», pensó Berghstroem. El tablado, concebido para un montaje rápido, había quedado reducido a un montón de leña menuda. La taberna a mano izquierda había aguantado, puesto que, como edificio aislado, estaba construida con mayor solidez. Sólo le faltaban el balcón, el techo, la escalera y el letrero que invitaba a entrar a los viandantes, es decir, todo aquello que la distinguía de un bloque desnudo y macizo de piedra pómez.

Berghstroem observó con alivio que por lo menos los preciosos trajes no habían sufrido daño alguno. Elgaine Coeurdever había mandado guardarlos en las casamatas, donde se encontraban también los vestuarios. Unos obreros se los estaban llevando en grandes cestos de mimbre y los subían a un camión. La diseñadora estaba de pie ante la puerta de madera de roble que se abría en el muro, que había resistido el vendaval, dirigiendo la operación de carga; sus dos asistentes registraban cada pieza con las listas en la mano.

Elgaine llevaba un abrigo de pieles de nutria de un color amarillo chillón que favorecía su tez aindiada, según observó Berghstroem con repentino dolor. Seguía con los mechones pegados a la frente y a las sienes, tal como la guardaba en la memoria desde la escena del restaurante, como mensajera luciferina. Ahora se estaba

encaminando al hotel, probablemente para preparar su propia partida. ¡Elgaine! Ni una noche más pasarían bajo el mismo techo, y con ello se deshacía también el sueño desafortunado de yacer junto a ella bajo una misma sábana. ¡Cuántas veces se había despertado de noche sobresaltado y bañado en sudor porque creía que ella estaba delante de su puerta, cuántas veces se le había aparecido, enigmática y fría, en sus sueños febriles! Y jamás había acabado de soñar aquel sueño en que ella se disponía, con gesto indolente, a dejar caer la bata blanca. Berghstroem temía unirse a la dueña de sus sentidos más aún de lo que la anhelaba. ¿Cómo se despediría de él?

Alguien llamaba. En pocos pasos el *producer* llegó a la puerta, luego reflexionó. El gutural «¿Don Manuel?» de Kisha no prometía ninguna visita indeseable. Cuando abrió la puerta se encontró ante Tilde Carson.

—¿Puedo entrar?

A la doncella la hizo esperar ante la puerta. La diva se acomodó en el único sillón desocupado, de modo que Berghstroem tuvo que permanecer de pie delante de ella hasta que colocó un cigarrillo en la larga boquilla y el productor pudo ofrecerle fuego.

—Estoy arruinada —dijo echándole el humo a la cara—. Seguramente no podrá pagarme mis honorarios, pero ¿quizá por lo menos un viaje de vuelta digno de mi posición?

Berghstroem tragó saliva. Más valía ni enseñarle la caja metálica, pues si bien ignoraba el estado de las finanzas de la actriz, sí sabía que *madame* aborrecía los aviones, los trenes y, en general, cualquier medio de transporte público y que viajaba por principio en taxi, las más de las veces elegido espontáneamente, según le cayera el taxista. De ello dependía también la duración del viaje. El trayecto París-San Petersburgo era uno de los que habían llegado a ser conocidos porque el productor se negó a aceptar la factura. Berghstroem calculó rápidamente que tres facturas semejantes bastarían para vaciarle la caja; pero él tenía que satisfacer tres docenas, sin mencionar los débitos locales.

—Apuesto a que mi bancarrota... —empezó, pero ¡qué tontería!—. ¿Permite que la producción le ofrezca un coche con chófer, a modo de excepción...?

—Necesito dinero en efectivo —dijo la Carson en voz baja—. Si no, no sé cómo...

—De acuerdo —accedió Berghstroem—. Déjeme pensar cómo resolver el dilema. ¡He sacado oro del aire y del plomo, pero jamás de un montón de mierda!

—Siempre se aprende algo nuevo —sentenció Tilde sonriendo al tiempo que se levantaba—. Cuento con usted, querido.

Con paso altivo se dirigió hacia la puerta, que Berghstroem apenas tuvo tiempo de abrir ante ella.

Cuando hubo cerrado la puerta tras ella, sacó el cajón metálico de la caja fuerte empotrada en el muro. Por pura torpeza, justamente este día no había ido al banco a rellenar la *cash-box*. La caja no contenía más de cuarenta millones de liras, ni le hacía

falta mirar; pero lo hizo de todos modos.

Abajo en el vestíbulo estaba sentado, callado y resignado, el *signor* Tagliabue, esperando que alguien de la producción lo informara de si estaba despedido o si debía mantenerse todavía a disposición de la obra. Se lió un cigarrillo con mano temblorosa y procuró distinguirse mediante un porte digno de los comparsas que alborotaban en el vestíbulo gritando que querían el dinero al instante. Eran sobre todo los miembros del coro de *Cantate*, encabezados por el *signor* Alfredo Fiorante. El farmacéutico ocupaba el cargo de vicedirector del coro, pero de sus lamentos se desprendía ante todo la exigencia de una indemnización por el escaparate roto. Acudían cada vez más ciudadanos que se habían ganado como comparsas un sobresueldo fácil y que ahora barruntaban la oportunidad de seguir cobrando como *disoccupati*.

Les irritaba mucho que precisamente don Achille, a quien se creían con derecho a exigir un planteamiento sindicalista riguroso, proclamase que no se trataba de desempleo sino de un caso evidente de *forza maggiore* y que el Estado estaba obligado, por tanto, a declarar Iesi zona catastrófica. Lo que les indignaba aún más era que exigía que la asamblea ilegal se considerase disuelta con efecto inmediato y que todos los compañeros se marchasen a sus casas por el camino más directo. El *signor* Alfredo se erigió inmediatamente en portavoz de los ciudadanos libres.

—¡Un secretario del partido de los rojos no tiene que mandaros nada! ¡Don Achille no es experto en seguros ni mucho menos, y para mí los organizadores del espectáculo son los responsables del daño! —gritó a la excitada multitud, para exponer a continuación—: ¡Mi escaparate se ha roto por culpa de un elemento de construcción que, en un claro acto de imprudencia temeraria, iba dando vueltas por ahí sin estar fijado en ninguna parte!

En este instante entraron desde la *piazza* los iluminadores y tramoyistas romanos, sucios y fatigados por los trabajos de rescate, además de rabiosos y frustrados. Al escuchar las cuitas del farmacéutico y sus coristas, cubrieron de escarnio a los mercachifles cantores. También salió a relucir en comentarios mordaces que el escaparate ya estaba roto antes de que el pabellón se deshiciera y escapara volando por los aires, oído lo cual el *signor* Alfredo abandonó el vestíbulo para procurarse los servicios de un abogado.

Don Achille se subió a una silla y gritó:

—¡El sindicato os apoya!

Los iluminadores y tramoyistas de Roma sólo rieron. Apartaron rudamente de la barra a los nativos allí reunidos, poniéndoles en las manos sus vasos llenos.

—¡Iros a casa de mamá! —gritó el jefe de iluminadores—. ¡Y empezad por hacer la revolución allí!

—¡Una canción! ¡Una canción! —gritó otro—. ¡Y ahora dejadnos echar un trago en paz a los trabajadores!

Don Achille, en su condición de prócer local, tampoco podía permitir eso, así que exclamó:

—Estamos en Iesi y no permitiremos que los romanos nos...

No pudo continuar porque alguien le quitó la silla bajo los pies.

—Yo me he puesto en pie para... —gritó.

—Y yo me he sentado —lo atajó el corpulento jefe de iluminadores.

Justo en este momento entraron por la puerta giratoria del hotel Franck & Co con las cámaras de vídeo en marcha, mientras por la escalera bajaban los Serafini acompañando al *maresciallo* de los *carabinieri* y a dos de sus hombres, que acababan de inspeccionar la habitación de los Urslingen.

El *maresciallo* se detuvo en el rellano de la escalera y exclamó:

—¡Don Achille, no arme escándalo, se lo advierto! ¡Tenemos el caso bajo control! —Se hizo entregar por uno de los agentes una bolsa de plástico transparente y la alzó; se veía claramente la jeringuilla desechable—. Quien trafica aquí en Iesi con drogas...

—¡Déjate de bobadas! —gritó alguien desde el fondo.

El jefe de iluminadores, esparrancado encima de una silla en medio de la sala, dijo al ver que las cámaras lo enfocaban:

—¡Queremos nuestros salarios!

De nuevo se desató el tumulto.

—¡El sindicato...! —gritó don Achille.

Los *carabinieri* abandonaron la sala por la puerta giratoria.

—¡Dilo otra vez! —incitó Franck al jefe de iluminadores—. ¡Dales caña!

—La producción está en bancarrota —apuntó Wolff a Obelix, que se sentía importante—. ¡Con el sindicato no se puede contar!

El hombre estaba a punto de repetir las frases solícitamente y a voz en cuello cuando Mark Sheraton le quitó de un puntapié la silla bajo el ancho trasero.

—¡Tú cierras el pico! —advirtió en un murmullo, lo cual reforzaba el tono amenazador de sus palabras.

El forzado se levantó del suelo sin decir nada y fue a unirse a los suyos, que estaban en la barra.

—¡Mira por donde, la brigada del hotel se las da de bomberos voluntarios! —exclamó uno del coro.

Y ya estaba Tony Hilton delante de él propinándole dos bofetones, derecha, izquierda; el hombre cayó de bruces al suelo.

—Los que no se alojan en este hotel, mejor que se vayan —dijo el más joven de los hermanos Serafini.

—Los iesianos aquí podemos... —empezó otro que aún no había comprendido; Ed Hyatt dejó que se acercara hasta casi rozarlo; el cantante le llevaba media cabeza y prosiguió, aprestando los puños para pegar—:... beber sin tener que pedirnos permiso a vosotros.

Eso pareció convencer a Ed. Inclino la cabeza como asintiendo y la alzó rápidamente, golpeando la nariz del pendenciero, que en seguida comenzó a chorrear

sangre. Cayó hacia atrás, desplomándose en los brazos de sus amigos cantantes, que a continuación desalojaron el vestíbulo llevándose a los heridos. Don Achille se ocupó de que desaparecieran todos aquéllos a quienes nada se les había perdido ahí y se despidió con un apretón de manos de los Serafini.

—Voy a pasar por el hospital —dijo—, a ver cómo están los amantes infelices.

—El *maresciallo* dice que aún no están fuera de peligro —explicó Mark—. Me parece... fabuloso que usted se ocupe de esos niños. Buenas noches, don Achille.

—Voy con usted —terció el *signor* Tagliabue levantándose del rincón—, como no va nadie de la producción —agregó poniéndose el sombrero y cogiendo del brazo al teniente de alcalde—. Es que da vergüenza... —murmuró al salir.

—¡Quién lo iba a creer, tan niñatos ellos y tan inexpertos! —intervino Wolff apenas se hubieron ido los señores—. ¡Muy jóvenes para morir de un chute!

Tony Hilton lo miró amablemente.

—¿Cómo sabes que fue heroína, e incluso qué dosis se inyectaron?

Wolff sonrió sin el menor asomo de perplejidad.

—Lo ha diagnosticado el médico de urgencias; supongo que sabrá de qué está hablando.

—Falta saber dónde consiguieron la droga los chicos...

—Y además, ¿quién les dijo que se metieran semejante dosis...? —reflexionó Ed.

—Bueno, basta ya —interrumpió Mark sacando un cigarrillo—. Hettrich, ¿tienes fuego?

Hettrich se golpeteó los bolsillos de la pechera de la chaqueta militar, izquierda-derecha-izquierda, luego se acordó y sacó del bolsillo del pantalón un sobre de cerillas. Arrancó una para el mayor de los Serafini, y éste comentó de pasada:

—¿Ya no llevas tu *Dunhill*?

A Hettrich la cerilla ardiente le temblaba ligeramente en la mano, pero Mark no pareció prestarle atención, así que el interrogado contestó con firmeza:

—Parece que hoy me he olvidado el mechero en la habitación.

Mark ofreció cigarrillos a los demás.

—Nos vamos esta noche —dijo Franck a Wolff, Hettrich y Galinsky—. Esto ya se ha acabado —agregó a modo de explicación, dirigiéndose a Marco Serafini, que movió la cabeza meditabundo, mientras Wolff y Galinsky bajaban las cámaras y paraban de filmar.

—Id a hacer las maletas —les ordenó Franck—. Nos vamos...

—Tendríamos que tomar una copa de despedida juntos —propuso Mark—. Los hermanos Serafini os invitan al *Dunes*.

Franck no vio forma de rehusar la invitación.

—Nosotros pensábamos conducir toda la noche... —Lo intentó a pesar de todo, pero frente a la autoridad de Mark Sheraton la objeción tenía poco peso, y cualquier insistencia habría equivalido a un insulto.

Tony Hilton rió.

—¡Si es que todavía os aguantáis de pie! Y si no, qué más da; pasaréis la noche en el motel y continuaréis el viaje mañana por la mañana.

—Yo no me quiero emborrachar —dijo Galinsky—. Lo único que me importa es que salgamos cuanto antes de este maldito villorrio.

—*Un posto sfortunato* —asintió Tony, alentador—. Por eso os haremos el honor de acompañaros hasta el *Dunes*.

Franck & Co y los Serafini salieron juntos del vestíbulo del hotel. Sólo los iluminadores y tramoyistas estaban todavía en la barra, ahogando el malestar. Con los hermanos Serafini había que ir con cuidado.

Arriba en la habitación, Manuel J. Berghstroem yacía vestido encima de la cama mirando el techo, por el que pasaban los conos de luz de los faros de los automóviles. Iesi y el tráfico habían tomado de nuevo posesión de la *piazza*. A través de los cristales de la puerta del balcón penetraban todavía los bramidos del viento que crecían y decrecían; sus embates hacían tintinear los cristales. Berghstroem trataba de discernir las voces de su gente, que aún continuaba recogiendo los trastos. A veces creía entreoír el acento desenfadado de Mia, que siempre sabía incitar al trabajo sin caer mal ni pasar por mandona. Apartó el recuerdo atormentador, pero en seguida le acudió a la mente la imagen de los Urslingen: la misma escena de luz blanca azulada, tratárase del quirófano o del depósito de cadáveres, siempre había unos pies desnudos saliendo debajo de una sábana. Le parecía estar viendo sus propios pies. Sentía frío a pesar de la calefacción excesiva; se le helaba el alma. Durante toda la vida había sabido vencer las catástrofes, le infundían nuevas energías; pero esta vez los reproches dirigidos contra sí mismo y la conciencia de haber fallado le oprimían el pecho como un anillo de hielo. Había apostado demasiado, de una manera irresponsable, había desafiado temerariamente al destino, había en verdad provocado e invocado la desgracia. Otros habían pagado por él, y él estaba en la cama meditando sobre su propia insensibilidad, acusando al destino de no haber tratado sus sentimientos con más piedad. Compadecía a Manuel J. Berghstroem por su fracaso ante la princesa incaica, la apodaba *Coeur d'hiver*, corazón de hielo, le reprochaba su falta de sensibilidad, olvidándose por completo de su propia incapacidad de amar. Mia le había ofrecido su corazón en bandeja de plata. ¿Y cómo se lo había agradecido? Comportándose de manera egoísta y despreocupada, abandonándola indefensa... Hasta que vio su corazón arrancado a cuchilladas en la sala del forense.

Sonó el teléfono; Berghstroem no se atrevió a descolgarlo, pero finalmente lo hizo sin decir nada. Era Tom.

—Parece que los Urslingen están a salvo, después de interminables transfusiones y lavados de sangre, pero aún siguen en la unidad de cuidados intensivos.

Berghstroem respiró pesadamente, aunque fuese sólo para fingir compasión.

—¿Cuál dicen que fue el motivo?

—Los médicos no permiten todavía que los interroguen. —Tom bajó la voz, que no por ello sonó menos preocupada—. Abajo en el vestíbulo se están acumulando la violencia y la frustración; hay una atmósfera bastante crispada. Más vale que no te dejes ver por ahora —dijo el amigo—. Los alemanes están azuzando a los romanos, diciéndoles que no cobrarán.

Aparte del ineludible tono de reproche, eso sonaba a pregunta.

—A lo mejor no andan tan desencaminados —le replicó Berghstroem con amargura, mirando la caja de acero abierta al lado de la cama—. De todas maneras, no habrá bastante para todos...

—Ahora subo —dijo Tom—. Llamaré cuatro veces...

La comunicación se cortó; Berghstroem golpeó el pulsador y colgó.

Cuando oyó unos golpes en la puerta, descorrió malhumorado el pestillo y volvió a dejarse caer sobre la cama. Pero quienes entraron fueron Franck, Wolff y Hettrich; a Galinsky lo dejaron en el pasillo para que montara guardia. Cerraron la puerta tras ellos y se colocaron en fila.

—¿Qué queréis?

Berghstroem se esforzó por no parecer asustado ni nervioso sino únicamente malhumorado. Los tres operadores de cámara llevaban sus habituales trajes grises de corte paramilitar con botas de cordones. Eran conscientes del efecto amenazador que producían en grupo y disfrutaban con el pánico que estaba invadiendo al productor; Franck extrajo del bolsillo de la pechera un escrito y lo entregó sin decir palabra al gordo, que se había incorporado en la cama.

Era un fax de Maxi, enviado hacía media hora. Berghstroem echó un vistazo al remitente y comprobó asombrado que era un prefijo de las cercanías de Iesi. El texto era conciso: «... debe entregársele inmediatamente al portador la caja de producción con todo cuanto contenga en el momento de recibirse la presente, así como las llaves».

La firma era, sin lugar a dudas, la del señor Maximilian F. Bock. Berghstroem echó un vistazo a la caja de acero abierta, que Franck obviamente había descubierto hacía rato.

—Este dinero no es suyo —se indignó Berghstroem—. Hace mucho que dejó de serlo.

—Hemos recibido una orden —dijo fríamente Franck—. No nos obligue a...

—Os estáis apoderando de propiedad ajena. Este dinero no es de Bock.

—Eso no lo sé ni me importa —dijo Franck.

Sus dos compinches hicieron una mueca sarcástica. Berghstroem arriesgó un último intento de rebelión.

—En realidad, todo esto está prácticamente gastado ya.

La gente que está abajo espera que le pague sus honorarios. Les debo...

—Debería haberlo hecho, señor Berghstroem, pero no lo hizo. Así que vale lo de «tal y como se hallare».

Wolff y Hettrich soltaron una risa chulesca de palurdos.

—Por favor, no nos complique las cosas —dijo Franck—. ¿Cuánto hay?

—Cuarenta y un millones trescientos setenta y dos mil y pico...

—Le firmaré un recibo por cuarenta y un millones de liras —ofreció Franck con aire generoso—. ¿Haría el favor de contarlo?

—¡Cuenta tú mismo! —exclamó Berghstroem irritado—. Yo acabo de hacer el arqueo.

Franck recapacitó un instante.

—Entonces haga el favor de entregarme la caja. No quisiera tener que apoderarme de ella —amenazó.

Berghstroem cogió de la mesita de noche la caja abierta con la llave puesta y se la entregó. Franck contó las trescientas setenta y dos mil liras y puso el fajo de billetes en el sitio vacío al lado de la cama. Hettrich había rellenado mientras tanto un formulario de recibo e hizo firmar a Franck. Éste colocó el papel encima del fajo de billetes, cerró con llave la caja de acero y se la pasó a Wolff.

Se fueron silenciosamente, como siempre. El último cerró la puerta sin hacer el menor ruido.

Berghstroem descolgó el teléfono.

—*Sarai morto, tedesco* —le gritó una voz ronca—. *Un debito come il tuo si può soltanto cancellare con sangue!*

Y colgó. A eso se había llegado: ¡Habría de pagar por *Stupor Mundi* con su sangre! No cabía duda de que la amenaza se refería a él.

El productor se sobresaltó cuando alguien llamó cuatro veces a la puerta de la habitación, que no había cerrado con llave.

—*Chi è?* —gritó, lleno de incertidumbre.

—¡Soy Tom!

—¿Por qué no has venido antes? —recibió con enfado al amigo—. ¡Mientras tanto me han robado!

—¿No habrás avisado a la policía...?

El romano no pareció particularmente impresionado por el hecho en sí; más bien parecía temer que su amigo alemán hubiese olvidado las reglas del juego conforme a las cuales no se debe jamás y bajo ningún concepto recurrir a las fuerzas de orden público. Vio el fajo de liras encima de la mesita de noche.

—¿Así que tus paisanos han sido más rápidos que los nuestros? —dijo con un asomo de admiración—. Franck me envió al hospital de tu parte.

—¿Y qué? —preguntó Berghstroem, fatigado—. ¿Cómo están los colgados? Digo, ¿están colgados todavía?

—Sin novedad; supongo que eso querrá decir que están mejor. Los *carabinieri* no dejan entrar a nadie; se supone que esta noche estarán en condiciones de ser

interrogados...

De nuevo llamó alguien a la puerta, esta vez tímidamente. Tom fue a abrir; era Kisha. La doncella negra se había puesto ya el abrigo y sonrió insegura.

—*Madame* Tilde...

—¡No tengo dinero!

Berghstroem trató de no asustar a la niña bonita, a la que, sin embargo, en seguida se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Por favor, por favor —dijo—. Se lo doy todo.

Mientras lo decía, se quitó el abrigo de invierno, lo arrojó al suelo e hizo amago de desprenderse también del ajustado vestido rojo.

—Al señor Tom también —agregó sollozando, acercándose a la cama con movimiento gatuno, logrando desplegar, a pesar de sus cuitas, un considerable encanto erótico.

Pero Tom le puso el abrigo sobre los hombros y recibió, en señal de agradecimiento, un fuerte abrazo, aunque también unos sollozos más intensos todavía.

—*Madame* Tilde —dijo con voz entrecortada— se va en tren, pero a mí no me puede llevar. No hay bastante para las dos. Me quiere despedir, y entonces pierdo el permiso de residencia...

El resto no se entendió, salvo que no quería volver a prostituirse.

—¿Y por qué no? —murmuró Berghstroem, molesto ya por la mera presencia de Tom.

—Qué cabrón eres —lo amonestó Tom con una sonrisa sarcástica—. Tienes el agua al cuello, pero debajo del pantalón...

—A todo condenado a muerte se le concede un último cigarro. ¿Por qué a mí no? —preguntó Berghstroem, testarudo, levantándose de la cama en la que había estado sentado todo el rato—. Llévatela —dijo con un gesto de complicidad—. Ya que se te ha echado encima...

Tom no aceptó el trato; se desprendió de Kisha y le preguntó:

—¿Cuánto necesita *madame* por ahora?

La gatita cesó inmediatamente de llorar y lo miró con una sonrisa radiante. Luego lo atrajo hacia sí y le susurró algo al oído. Tom pareció impresionado, pero dijo:

—Dile a la gran Tilde Carson —y se enderezó— que considero esta suma como un adelanto sobre los honorarios correspondientes a una actuación de varias semanas en mi teatro.

Empujó a Kisha hacia la puerta, sin saber si debía acompañarla o no.

—Ponlo por escrito —le aconsejó Berghstroem, guiñándole el ojo—. ¡Con firma y sello!

Lo acompañó sonriendo hasta el pasillo, y Tom se fue con Kisha.

Berghstroem quería cerrar por fin la puerta y dar vuelta a la llave cuando vio venir hacia él por el pasillo al *signor* Tagliabue agitando los brazos.

—¡Mire por la ventana! —exclamó resollando—. Toda la *piazza* está alborotada; los *carabinieri* están acordonando el hotel.

Berghstroem lo dejó entrar, pero apagó la luz. Se acercaron a hurtadillas a la ventana y miraron hacia abajo a través de las cortinas de tul.

No era ciertamente un tumulto popular, aunque diversos grupitos estaban discutiendo acaloradamente, y algunos alzaban de vez en cuando los ojos hacia el hotel. El productor tenía la impresión de que sabían exactamente en qué habitación se alojaba. Identificó los dos coros rivales y al farmacéutico, y también vio a don Achille junto a un grupo que estaba desplegando pancartas y banderas rojas que habían traído. No podía leer lo que estaba escrito en ellas, pero seguramente no se trataba del prometido apoyo a *Stupor Mundi*. Luego descifró, pintado en torpes letras, algo como *Stupor bulli, stupro culi*, que quizá quisiera decir algo así como «¡Pasmaos, sinvergüenzas! ¡Nos vengaremos en vuestros culos!».

El *signor* Tagliabue, que de verdugo a *podestà* había acompañado el espectáculo, contempló con profunda tristeza las ruinas del lugar donde desarrollara sus actividades.

—Es una pena —suspiró—. A la edad que tengo, será muy difícil que me vuelvan a ofrecer un papel como éste. ¡Qué pena, qué pena!

El timbre del teléfono liberó a Berghstroem del arranque sentimental. Aferró con brío el auricular.

—*Sei già morto, misero pezzo di merda! Avrai quel che meriti per la fregatura che hai dato* —dijo una voz retumbante, que no era la misma de antes—. *Tu non lascerai vivo questa città! Non passerai!*

A la última frase, Berghstroem había ofrecido el auricular al señor Tagliabue, que palideció.

—Lo tienen por impostor. Amenazan con que usted no saldrá vivo de esta ciudad. Yo de usted me lo tomaría en serio, *dottore* —susurró—. Hágase escoltar.

—¿Por quién? —bromeó Berghstroem, colgando el teléfono, y reparó en el mísero puñado de liras—. ¿No venía usted a pedir dinero, *signor* Tagliabue? —preguntó amablemente—. Sé que le debo más, pero de momento llévese esto...

—Pero ¿por qué yo? —balbuceó Tagliabue cuando Berghstroem le puso el fajo entero de billetes en la mano.

—En señal de agradecimiento —acabó la frase Berghstroem y empezó a despedirlo cortésmente, pues el teléfono estaba sonando otra vez.

Cuando por fin se liberó de él, el teléfono ya había dejado de sonar; en cambio oyó delante de la puerta las voces de los Serafini. Mark preguntaba a Tagliabue con su voz retumbante:

—¿Se puede hablar con el jefe?

Berghstroem, contento de que todavía alguien lo considerase tal, exclamó:

—¡Hombre, Sheraton, adelante!

Estaba contento de verdad de saberse acompañado por los viejos colegas de

Cinecittà. Entraron y cerraron la puerta con llave, lo cual cambió inmediatamente el estado anímico del productor: le entró miedo, un miedo cerval.

Mark Sheraton sonrió.

—Pues vaya mierda —dijo—. No te queda tiempo ni para hacer las maletas. Coge el cepillo de dientes y sube a la *suite* de la Coeurdever por la escalera de servicio, dentro de cinco minutos exactos. Y procura que no te vea nadie.

—Voy con vosotros —convino rápidamente Berghstroem—. Estoy dispuesto...

—No —dijo Mark—. Si nos ven juntos no te sacaremos vivo de aquí...

—¿Y si me pillan en la escalera?

—Entonces habrás tenido mala suerte, pero tampoco tanta, pues de todas maneras no podrías salir del hotel sin que te reconocieran. Si alguien te reconoce, se acabó...
Allora auguri!

Y se marcharon. Berghstroem cerró la puerta tras ellos y se arrojó sobre la cama.

Él, Manuel J. Berghstroem, no quería huir como un ladrón en la noche; regresaría, como antaño el emperador. Iesi debía levantarle un arco de triunfo, adornar el Corso con pancartas que rezaran: «Bienvenido el creador de *Stupor Mundi*», que ondearan en todas las lenguas; por él se suspendería la prohibición de circular por el centro, los *carabinieri* irían delante con sus motos *Guzzi*, y él en una limusina abierta, la gente arrojaba flores, se regalaban globos impresos a los niños, él devolvía los saludos con gesto magnánimo, y a su lado iba... ¿La Coeurdever? Ray y Rinaldo deberían ir en otra limusina. ¿La Carson? No, lo mejor era ir solo. El emperador no tenía a nadie a su lado. El poder te hace solitario, grandeza solitaria, para que Iesi comprendiera humildemente el oprobio que se infligía a sí misma expulsándolo a él como a un perro sarnoso...

Berghstroem perdonó a la ciudad, resollando de alivio y dicha prestada. Federico era su protector... ¡El Hohenstaufen no lo abandonaría jamás!

Los cinco minutos prescritos le parecieron una eternidad. Se obligó a pensar en el final de *Stupor Mundi*, que aquel día habían querido ensayar por última vez. Vio el pabellón mágicamente iluminado por dentro, oyó los coros, presencié estremecido cómo se abría el pabellón, el mayordomo exigía la entrega del niño, y finalmente la emperatriz cantó la canción, su canción, de la que él había logrado convencer a Rinaldo, contra la oposición de Ray, que la cantara con la melodía de «Baiushki baiu». Él era el niño, el chiquito que escuchaba la voz de su madre arrullándolo amorosamente... El teléfono sonó estridentemente; Berghstroem agarró el auricular.

—Pronto... Pronto?

No hubo respuesta, sólo un jadeo pesado. Entonces Berghstroem también calló, acompañando la respiración del otro. Luego colgó. Habían pasado los cinco minutos o más. Se puso de pie de un salto, se encaminó de puntillas al cuarto de baño oscuro, encontró a tientas el cepillo de dientes y avanzó trabajosamente hacia la puerta. Aguzó el oído. No se oía nada. Hizo girar la llave despacio, apoyando el cuerpo macizo en la puerta, por si acaso, la entreabrió, empuñando, a falta de otra arma

defensiva, el cepillo de dientes, y se deslizó por la abertura. El pasillo estaba desierto, iluminado por la escasa luz de los apliques. Cerró la puerta con llave y se dirigió hacia la puerta detrás de la cual sabía que estaba la escalera de servicio. Las desnudas tablas de madera crujían ruidosamente, y tampoco se atrevía a encender la luz. Tenía que subir hasta el último piso, temiendo a cada momento que se encendieran las luces y se oyera a sus espaldas el furioso griterío de sus perseguidores.

Berghstroem lo había conseguido. Delante de él estaba el pasillo alfombrado del ático a la cálida luz de las lámparas de azófar. Aquí se hallaban las *suites* de Ray, Elgaine y la Carson; no había más. La Coeurdever ocupaba también todos los cuartos restantes, que le servían de talleres. Berghstroem oyó la voz de ella y las de los Serafini. Estaban bromeando. Empujó cautelosamente el picaporte. Estaban de pie delante de un cesto de mimbre abierto que estaba lleno sólo a medias de ropa y tomaban champán. Elgaine le ofreció una copa llena.

—Buen viaje, Manuel —dijo amablemente, y cuando lo había apurado de un trago, agregó—: Es un somnífero agradable, para que las fatigas del transporte no te hagan sufrir.

Berghstroem adoptó una expresión de asombro, porque sentía ya en el estómago el efecto adormecedor. Elgaine llevaba la bata blanca de trabajo, como siempre cuando estaba en casa, y nada debajo. La miró fijamente.

—Será mejor que te metas en el cesto, Emanuele —aconsejó Tony Hilton—. Si te duermes antes tendremos que levantarte.

Señaló el espacio vacío bajo la tapa abierta. Ed le ofreció el brazo, y el gordo se sentó resoplando entre las paredes del cesto.

—¡Baja! —exclamó Ed—. Si no, no podremos cerrarlo.

Berghstroem encogió las piernas y trasladó trabajosamente su corpulencia a la diagonal, de modo que acabó yaciendo medio de lado.

—¿Elgaine?

Berghstroem sacó la mano por encima del borde, buscando la de Elgaine, y ella se la tomó. La cubrió de besos mientras se iba desvaneciendo poco a poco. Los hermanos se pusieron a rellenar con trapos los pocos huecos que quedaban, hasta que sólo la cabeza sobresalía. La cubrieron de paños también, «para que la tapa no le haga daño», los oyó decir todavía. Berghstroem era incapaz de sentir miedo, y ya ni se percató de cómo cerraban el cesto.

Capítulo XV — El hierofante

En el garaje subterráneo escasamente iluminado se abrió la puerta del ascensor de carga que lo comunicaba con el hotel. Los tres Serafini empujaron el cesto desde la cabina del ascensor al suelo de hormigón del garaje, haciendo esfuerzos para que su peso no pareciese nada insólito. Habían aparcado la furgoneta directamente delante del ascensor, con la puerta trasera abierta; con un rápido movimiento alzaron el cesto y lo subieron a la superficie de carga del vehículo. También Franck & Co habían acudido al garaje del hotel y estaban preparando su Volvo para el viaje.

Franck repasaba las listas de materiales, mientras Wolff y Hettrich le leían en voz alta los números de las cintas de vídeo, antes de meterlas en el Volvo en paquetes sujetos con celo. Galinsky guardaba las cámaras y el equipo de sonido, así como las pilas y los focos manuales, en las maletas de aluminio. El equipo de vídeo trabajaba de prisa y de forma rutinaria.

—Iremos en convoy —explicó Mark Sheraton—. Lamento decirlo que será nuestra furgoneta la que determine la velocidad de la marcha; por eso irá delante, luego vais vosotros y al final el Alfa.

—Suenan a patrulla de reconocimiento, con retaguardia y flanqueo y todo —rió Wolff.

—A mí me parece bien; no tenemos prisa —terció Franck.

Lo cual no correspondía en absoluto a la verdad, pues se morían de impaciencia, pero disimulaban. De haber sido por la gente de Franck, hacía mucho que habrían puesto pies en polvorosa. Pero una partida precipitada habría despertado sospechas, y a Franck no le cabía la menor duda de que los hubieran capturado antes de llegar a la frontera. Ahora, en cambio, en medio de la barahúnda general de las despedidas, su partida no llamaba la atención. ¡Una excursión al *Dunes*! Por eso había aceptado la invitación de los Serafini. No había que perder los nervios, ¡eso era todo!

—El tanque está listo para el combate, mi capitán —anunció Hettrich, cuadrándose.

—Es una pena —dijo Wolff con mueca sarcástica—. Si ahora el populacho que está en la sala asalta la caja y descubre que está vacía...

—¡... lincharán a la gorda Emmy! —agregó Hettrich, regocijado.

—¡Eso me gustaría grabarlo!

—¡Pamplinas! —decidió bruscamente Franck—. Hay que acabar de una vez. ¡Nos vamos!

Los Serafini, que no habían dicho nada y se miraban indiferentes unos a otros con cara de póquer, movieron la cabeza en señal de asentimiento. Tony subió a la furgoneta, Franck & Co ocuparon el Volvo, Wolff conducía, Franck iba a su lado y los otros dos detrás.

Ed se puso al volante del Alfa, que fue el último en salir del garaje. En una apretada hilera, subieron la rampa y llegaron a la *piazza* por el callejón lateral. A la

salida, varias personas que aguardaban allí en corrillos, a modo de piquetes de huelga, miraron recelosamente a través de los cristales de los coches, pero cuando reconocieron a los Serafini y a los alemanes, no hicieron además de cerrarles el paso ni de registrarlos. Mark bajó la ventanilla y gritó al *maresciallo*:

—¡Vamos al *Dunes*!

El *maresciallo* asintió con un movimiento de cabeza y trató de no prestar especial atención al Volvo que los seguía, recordando las palabras del comisario: «¡Deja que se asen a fuego lento!».

Los *carabinieri* apartaron a los curiosos e hicieron al convoy seña de pasar.

La fuerza pública aún tenía acordonado el hotel, lo cual no impedía, sin embargo, que además de los iluminadores romanos entraran furtivamente cada vez más lugareños. Puesto que aquellos que de tal manera desafiaban la orden policial y se introducían en el edificio por pasadizos y puertas traseras no representaban ni mucho menos a la parte más mansa de la población, reinaba una atmósfera explosiva. Aún no se había atrevido nadie a tocar la caja de acero colocada sobre una mesita reservada expresamente para efectuar los pagos. Además, la interesada vigilancia de los distintos partidos aseguraba que permaneciera intacta, como si intuyeran que seguramente no habría bastante para todos.

Al hotel llegó con autobús propio la tropa auxiliar alemana de Nemo, que se comportaba tal como los italianos se imaginan a las *Sturmtruppen*. Pero cuando los alemanes avistaron a los *carabinieri*, volvieron bruscamente sobre sus pasos y marcharon cantando al callejón lateral más próximo. El *maresciallo* sonrió satisfecho. Los alemanes avanzaron ordenadamente y sin griterío a través del garaje subterráneo y llegaron a la barra del hotel sin encontrar obstáculo alguno.

El pequeño convoy, encabezado por la furgoneta con la caja de vestuarios, seguida por el Volvo de Franck & Co y, finalmente, el Alfa, se acercaba rápidamente a la costa, pasó debajo de las autopistas, delante de la base aérea de la OTAN, y sólo entonces torció en dirección norte, camino familiar a todos ellos de las excursiones nocturnas a la discoteca. Abandonaron la carretera asfaltada y avanzaron despacio por el camino vecinal lleno de baches que discurría paralelo a la carretera, entre dunas y matorrales de la altura de un hombre. Su meta, el *Dunes*, era tan conocida que no hacían falta señales; podía permitirse el lujo de estar oculto como los hangares cercanos de los bombarderos de combate.

De repente, la furgoneta frenó; las luces de freno centellearon rítmicamente, lo cual obligó a parar al Volvo que seguía, pues el camino era demasiado estrecho para adelantar.

—¿Qué pasa? —gritó Wolff por la ventanilla abierta.

Tony Hilton había bajado del coche.

—Parece que fue aquí —dijo Tony—. Quería ver otra vez el sitio.

Entre tanto se había acercado también el Alfa, y Mark se unió a los otros como quien no sabe de qué va el juego, lo cual impulsó a Franck a decir, enfadado:

—¡Qué es lo que...! —Y luego, como si sólo entonces comprendiera—: ¡Ah, claro!

—Pero eso no es razón para parar en plena noche —reprochó de mala gana Mark Sheraton a su hermano, pero éste contestó, avanzando decididamente hacia el matorral:

—Sólo quería ver dónde Mia había escondido a Jerry para que no lo encontraran hasta la mañana siguiente.

—Hasta el mediodía —corrigió Franck—, cuando encontraron también a Mia.

—¿Y qué quieres ver allí ahora, Antonio? —objetó Mark, no obstante lo cual se puso en marcha en la misma dirección.

Entre tanto habían bajado también Hettrich y Galinsky, y Ed exclamó con sorna:

—¡He aquí la atracción mágica del *luogo del delitto*, del *Tatort*, como decís vosotros!

Mark permaneció inmóvil, vacilando, hasta que Franck se acercó.

—De magia, nada. Más bien será que cada uno quiere demostrar que es capaz de acercarse al lugar del crimen; pues si alguien se negara podría pensarse que tiene mala conciencia.

—Entonces yo me voy —se mofó Hettrich a sus espaldas—. Yo siempre tengo mala conciencia.

Galinsky parecía pálido mientras seguía lentamente a los otros.

—Ya vale. Yo no he venido a buscar aquí huellas de fantasmas entre la arena —masculló Franck malhumorado.

Pero no se detuvo, porque delante de él se oía, en medio de los matorrales, la voz excitada de Tony.

—¡Aquí fue! ¡Ahí todavía se ven las señales de la brigada de homicidios!

Wolff fue el primero en llegar a su lado.

—¿Y qué? —dijo, y se volvió para marcharse.

Tony arrojó el encendedor *Dunhill* detrás de él para que cayera justo al lado de su talón, y se desvió hacia los matorrales.

Entre tanto habían llegado Franck y Mark, seguidos por Hettrich y Galinsky. Caminaron por el lugar pisoteando la arena.

—Bien... ¿Y dónde decís que estaba el pequeño Jeremia? ¡Eso es lo que me gustaría saber! —se quejó Hettrich.

—¡Aquí! —gritó Tony, invisible, desde cierta distancia.

En ese momento, Ed puso en marcha el motor, dejando que las luces de carretera se deslizaran en horizontal sobre el suelo, y exclamó:

—¡Vengan ya, panda de pesados! ¡Vámonos!

Mark observó por el rabillo del ojo que Hettrich descubría el encendedor entre la arena y propinaba un codazo a Franck. Se apartó rápidamente, fingiendo investigar

adónde se había ido su hermano. Cuando Mark se volvió de nuevo, Franck & Co se estaban encaminando ya con pasos rápidos a su Volvo. El *Dunhill* había desaparecido. Removió la arena como distraídamente, hurgando con la punta del zapato: no se veía el encendedor por ningún lado. Alguien debía de haberlo recogido.

En seguida alcanzó a Tony y lo regañó por la estúpida ocurrencia que los había hecho perder inútilmente un tiempo precioso que habrían podido pasar cómodamente en el *Dunes*.

—¡Tony paga una ronda de castigo! —anunció.

—¡Una ronda doblemente triple! —remachó Wolff.

—Tú te crees que no sé contar —respondió Tony, dando una palmada en el hombro a Wolff, que estaba subiendo al coche, antes de ponerse al volante de la furgoneta.

Sin hacer caso de los baches, Tony arrancó a tal velocidad que los otros apenas pudieron seguirlo y enfiló por el aparcamiento, entre la entrada del *Dunes* y el motel de Agip, que estaba más atrás.

Berghstroem sentía las sacudidas y los golpes del camino vecinal como si estuviera sentado en el lugar de Mia al volante del *Mini*. Le revolvían las imágenes y las distorsionaban como en una emisión televisiva alterada por una tormenta, con rayos y truenos, y Mia conducía su *Mini* rojo a toda velocidad a través de las dunas, entre los matorrales, perseguida por un adversario invisible y superior en fuerzas, cuyas luces no se apartaban de ella, y ella se agachaba, se rehurtaba, se escondía en una hondonada, y una y otra vez la descubrían. Cuando creía haberse sacudido al perseguidor le bastaba una mirada, una mirada compulsiva al espejo retrovisor... y los ojos de la bestia feroz brillaban en la noche, mirando sin cesar a su presa, aproximándose cada vez más. Mia se levantaba a toda prisa, el *Mini* rojo daba un salto y salía disparado... O eso pensaba ella, lo esperaba, y Berghstroem esperaba con ella, en su sueño en el cesto oscuro, del cual, afortunadamente y gracias al somnífero, no se despertó. Se habría vuelto loco o, lo cual era más probable, habría pensado que estaba muerto. Sin ver nada ni poder moverse, pero sintiendo todavía el cuerpo, pudiendo gritar pero sólo para oír el grito tan apagado como si no hubiese gritado, sintiendo los músculos y los nervios, pero prisionero en un ataúd bien acolchado con la tapa cerrada, y sufrir las sacudidas, que en cualquier momento podían cesar, cuando lo bajaran a la fosa. «Manuel J. Berghstroem enterrado vivo, subtítulo: El genial creador de *Stupor Mundi* ha recibido el castigo merecido». El infierno lo recibía, Maxi lo tenía de nuevo en su poder, podía hundirlo en el mar, fundirlo en un bloque de hormigón, introducirlo en un crematorio... O dejarlo caer de un helicóptero, abandonarlo en una vía de ferrocarril poco frecuentada, arrojarlo a un baño de ácido. Todo era posible, cualquier cosa podía pasar una vez cesaran de repente las sacudidas... El *Mini* rojo no arrancaba, las ruedas giraban en la arena, y

los ojos de la bestia se acercaban en el espejo retrovisor. Entonces ella vio claramente la huella doble de finas estrías en la arena, como la impronta de dos reptiles que serpentearan paralelamente, serpientes del grueso de un brazo que la rodeaban, le cerraban el paso, le daban caza sin salida posible. Unos puños la aferraron, le golpearon la cara, la arrastraron ante el Moloc, el ídolo sobre ruedas, de cuyas anchas fauces goteaba la saliva y cuyos grandes ojos brillaban tras cristales negros. Los puños la empujaban, la tiraban de los cabellos rojos, le amordazaban la boca; una llama azul le saltó a la cara, le recorrió ardiendo la piel, el cuello, los pechos, y la ardiente salamandra le rodeaba los pezones, hincó el diente en las yemas rosáceas, hasta que sólo quedaron dos muñones reventados, llenos de hollín y sangre, que se erguían sobre los montes temblorosos. Los puños abandonaron a su presa. Mia cayó de rodillas. Ni siquiera la mordaza podía apagar su grito. Quería gritar de dolor... Y una reluciente hoja de plata se le deslizó entre la cara aterrada y los devastados pechos y le separó el torturado cerebro de los agitados pulmones. El grito se ahogó entre estertores... Berghstroem cubrió gimiendo la escena con la oscuridad de la noche.

La entrada de la discoteca se hallaba al fondo de la gruta artificial cubierta de arena; sólo estaba señalada por unas pocas luces vacilantes, más bien un alumbrado de reserva. Tony Hilton aparcó la furgoneta y examinó la cesta acercando el oído. Los ronquidos de la gorda Emmy apenas se oían. Cerró satisfecho la puerta trasera y esperó a los otros.

Llegó el Volvo de Franck & Co, seguido inmediatamente por el Alfa de los Serafini. Parecía que a Franck se le habían pasado las ganas de ir a la discoteca y emborracharse juntos, pues farfulló algo de que era «mejor seguir adelante», pero Wolff y Hettrich querían a toda costa «echar un trago, pero ya». Galinsky fue condenado a permanecer sobrio para poder conducir luego. «La última, para despedirnos», y Franck se dejó engatusar; Mark Sheraton sonrió sarcásticamente.

—¡Y otra por la buena colaboración!

—Dejaremos las maletas en el coche —ordenó Franck—. El aparcamiento está vigilado.

Señaló a dos hombres que salían de la oscuridad e inspeccionaron brevemente con sus linternas a los recién llegados mientras anotaban las matrículas de los coches.

—De eso puedes estar seguro —terció Ed.

Se adentraron juntos en la gruta, pero de repente Franck se detuvo y dijo:

—Me lo he pensado...

—¿No te dará por escabullirte? —exclamó Tony.

—¿De quién? —se adelantó Wolff a su jefe.

—¡Galinsky llevará las maletas al hotel! Pasaremos la noche allí... ¡Bajo vuestro nombre, miei cari! —dijo Franck, dirigiéndose a los Serafini con astuta sonrisa.

—¿Qué dices? —preguntó Ed, pero su hermano mayor le dio un empujón.

—Pagaré la cuenta el primero que caiga esta noche —anunció Franck—, y eso seréis vosotros, *i signori* Sheraton, Hilton y Hyatt. Así que será justo —Franck parecía extrañamente excitado, y su risa tenía un ligero tono histérico—, y, sobre todo, barato que nos paguéis además un motel de Agip.

Franck parecía creerse increíblemente ingenioso, convencido de haber dado con una idea genial. Los Serafini vieron con asombro que su hermano Mark parecía entusiasmado con la propuesta.

—¡Cómo no! Os dejaremos nuestros documentos de identidad. ¡Vamos, dádselos! —invitó a Tony y Ed, que vacilaron en entregar los documentos.

—Pero sólo hay tres...

Pareció que Mark, contagiado por la hilaridad de Franck, se dejaba embromar sin ofrecer la menor resistencia.

—Galinsky dormirá en el Volvo —decidió Franck, descartando el último reparo, y Mark entregó al más joven los documentos recogidos.

—¡Pero vamos de una vez a tomar algo! —exclamó Hettrich encaminándose a la puerta de acero.

Desde el laberinto subterráneo del *Dunes* llegaba el eco apagado de sonidos africanos y de pies que golpeaban el suelo. Los otros siguieron en fila india y pasaron por el torniquete.

Franck sabía lo que se hacía, y Mark había comprendido los motivos del otro. Los dos habían telefoneado desde sus coches a Iesi y les habían comunicado que los Urslingen estaban en condiciones de ser sometidos a interrogatorio.

La ciudad estaba alborotada. Pese a lo avanzado de la hora, pues era casi la medianoche, se habían reunido en la *piazza* casi todos los que habían participado como comparsas o coros en *Stupor Mundi*. A muchos el dinero que se les debía o con el que habían contado, y que los vocingleros más exaltados amenazaban con reclamar ante los tribunales, les importaba menos que el entretenimiento perdido. Sentían tristeza y rabia al verse repentinamente privados de aquella obra, de la ópera de Iesi, de la cual habían esperado una distracción y una elevación de su monótona vida provinciana. Cada uno de los participantes se había sentido orgulloso de colaborar, se había considerado elevado por encima de la masa de sus conciudadanos, se había forjado ilusiones para su vida y su futuro y, sobre todo, se había jactado profusamente ante los amigos y parientes lejanos. Los comerciantes habían esperado un extraordinario aumento de las ventas, y muchos empresarios habían hecho ya planes mucho más ambiciosos... ¿Y de repente resultaba que todo ello no había sido más que una pompa de jabón? ¿Una *fregatura* de esos saltimbanquis alemanes? ¿Un castillo de naipes en medio de la *piazza* que el primer huracán podía echar abajo sin más? Algunos reprocharon a los organizadores lo imprudente de la construcción, otros el hecho de no haber contratado un seguro adecuado, pero todos estaban de acuerdo en que la compañía se había comportado de manera poco alemana,

desertando precipitadamente, dejando en la estacada de la manera más vergonzosa a los ciudadanos de Iesi, en un acto de pura y simple traición. En la *piazza* se coreaban consignas que, por lo menos desde lejos, sonaban como un estadio de fútbol poco concurrido cuando el equipo propio está perdiendo. Pequeños grupos volvían una y otra vez a calentar el ambiente de entierro con consignas combativas cuya ciega testarudez en el fondo no delataba más que una desesperación resignada. Las dos asociaciones corales enemistadas expresaban su dolor cantando el gran coro. «Stuuuporr munndi, stupor mundi...», cantaban con voces lúgubres y estremecedoras, que contrastaban con la cantata de bienvenida y júbilo, para la cual algunos hicieron sonar los clarines que habían traído con tonos estridentes y desafinados. A falta de un director de coro, las dos hordas cantaban lastimosamente y, para colmo, al unísono, unos contra otros a pleno pulmón, esforzándose cada bando por derrotar al grupo contrario. Tal era el fondo sonoro que rodeaba el hotel asediado. Sin embargo, si en ese momento se hubiese presentado el equipo de los organizadores, a quienes se seguía esperando en secreto como si fuesen el Mesías, la multitud reunida en la *piazza* les habría arrojado palmas a los pies y habría entonado de golpe el Hosanna del coro de homenaje.

En el vestíbulo hervía, tras un breve grito de indignación, la rabia impotente de los definitivamente burlados. Aunque sólo fuese para mitigar la tensa espera, pues barruntaban ya que en la olla no habría más que aire, los iluminadores romanos habían levantado, con la aprobación general de los presentes, la tapa de la caja de acero con una palanca y habían reventado la cerradura. Cuando todos se habían cerciorado de que estaba vacía, se produjo un pesado silencio.

Justo en ese momento entraron Ray y Reinhold. Habían reñido y continuaban riñendo. Rinaldo acusaba al director de escena de derrotismo porque no se limitaba a continuar con los ensayos.

—¡Apelamos al pueblo de las Marcas! —exclamó el compositor como si fuese Robespierre hablando ante la Convención; sólo faltó que agitara la bandera municipal de Iesi—. ¡Verás cómo todos te seguirán... aunque no cobren en efectivo!

Miró a su alrededor, esperando aplausos, pero no se granjeó más que un gélido silencio.

—Lo siento por la ciudad, por la obra y por tu música —dijo Ray amablemente, para añadir sin miramientos—: Pero no creo en quimeras. Los decorados están hechos un montón de escombros, el vestuario ha sido robado o ha desaparecido no sé cómo junto a la artista, y tampoco queda dinero...

—¡No hay dinero! —gritó uno de los alemanes, señalando la caja rota.

Entonces también los lugareños se animaron a lanzar protestas verbales, profiriendo blasfemias y maldiciones. Rinaldo comprendió rápidamente a qué bando pertenecía.

—¡Estas tablas las volveremos a montar con cuatro clavos, la carpa nos la prestará cualquier circo, y los trapos nos los coseremos nosotros mismos, o lo harán

nuestras mujeres!

—¡Bravo! —gritaron los hombres—, ¡y a los tipos como tú —atacaron al director de escena—, que nos quieren enseñar cómo hay que moverse pero que a la hora de la verdad se cagan encima, los vamos a mandar a la mierda!

La gente chillaba todavía más. Los alemanes gritaban «¡Cobarde!» y «¡Mariconazo!» y lo traducían inmediatamente a los vocingleros italianos, de modo que a la rabia contra el *tedesco vile e vigliacco* se agregó además el odio al *frocio infame, finocchio codardo*, culminando en furiosas amenazas de proceder a la reconstrucción inmediata del patíbulo para ahorcarlo. No reinaba ciertamente un clima de linchamiento como en los Estados del Sur, pero aun así Ray se alegró muchísimo de que apareciera Nemo, quien primero mandó callar a «sus» alemanes y luego les recordó la obligación de «no dejar en la estacada a un compatriota alemán en el extranjero». Si bien ni Ray era alemán ni Iesi, tan cerca del mar Adriático, era propiamente tierra extranjera, el llamamiento tuvo éxito, pues Nemo era para sus admiradores una autoridad incuestionable. Rodearon al director de escena, que exclamó con repentino apasionamiento que *Stupor Mundi* no estaba muerto y que volvería, a raíz de lo cual estuvo a punto de desatarse una batalla campal cuando los *carabinieri* irrumpieron en el vestíbulo preguntando por Franck & Co. «¡Orden de detención!». Se había interrogado a los Urslingen, que no habían tardado en revelar quién les había vendido la heroína, «a un precio verdaderamente risible», agregó el *maresciallo*. Entre tanto, sus hombres volvieron de la recepción y le comunicaron la desagradable noticia de que los pájaros habían volado. «¡Se han marchado!».

—¡Buscadlos! —chilló el *maresciallo*, y dio rienda suelta a su cólera ordenando a todos los presentes que desalojaran el vestíbulo.

A los huéspedes del hotel se les mandó retirarse inmediatamente a sus habitaciones y mantenerse a disposición para ser interrogados. Esa orden afectó también al anciano señor Tagliabue, que había estado sentado todo el rato en un rincón, callado y amargado. Ray y Nemo subieron sin dignarse mirar a Rinaldo, que salió a la *piazza* tras los *carabinieri*.

La muchedumbre que aguardaba fuera, tras haber cantado las diversas canciones trabajosamente ensayadas, se había puesto de acuerdo sobre unas fórmulas abreviadas que delataban una cultura televisiva. Vociferaban «Siamo stufi dei muppets», frase que pronto degeneró en *stupi-mupi*, si bien se repetía una y otra vez. Cuando Bea, que ya era sólo —o de nuevo— la *signora Delle Delizie*, cruzó la *piazza* en dirección al hotel, gritaron: «¡Miss Piggie, stupi mupi, piggie!».

Bea apretó el paso. Había llegado a sus oídos la actuación de Rinaldo, y que había atacado ignominiosamente por la espalda al director de escena y, con ello, a la última oportunidad de salvar *Stupor Mundi* para Alfia y para Iesi. Cuando Rinaldo salió, acompañado por los *carabinieri*, por la puerta del hotel, Bea le cerró el paso temblando de ira y le escupió a los pies.

—*Traditore!* —le espetó.

La multitud chillaba de alegría; Bea giró sobre sus talones y se marchó.

Primero Mia, ahora él. Querían sacrificar *Stupor Mundi*, arrancarle el corazón del cuerpo todavía caliente y palpitante. Los carniceros aguardaban ya con sus delantales de goma ensangrentados, listos para empezar. Tenían los rostros estólidos, fríos, tercos y grises de Franck & Co, pero debían de estar esperando aún la señal del maestro. Unas tenazas eléctricas aplicadas al pecho, una saeta en la frente, y luego un rápido corte. Mia estaba ya desangrada, destripada, colgada cabeza abajo, con una cadena alrededor de los tobillos, su cuerpo abierto en canal se alejaba hacia un cielo oscuro iluminado una y otra vez por fucilazos convulsivos. El corazón lo guardaron los carniceros en un frasco. Un regalo para el maestro.

Elgaine, la dueña de vestuario y decorados, había enviado primero el camión con la preciosa carga a una dirección que sólo ella conocía, luego había procurado que el desdichado Berghstroem saliese del tumulto, y con ello no le quedaba ya nada que hacer en Iesi. La Coeurdever se había imaginado de otra manera la conclusión de su actividad creativa para *Stupor Mundi*. Pero no estaba en absoluto dispuesta a arrojar la toalla. Una mujer como Elgaine Coeurdever no se arredraría ante los poderes que se habían inmiscuido en el juego. Lo importante era reaccionar con prontitud ante todos los desarrollos ulteriores; y para ello necesitaba libertad de movimientos. El bueno de Berghstroem había tenido ciertamente cara de perdedor cuando había entrado tan triste en el cesto de su salvación, pero también era como un dominguillo que siempre volvía a ponerse de pie. A los demás señores reunidos en torno a la mesa de juego Elgaine los conocía, los manejaba a su antojo, les veía las cartas; lo cual debía ser ya de por sí motivo suficiente para que nadie intentara tomarle el pelo.

Elgaine Coeurdever no permitía que los acontecimientos se le adelantaran. En la recepción se había hecho informar prolijamente por Jakob, el verdugo y *podestà* en paro, de todo lo sucedido, le había dado amablemente las gracias y le había asegurado que obedecería sin rechistar la orden de la autoridad policial y se mantendría a disposición para el interrogatorio. Habían subido juntos en el ascensor.

Al llegar a la *suite*, hizo en seguida las maletas y las llevó, caminando de puntillas, al ascensor de carga, bloqueando la puerta. «Qué bien había hecho», pensó, en hacer cargar inmediatamente después del huracán todo el vestuario en un camión y enviarlo a Alemania, a una dirección que nadie más que ella conocía. Los mantos y los ropajes valían su peso en oro, mucho más que los honorarios que aún se le debían a su creadora. Con el abrigo puesto y la última bolsa en la mano bajó las maletas al garaje subterráneo y las subió al Jaguar. Se puso al volante y subió despacio la rampa sin encender las luces. Cuando vio ante la salida al «piquete de huelga», encendió las luces de carretera y pisó el acelerador, tomando rumbo directamente al grupo de hombres, que se apartaron de un salto, asustados y deslumbrados. El Jaguar cruzó a toda velocidad la *piazza*, que se estaba vaciando, y desapareció de Iesi.

La salida principal del laberinto subterráneo del *Dunes* se hallaba en otra gruta y estaba construida de tal manera que los clientes eran inexorablemente despedidos hacia el exterior. La puerta metálica se abrió hacia fuera y salieron, con paso incierto, los tres Serafini y Franck & Co, cogidos del brazo y apoyándose unos en otros, pues también el equipo de vídeo estaba ya dando tumbos.

—¡Daos por vencidos! —gritó riendo Wolff—. Yo podría seguir horas y horas...

—¡Ni una gota más! —lo reconvino su jefe, el único que se mantenía medianamente derecho—. Ahora nos vamos a dormir y mañana por la mañana...

En aquel momento salió tras ellos don Pepe, el dueño del *Dunes*, seguido por dos camareros.

—¡Una copa de despedida a la salud de mis queridos clientes! —exclamó con la melosa afectación propia de su oficio de animador—. ¡La casa os invita a un pequeño *nightcup*!

A eso nadie quiso resistirse. Don Pepe hizo una seña a los camareros. Uno de ellos sostenía una bandeja de plata con siete copas grandes ya preparadas, que contenían dos dedos de un líquido de un color entre rubí y violeta. Otro descorchó una botella de champán y llenó cada uno de los vasos, haciéndolos rebosar de espuma.

Hettrich quiso coger sin más preámbulo una copa de la bandeja, pero don Pepe Saló se lo vedó con exquisita cortesía.

—Permítanme, en mi modesto papel de anfitrión de ustedes, que los sirva personalmente.

Cogió cada vaso por separado y lo entregó al invitado. «Permite usted», «Chin-chin», y «¡A la salud de ustedes!». Cuando cada uno tenía su copa en la mano, don Pepe exclamó alegremente:

—¡Nos la tomaremos de un trago! *Auguri!*

Como nadie quiso ser menos, todos lo imitaron.

—¡Puaj! —exclamó Wolff—. ¡Un cóctel infernal, pero de primera!

También los otros chasquearon la lengua, aunque resollando.

—*Una miscela mortale* —dijo gimiendo Tony Hilton, lleno de admiración—. ¿Eso lo usan para tumbar a los clientes?

—¡Más bien para echarlos! —dijo con sonrisa sarcástica su hermano Ed—. Sabe a poco.

—De eso, ni hablar —dijo Mark—. Nuestros invitados no querrán llegar al hotel a cuatro patas.

—Este cóctel es un invento mío —les confió jovialmente don Pepe—. Lo hemos bautizado *Dunes-Imperial Brut*. No está en la carta.

—¡Tremendo! —exclamó Hettrich, excitado—. ¡Esto te deja en el suelo! —Luego reflexionó y palmeó el hombro a don Pepe, con aire de familiaridad—. ¿No tenéis por ahí algún lugar seguro para nuestro Volvo? —preguntó con sonrisa irónica

—. Quiero decir, algún lugar discreto donde no se tropiece con él... Ya me entiendes, ¿verdad?

El dueño del *Dunes* sonrió socarronamente.

—Donde no se pueda identificar la matrícula ni desde un helicóptero ni desde un coche patrulla que esté pasando por casualidad...

No lo había formulado irónicamente ni como pregunta. Sin esperar respuesta extrajo del bolsillo interior de la chaqueta un mando a distancia y tecléo un número. Justo a su lado, el muro de la gruta se abrió un trecho, descubriendo una cueva lo suficientemente grande como para acoger un camión de remolque. En el mismo instante salieron de la oscuridad los dos guardianes del aparcamiento y entraron en la gruta débilmente iluminada.

—Despertad al conductor del Volvo —ordenó don Pepe a sus hombres—. Que traiga el coche.

—¡Adiós, tanquecito, y buenas noches! —rió Wolff—. ¡Brindemos por ello!

Dirigió una mirada desafiante al patrón, pero éste había dado ya la orden.

—¡Que sean ocho esta vez! Para vuestro cuarto hombre —explicó a Franck, que no parecía muy entusiasmado.

Los camareros desaparecieron con los vasos recogidos y la botella vacía, mientras en la entrada de la gruta aparecieron las luces de cruce del Volvo. Los guardias del aparcamiento guiaron a Galinsky al interior de la cueva. Galinsky bajó del coche con cara de dormido y se sumó al corro con paso vacilante. Ahora todos parecían bastante despejados, a pesar de que seguían tambaleándose ligeramente y hablaban arrastrando un poco las palabras, aunque sin tropiezos.

—¡Ahora te traerán algo de beber! —consoló Hettrich a Galinsky.

En ese momento regresaron los camareros con las copas, que habían rellenado del líquido rojo. Esta vez don Pepe abrió personalmente la botella de champán, disparando el corcho al techo de la cueva, y llenó los vasos. Con gesto solemne repartió las copas a los hombres que rodeaban el Volvo.

—Es un honor y un extraordinario placer que me permitan brindar a la salud de sus señorías —dijo inclinándose ligeramente ante cada uno.

—¡De un trago! —exclamó Wolff y apuró el vaso de un trago.

También Hettrich lo tragó como si fuese cerveza fría; sólo Galinsky tomó un sorbito y dijo:

—¡Qué fuerte!

—¡Maricón! —espetó Franck, quien, vacilante hasta entonces, pues en principio había decidido no beber más, había apurado el vaso hasta la última gota tras ver la mirada de desprecio que le dirigía Marco Serafini.

Galinsky venció la repugnancia y se puso a beber también, cuando de repente Wolff lo miró con ojos vidriosos, que casi le salían de las órbitas; abrió la boca para gritar, pero sólo se oyeron estertores. Se dobló como una navaja y cayó de bruces, dando con la cara en el suelo de hormigón de la cueva.

—¡Traición! —gimió también Hettrich, pues vio todavía cómo la pared lateral salía lentamente de la roca, aislando la cueva del exterior. Intentó agarrarse a Franck, que se apoyaba en el Volvo y resollaba.

Galinsky dejó caer el vaso medio vacío y se arrastró, cual venado herido, al rincón más remoto, donde se quedó agachado con la cabeza hundida entre los hombros. Viendo desplomarse a Wolff, el patrón había retrocedido ya unos pasos, como un torero que sabe que ha asestado la estocada mortal y quiere ver perecer al toro a sus pies. Con los ojos fijos en Franck y Hettrich, retenía con los brazos extendidos a los Serafini, que por cierto no sentían el menor deseo de presenciar la ejecución desde más cerca. Los guardianes del aparcamiento y los dos camareros, que estaban al lado de la puerta corrediza, contemplaban el suceso con expresión indiferente.

Muy pronto Franck no tuvo ya fuerzas suficientes para sostener a su compinche. Con las facciones descompuestas, apretando la boca y la nariz contra el cristal, Hettrich resbaló lentamente hacia el suelo y quedó tendido a los pies de su jefe. A Franck le brotaba espuma de la boca, pero aún se mantenía en pie; luego profirió un grito, quiso abalanzarse sobre el dueño del local, que se acercaba cada vez más, pero le fallaron las piernas, golpeó el capó del coche con la cabeza y cayó como un fardo.

Durante un instante reinó en la cueva el respetuoso silencio que casi toda defunción sabe ganarse, por lo cual se oían los gemidos del enano Galinsky con peculiar nitidez.

—¿Quiere que lo...? —preguntó en tono indiferente uno de los vigilantes.

—Traedlo aquí —ordenó don Pepe—. Ya lo despacharéis luego. Quiero darle ocasión de aliviar su conciencia.

Los dos se encaminaron al rincón oscuro al otro lado del Volvo.

Los gemidos habían cesado.

—Se nos ha escabullido, don Pepe —dijo uno.

El gesto del capo sólo delató durante un breve instante el descontento al ver que algo no había salido tal como lo había esperado.

—Ponedlo con los demás —ordenó, y dirigiéndose a Mark Sheraton, dijo—: Merecían la muerte por partida doble. Por un lado, no me gusta nada que los clientes que nos visitan de camino a su casa tengan que encontrarse con gente que los molesta, roba, viola y asesina, y además en las inmediaciones del *Dunes*. Eso queda muy mal y hay que castigarlo. —El capo carraspeó—. El otro motivo es cuestión de honradez en los negocios. Estos señores —señaló con la punta del zapato los cuerpos exánimes, a los que en ese momento unían los vigilantes el de Galinsky, a quien venían arrastrando más que llevando, agarrándolo de pies y brazos— nos compraron un lote de mercancía destinado a la exportación, una cantidad considerable, y con el descuento correspondiente.

Don Pepe meneó la cabeza con aire compasivo.

—Luego nos enteramos de que se dedicaron a la reventa aquí en Iesi, a unos

precios completamente irregulares. Eso no se puede permitir; ya sería de por sí motivo suficiente...

Mark Sheraton se había esforzado por refrenar su impaciencia.

—Nuestros respetos, don Pepe —dijo—. Usted había dado en el blanco con su sospecha, como demuestra el *Dunhill*. Sólo quisiéramos saber por qué esos tipos asesinaron a Mia...

En este momento Galinsky, que yacía de espaldas, abrió los ojos. Sin angustia, sino más bien como en trance susurró:

—Jeremia... Yo no quería, lo vi entre los matorrales... Lo querían sacrificar...

—¿Qué estás diciendo?

Tony Hilton se arrodilló al lado del chico para entenderlo mejor. También el patrono se había acercado.

—¿Por qué el niño? —insistió Tony—. ¿Por qué sacrificarlo? ¿Por qué?

—Era el emperador... ¡Tenía que ser el emperador!

—Pero ¿por qué Mia?

Galinsky amenazaba con desvanecerse de nuevo; se percibía cómo su cerebro agonizante luchaba con la lengua y los labios para articular las palabras justas.

—Porque ella los había visto a todos... Ella debía... Tenía que ser como... como un ritual...

No acabó la frase. Tony le tomó el pulso y le levantó los párpados. Las pupilas estaban rígidas.

—La diñó —dijo Ed.

—¿Y por qué dice «todos» y no «nosotros»? —murmuró Mark.

—¿Un ritual? —lo interrumpió Tony, incrédulo.

Dejó caer la mano yerta y se levantó.

—¿Quién hubiera pensado que esos *burini* tenían tanta imaginación?

Don Pepe no ocultó la incredulidad.

—Eso concuerda asombrosamente bien con el dictamen del psicólogo consultado por la brigada de homicidios. Los cortes y el corazón arrancado indicaban que se trataba de un sacrificio ritual, de algo religioso, magia negra o algo así... Yo no lo quise creer —dijo don Pepe, como empezando a dudar de su concepción del mundo—. La verdad es que no lo acabo de entender.

—Yo lo veo así —dijo Mark, tratando de no desairar al jefe—: Ellos lo querían hacer con el niño, Mia de alguna manera lo descubrió, huyó con el niño, lo quiso salvar, y como ellos no consiguieron lo que querían se cebaron en Mia.

—Esos cerdos la degollaron a sangre fría —añadió Ed.

—Esos imbéciles no eran capaces de concebir semejante idea —lo corrigió el capo.

—Pero ¿porqué? —exclamó Tony—. ¿Para qué todo eso?

—Eran un comando de sabotaje —dijo el patrón—. Venían a hundir *Stupor Mundi*.

—Falta saber quién los mandaba —reflexionó Mark Sheraton.

—¿Aún lo preguntas? —replicó don Pepe.

Sólo Tony Hilton creyó oportuno explicar: «Un pezzo da novanta, un tiburón», lo cual le granjeó media sonrisa desdeñosa.

—No habrá huellas —aseguró don Pepe tranquilamente—. Podéis iros a descansar; el portero de noche os entregará vuestros documentos, yo os pago la habitación. Mandaré a alguien a recoger las maletas de los otros. ¿Tomáis otra copa de champán?

—No, muchas gracias —declinó Mark.

Se abrió la puerta corrediza.

Al salir, Mark se volvió atrás.

—*Il nostro rispetto, don Pepe* —dijo insinuando una reverencia.

Sus hermanos hicieron lo propio. Atravesaron la gruta y salieron a la noche.

—Deberíamos despertar a Emanuele en su cestita —dijo Tony—. Si se ha despertado estará muerto de miedo...

—O se habrá ahogado en su propio sudor —rió Ed—. Podrá refrescarse en el hotel...

—No —dijo Mark en voz baja—. No debe verlo nadie; en el aparcamiento están los vigilantes, y en el hotel el portero de noche. Tendremos que subir el cesto a la habitación...

—¡Ay! —suspiró Tony—. Entonces será mejor que dejemos dormir a la gorda Emmy.

—No —volvió a decir Mark, muy tajante—. Tengo que hablar con él. ¡Subidlo pues al hotel! Se puede ir en coche hasta la entrada.

Los tres habían cruzado el aparcamiento y se hallaban ya cerca del motel de Agip. Continuaba soplando un fuerte viento del suroeste. Mark Sheraton se adelantó con paso decidido.

—Voy a entretener al portero...

Tony Hilton y Ed Hyatt se acercaron a la furgoneta y vieron que alguien había desmontado las matrículas.

—Ha sido uno de ellos —exclamó Ed, excitado.

—¿Franck & Co?

—Seguro que encontramos las matrículas entre su equipaje...

—O en el Volvo —dijo Tony—. El enano Galinsky no estaba durmiendo...

—Por lo menos no entregó a Jeremia a los verdugos.

—Pero a nosotros sí —refunfuñó Tony—. Éstos habrían pasado esta misma noche todos los controles de carretera con nuestros documentos... La furgoneta la dejaremos abandonada en alguna parte. De todos modos es prestada... de la producción.

—Pero no se lo contaremos a Emanuele —rió Ed—. Mañana por la mañana ya no tendremos que llevarlo. Se podrá sentar en el Alfa con nosotros.

Subieron y fueron en coche hasta la entrada del hotel.

En Iesi, Ray Maulman y Nemo salieron del cuartel de los *carabinieri*. Habían sido interrogados hasta entonces.

—Todo esto parece un complot diabólico —dijo Ray al bardo de los alemanes—. Franck, Wolff y Hettrich eran como unos ángeles negros que en el fondo sólo habían venido para provocar desgracias... ¡Y justamente esos pobres desgraciados fueron sus víctimas! Debieron de sacarles el último céntimo para venderles la inyección mortal...

—El odio está tan profundamente arraigado que se sienten como druidas, como sumos sacerdotes investidos de un derecho divino para matar a cualquiera que no sea de los suyos —reflexionó Nemo.

—¿Y el enano Galinsky?

—¡Ese niño! Les hacía de asistente de reinserción.

—¿Y quién hay detrás de todo eso? —preguntó Ray Maulman—. Mi origen no puede serles desconocido.

—¡Con que seas un invertido ya les basta! —rió Nemo—. Detrás de eso hay intereses económicos, de grandes capitales, que siempre son favorables a ideas que pretendan conservar los valores. ¡Decencia y orden, disciplina y trabajo!

—Quiero decir, ¿qué clase de cerebro es capaz de concebir algo así... y de dirigirlo?

A Ray la cosa no le parecía tan divertida.

—Los monstruos están en todas partes —dijo Nemo sin hacer el menor esfuerzo para consolarlo—. Probablemente habrán llegado ya a la luna...

—¡Yo no quiero aullar con los lobos!

—¿Como yo, quieres decir?

Ray no contestó, sino que rodeó con los brazos el cuello del héroe rubio.

—Ay, Ray —exclamó éste—, mientras sigan tomando mis aullidos por patrimonio cultural de su nación alemana y a mí por uno de los suyos, y me lo recompensen además con honorarios principescos, puedes sentirte seguro a mi lado...

Y lo besó en la boca.

Capítulo XVI — La estrella

En una habitación del motel de Agip, Manuel J. Berghstroem, que había salido de la caja, estaba sentado encima de la cama del mayor de los Serafini. Tenía el traje arrugado, y así se sentía él. Mark Sheraton estaba de pie ante el lavamanos, afeitándose. El desdichado productor le envidiaba tanto el afeitado como la camisa limpia que esperaba a su lado. Miró malhumorado el cepillo de dientes que le sobresalía estúpidamente del bolsillo de la pechera.

—Te estaría muy agradecido si me dejaras algo de tu *Pasta del Capitano*, Mark —se quejó—. Si no, no podré ponerme elegante para el desembarco...

—Deberías estar contento —murmuró Mark, concentrándose en la anticuada navaja— de estar aquí para verlo, viejo. —Quitó la espuma sobrante bajo el agua corriente—. Si fuera por don Pepe, habrías corrido la misma suerte que el grupo de vídeo, pero antes te habría colgado de los pies, de tan cabreado que está por el negocio que le estropeaste.

—¿Yo? Pero ¿qué culpa tengo yo?

—Tú le echaste la pulga de *Stupor Mundi* detrás de la oreja. Don Pepe había contratado ya los autocares para llevar cada noche a los turistas de Rímini y Riccione a Iesi, con las entradas y comida en sus restaurantes incluidas... ¡Y luego una visita al *Dunes*!

—¡Jamás le he dicho nada...! —se indignó Berghstroem—. ¡Ni una palabra, y menos una oferta!

Entonces se acordó abochornado de que era verdad que había establecido un acuerdo comercial con don Pepe, e incluso por escrito. ¡Maldita sea! ¿Y la cuenta «Pro Iesi»?

—Tampoco se trata de eso —dijo despacio Mark, limpiándose los restos de jabón de la barbilla—. Él contaba con ello, y tú le has estropeado el negocio.

—La tormenta...

—No —lo atajó Mark—. La bancarrota, el fracaso. Por eso nos encargó que te metiéramos los huevos en la boca.

Observó el efecto de sus palabras en el espejo, que le mostraba la cara del productor. Berghstroem no se inmutó, ni siquiera cuando Mark limpió cuidadosamente la hoja de afeitar con la toalla; la hoja despedía destellos apagados a la luz de la lámpara de neón.

—¿Y por qué no haces lo que te manda? —preguntó Berghstroem, levantándose lentamente.

—Cálmate —lo tranquilizó Mark—. De haberlo querido yo, quedarían de ti unos ciento cuarenta kilogramos aproximados en el cesto, y sólo tu cabeza alegraría a don Pepe. Así que ya puedes volver a sentarte.

—Quiero lavarme los dientes —dijo Berghstroem—. Tengo un sabor raro en la boca.

—Adelante —dijo Mark—. Tendrás que volver a la caja un rato más, para que no te vea el jefe.

—Ni hablar —dijo Berghstroem y comenzó a frotarse los dientes—. Pero explícame, ¿por qué esa conducta desobediente de tu parte?

Mark se puso la camisa limpia sobre el torso musculoso, cuyo bronceado no palidecía ni siquiera en pleno invierno.

—La situación ha cambiado en tanto que los Serafini no hemos recibido la paga convenida. *Stupor Mundi* nos debe dinero...

—¿Y por qué no te cobras los salarios atrasados de lo que Franck & Co se llevaron de la caja?

Mark lo miró asombrado.

—Nosotros no tocamos la propiedad ajena, y menos cuando los propietarios están muertos, y mucho menos todavía cuando el dinero pertenece a don Pepe. —Se abotonó la camisa sobre el pecho—. Emanuele, detrás de tu empresa hay alguien que no tiene muy buenas intenciones ni contigo ni con tu *Stupor Mundi*. ¡Con éste arreglaremos las cuentas!

Mark se puso una corbata oscura; Berghstroem no lo había visto nunca así. Mientras se anudaba la corbata, continuó pausadamente:

—Él ha faltado a la obligación de pagarnos nuestros honorarios dentro del plazo convenido, con lo cual ha infringido el contrato. Ahora somos nosotros quienes decidimos cuánto nos debe pagar.

—Tú no conoces a Maxi Bock —dijo Berghstroem.

—No —dijo Mark—. Por eso quiero que tú nos conduzcas hacia él. —Se puso la chaqueta—. Voy a despertar a mis hermanos. Tú me esperarás aquí. El resto de las instrucciones las recibirás de camino al aeropuerto —dijo con la mano en el picaporte—. Porque tendrás que irte de Italia, desaparecer una temporada, aunque tú te lo tomes a la ligera; aunque tú pienses que el viejo Serafini ha actuado en demasiadas películas de mafiosos, pero yo te digo que ni aquí ni en Roma estarás seguro, o para decirlo a las claras: si no te vas eres hombre muerto. Parola di Serafini!

Mark sonrió, salió de la habitación y se llevó la llave.

El portero de noche no vio a Berghstroem salir del hotel. Tuvo que ayudar a bajar la caja y a cargarla en la furgoneta, mientras Berghstroem subía a hurtadillas al Alfa. Devolvieron a los Serafini sus documentos de identidad, y un vistazo al maletero les confirmó que don Pepe había cumplido con su palabra también en cuanto a lo demás. La Samsonite gris estaba allí, encima de todo.

Al rayar el alba iban por la carretera del litoral. El mar seguía aún agitado y el cielo era gris. Subieron a la autopista por el primer acceso.

—Es una pena —dijo Berghstroem, contemplando las crestas blancas de las olas, mientras el horizonte se teñía primero de violeta y luego de rojo, anunciando la

próxima salida del sol sobre el mar Adriático—. Hemos tenido mala suerte. —Se encendió un cigarrillo—. Pero eso no es motivo para que don Pepe...

—Don Pepe reclama para sí el transporte, y ahora todo ha quedado en agua de borrajas. Ningún veraneante visitará el villorrio de Iesi de las Marcas sólo porque hace ochocientos años naciera allí un emperador. No es baldón para don Pepe, pero sí un rasguño. —Mark, que iba en el asiento delantero, se volvió atrás—. ¡Y con eso le basta!

—Pero *Stupor Mundi* aún no está perdido del todo. Quizá volvamos el año que viene...

—¡Vale más que no! —gruñó Tony Hilton, que iba medio dormido al lado de Berghstroem.

—Además don Pepe no está solo —prosiguió su hermano—. Don Achille ha invertido dinero en dos hoteles, la marquesa ha presentado unas hojas de catastro viejísimas, haciendo valer los derechos de la familia Costa-Pelicosi sobre la *piazza* entera, que le ha sido cedida por el municipio en enfiteusis por noventa y nueve años, reservando el derecho de tránsito, lo cual le permite, sin embargo, cobrar una parte de cualquier explotación comercial. A don Pasquale, que la asistió con sus buenos oficios en esa turbia transacción, le ha legado ya una pingüe donación. El farmacéutico ha vendido su tienda al *signor* Delle Delizie, que ha obtenido ya una licencia para abrir allí una *pizzeria*, etcétera, etcétera —concluyó Mark la enumeración.

—Menudo lío habéis armado —dijo Ed sin apartar los ojos de la carretera—. ¿Y tú te preguntas todavía por qué Iesi no te levanta un monumento? El único que guardará buen recuerdo de ti es el director del banco, a pesar de las deudas que habéis dejado. Tan sólo con los intereses de las sumas prestadas los afectados podrían contratar por varios años todo un comando, un escuadrón entero, que en el mejor de los casos te rompería brazos y piernas con una barra de hierro, o te pegaría un tiro en la rodilla y te cortaría la nariz.

—Comprendo —dijo Berghstroem—. Nos hemos equivocado. Antes de comenzar con los ensayos deberíamos haber comprado Iesi y los alrededores.

—Sí —asintió Tony—. Deberías haber hablado antes con nosotros.

—Dejémoslo —dijo Mark—. Ya estamos llegando. ¡Ahora Emanuele nos sacará las castañas del fuego!

Hizo una seña alentadora al productor. Ante ellos, a mano derecha, se alzaba el edificio del aeropuerto y a la izquierda el Hotel Jolly. Berghstroem lo conocía; allí había dado alcance a Tilde Carson... ¿Habría sido ayer? Ante la entrada del hotel estaba aparcado el Jaguar de Elgaine Coeurdever.

Estacionaron el Alfa en el aparcamiento del aeropuerto y se dirigieron a pie al Jolly. Los Serafini se sentaron a la barra del vestíbulo, donde un televisor emitía las noticias matutinas, y Manuel J. Berghstroem pidió en la recepción el número de teléfono interno de Maximilian F. Bock. De ese modo averiguó el piso y la

habitación. Entró en la cabina telefónica y fingió llamar con la puerta abierta; dijo nervioso: «Ahora subo» y se encaminó al ascensor sin que nadie se lo impidiera.

En el noticiario matutino de la televisión local se emitió un lacónico informe sobre los últimos estragos causados por el huracán que acababa de azotar la zona. La pantalla mostraba inundaciones y carreteras destruidas en las cercanías de la costa, árboles desarraigados y embarcaciones averiadas. El locutor leyó los partes de siniestros.

... Cuatro turistas alemanes que circulaban por la antigua carretera del litoral, a pesar de hallarse ésta cerrada al tránsito, fueron víctimas de la marejada, que parece haber arrastrado al mar el Volvo en que viajaban. No lograron salvarse. El conductor murió ahogado, habiendo quedado cautivo dentro del vehículo volcado; los cadáveres de los otros fueron hallados en la playa, cerca del lugar del siniestro, donde los había arrojado la marea. La policía está investigando...

En la habitación 417/418, Maximilian F. Bock no estaba viendo la televisión. Estaba sentado en la silla de ruedas detrás de la mesa de escritorio que el Jolly le había instalado en la suite y, colgando el auricular, se dirigió nerviosamente a Elgaine:

—No lo entiendo. ¿Dónde se habrán metido esos tipos?

La Coeurdever estaba de pie delante de él, con el abrigo puesto, y repitió con tono desdeñoso:

—Salieron antes que yo. Se habrán perdido por el camino.

Maximilian F. Bock se enojó.

—Acabo de llamar a la discoteca; allí sólo pasaron un momento. Subieron al coche completamente sobrios... ¡Qué va a decir la dirección! —exclamó con una carcajada amarga.

—Estarán durmiendo la mona en algún hotel, jefe —osó objetar uno de los dos enfermeros, que se hallaba a espaldas de Bock, presto a mover el vehículo del amo en la dirección deseada en cuanto éste le hiciera una seña; el otro estaba de pie ante la puerta, con los brazos cruzados—. ¿Quiere que lo averigüemos?

—¡Pero no podéis preguntar en todos los hoteluchos que hay en la costa! —refunfuñó Bock.

Elgaine rodeó la mesa y le puso la mano en el brazo para tranquilizarlo. Tal fue el cuadro que se ofreció a Manuel Berghstroem cuando abrió la puerta sin llamar y entró en la habitación antes de que el gorila pudiera reaccionar.

—Déjalo —ordenó Bock con aire resignado.

—¡Buenos días, Maxi! —saludó Berghstroem, y luego—: Hola, Elgaine.

Se quedó parado ante la mesa.

—¿Qué quieres? —dijo Maxi, desabrido.

—Quiero saber de qué va el juego... ¡Quiero saber a qué estás jugando, Maxi!

El financiero lo miró asombrado, luego espetó en tono hostil:

—Convendría que me rindieras cuentas de adónde fueron a parar los fondos de la caja de producción. ¿No te parece?

—¡Se los llevó la tempestad, Maxi, esparció tus cuartos a los cuatro vientos!

Maxi tenía que mantener la compostura delante de Elgaine, que aún distaba mucho de ceder a sus requiebros. Berghstroem se había liberado del hechizo de su «princesa incaica»; no tenía que quedar bien, pero sí aguarle la fiesta al otro.

—Has hundido otro negocio, Jonathan —dijo Maxi en tono de preocupación amistosa, o al menos así sonaba—. Como productor no has producido más que mierda. No fue la tormenta, que sólo arrancó el velo tras el cual ocultas tu ineptitud total; arrancó la puerta del cagadero donde ahora estás sentado con el culo al aire y para colmo tienes la jeta de venirme a llorar y a pedir papel para limpiarte el gordo trasero. ¡Nanay, amiguito, a otro perro con este hueso!

Berghstroem sonrió, sabiendo que la vulgaridad era señal de flaqueza.

—Ya me di cuenta de que no querías ayudarme. Querías que fracasara; me querías hundir. ¿A qué viene todo ese circo?

—*Stupor Mundi*, como proyecto, es un acierto de primera, una idea genial y que sin duda llegará lejos... —Maximilian F. Bock acarició la mano de Elgaine, que evitó mirar a Berghstroem—. Pero no mientras esté en tus manos, Jonathan. Y como no lo habrías soltado por las buenas, no tuve más remedio que cortarte las manos primero...

—Y en tu locura has arruinado la obra...

—*Stupor Mundi* no está arruinada. Quien está arruinado eres tú. —Maxi estaba empezando a saborear el triunfo—. Yo tengo los derechos, las grabaciones de los ensayos, el vestuario...

«Está ganando», pensó Berghstroem, que de repente comprendió. No tenía aspecto de vencedor.

—No dices nada, Jonathan. ¿Te has quedado apabullado?

—Sí, Maxi —asintió Berghstroem—. Estoy empezando a aprender de ti. Me estoy volviendo tan astuto que me callo. ¿O quieres que te diga que probablemente habrás asegurado nuestra empresa por una suma tan fabulosa que con su ruina ya te basta para hacer tu agosto, si no has desgravado ya todos los gastos con enormes ventajas fiscales?

—Y eso aún no es todo, amigo —agregó Maxi con una sonrisa sarcástica—. Tú has despertado a todos los perros dormidos, no leones, de Iesi y alrededores, los has provocado, y han mordido el anzuelo. Ahora no saben qué hacer con sus inversiones fallidas, y yo se las compro. —Lanzó una carcajada brutal—. Puesto que tú prácticamente ya ni existes, también te diré quién se encarga de eso por mi cuenta, en

calidad de muy honorable mujer de paja que está por encima de toda sospecha...

«Elgaine», pensó Berghstroem, y sintió una punzada de dolor, a pesar de todo.

—La encantadora marquesa Fulvia —dijo el financiero, revelando el secreto—. La anciana señora me quiere ceder su hotel con la *piazza* incluida...

—Me alegro —replicó Berghstroem—. Espero que conviertas *Stupor Mundi* en un gran éxito, pues a mí me toca el veinticinco por ciento de los ingresos de cada función, así como de los beneficios devengados por explotación de los derechos derivados. De eso podré vivir bastante bien...

—No has leído atentamente nuestro contrato, Jonathan —señaló Maxi con aire compasivo—. La condición era que tuvieras la pieza a punto para el estreno dentro de un plazo convenido. Eso no lo has conseguido, y ahora ya no te queda tiempo...

—¡Quizás hayas leído muy atentamente el contrato, Maxi, pero en un punto no lo has entendido! Me puedes negar quizá la participación del veinticinco por ciento en los beneficios, pero eso no quita que mis derechos de autor no se hallen entre los derechos que tú te habías reservado en el contrato. ¡Con eso me cago a tus pies, y ya verás con qué me limpio el culo! ¡Adiós, Maxi!

Se volvió para marcharse.

—¡Lárgate! —gritó Maxi.

—Me voy —dijo Berghstroem con una sonrisa sarcástica y sin inmutarse; tenía la mano ya en el picaporte.

—¿Pero adónde?

Maxi estaba desconcertado.

—Al lavabo —dijo Berghstroem—, a ahorcarme o a dar la última conferencia de prensa.

—¡Vete al diablo!

—De ahí vengo —dijo Berghstroem riendo, y abrió la puerta.

—¡Agárralo! ¡No lo dejes salir! —gritó Maxi al cancerbero, que volvió a cerrar la puerta.

—¿No quieres darle su billete? —preguntó Elgaine, que había presenciado la escena con aire indiferente.

—¿Qué billete?

O bien Maxi estaba enfadado o bien no controlaba la situación.

—La gira por Estados Unidos que he comprado —le recordó Elgaine— con tu tarjeta de crédito.

Su sonrisa se parecía a la de una esfinge, si es que tales seres conocen semejantes efusiones anímicas.

—¡Lo que faltaba! —gimió Maxi, pero estaba fingiendo—. ¡Por poco se me olvida! —dijo a modo de disculpa a la Coeurdever; abrió el cajón del escritorio y extrajo un sobre que por lo visto tenía ya preparado—. *Roundtrip First Class* —farfulló jovialmente—. ¡Con eso me habré librado de ti por el momento!

Dio el billete de avión al enfermero que estaba de espaldas a él y le mandó

entregárselo a Berghstroem, que guardó el sobre sin mirarlo.

—No te engañes. Te pisaré los talones como un perro callejero y me mearé en cada hotel donde se aloje el gran Maxi F. Bock... Revelaré tus maquinaciones ante las cámaras de la televisión...

—¡Cuéntaselo a los indios del desierto de Mohave o a los esquimales de Alaska, por donde más te guste andar vagando como mendigo!

—Yo no pienso abandonar a mi amo y sus ollas llenas de carne, aunque ya estás tan podrido que apesta, Maxi.

—¡Fuera! —gritó el financiero, pero luego se dominó—. Acompañaréis al señor Berghstroem hasta la terminal —ordenó a los dos gorilas—. No apartéis los ojos de él hasta que el avión haya despegado. ¡Buen viaje! —dijo—. La reserva ya está hecha, en el próximo vuelo que sale para Los Ángeles. Hollywood te espera.

—Veo que has pensado en todo —alabó Berghstroem—. *Hallo Elaine, nice to have met you, wasn't it?*

Se marchó seguido por los vigilantes. Estaba contento. Todo había salido a pedir de boca; llevaba el billete de avión para América en el bolsillo, y los dos gorilas se portaban bien. Se le pusieron uno a cada lado cuando salieron del ascensor.

Ed y Tony estaban sentados en la barra; a Mark no lo veía. Berghstroem les guiñó el ojo. Pagaron la consumición apenas hubo salido del Jolly conducido por sus carceleros.

Mark Sheraton se encontraba ante la cabina de cristal de la policía del aeropuerto, dando un autógrafo al sargento que estaba de servicio. El hombre era lo bastante mayor como para recordar los tiempos gloriosos del wéstern italiano.

—... Sin embargo, no deja de ser curioso —continuó la conversación— que el coche llevara matrícula italiana, registrada a nombre de una empresa de automóviles de alquiler...

—¿Había orden de busca y captura contra los viajeros?

—Lo ha adivinado, *sheriff* —dijo el policía—. Anoche aparecieron en la lista, la orden venía de Iesi, pero esta mañana los han borrado por orden de instancias superiores, antes aun de que encontrasen los cadáveres. Después no hubo más noticias; reina el silencio oficial. Le ruego que...

—No soy reportero —dijo Mark, riendo—. Vengo en misión especial, por orden de instancias superiores.

Había avistado a Berghstroem en la entrada del aeropuerto, escoltado por los dos gorilas. Mark Sheraton los señaló discretamente con la barbilla.

—Los dos tipos que van a la izquierda y a la derecha son de la misma banda que los finados. Procure no perderlos de vista, jefe.

—Gracias, *sheriff* —dijo el sargento, llevándose la mano a la visera de la gorra.

Mark Sheraton se encaminó con pasos rápidos a Salidas. Berghstroem y sus dos acompañantes esperaban ya en la cola de la puerta de embarque. Mark vio a sus dos hermanos colándose con una maleta junto a los tres. Uno de los gorilas insultó a

Tony, éste se puso colérico, y en seguida se desató una pequeña pelea en medio de la cual nadie advirtió que Ed introducía rápidamente un paquete diminuto en el bolsillo de uno de los guardaespaldas. «Adiós, nieve querida», pensó Mark. Era un regalo de despedida del capo.

En seguida llegó la policía, nada menos que cuatro agentes encabezados por el diligente sargento.

—¡Billetes, por favor!

No pudo exhibirlos ninguno de los pendencieros, excepto Berghstroem, al que no molestaron.

—Acompañénnos, por favor —dijo el policía.

Tony quiso dejar la maleta en el suelo.

—Aquí no la puede dejar —lo amonestó un policía joven.

Tony miró a su hermano mayor en busca de ayuda; éste se encogió de hombros, y Tony volvió a coger la maleta. Mark observó cómo sus hermanos se dejaban llevar sin ofrecer resistencia, mientras los dos gorilas protestaban ruidosamente en vano. «¡Cachéennos!», oyó decir Mark al policía, antes de que los detenidos entraran en el puesto de guardia.

—Un día de éstos debería cambiarse de camisa, *professore* Berkestrom —dijo una voz a espaldas del productor, que estaba a punto de entregar el billete—. Deme su billete, aún nos queda tiempo de sobra —dijo Mark Sheraton sonriendo a la joven azafata—. Me he permitido comprarle una nueva camisa al *professore* —le informó, indiscreto—. Venga, *professore*, la tengo fuera en el coche.

Había cogido del brazo a Berghstroem, que se resistía, y lo arrastró consigo.

—¿Qué significa esto, Mark? —susurró Berghstroem.

Los dos vieron a Ed y Tony que, tras ser despachados por la policía, venían hacia ellos agitando la maleta.

—Más vale que os deis prisa —aconsejó Berghstroem—. Quién sabe hasta cuándo estará sin vigilancia la ciudadela.

—¡Eso va para largo! —exclamó Ed, que había escuchado la última frase—. ¡Éstos se están ganando prisión preventiva por tenencia ilícita de drogas! —explicó riendo.

—Esperadme aquí —ordenó Mark, cogió la maleta de Tony y aparentemente se dejó persuadir por Berghstroem—. Tiene usted razón. Vamos primero a entregar el billete. —Agitó el papel con la mano alzada—. Aguánteme un momento la maleta.

«Me está tratando como a un niño», pensó Berghstroem. Mark Sheraton presentó el billete en su lugar.

—¿Qué asiento quiere el señor? —preguntó la joven.

—Pasillo, fumadores —contestó Mark en lugar de Berghstroem, a quien iba dirigida la pregunta.

—¿Lleva equipaje?

—¡No! —exclamó Berghstroem, testarudo, haciendo caso omiso de la mirada

dubitativa que la joven lanzó a la maleta que llevaba en la mano.

—Mis hermanos quieren despedirse de usted, *professore* —dijo Mark, cogiendo el billete y sonriendo a la joven.

Guió a Berghstroem unos pasos en la dirección indicada.

—¡Pero si todavía me está llevando la maleta! Démela —dijo, cogiéndola de la mano de Berghstroem, a quien Tony y Mark explicaron su truco de prestidigitador, distrayéndole de tal manera que no prestó atención a Mark.

Mark volvió a la taquilla.

—El *professore* anda un poco despistado —confió a la dama—. ¡De veras creía que este trasto pasaría como equipaje de mano!

Sin decir palabra, la joven colocó la señal de identificación en la maleta y enganchó la hoja con el número de referencia al billete.

—Muchas gracias —dijo Mark y se quedó mirando hasta que la maleta hubo desaparecido por la cinta transportadora.

Luego se unió a los otros. Puso a Berghstroem la tarjeta de embarque en el bolsillo de la pechera y le entregó el billete, que el productor guardó inmediatamente.

—Gracias, *mister Sheraton* —dijo Manuel, estrechando la mano a los tres Serafini—. Sin vuestra ayuda desinteresada, hace mucho que habría...

—No es tan desinteresada —lo atajó Tony con una sonrisa sarcástica.

—Pero a cambio es transcontinental —agregó Ed.

—Ahora debe irse —dijo Mark—. Ya nos ocuparemos de lo de aquí.

Los tres saludaron con la mano hasta que Manuel J. Berghstroem hubo pasado el control de seguridad y se perdió de vista.

En Malpensa había hecho el transbordo al vuelo intercontinental. Berghstroem se sentía miserable y destrozado. Había salvado el pellejo, pero era un perdedor. No debería irse a Los Ángeles como *loser*; lo asaltó el recuerdo de tantas derrotas que había sufrido allí... ¡Y cuán lozano, con qué brío se había acercado siempre a aquella Meca del *showbizz*! Los Ángeles era una ciudad durísima cuando uno no estaba en la cima. Allí uno se daba de morros contra el cemento en cuanto daba muestras de debilidad o era un poco gafe, y no era el fino hormigón delante del Grauman sino el gastado y agrietado de los moteles baratos del Downtown, donde la basura se juntaba con la basura. Berghstroem iba en primera clase y podía repantigarse, pero su situación económica lo obligaría a alojarse, apenas llegara, en uno de aquellos hoteluchos de mala muerte, en una cama mugrienta, donde el ojo podía elegir entre mirar el ventilador que no funciona o contemplar el patio a través de la mosquitera. ¿Qué demonios iba a hacer en California? No llevaba más que un cepillo de dientes. Bueno, podía pedirle al *purser* uno de aquellos neceseres, eso iba incluido en el precio. ¿Por qué no había reclamado la camisa limpia que se le había ofrecido, o por lo menos unos calcetines de muda? Estaba descontento consigo mismo; llamó para pedir un *bourbon* sin hielo y se durmió antes de que se lo sirvieran.

Manuel J. Berghstroem estaba soñando. Las tribunas de la *piazza* de Iesi estaban llenas de personas endomingadas y expectantes. Durante el entreacto Berghstroem saludaba, vestido ya de confesor, a los próceres que iban llegando, y la marquesa Fulvia presentó *il nostro impresario* al presidente de la administración de la provincia, al director de la Academia de Bellas Artes de la cercana Bolonia, al jefe del Festival de Teatro de Espoleto, al asesor cultural de las Marcas, con sede en Ancona, y al secretario del Ministerio de Turismo e Spettàcolo que había venido de Roma. Berghstroem estrechó la mano a todos, y ellos rieron, se rieron de él a carcajadas. Hacían muecas y las muecas permanecían, las narices se transformaban en picos, en máscaras del *Inferno* de Dante. Se vio huir con su hábito de monje, y la campana que debía señalar con tres toques agudos el inicio del acto segundo sonaba sin cesar...

Manuel J. Berghstroem se despertó bañado en sudor; debía de haber roncado, pues el pulso le latía con fuerza. Hojeó de mala gana los periódicos que le había dejado la azafata. Allí se leía: «Se hundió *Stupor Mundi*» en grandes letras; subtítulo: «Forza maggiore o forzato dall'alto?». ¡No iba tan mal encaminado *Il Messaggero* con esa conjetura! «... la compagnia internazionale finanziata de fonti tedeschi oscuri si dissolve...». Fuentes oscuras, turbias: ¡Nunca mejor dicho! Todo se desbandaba, etc. Atrás quedaban facturas sin pagar, contratos incumplidos, un suicidio por droga frustrado en el último momento —¡así que las alondras habían sobrevivido!—, un asesinato sin aclarar, sin mencionar todas las demás infracciones. Berghstroem sabía muy bien por qué durante la producción le importaba un bledo lo que dijera la prensa. Hasta el estreno todo habría quedado olvidado, agua pasada. Echó mano del *whisky* ya tibio, y contempló el Atlántico iluminado por el sol de la tarde. Sobre el agua flotaban nubecillas, como un rebaño de corderitos. El hecho de mirarlas lo adormeció.

En la *suite* del Hotel Jolly Maxi perseguía a Elaine alrededor de la mesa de escritorio; iba sentado en la silla de ruedas, blandiendo el trinchante como una cimitarra. Los cancerberos sólo habían recibido la orden de no dejarla escapar; quería capturarla él mismo.

—¡Te habría ido mejor con Jonathan, que te adora!

Maxi llevaba un babero atado al cuello; con las gruesas gafas y la barba negra parecía un niño terriblemente malcriado, y así chillaba.

—¡Te he comprado como a una puta! ¡Ahora eres mía!

Con la otra mano empuñaba el tenedor de dos puntas del cubierto de plata, y lo alzaba y bajaba con movimientos rígidos. De alguna manera parecía una muñeca mecánica sobre ruedas y ofrecía un aspecto tremendamente cómico, de no haber sido por el brillo demencial de los ojos tras los gruesos cristales de las gafas, el cuchillo afilado como una hoja de afeitar y la distancia cada vez más reducida entre el

vehículo en marcha y la Coeurdever que huía. Elgaine seguía riendo.

—¡Bock, no me conseguirás! ¡Aunque pongas el mundo a mis pies!

Estaba resollando; la hoz se acercaba.

—¡Te arrancaré el corazón a cuchillazos!

—¡Nunca serás un sacerdote incaico! —se burló Elgaine—. ¡Aunque yo caiga gimiendo en tus manos!

Corría y corría, primero con paso ligero como una gacela, luego empezó a dar tropezos. Elgaine no llevaba nada más que la bata blanca de trabajo, debajo estaba desnuda, Berghstroem lo sabía. Una desnudez que él no había visto jamás, que anhelaba y a la vez temía. Desnuda iría la princesa incaica al sacrificio, estando aún viva se le arrancarían el corazón todavía palpitante, abriéndole a cuchilladas el pecho duro y diminuto, cada vez más se acercaba el acero empuñado por el sacerdote enloquecido, un torso sobre ruedas que gesticulaba, el rostro una máscara deforme con ojos de cristal. Elgaine estaba exhausta, el corazón le latía con violencia, así la quería él, y ella se tambaleaba, perdió el equilibrio, la cimitarra refulgía, la bata blanca se le desprendía de los hombros, no podía más... En este instante reventó la puerta de la *suite*, y entre el jambaje quebrado irrumpieron los tres Serafini, encabezados por Mark Sheraton. Se arrojaron entre el trinchante alzado y la Coeurdever desnuda, que se había desplomado. Maxi dejó caer los cubiertos y se puso a berrear como un niño. Mark Sheraton levantó el cuerpo de la princesa y la sacó de la habitación en volandas; la bata blanca estaba de nuevo cerrada, un mechón oscuro se le había pegado a la frente mojada... Miró a Berghstroem a los ojos.

—¡El pabellón! —dijo con voz apagada.

Eso era precisamente lo que Berghstroem no quería que le recordaran. Trató de escapar de la pesadilla, forzando una visión idílica del mundo de *Stupor Mundi*.

Vio el pabellón iluminado por dentro, majestuoso e imponente, oyó el solemne canto gregoriano, las graves voces de bajo, y desde fuera respondía humildemente el pueblo, el júbilo de las voces infantiles se levantaba al aire como alondras; luego el pabellón se hinchó como si alguien lo estuviera inflando como un chicle, las voces se atiplaron, Berghstroem tenía miedo, el pabellón reventó con un sonoro latigazo...

Había derribado el vaso de *whisky* de la mesita plegable. Berghstroem se sobresaltó y sintió vergüenza; sentía en el cuello el pulso acelerado. «Malditas apneas», se quejó para sus adentros, cualquier día lo matarían. No debía dormirse de espaldas. Posó la mirada en el azul oscuro del mar del norte, donde los bancos de hielo sustituían a la tierra firme. Por mucho que mirara para observar sus desplazamientos, no parecían moverse.

La emperatriz, su madre, lo tenía en brazos y cantaba Puer Apuliae con la melodía de su infancia, «Baiushki baiu».

*A doquier que te vayas, hijo, mi principito,
mi corazón de madre te hará fiel compañía,
Puer Apuliae.
Por doquier que te lleve el designio bendito
de Dios, el niño siempre será del alma mía,
Puer Apuliae.*

Los cardenales y obispos la acompañaban canturreando en voz baja. Las lágrimas les rodaban por las barbas grises, y él se daba tanta pena a sí mismo que quería llorar también, pero sólo conseguía lloriquear y, al final, un hondo sollozo. Berghstroem abrió los ojos de par en par.

Se frotó la cara. Delante de él, Elgaine salió del lavabo al pasillo y se acercó sonriendo.

—Tienes un sueño bendito, Manuel —dijo—. Se te oye hasta en la Economy.
Se sentó en el asiento libre a su lado.

—¿Cómo...? —compendió su asombro Berghstroem—. ¿Tú aquí?

—Voy a descansar en casa de unos amigos en California...

—Creí que estabas con Maxi...

—Él también lo creía. —De nuevo era la invencible *Coeur d'hiver*, la princesa incaica de hielo ardiente—. En cuanto te marchaste, llevándote a los loqueros, y supongo que eso estaba previsto así, entraron tus tres héroes del Oeste diciendo: «This is a hold up!».

—¿Iban armados?

—Qué va —dijo Elgaine—. Parecían más bien unos jugadores elegantes. Primero arrancaron el teléfono, luego tiraron tu contrato sobre la mesa del señor Bock y dijeron: «Entramos». Maxi preguntó, incrédulo: «¿Queréis... en lugar de Berghstroem...?». No podía creerlo. «¿... comprar sus derechos?». «¡Los tuyos, Bock! —exclamó Mark Sheraton—. Vamos, escribe: Cedo de manera irrevocable...». —Elgaine rió, una risita aguda y argentina que contrastaba de modo inesperado con su voz grave—. Bock se burló de los Serafini: «¡No estamos en un spaghetti wéstern!». Y Mark le respondió con una sonrisa maliciosa: «Pero quizás en un Edgar Wallace, con usted como Kinski». «Pero no tenéis nada...», dijo Maxi, riéndose de la comparación. «El fiscal tampoco, pero podríamos animarlo a investigar dónde estuviste cierta noche entre la una y cinco y la una y treinta y cinco. El portero se acuerda muy bien de tu insólita salida nocturna...». Maxi no se lo pensó mucho. Le dictaron un refinado texto jurídico que no dejaba a Maxi Bock ni el uno por ciento, ni el menor derecho ni licencia ni nada. Yo tuve que firmar como testigo que el señor Max-Friedrich Bock, Max-Friedrich con guión, nada de Maximilian —esta vez su risa sonó como el canto de las aves del bosque en medio de la noche—, había prestado, «por su propia mano y en plena posesión de sus facultades», su firma por mí identificada, entregando en señal de cesión total todos los materiales y

documentos que obraban en su poder o a los que tenía acceso. Maxi dio un respingo, alegando que no podía entregarles nada porque no tenía nada. Mark lo consoló diciéndole que sólo tenía que firmar; y así lo hizo el señor Bock, meneando la cabeza.

—¿Y qué quieren conseguir los Serafini con eso? —se preguntó en voz alta Manuel J. Berghstroem, «con jota de Jonathan», pensó, «¡pero por lo menos Bergh con hache y Stroem con oe!».

—Yo también me lo pregunté —dijo Elgaine—, pero ellos quisieron saber adónde había llevado el vestuario, y yo les respondí: «A un lugar seguro». Los más jóvenes de los hermanos hoteleros hicieron amago de llevarse la mano a la pistolera, pero Mark dijo: «Okay, the lady is a tramp! Estoy seguro de que nos lo entregará todo en perfecto estado cuando llegue el momento».

—¿Y qué les dijiste?

Elgaine se inclinó hacia él, Berghstroem, como si quisiera besarlo.

—Les dije: «¡Yo puedo esperar!», y a Maxi: «¡Pero no con usted, señor Bock! Mi contrato con usted ha quedado anulado con la firma que acaba de prestar. No ha sido ningún placer para mí, pero sí una lección». Entonces me fui al aeropuerto; tu avión había salido ya, así que me hice llevar en su helicóptero a Malpensa, el último *bockservice*... ¡Y aquí estoy!

—¿*Economy*?

—Elgaine Coeurdever sólo vuela *first class*, recuérdelo, *mister* Berghstroem. Los billetes me los compro yo misma.

—A mí me gustaría vender el mío —se quejó Berghstroem— y tener a cambio un poco más de dinero en efectivo en el bolsillo.

—Me encanta que seas tan patoso, Manuel —susurró Elgaine—. Ya que eres demasiado gordo como para follar conmigo en el lavabo, podríamos pasar el resto del viaje jugando al *backgammon*. He traído un tablero. Yo cobro en efectivo, y de ti acepto pagarés. —Y agregó riendo—: ¡Y si no hay más remedio, incluso acciones de *Stupor Mundi*!

Jugaron. Naturalmente, Berghstroem ganó hasta que se desplegó el tren de aterrizaje.

—Será mejor que nos despedamos ahora, Manuel —advirtió Elgaine, se levantó y se alisó la falda—. Me vendrán a buscar al aeropuerto, y para el vuelo de aproximación sobre Marina Bay he prometido al capitán que lo iría a ver. *His touchdown drives me crazy!*

Lo abrazó tal como tenía acostumbrado.

Berghstroem no volvió a ver a Elgaine al llegar. Su perpetua necesidad de dormir le había hecho tomar la costumbre de aprovechar incluso los lapsos más breves para refugiarse inmediatamente en brazos de Morfeo, tratárase de viajes en taxi o en tren o del aterrizaje de un avión.

Tres cardenales deambulaban con velas ardientes por el pasillo de primera clase del avión, que había quedado a oscuras, camino a la puerta de la cabina del piloto.

*Requiem eternam dona eis, Domine,
et lux perpetua luceat eis,
te decet hymnus, Deus in Sion,
et tibi reddetur votum in Jerusalem.*

El canto funerario resonaba en tono lúgubre. Las caras eran de un rigor inquisitorial, por lo que Berghstroem, que se mantenía oculto, podía discernir a la luz vacilante de las llamas y a la sombra de los sombreros de ala ancha. Se parecían a los Serafini... ¿O acaso eran Franck & Co, sin el enano Galinsky? En todo caso eran unas caras viejísimas, petrificadas, blancas como un muro de cal resquebrajada. Se desvanecieron en la oscuridad como si hubiesen atravesado la pared. Berghstroem, que a pesar suyo nunca dormía muy profundamente, sabía que era un sueño, porque en ningún avión se permiten las procesiones con velas encendidas, porque los Serafini no podían haber sido ascendidos al rango de cardenales y porque Franck & Co se habían ido al infierno. Del lavabo, directamente al lado de la cabina del piloto, salía Elgaine, que llevaba la chaqueta del sobrecargo, según indicaban los galones, y debajo estaba desnuda. La azafata desapareció por la puerta entreabierta de la cabina del piloto. Tenía un asombroso parecido con la Coeurdever. ¿La princesa incaica como azafata? La mirada de Berghstroem vagó, porque no podía estarse quieto —¿por qué se preocupaba tanto, si no podía ser ella?—, a través de la pared, la atravesó, siguiendo a los cardenales, que también podían atravesar las paredes. Berghstroem aguzó el oído.

—¿Adónde has llevado los trajes? —oyó decir a Mark Sheraton—. Será mejor para tu salud, Elfy. —¡Sí, la llamaba Elfy!—, que los sueltes. Nos hemos hecho con los derechos de tu amigo Maxi.

La Coeurdever callaba testaruda. Estaba sentada sobre las rodillas del capitán, que se estaba volviendo hacia el copiloto.

—Te podemos obligar. ¡Suéltalos!

Elgaine sólo llevaba la chaqueta de sobrecargo encima de la piel desnuda y no podía moverse, pues Mark Sheraton la tenía aferrada del brazo, doblado sobre la espalda. Expuso el anillo cardenalicio adornado con la cruz de los templarios, según advirtió Berghstroem, en la llama de la vela sin quitárselo del dedo. Tenía la mano de piedra. El anillo se cubrió de hollín.

—Bajo la axila la marca no se notará demasiado. Incluso podrás volver a llevar bikini, Elfy —dijo Mark—. Aprieta los dientes, nena.

Hizo ademán de descubrirle el hombro, pero la Coeurdever dijo riendo:

—Usted no es mi *partenaire*, Mark, y menos para los negocios. Por favor, no intente aprovecharse del hecho de que durante el tiempo que hemos pasado en Iesi usted haya sido para mí un amante grato e incluso agradable. —Se desprendió de sus brazos sin hallar resistencia y se alisó la chaqueta—: ¡Y como tal lo deseo recordar!

Elgaine se inclinó y apagó la vela de un soplo. Cantaron «Stupor Mundi», el gran

coro final, a la melodía de *Happy birthday*, y todos los pasajeros aplaudieron.
¡El avión había aterrizado! Berghstroem se despertó.
¡LAX, Los Ángeles International!

Epílogo

Estoy recostado en una tumbona con toldo, bajo las palmeras que flanquean la piscina. A mi lado hay una mesita donde me acaban de servir un tequila Sunrise helado, sin azúcar y con mucho limón, como a mí me gusta. Hojeo las ediciones matutinas de *Variety* y *Hollywood Reporter*, y en ambos periódicos encuentro, en las secciones «Arrivals from Europe» y «Back to L. A.», respectivamente, la escueta noticia: «Manuel J. Berghstroem, CEO, SMEC». Eso a alguien como tú, Maxi, le suena banal... Pero para los iniciados de aquí es una declaración inequívoca, con todos los honores del oficio, acerca de mi *status* de Chief Executive Officer y el rango que ocupa la Stupor Mundi Entertainment Company. Al otro lado de mi tumbona se está desperezando una espalda bronceada que acaba de salir de la piscina, con gotas de agua brillantes como perlas entre los omóplatos delgados. Mi mirada se desliza sobre el firme trasero y se pierde entre las largas piernas estiradas sobre la blanca tumbona. ¡Así de fácil es, Maxi!

En el vestíbulo del aeropuerto, cuando me dirigía hacia la salida pasando por delante de las cintas de equipaje, me abordó un apuesto joven, un latino.

—Usted debe de ser *mister* Börgstream —saludó con bastante seguridad, arrastrando suavemente las erres—. Nuestros amigos comunes, los Serafini brothers from Rome, Italy, me pidieron que lo viniera a recoger. *My name is* Julio Ramada.

—¿Es usted un primo? —No pude reprimir una sonrisa irónica—. ¿Ramada?

—No somos parientes —dijo—. Me llamo así de verdad. ¿Me da su billete, por favor?

—No traigo equipaje —dije, pero *mister* Ramada ya estaba recogiendo de la cinta una Samsonite gris.

—Es el número correcto —dijo, comparando la etiqueta con la hoja del billete—. Debe de haberse olvidado de ella —comentó Ramada—. Es que cansan mucho estos vuelos.

Iba delante de mí llevando la maleta hacia una limusina alargada.

—Durante su estancia tendrá a su disposición mi coche con chófer. Tiene una habitación reservada en el Beverly.

Sonreí.

—Pues sí, creo que...

Entonces me acordé de la maleta que el chófer estaba guardando en el maletero recubierto de veludillo.

—¿Permite que le eche un vistazo?

Mister Ramada hizo saltar las cerraduras de muelle. La Samsonite estaba llena de cintas. Encima yacía el libreto de *Stupor Mundi*, mi ejemplar personal, y una bolsa de plástico con una camisa blanca limpia.

—¿Estas cintas son la grabación completa de la película que usted ha producido, *mister* Börgstream? —preguntó Julio Ramada, tras sentarse a mi lado en el asiento

trasero.

La voz le vibraba de admiración, y luego exclamó: «Great, great!», antes de que yo pudiera decir tan siquiera:

—Espero que...

—*I heard it's a masterpiece, and I guarantee that we will make a buster out of it!*

«Relax! —me decía a mí mismo—. Just relax».

—¿Quién es usted, *mister* Ramada? ¿A qué se dedica?

Me esforcé por parecer tranquilo y despreocupado.

—Trabajo para la empresa que ahora es su socia, *mister* Börgstream. Soy su agente.

Brindo por ti, Maxi; espero que te guste el tequila Sunrise... ¿O quieres que te pida otra cosa? No sé cuándo ni de qué forma *Stupor Mundi* será adaptada para los medios, programado y comercializado por Hollywood. Ni me interesa saberlo. El CEO Manuel J. Berghstroem recibe cada semana su cheque, *producer's fee*, y además le pagan el hotel de lujo para que se quede aquí. Cuando eso cambie, me enteraré por *Variety*, sección «Back to Europe». Mi agente está de buen humor.

Sólo me pregunto por qué me hiciste sufrir todo aquello, Maxi. ¿Qué diablos querías conseguir con aquella intriga tan costosa y complicada? ¿Por qué tuvo que morir Mia? ¿Sólo porque era mi amiga? Bueno, ya sé que hay que contar con una defunción por cada diez millones de coste de producción. Considerando lo tacaño que fuiste hasta ahora, la pasta gansa debe de estar todavía por caer. Eso no resucitará a la Parker, claro está. ¿Quizá lo hiciste por puro morbo?

¿Te he vendido mi alma? Sí, lo he hecho. Y ahora se da el caso enteramente insólito de que el diablo y su infierno, aunque no hayan quebrado, han tenido que encajar una derrota. Te has visto obligado a ceder nuestro pacto a terceros... Lo desagradable es que la parte tácita no es transferible. ¿Se desvanece, se queda en nada? ¿Me he librado de ti? ¿O es que mi alma te sigue perteneciendo, y todos los que están aquí no son más que los ejecutores de tus planes? Sea como fuere, un purgatorio como éste se puede aguantar, aunque la bella del colchón fuese tu hija.

Por la tarde, cuando se anuncia el anochecer, me hago llevar en coche por el *Strip* y luego *Sunset* abajo hasta el océano. A mi lado va, sentada en el asiento trasero, la dama de piel bronceada que hace un par de días vino, en plena noche, a vivir conmigo en el Beverly. Había tenido problemas por no haber querido entregar sus trapos. Para hacerla hablar, alguien le había marcado la piel en un lugar discreto con una señal de advertencia impresa con hierro candente, como se hacía en la Edad Media con ciertas señoras. La señal tiene forma de eme, me la ha enseñado. Eso puede hacerte pensar en cualquier cosa, desde Mark hasta Maxi, desde Manuel hasta... ¿O quizás es simplemente una uve doble invertida, como en *Warning*?

En todo caso, mi agente lo arregló; los trajes pertenecen ahora a la SMEC, y Elaine Coeurdever se convirtió aquella misma noche en mi tierna amante. «No fue mala idea lo de juntarme contigo, Manuel», dice sonriendo la princesa incaica y me

echa el humo del cigarrillo a la cara con aire desafiante.

Mientras tanto sirvo un *whisky* del pequeño mueble de caoba; brindamos y miramos a través de los oscuros cristales de la limusina. Atravesamos silenciosamente el mar de luces de la ciudad a la hora del crepúsculo, luego los cañones, camino del mar. Las delgadas palmeras pasan raudas a nuestro lado, destacándose contra el cielo proyectado en todos los colores, desde el naranja hasta el violeta, sobre la pantalla de estéreo llamada «firmamento», y las luces intermitentes de los aviones que suben o bajan o giran en espera del aterrizaje brillan como estrellas.

La noche de Iesi ha quedado atrás.

Eso fue ayer.

Agradecimientos

Agradezco a Roman Hocke la audacia de haber aceptado a un autor nuevo, el férreo rigor con que supo corregir toda tentación de apartarme del tema, y el entusiasmo con el que acompañó contra viento y marea la empresa de la historia medieval, el libreto de Berghstroem y su realización como *historical* en la imaginación de Peter Berling.

A Michael Görden, su labor inteligente y equilibrada de agente infatigable, interlocutor crítico y constructivo compañero de viaje.

A mi asesora de relaciones públicas, Anke Lütkenhorst, thanks for push & feeling, cradle and feedback.

A Dario della Porta, profesor de historia de la música en la Universidad de Aquila, su asesoramiento experto al componer el texto del libreto de *Stupor Mundi*, y en particular las traducciones al italiano y al provenzal.

A Daniel Speck, por haber aportado los versos árabes del texto, y al doctor Otto Schönberger, los versos en griego.

A mis colaboradores Sylvia Schnetzer y la doctora Gudrun Weiss, expertas en el manejo del ordenador personal, la paciencia con que transformaron mi *manuscrito* en impresos legibles.

Además debo gratitud a la dottoressa Rosalia Bigliardi de la Biblioteca Comunale Planettiana de Iesi, y muy particularmente al Col. Francesco di Prieto de la Aeronautica Militare, Servizio Meteorologico, Ciampino, por la experta ayuda que me prestó para la elaboración de la tormenta.



PETER BERLING (Meseritz-Obrawalde, antigua Posen-Prusia Occidental y actual Obrzyce, Polonia, 20 de marzo de 1934 - Roma, Italia, 21 de noviembre de 2017). Fue una de las personalidades más insólitas y reveladoras de la actual literatura europea. Políglota y erudito en numerosas disciplinas, trabajó como escenógrafo, actor en más de sesenta películas, productor de varios film del célebre director R. W. Fassbinder, relaciones públicas y restaurador, amén de cultivar la pintura y, durante los últimos años, la literatura. Precisamente en esta última fue autor de una ambiciosa tetralogía de novelas históricas que han obtenido un fulminante éxito de crítica y público, integrada por *Los hijos del Grial*, *Sangre de reyes*, *La corona del mundo*, *El cáliz negro* y *El kilim de la princesa*. Residió en Roma durante más de veinte años. Destaca también sus novelas *La condesa hereje* (2001) y *La noche de Iesi*.